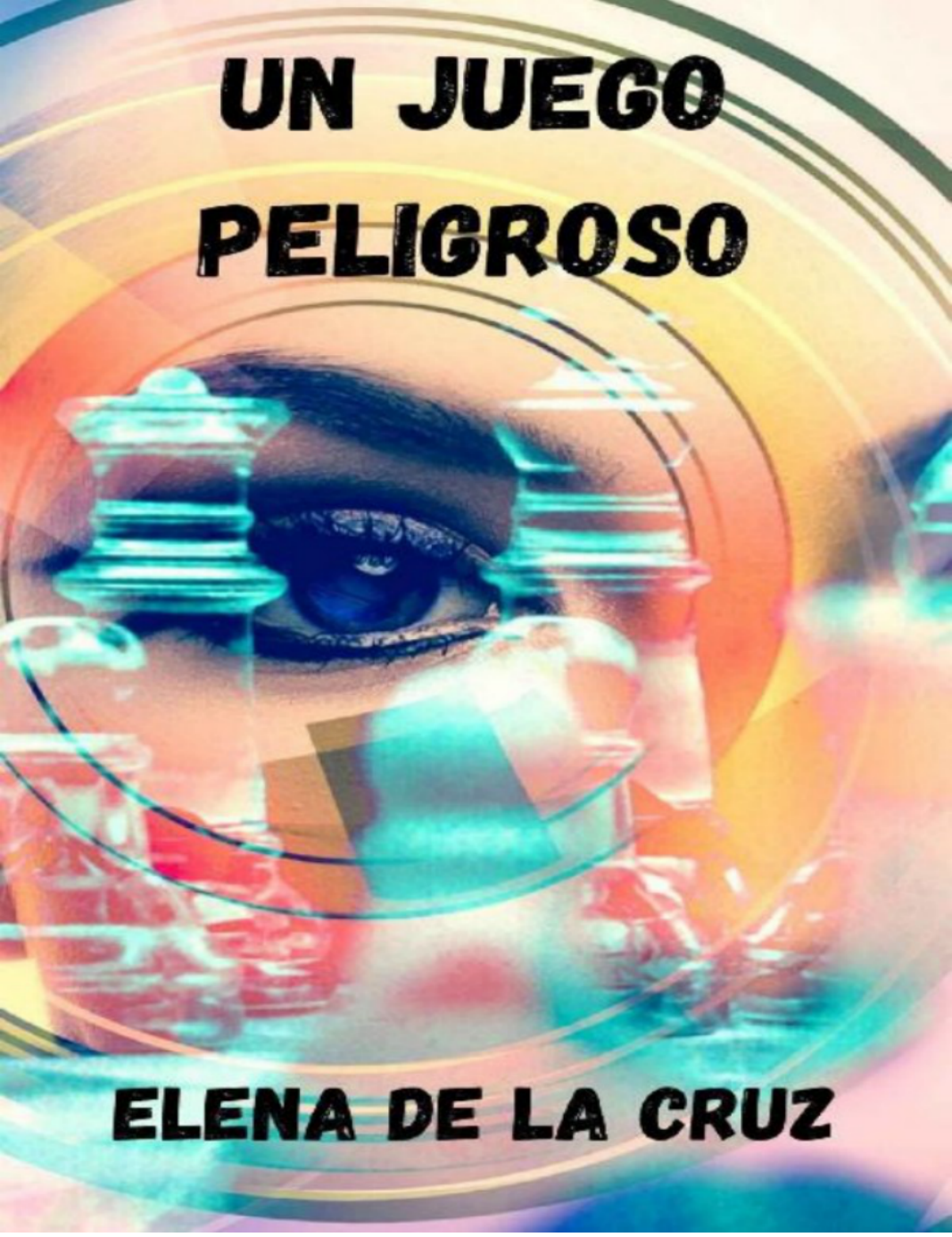
UN JUEGO PELIGROSO



ELENA DE LA CRUZ

UN JUEGO PELIGROSO

ELENA DE LA CRUZ

“La vida es una aventura atrevida,
o nada en absoluto”
Helen Keller

“Si puedes encontrar un camino sin obstáculos,
probablemente no lleve a ninguna parte”
Frank A.Clark

CONTENIDO

PRÓLOGO
PRIMERA PARTE - ¿TE ATREVES A JUGAR?
CAP.1 - PICAR EL ANZUELO
CAP.2 - COMIENZA EL JUEGO
CAP.3 - DESTINO: SINGAPUR
CAP.4 - UN VUELO SINGULAR
CAP.5 - NUEVAS NORMAS
CAP.6 - DESAFÍOS
CAP.7 - REUNIONES CLANDESTINAS
CAP.8 - CONFIDENCIAS A MEDIANOCHE
CAP.9 - UNA PARTIDA MEDIEVAL
CAP.10 - UNA NOCHE EN LA ISLA
CAP.11 - EL ÁRBOL DE LA VIDA (La Leyenda)
CAP.12 - VIVIR EL AHORA
CAP.13 - EL RESCATE
SEGUNDA PARTE - DESTINO: PARÍS
CAP.14 - VIVIAN
CAP.15 - CHANTAL
CAP.16 - DUNCAN
CAP.17 - JEREMY
CAP.18 - ENCUENTRO EN PARIS
CAP.19 - DUNCAN Y CHANTAL
CAP.20 - VIVIAN Y JEREMY
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

UN JUEGO PELIGROSO

Vivian Griffin vive en Los Ángeles, es una abogada de éxito que no soporta su trabajo y que ama el arte. Jeremy Evans, un hombre de negocios nacido en Wall Street, se siente incómodo con su vida y espera algo que le suponga un reto. Duncan McAllen, escocés y marchante de arte, se dedica supuestamente a las subastas, aunque sus negocios van mucho más allá. A Chantal Bonheur, una joven parisina, impulsiva y algo loca, le ha tocado la lotería y se ha convertido en millonaria de la noche a la mañana.

Todos ellos, han aceptado el reto de adentrarse en un juego propuesto desde la deep web o internet oculto, arriesgándose a perder mucho dinero pero, sobre todo, a pasar por las pruebas de un juego que los llevará al límite de sus posibilidades. Todos tienen una vida en la que les falla algo y deciden arriesgarse para experimentar algo distinto. Su encuentro en Singapur con Demang y Kelana, los arrastrará a decidir si pueden perderlo todo.

¿Qué finalidad tiene el juego? ¿Qué ocurrirá entre sus competidores? ¿Hasta qué punto los desafíos son cada vez más peligrosos?

Un viaje que hará aflorar instintos y miedos; sentimientos y sueños; que medirá los límites de cada uno y les hará decidir qué hacer con sus vidas.

PRÓLOGO

Vivian Griffin seguía con la vista fija en la pantalla de su ordenador, sin decidirse a seguir las instrucciones que estaba leyendo.

El título mismo de aquel párrafo, le producía un tira y afloja interno, que no acababa de equilibrar:

"*Como entrar en la Red Profunda o Dark Web*"

Sabía que existía, había oído algunas cosas, pero no acababa de decidirse. Aunque le podía la curiosidad. Hacía demasiado tiempo que no sentía curiosidad por nada en especial y había investigado un poco sobre el tema. El detonante fue un caso en el que había defendido a un hombre al que habían estafado por internet. Fue entonces, cuando descubrió que lo que se podía encontrar navegando por google, era solo el cinco por ciento de lo que contenía en realidad la red.

Sus ojos siguieron las instrucciones, con las manos sobre el teclado, solo a modo de descanso; una lectura interesante.

"*…solo está indexada una pequeña parte de Internet. Lo que no encuentra Google al hacer una búsqueda, está en la deep web o internet invisible. Ahí se pueden localizar gran cantidad de datos antiguos, inservibles o desactualizados; muchos perfiles privados, registros de tribunales, revistas académicas, bases estadísticas… quizás aún no lo sepas, pero internet tiene un lado oscuro y podemos ayudarte a descubrirlo. No dejes que te engañen, el 96% del contenido de internet, está en la deep web. Si te decides a entrar, solo has de seguir unas sencillas instrucciones, pero hay algo que debes saber: en esta zona oscura, puedes encontrar enlaces a servicios ilegales, incluso criminales o darte de bruces con informaciones inmorales u ofensivas. Has de proteger tus datos y tener mucho cuidado. Si te has decidido, solo has de seguir los siguientes pasos:…*"

Vivian miraba fijamente la pantalla y fruncía el ceño, concentrada.

Se preguntaba ¿*Por qué no*? Quién sabe lo que podría encontrar navegando por esa zona, quizás una distracción que la apartara un poco de su deprimente día a día. Quizás algo divertido o quién sabe si algunos datos relevantes para alguno de los casos del bufet.

Negó con la cabeza, suspirando y pensando que sus elucubraciones siempre acababan en temas de trabajo. Un trabajo que ni siquiera le entusiasmaba, por cierto.

Entonces una idea la asaltó *"¿Y el arte?"*

Ese sí era un asunto que la atraía como un imán, desde que podía recordar. Más aún, desde que descubrió que su árbol de la vida escondía una leyenda. Le tenía a aquella pieza un cariño especial, debido a que había pertenecido a su bisabuela. Su abuela se lo había regalado al cumplir los quince años, sabiendo que a su madre solo le parecía una antigualla sin valor.

Inconscientemente se llevó la mano a la cadena que colgaba de su cuello. Y siguió leyendo.

"*Sigue las siguientes instrucciones:*

-Descarga el fichero siguiente con el manual en pdf.

-Descarga el navegador de Tor, puedes hacerlo en la dirección que encontraras en el manual.

-Una vez descargado y ejecutado, el navegador se conectará a la red de Tor automáticamente y serás libre de navegar por la Deep web."

Vivian posó sus dedos sobre el ratón y acercó el puntero al enlace de descarga. En ese momento se abrió la puerta de su despacho.

—¡Vivian! ¡Suerte que te encuentro! —Joanne Cook, su madre, entró como un vendaval invadiendo su espacio, como siempre hacía — necesito el contrato de Hoover, debes tenerlo tú, no está en mi despacho.

—Si, mamá —Vivian abrió un cajón a la derecha de su escritorio y extrajo una carpeta gris— toma, aquí lo tienes.

—Gracias —casi sin mirarla, Joanne cogió los papeles y se dio media vuelta para salir con las mismas prisas con las que había entrado. Antes de cerrar la puerta se giró hacia su hija— recuerda que mañana tenemos reunión con todos los socios a primera hora, no te retrases.

—¿Cuándo he llegado tarde a una reunión, mamá? —Vivian la miró alzando una ceja y negando con la cabeza.

—No está de más que te lo recuerde —se la quedó mirando con el ceño fruncido—. ¡Y haz algo con tu pelo!

Cuando su madre se encerró en su despacho, Vivian miró la hora. Eran las diez de la noche y no había comido nada desde la una del mediodía. Se masajeó el cuero cabelludo enredando aún más sus rebeldes rizos rubios, estiró los brazos hacia el cielo, cerró el ordenador y se marchó a su casa. Sin tener muy claro si al día siguiente algo habría cambiado o sería un día más en su aburrida vida, dedicada a ganar dinero. Muchísimo dinero.

PRIMERA PARTE ¿TE ATREVES A JUGAR?

CAP.1 — PICAR EL ANZUELO

Jeremy Evans, paseaba en ese momento por Wall Street, con su maletín en la mano, necesitado de un soplo de aire fresco que allí no iba a encontrar. Otro día más en la Bolsa neoyorquina, otro montón de horas quemadas comprando y vendiendo entre una vorágine de competidores. Debía reconocer que aquello cada vez lo motivaba menos.

Caminaba lentamente mirando al cielo y planteándose por enésima vez si aquello en lo que ocupaba la mayor parte de su vida, era lo que realmente quería. No es que se pasara todas las horas allí; sus negocios habían crecido tanto, que la mayoría de los días se sucedían en su enorme despacho acristalado, en la planta ciento veinticinco de uno de los mayores rascacielos de la ciudad.

Al llegar a cierto nivel, se cambiaban los números y las cifras por conversaciones interesadas, ejerciendo de relaciones públicas con personas influyentes. Pero siempre llegaba un día en el que volvía a Wall Street a recordar sus inicios. Cuando eso ocurría, es que algo no andaba bien. Solía pasar que, si necesitaba recordar sus comienzos, era porque estaba perdiendo el interés.

Se aflojó el nudo de la corbata que lo ahogaba, hasta que tirando de ella, consiguió deshacerlo y la guardó en el bolsillo de su americana de Armani. Se quedó parado en un semáforo, sin moverse, incluso cuando cambió a color verde.

Estaba harto, esa era la conclusión a la que había llegado. ¿De qué le estaba sirviendo estar forrado? Pasaba tanto tiempo dedicado a sus negocios, haciendo dinero, que se había olvidado de sí mismo.

Uno de los problemas reales de hacerse rico, era la soledad del poder y Jeremy cada vez la sentía más; rodeándolo, cercándolo como una cárcel.

A veces, en momentos como aquel, se daba cuenta de que sus amigos podían contarse con los dedos de una mano ¿Seguro que eran amigos? Ni siquiera lo sabía, la mayoría pedían demasiados favores interesados, sin ofrecer nada a cambio. ¿Qué hacía para divertirse? ¿Qué significaba para él la palabra ocio? Solamente, lo que algunos sábados por la noche, consistía en salir con su amigo Dexter, tomar unas copas y acabar en alguna cama extraña, para levantarse el domingo por la mañana, con resaca y un vacío indefinible en su vida. A veces, todo le parecía hueco y triste.

Quizás estaba pasando por un momento zen o algo así. Necesitaba algo y no sabía qué era. El resto del mundo daba por supuesto, que lo tenía todo ¿no? Un Porsche, una casa de lujo en Tribeca, el barrio más caro de Nueva York, en Manhattan, por

supuesto, un reloj Rolex Daytona, un yate en el puerto deportivo de la ciudad más cosmopolita del mundo y una cuenta bancaria con tantos ceros que ni sabía contarlos.

Sin olvidar su colección de arte, conseguida con esfuerzo y que se encontraba expuesta para disfrute propio, en el ático blindado de su casa. No era una colección excesiva, pero sí muy escogida y cuidada.

Pero Jeremy se sentía inquieto, desasosegado, cómo si una fuerza externa, quisiera sacudirlo y hacerlo despertar.

A veces tenía pensamientos extraños, como si esperara algún acontecimiento, que haría cambiar su vida y que no acababa de llegar.

Llegó a su casa y abrió la cancela con el mando a distancia. En el panel numérico situado a la izquierda de la puerta de la señorial mansión, marcó los dígitos para abrirla y desactivar las alarmas.

Le salió a recibir Patrick, el "administrador" de su finca; en realidad era uno de esos pocos amigos con los que podía contar. Con él, sí lo tenía claro. Patrick había sido boxeador y Jeremy lo sacó de las calles, donde peleaba por unos cuantos dólares y lo ayudó a salir de las drogas. No fue solo una acción altruista. Es que Patrick, se podría decir que le salvó la vida.

Una noche, hacía ya casi ocho años, un Jeremy demasiado bebido, acabó sin darse ni cuenta, en un callejón de un barrio no muy recomendable. Lo atracaron, y cuando estaban a punto de clavarle una navaja en el cuello, Patrick salió de entre las sombras y se lió a puñetazos con aquellos tres delincuentes, rompiéndoles varios huesos y salvando a Jeremy de un final horrible. Desde entonces, Patrick se ocupaba del cuidado de su casa y se dedicaba a lo que siempre le había gustado más hacer: cocinar. Siempre había llevado un chef en su interior y, para disfrute de ambos, ponía en práctica su pasión en los fogones. Aparte de eso, hacía de chofer de Jeremy en determinadas ocasiones, de guardaespaldas en otras… lo que hiciera falta.

—Hola, jefe ¿Qué has hecho con el Porsche?

—Tenía ganas de caminar —era patente el desánimo en su voz.

—Algo te ronda por la cabeza ¿eh?

—No sé, Patrick —Jeremy se sacó la americana y dejó el maletín en el suelo —es… inquietud, desazón… ¿Eso tiene sentido?

—Quizás sí ¿Quieres una copa? Eso te ayudará a ordenar tus ideas.

—Ponme un whisky, gracias. Voy un momento a mi despacho, he de revisar el correo, hoy no he podido mirarlo.

—¿Qué ocurriría si un día dejaras de leerlo? ¿O si te tomaras unas vacaciones fuera de temporada? ¿Se iba a hundir el negocio?

—el tono irónico no pasó desapercibido para Jeremy, que se frenó y se dio la vuelta, para mirar a Patrick mientras reflexionaba sobre sus palabras.

—Es posible que no. Quizás lo haga; unas vacaciones no me irían mal. Aunque viajar solo, no me entusiasma.

—Si quieres un compañero de viaje, ya sabes que yo me apunto. Eso sí, tu pagas —lo señaló con el índice, mientras sonreía.

—Me lo pensaré.

—No tardes o se enfriará la cena.

Jeremy entró en su despacho y se sentó frente al ordenador. Lo abrió, tecleó su contraseña e inició el correo electrónico. Revisó unos cuantos mensajes y contestó a otros. Patrick entró en el despacho.

—Toma —le alargó un vaso —tu whisky.

—Gracias —iba a cerrar el PC, cuando el icono en el escritorio de la deep web, a la que no entraba desde hacía mucho, le llamó la atención— enseguida voy, Patrick.

Bebió un trago del mejor whisky escocés y mientras lo saboreaba, clicó en el icono. Hizo una búsqueda sobre uno de sus competidores, aquella zona oculta de internet, le había proporcionado muchos datos útiles. Mientras se abrían algunas páginas de cifras, un anuncio de un juego a todo color, ocupó la totalidad de la pantalla en una ventana emergente. Resultaba atractiva, no era la primera vez que la veía, aunque siempre la había cerrado sin hacerle caso. Pero esta vez, frenó el impulso de volver a hacerlo y leyó el contenido.

Fue su amigo Dexter el que, hacía unas semanas, le enseñó aquella pantalla y le explicó, un poco por encima, lo que podría esconderse tras aquel anuncio. No podía negar, que le suscitaba curiosidad y que, si Dexter tenía razón, aquel juego podría suponer todo un reto, incluso una aventura.

Las palabras en rojo "¿TE ATREVES A JUGAR?", ofrecían acceso a través de un link, a un juego secreto. Aparte del título, las únicas indicaciones en la pantalla de inicio, eran unas sencillas reglas del juego:

"- Atrévete a entrar y competir en un juego que te hará vibrar.

-Si entras, no puedes dejar el juego hasta que finalice.

-El reto de este juego es para seis personas, arriésgate y conoce a tus contrincantes.

-Si te apuntas, te daremos más indicaciones. Solo hay dos condiciones previas:

-1. Los jugadores deben tener un alto poder adquisitivo (hay que invertir para poder jugar)

-2. Los jugadores deberán viajar para completar el juego (el precio

del viaje está incluido en la inversión)”

No había que ser muy listo, para ver el posible fraude nada más leer aquellas líneas. Pero algo le atraía en esa pantalla. Aparte del texto, el fondo ofrecía imágenes de distintos juegos clásicos de mesa: ajedrez, monopoly, cluedo, trivial… todos en versiones de artísticos dibujos y colores vistosos.

Seguro que meterse ahí, suponía gastar un buen montón de dinero. Aunque si algo le sobraba, era justamente riqueza; podía darse un capricho y ver que ocurría tras esa pantalla. Y si Dexter tenía razón en sus suposiciones.

La opción de tener que viajar para completar el juego, le parecía muy atractiva. ¿Conocería a sus contrincantes en persona?

Al darse cuenta de que estaba considerando la posibilidad de meterse en esa jungla y antes de que la curiosidad lo arrastrara, cerró el ordenador y se dispuso a ponerse cómodo para cenar. Aunque aquel juego se quedó implantado en su memoria.

Subió al ático después de cenar, era el espacio de su casa, en el que se sentía más cómodo. Disfrutar de la visión de cosas bellas, solía relajarlo y cambiar su humor. Se acercó a una vitrina, donde se exponían joyas antiguas y amuletos. En el centro, sobre un pequeño pedestal de metacrilato, descansaba una de sus posesiones más antiguas: un precioso colgante del árbol de la vida hecho de rodio y diamantes. El brillo de las piedras era incomparable y la historia que lo acompañaba lo convertía en una de sus más preciadas posesiones.

*****

Vivian se despertó y se levantó sin prisas. Le acababa de sonar el despertador y eso significaba que tenía casi dos horas, para llegar a tiempo a la reunión del consejo del bufet Griffin & Cook. No le gustaba correr por las mañanas y prefería madrugar y empezar el día con calma.

Se entretuvo en la ducha, desayunó, cómo siempre un batido lleno de vitaminas, compuesto de una mezcla de frutas y verduras naturales, se vistió con esmero, escogiendo uno de sus trajes de ejecutiva en el inmenso vestidor repleto de ropa de todas las firmas más famosas y se maquilló suavemente, lo justo para una piel de porcelana, que no necesitaba de adornos. Con su melena rizada de rubísimos caracoles, poco podía hacer, más que colocarlos un poco en su sitio.

Antes de salir de su lujoso apartamento, ubicado en uno de los rascacielos más ostentosos de Los Angeles, perdió cinco minutos en observar su ciudad desde la gran terraza que rodeaba el salón. Necesitaba de ese momento para relajarse y afrontar un nuevo día.

Sus plantas estaban preciosas. Le gustaba la jardinería y sacaba el tiempo de donde podía, para dedicar los cuidados necesarios a sus flores. Su madre le había repetido hasta la saciedad, que no perdiera el tiempo en esas tonterías. Ella tenía un jardinero en su casa, que acudiría a cuidar sus plantas cuando lo necesitara.

Pero Vivian no quería más intromisiones en su piso, suficiente tenía con Madeleine, su asistenta por imposición de su madre, que acudía cada día, mientras ella estaba fuera, a limpiar y cocinar.

¡Si su madre supiera a qué dedicaba el poco tiempo libre que tenía! Su secreto mejor guardado, estaba en una de las seis habitaciones de su piso. Bajo llave. Nadie entraba ahí, salvo ella. Ni siquiera Madeleine tenía permiso para entrar a limpiar. Ese refugio significaba demasiado, cómo para compartirlo con nadie. Podía parecer a ojos ajenos, una incongruencia esconder su talento; pero sus pinturas le pertenecían sólo a ella y a su intimidad.

Paseó la vista por encima de los rascacielos, sobre un firmamento que había amanecido de un azul intenso. Meterse en las oficinas del bufet y en los juzgados a pasar el día, le pareció un sacrilegio.

Le hubiera encantado sacarse el traje, cambiarlo por un bikini y largarse a pasar el día a la playa. Vivía bastante cerca de la playa de Manhattan Beach y desde la altura de su apartamento, divisaba el mar en la lejanía.

Apartó esos pensamientos imposibles de un día en el mar y se dirigió al bufet. Llegó puntual a la reunión y se sirvió un café del catering que siempre se ofrecía a los socios en sus reuniones. Su padre se situó a su lado y en voz baja la interpeló.

—Vivian, vas a quedarte con el caso de la actriz que ha denunciado al cirujano plástico que le hizo la estética en la nariz.

—¿De verdad, papá? —Vivian estaba harta de los clientes del mundillo de los famosos de Hollywood, que se entretenían en poner todas las denuncias imaginables, por la más absurda nimiedad—. ¿Tú has visto su nariz? ¡Está perfecta!

—¡Pues tendrás que encontrarle los defectos! Además, ella se queja de que no es la nariz que le habían prometido. El seguro no quiere pagar, porque aduce que la nariz no tiene imperfecciones.

—¡Es que tienen razón! ¿Cómo voy a ganar un caso como ese?

—Seguro que tú puedes hacerlo, preciosa —la inesperada voz a su espalda, le puso los pelos de punta, no por desconocida. Se giró a encararlo.

—Hola Malcom —Vivian dio un paso atrás—. ¿Prefieres quedarte tú el caso? Te lo cedo con gusto.

—¡Oh, no, querida! —Las maneras y palabras de Malcom, le daban aversión a Vivian, no podía soportar a esa especie de

acosador encubierto, disfrazado de experto letrado— creo que es un buen caso para ti, que seguro sabes apreciar mejor que yo los defectos de esa nariz.

—¡Vamos a sentarnos, empecemos la reunión! —la voz enérgica de su madre, por suerte interrumpió la estúpida conversación y Vivian se dirigió a su asiento, mientras la mano de Malcom, se posaba en su cintura y empezaba a bajar hacia sus nalgas, de camino a la mesa de reuniones.

—Cómo no quites tu asquerosa mano de ahí ahora mismo, te la voy a cortar delante de todo el mundo —siseó Vivian entre dientes a Malcom, que apartó la mano de inmediato, a la vez que le guiñaba un ojo.

Cesaron las conversaciones y los veinte socios del bufet, que conformaban el 48% de la posesión de las acciones, se sentaron alrededor de los tres socios mayoritarios, por supuesto Vivian y sus padres, que disfrutaban del 52%.

Vivian escuchó a medias, intervino en determinados momentos, porque sabía que era lo que se esperaba de ella y se aburrió soberanamente.

Pasó algunas horas en los juzgados, defendiendo a dos clientes, protagonistas de una famosa serie americana filmada en Hollywood, que se habían querellado contra el director y que pagaban al bufet cifras astronómicas por su defensa. Por algo se habían convertido en especialistas de los litigios de los famosos de la pequeña y la gran pantalla. Por supuesto, ganaban casi la totalidad de sus casos.

Vivió durante todo el día, en un bucle similar a los días anteriores y seguro que a los posteriores, parecidos unos a otros, calcados en su simetría, idénticos en su contenido. Vacíos…

Al llegar a su piso desierto y a pesar de ser bastante tarde, mientras aliñaba una completa ensalada, preparada por Madeleine, volvió a su mente, lo que había leído hacía muy poco sobre internet oculto. Y le entraron ganas de investigar. Al menos era algo que despertaba su curiosidad y pocas cosas lo hacían.

Le había dado vueltas al tema, relacionándolo con el arte y quería saber más.

Le encantaba el arte en casi todas sus expresiones, aunque la pintura y los amuletos, destacaban sobre los demás. Quizás encontrara información suculenta en ese internet tan extenso y poco conocido por la mayoría. ¿Qué podía pasar? Si resultaba no servir para nada, desinstalaría la aplicación para acceder y asunto resuelto.

Decidida a intentarlo, terminó su ensalada y se preparó una infusión, que se llevó a su despacho.

Abrió su portátil y buscó la misma información de acceso que

había rastreado en el ordenador del bufet. Sin pensarlo más, descargó el fichero con el manual en pdf, descargó el navegador y lo ejecutó… ¡et voilà!

El navegador se conectó a la red automáticamente y apareció un mensaje: "*Puedes empezar a navegar por la deep web*". Había sido fácil.

Una especie de descarga de adrenalina, le hizo acariciar las teclas antes de empezar a buscar información, reteniendo las ganas de investigar sobre piezas de arte. Antes de empezar a teclear, tres ventanas emergentes aparecieron ante su vista. Debería haber imaginado que eso ocurriría, era fácil imaginar que la publicidad sería excesiva y estar conectado, resultaría agobiante. Cerró dos de ellas, que anunciaban sexo y se quedó leyendo la tercera. ¿Un juego?

Las palabras en rojo "¿TE ATREVES A JUGAR?", llamaron su atención. Aquellas simples letras parecían un reto y ella hacía tiempo que no tenía ninguno. Es posible que fuera algo peligroso o que le fuera a costar dinero, aunque eso no le preocupaba demasiado. La pregunta parecía interpelarla directamente.

¿Viajar para completar el juego? ¿Conocer a sus contrincantes?

Las preguntas daban vueltas en su cabeza, el riesgo en contraposición con la prudencia, la osadía batallando con la sensatez, las ganas de alejarse de su día a día, con la más que probable reacción antagónica de sus padres si se enteraban de aquello.

Le encantaría provocar a sus padres, en vez de seguir sus órdenes, por una vez en su vida. Había sido una adolescente obediente y abnegada y la rebeldía propia de esa edad, se le había quedado enquistada dentro. Se preguntaba hasta que punto estaba viviendo su propia existencia, cuánto había dejado que mangonearan su realidad; si sería capaz de cambiar de rumbo, desafiando a su estructurada y programada vida.

Y antes de reflexionar ni un segundo más y guiada por el más estrafalario impulso, clicó el link adjunto y se dispuso a descubrir a donde la llevaría aquel juego.

*****

Duncan McAllen, tras un largo día de reuniones y algunos negocios cerrados, buscó en uno de los cajones de su despacho, situado en el distrito financiero de Edimburgo, uno de esos puros habanos importados, que se permitía de vez en cuando. Se recostó en la cómoda butaca ergonómica y subió los pies sobre la mesa, mientras encendía el cigarro.

Había tenido un día fructífero. Se dedicaba a la compra-venta de

arte y si sabías con quien debías contactar y a quien habías de adular, podían hacerse muy buenos negocios. Las subastas que se anunciaban a bombo y platillo, a las que acudían celebridades del mundillo de los famosos, de los ricos declarados, de la rancia nobleza o de los artistas extravagantes, solo eran la parte visible del comercio real del arte. La punta del iceberg.

Lo que no se veía, era el tráfico invisible, al que tenían acceso muy pocas personas. Y él era uno de los privilegiados.

Sin ir más lejos, aquel día en concreto, había tenido acceso a una antigüedad rara; se trataba de un árbol de la vida de iridio y zafiros azules y era considerado un amuleto. Su contacto le había explicado la leyenda que envolvía a aquella *rara avis* y le había asegurado que si algún día se localizaban los cuatro árboles, valdrían una fortuna. Aquel, en concreto, no había sido barato, pero algo inexplicable, le atrajo desde el momento en que lo vio, por lo que se hizo con él.

En ese instante, cuando por fin se tomaba un respiro antes de volver a su casa, le sonó el móvil. No era cualquier llamada, esa tenía un tono particular, el que correspondía a Megan, su novia de toda la vida.

Contestó con desgana, sabiendo que si no lo hacía, ella insistiría.

—Hola Megan —dio una calada al puro y paseó la vista por la noche llena de luces, que se mostraba esplendida a través de los ventanales de su despacho.

—¡Duncan! ¡Por fin te encuentro! Te he llamado varias veces hoy, pero no había manera de contactar contigo.

—Estaba reunido, ya sabes que mi trabajo es muy absorbente.

—¿Vamos a vernos hoy? Ya hace demasiados días que me esquivas ¿no crees? Vayamos a cenar a algún restaurante elegante.

—Ya he almorzado en un restaurante elegante y ahora estoy cansado. Me voy a casa a dormir. Si no te importa nos vemos el sábado.

—¡Duncan! ¡Te pasas la vida evitándome! ¿Crees que no me doy cuenta? Quizás lo que deberíamos hacer, es programar de una vez nuestra boda y al menos si nos casamos, pasaríamos juntos las noches.

—Si no te quedas a dormir en mi casa, es porque no quieres, sabes que puedes venir cuando te apetezca —la desgana de su tono era patente incluso para él mismo, pero sabía que Megan no cedería en eso.

—Sabes de sobra que no voy a hacerlo; mis padres están demasiado chapados a la antigua y no les parecería correcto.

Aquel tono afectado, ponía los pelos de punta a Duncan, que hizo un último intento por sacársela de encima.

—Megan, dejemos el tema por hoy, estoy muerto. Mañana te llamo ¿de acuerdo?

Ambos sabían que no lo haría, pero al fin se despidieron y Duncan silenció al contacto de Megan para no tener más interferencias en aquel momento de calma.

La relación con ella, estaba más muerta que viva, desde hacía demasiado tiempo. Duncan tenía claro que no iba a casarse con ella y era posible que la misma Megan, lo intuyera. Llevaban años en una especie de relación intermitente, que ni acababa de consolidarse, ni de romperse del todo. El caso era que se habían acostumbrado el uno al otro y que la distancia que mantenían, ya les iba bien a ambos. Aunque Duncan ya se estaba cansando.

Lo cierto era que no solo era Megan. Todo en su vida le resultaba demasiado monótono. A pesar del éxito. A pesar del dinero. A pesar del arte.

Antes de dar el día por terminado, tenía una transacción pendiente, pero debía comunicarse con su contacto justo a las doce de la noche. Era la hora pactada.

Faltaba media hora y para distraerse entro en la deep web. Antes de navegar por una de sus webs preferidas de subastas, le apareció una ventana emergente, cuyo colorido hizo que sus ojos se quedaran fijos en los preciosos dibujos.

Las palabras en rojo “¿TE ATREVES A JUGAR?”, llamaron su atención.

Su curiosidad le llevó a leer atentamente la proposición de un juego, que podía ser una estafa en toda regla, o que podía convertirse en una experiencia. ¿Desde cuándo un juego de internet te proponía un viaje que no fuera virtual? Claro que se encontraba en el internet oculto y allí podía tropezarse con cualquier cosa.

¿Un reto? ¿Un juego demasiado caro? ¿Podría ser peligroso? ¿Cuál era el objetivo? Estaba claro que el objetivo en cualquier juego era ganar. ¿Pero cuál era el premio? Eso no estaba escrito y la curiosidad mató al gato. A pesar de todo y sabiendo que tenía una cita a las doce, clicó en el link y entró para enterarse de que iba aquello.

*****

Chantal Bonheur, seguía en su caravana destartalada, ubicada en el extrarradio de París, sin acabar de creerse lo que le había ocurrido hacía tan solo un par de semanas. Estaba fumándose un porro y bebiendo a morro una cerveza de marca, estirada sobre el catre. A su lado, su amiga Marie, con los ojos entrecerrados, expiraba el humo haciendo volutas sobre sus cabezas.

—Tía, de verdad, has de comprarte un piso y llevar esta

caravana al desguace —le dijo Marie.

—Ya lo sé, pero es que no sé ni por dónde empezar, tía —Chantal se agobiaba, solo al imaginar los cambios que debía hacer en su vida y le costaba concentrarse cuándo estaba serena—. ¿Me acompañas mañana a mirar un pisito?

—¿Un pisito? —Marie soltó una carcajada —¡Tía, con la pasta gansa que has ganado en la lotería te puedes comprara una puta mansión!

—De momento, el único capricho que me he dado, es comprar este colgante tan bonito —Chantal se llevó la mano a la cadena que colgaba de su cuello— ha resultado carísimo, pero por lo que parece, es una antigualla. Ni siquiera sé si es bueno, aunque me dijo el dueño de la tiendecilla de antigüedades, que es de platino y rubíes. Pero no sé si me ha dado gato por liebre y el arbolito se pondrá verde.

—Ya sabes que yo no entiendo de cosas viejas, a mi me parece un robo —Marie aún estaba alucinando del precio de aquel colgante —¡pero puedes permitírtelo, tía!

—No acabo de verlo, nena, esto es surrealista —Chantal soltó el humo, inundando el pequeño espacio de olor a hierba—. ¿Cómo podía ni pensar que me iba a tocar la "loto"? compré el número en un impulso muy raro, fue como si viera esos números llamarme.

—¡Es que eran raros de cojones! —Marie cogió la cerveza de Chantal para dar un trago —002525… nadie lo hubiera comprado adrede… menos tú, claro.

—Creo que sólo había comprado un par de boletos en mi vida, pero tuve una especie de premonición, no sé… —Chantal bostezó, la cerveza le estaba dando sueño.

—Yo creo que ibas muy fumada y los números te bailaron delante de los ojos, jaja… ¡el mambo, por lo menos! —Marie estaba notando los efectos de tanta marihuana y se reía por cualquier cosa.

—¿Sabes que me apetece comprarme? Un ordenador. Un portátil de esos tan chulos —le contestó Chantal apartándose el flequillo de la frente— estoy harta de ir a los locutorios a conectarme a internet o de usar el móvil.

—Puedes pedirle ayuda a mi hermano, ya sabes que es un friki para esas cosas —Marie tosió al expulsar el humo.

—¿Vamos a verlo ahora y le pregunto?

—Vale… y de paso puedes buscarte el piso por internet a ver si encuentras algo chulo. Si me aceptas, me voy a vivir contigo.

—Por supuesto, eso está hecho, ya te lo dije. Y a Nathan también.

Las dos salieron de la destartalada caravana, para pasear hasta otra situada a unos cuantos metros, que tenía en ese momento la

puerta abierta.

—¿Nathan? —Chantal entró primero, para encontrarse a su amigo concentrado en la pantalla de su ordenador—. ¡Has vuelto a dejarte la puerta abierta!

—Así no tengo que levantarme a abrir cuando os da por venir a incordiar —el chico levantó la vista de la pantalla arrugando la nariz—, ¡oléis a hierba que te cagas!

—Pero esta es de la buena —le contestó Chantal—. ¿Me dejarás tu portátil para buscar piso?

—Ahora mismo no —Nathan hizo el intento de cerrar la tapa, pero Marie fue más rápida.

—¿Qué estás haciendo? ¿Mirando porno?

—Si estuviera haciendo eso hubiera cerrado la puerta —Nathan suspiró y al final se decidió a hablar —me he metido en la deep web.

—¿Y eso que mierda es?

—Digamos, que es la parte de internet, que no se ve a simple vista —fue la escueta respuesta de Nathan.

—¿Y qué haces ahí metido? ¿Hay algo interesante?

—Montones de datos que no me dicen nada, pero a veces puedes encontrar algo que te pueda servir. De todas formas, estaba leyendo el anuncio de un juego que no consigo adivinar de que puede ir —Nathan le acercó la pantalla a Chantal y Marie se colocó a su espalda, para mirar también.

Ambas leyeron la pregunta que ocupaba gran parte de la pantalla en vistosos colores "¿TE ATREVES A JUGAR?" y el resto de las condiciones y avisos.

—Parece un juego para gente de pasta —comentó Chantal—. ¡Imagínate! Tener que viajar no se sabe dónde, conocer a tus contrincantes, retos varios y soltar miles de euros para jugar.

—Seguro que es una engañifa —comentó Nathan —te hacen soltar un dineral y después busca al ladrón; seguro que no lo encuentras.

—O, a lo mejor —le contestó Marie— es un juego para gente ricachona, que se lo pasa pipa, metiéndose en estos jueguecitos, viajando y derrochando dinero, porque les sobra.

—¡Me encantan los juegos y me encantan los retos! —Chantal parecía entusiasmada mientras observaba la pantalla y una loca idea se iba haciendo sitio en su mente—. Casi se me olvida, que ahora soy una de esas ricachonas y puedo hacer lo que me dé la gana con el montón de pasta que tengo en el banco —miró a sus amigos—. ¿No?

—¿Te has vuelto loca? —Nathan la miraba con cara de alucinado—. ¿Vas a arriesgarte a perder los millones que has

ganado, por meterte en un juego que ni siquiera sabes de qué coño trata?

—¿Crees, de verdad, que alguna vez me ha importado el dinero? Yo gano una mierda vendiendo mis pequeñas esculturas, pero soy feliz haciendo lo que hago —Marie la miraba negando con la cabeza —. ¡Me encanta moldear arcilla con mis manos, tallar madera, dar vida a un trozo de piedra o esculpir un rostro en yeso! Y si a cambio de hacer lo que me gusta, he de vivir en una caravana el resto de mi vida, me da lo mismo. Pero resulta que he tenido un golpe de suerte y me ha tocado la lotería ¡Jódete! ¡Pues eso me sirve para hacer una locura, sin miedo a quedarme en la calle, porque ya estoy en la calle!

—¿Pero vas a poner en juego los millones que has ganado? —Marie seguía soñando en la mansión que ella misma compraría si el dinero fuera suyo.

—Bueno —interrumpió Nathan— quizás es cuestión de poner un límite. Puedes entrar a jugar y en el momento de soltar la pasta, vemos de lo que estamos hablando. Porque este párrafo no da demasiadas pistas.

—¡Eso mismo, tú anímala, tarado! —Marie no lo veía nada claro.

—¡Vale! —Chantal seguía mirando las imágenes como si la hubieran hipnotizado, intentando adivinar, dónde debería viajar si se apuntaba a aquella loca aventura—. ¿Estáis conmigo en esto?

—Ya sabes que sí —Marie le pasó el brazo sobre los hombros — pero no te pases de loca, que no tengo ganas de tener que salvarte el culo ¿vale?

—Antes de empezar, hay algo que tengo que hacer —Chantal se dirigió a su amigo— necesito un ordenador y tú me vas a aconsejar cuál es el mejor. ¡Vámonos de compras!

*****

Kelana sabía que su primo estaba tramando algo. Lo conocía lo suficiente, para saber cuándo se traía algo entre manos y llevaba un tiempo muy concentrado en sus ordenadores, sin dedicarse tan a fondo como solía, a sus famosas subastas de arte asiático.

No quería perderlo de vista, si algo estaba planeando, ella quería estar cerca y controlar los daños. Sabía qué pie calzaba y llevaba demasiado tiempo perdido investigando, cómo para despistarse.

—Hola Demang ¿Estás trabajando? —su primo levantó la cabeza de la pantalla y la miró con ojos incisivos.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué te han dejado entrar?

—En la recepción saben de sobra que somos familia y mi sonrisa y mi placa, les gustan mucho a tus guardias de seguridad —contestó

la chica contoneándose.

—¿Qué quieres? —Kelana supuso que había acertado al pensar que su primo estaba ocupado y tramando algo.

—¿No puedo visitar a la familia? —preguntó Kelana con voz dulce.

—¡No me vengas con cuentos! Te conozco y te pasas la vida husmeando a mí alrededor como una perra en celo. ¿No tenéis nada mejor que hacer en la policía de Singapur?

—Ya sabes que, por suerte, vivimos en una de las ciudades más seguras del mundo —contestó Kelana, colocando bien su gorra —pero que el nivel de robos y atracos sea mínimo, no significa que no se comentan estafas, fraudes o transacciones ilegales.

—¿Ya no te ocupas de patrullar por las calles? —Demang apagó la pantalla del ordenador y cruzó los brazos sobre la mesa de su despacho, sin ofrecer asiento a su prima, esperando que la visita fuera corta.

—¡Me han ascendido! —Kelana sonrió y le guiñó un ojo a Demang —ahora me ocupo de delitos informáticos, ya sabes, suplantación de identidad, accesos ilícitos, uso de datos privados, pornografía infantil, sexting, falsificación documental o amenazas… todo un abanico de posibilidades para trincar a los malos, ya sabes.

—Pues me alegro por ti —Demang no tenía ninguna expresión alegre, pero se tragó la bilis que le subía hacia la garganta y se comió las palabras que pugnaban por salir de su boca —ya me parecía que estabas desaprovechada paseando por las calles.

—Si, me ha costado conseguirlo, pero al final mis superiores han sabido valorar mis estudios y mis capacidades, por algo llevo un montón de años aprendiendo y practicando —Kelana lo señaló con el índice y decidió enseñar sus cartas —cubre tus espaldas, amigo, sé que escondes cosas.

—¡No te atrevas a amenazarme, ni a meterte conmigo ni con la empresa familiar, Kelana, y ambos saldremos beneficiados! En los últimos tiempos, sólo me dedico a los juegos por internet, desde luego, legales. Y sigo con mis subastas de arte, igual de legales. Nada más dónde debas meter tus narices.

Demang estrechó su mirada sobre la de su prima en un reto silencioso y obvio. Ambos sabían que eran fuertes y enfrentarse podía salirles caro a los dos. Demang, como su prima suponía, tenía mucho que ocultar y Kelana, estaba dispuesta a todo por destapar los trapos sucios de la familia. Esa familia que había intentado impedirle que se dedicara a lo que quería, desde que puso un pie en la universidad. Había tenido que sortear muchos problemas y saltar por encima de muchas opiniones en contra; oponerse a sus padres y el matrimonio que le tenían casi concertado.

Su familia consideraba, que ya tenía suficiente con un gobierno intolerante que controlaba todo lo que ocurría dentro de sus fronteras; lo que menos necesitaban era tener a la policía metida en su propia casa. Pero Kelana había hecho caso omiso de sus padres, hermanos y primos y había seguido su propio camino y la empresa familiar, centrada en el arte, los negocios y juegos por internet, podía empezar a temblar si Kelana ponía sus ojos en buscarle los defectos. O las irregularidades…

Estaba convencida de que los trapicheos sucios eran los que los habían hecho ricos y que los negocios legales, eran los pocos que dejaban ver al exterior. Solamente una tapadera.

—Estaré cerca —Kelana se dio media vuelta tras su aviso y salió del despacho.

Había querido darle la oportunidad de hacer las cosas bien y había advertido a su primo de sus intenciones. Quién avisa no es traidor.

Demang se mesó los cortos cabellos y resopló. No estaba lejos de conseguir lo que quería y aquella entrometida de su prima, podía destrozarle los planes. Tendría que ir con mucho cuidado. El juego estaba en marcha y debía continuar.

Salió de su despacho y se dirigió a la sala contigua a prepararse un café y charlar con algunos de sus empleados, para intentar distraerse.

Mientras tanto, Kelana salió de los lavabos donde había permanecido los últimos minutos, se coló en el despacho de su primo, ahora vacío y abrió la pantalla del ordenador.

Apareció la última imagen con la que su primo trabajaba o eso parecía.

En medio de la pantalla la frase en letras rojas “¿TE ATREVES A JUGAR?” llamaba la atención sobre las imágenes de varios juegos de mesa coloridos, amontonados unos sobre otros.

Kelana no se atrevió a entrar, para no dejar rastro de su intromisión, pero hizo una foto de la URL con su móvil, para investigar sobre el juego.

—Nos veremos pronto, primo —le susurró a la pantalla y se escabulló hacia el exterior sin ser vista.

CAP.2 — COMIENZA EL JUEGO

Vivian salió del agua, luciendo su escueto bikini rojo y echándose la larga melena rizada hacia atrás, mientras varios pares de ojos masculinos, reseguían las curvas de su cuerpo con poca disimulada admiración. Por fin era domingo y esperaba conseguir unas horas de auténtica soledad, para dedicarse a ella misma.

El baño en el mar a primera hora de la mañana, era de esos escasos placeres que se permitía los días festivos, hiciera frío o calor. Se estiró durante unos minutos sobre una toalla, absorbiendo los rayos, aún débiles del sol y esperando que ninguno de esos observadores se acercara a ella, ya que no tenía ningunas ganas de socializar.

En cuanto se secó un poco, se pasó un ligero vestido veraniego por la cabeza y se dispuso a volver a casa a desayunar. Por suerte ese día, las miradas no pasaron de ahí y se plantó en su casa en pocos minutos.

Pasó la mañana en su habitación secreta, dedicada a un lienzo en el que llevaba trabajando varios días. Su pintura, conseguía plasmar de una u otra manera, lo que sentía. La sensación dominante en los últimos tiempos, era la frustración, por lo que su creación, a pesar de cristalizar a través de sus manos lo que habitaba en su interior, no acababa de satisfacerla.

Ya estaba limpiando los pinceles y pensando en comerse un sándwich, cuando le sonó el móvil. Al mirar la pantalla sonrió; era su amiga Ida.

—¡Hola cielo! ¿Cómo estás? —preguntó.

—Hola Vivian, yo bien, pero eres tú la que me preocupa —Vivian suspiró al escucharla —últimamente no sales para nada, solo trabajas y los fines de semana te encierras en casa. ¡Te echo de menos!

—Lo siento Ida, sé que tienes razón, pero no estoy pasando por un buen momento.

—Invítame a comer a tu casa y charlamos un rato —contestó su amiga—. ¡Ni siquiera te estoy obligando a salir, o sea que no tienes excusa!

—De acuerdo… —cedió Vivian—, pero no esperes nada del otro mundo, voy a preparar unos sándwiches vegetales.

—Me parece bien, yo traigo unas cervezas frías y un pote extra grande de helado de chocolate. Si eso no te anima, nada lo conseguirá.

En media hora, Ida se presentó en casa de Vivian, con lo prometido. Ésta acababa de preparar la comida y se sentaron en la terraza, a la sombra.

—Bueno, Vivian ¿Qué te pasa? —Ida dio un trago a su cerveza.

—Estoy harta de todo, eso me pasa; harta de mi trabajo, de mis padres, que no dejan de presionarme, del bufet que está repleto de prepotentes como el baboso de Malcom… demasiadas cosas, Ida. Eres la única que conoce mi afición a la pintura. Me gustaría recluirme a pintar una temporada, pero me resulta imposible.

—Soy la única que lo sé, pero aún no he visto ni un solo cuadro tuyo o sea que el privilegio es limitado, parece un secreto de estado.

—Lo sé, ya sabes que soy muy rara con esto. No me atrevo a enseñar lo que hago, me dan pánico las críticas. Cómo nunca voy a exponer, prefiero que sea algo muy personal.

—Podrías combinar las dos cosas, intentar que tus padres lo entendieran. Y, desde luego, compartirlo con tu mejor amiga.

—Eso es imposible, los conozco demasiado bien, viven y respiran para el bufet; seguramente están ahora mismo en el despacho revisando algún caso, como si los viera. Tú serás la primera en conocer mi obra, el día que me decida a mostrarla.

—Siempre te he dicho que deberías revelarte y hacer tu vida pensando en ti.

—Tengo algo en la cabeza, Ida —Vivian sólo lo pensó un segundo antes de confesarle a su amiga, lo que rondaba por su mente —hace unos días, me metí en un juego de internet, que no sé si puede ser peligroso…

—¿Cómo? —Ida abrió mucho los ojos, su amiga siempre seguía las reglas y aquello no era nada normal en ella—. No te atreves a hablarles a tus padres de la pintura y te metes a jugar exactamente… ¿a qué?

—Ni yo misma lo sé, pero te lo enseño en cuanto nos comamos el helado.

—¡Nada de eso! ¡Vamos ahora mismo! —Ida se levantó de la silla y ambas se dirigieron al despacho de Vivian en busca del ordenador.

Vivian le explicó a Ida, dónde había conseguido introducirse, lo que era la deep web y le mostró el juego.

—¿Qué es lo que has hecho hasta ahora? —preguntó Ida.

—De momento, poca cosa. Sólo he contestado algunas preguntas personales, pero sin ofrecer demasiados datos, no me he atrevido a más —contestó Vivian —ahora que estamos las dos ¿Quieres que entremos?

—Vale, si vemos que la cosa se complica, cerramos y listo.

Vivian volvió a la pantalla en la que se había quedado la última

vez y lo primero que encontró fue un mensaje:

"*Hola Vivian, en tu última conexión, no terminaste de comunicarnos tus datos. Si te animas a jugar con nosotros, recuerda que una vez accedas a la primera pantalla, no podrás dar marcha atrás para recuperar tu dinero. En la siguiente entrada, has de hacer el primer pago, con el que conseguirás el billete de avión para visitarnos en breve. Pronto conocerás tu destino… ¿Te atreves a jugar? Este es un juego para los más valientes"*

—¿Estás segura, Vivian? Tiene toda la pinta de ser un timo, te van a pedir dinero, para un supuesto viaje, que ni siquiera sabes si vas a hacer —a Ida aquello le parecía una auténtica locura e intentó disuadir a su amiga.

—Es posible que sea así, pero tengo una extraña necesidad de arriesgarme.

—Tú mandas, voy a ser testigo de cómo te roban en directo; pero es tu dinero… ¡Y te vas a ir tu sola a un viaje sin saber dónde te metes! ¡Nunca hubiera imaginado que te volverías tan loca!

—¡Vamos allá! —Vivian soltó una carcajada y se lanzó al vacío.

Rellenó los datos que le solicitaban, escogió la foto de una gacela de icono para su nombre, que sería visible para el resto de jugadores e hizo una transferencia bancaria a la cuenta parcialmente oculta, que aparecía en la pantalla y con la que, en teoría estaba pagando su próximo viaje. Tampoco iba a arruinarse por pagar aquella cantidad, era importante pero asumible.

Al terminar, una nueva pantalla le informó de lo siguiente:

"*¡Has sido valiente! Tu viaje está en marcha, pero para poder acceder al billete y a la revelación de tu próximo destino, deberás superar, la primera fase del juego. De momento tienes un solo contrincante al que vas a conocer: Vivian, te presentamos a Jeremy*"

Apareció en la pantalla el icono de otro jugador, con una foto de un hermoso león. Vivian sonrió al verlo, pensando en la foto de su gacela; parecía una premonición, los leones y las gacelas no solían llevarse muy bien y los pobres antílopes llevaban las de perder. Clicó sobre la flecha verde y apareció el siguiente texto:

"*Jeremy está conectado ahora mismo leyendo esta misma pantalla; si aceptáis el reto, aparecerá un laberinto. El primero que consiga salir de él, podrá hacer cinco preguntas al otro. Recordad qué vais a ser oponentes y quién más sepa, mayor ventaja tendrá sobre los demás. ¿Te atreves a jugar?"*

*****

Jeremy se quedó mirando el icono de la gacela llamada Vivian y sonrió como lo hace el gato que acaba de comerse al canario. ¡Así que ya tenía una compañera de juego! Por lo que había entendido

en las instrucciones, se necesitaban al menos cuatro jugadores, pero, de momento, podían retarse ellos dos a pasar al siguiente nivel. Aceptó seguir adelante y apareció en la pantalla un laberinto de colores casi fluorescentes y dos canicas, una para cada jugador, que deberían hacer una carrera contra reloj, para llegar a la salida antes que el otro.

La cuenta atrás ya estaba en marcha y Jeremy colocó el cursor del ratón sobre su canica, para empezar a arrastrarla en cuanto se diera la salida, mientras recorría con la vista las distintas posibilidades de salida de aquel intrincado laberinto. Quería ganar, porque quería poder preguntar; eso le daría ventaja. Cinco preguntas podían dar mucho de sí.

Empezó la carrera y las dos canicas se movían casi al unísono, adelantándose la una a la otra, hasta separarse en una bifurcación. Seguían caminos distintos, se topaban con cierres en las pistas que aparecían y desaparecían continuamente, volviéndolos locos y haciéndolos retroceder. Aquel laberinto tenía trampas, no servía de nada imaginar una salida de antemano, ya que los posibles itinerarios eran cambiantes y se modificaban a cada momento, cerrando y abriendo caminos.

Jeremy seguía los movimientos de la canica de la gacela Vivian, a la vez que intentaba encontrar los huecos para llegar al extremo inferior derecho, dónde parpadeaba la palabra EXIT. El nivel de estrés iba subiendo y Jeremy empezó a pensar que aquello no tenía solución y solo era una tomadura de pelo, hasta que encontró un patrón: cada vez que se cerraba un camino a su derecha, se abría otro en la parte izquierda más inferior, a la que se podía acceder, bajando por un camino vertical.

Siguió su instinto y en unas cuantas carreras más consiguió llegar el primero a la salida. Entusiasmado por haber detectado la pauta antes que su contrincante, dio una palmada en la mesa.

—¡Siii! ¡Lo he conseguido! Ahora vienen las preguntas, gacelita —Jeremy sonrió y esperó las siguientes instrucciones.

"¡Muy bien Jeremy! Has conseguido superar la primera pantalla y tienes derecho a hacer cinco preguntas a Vivian, que podrá contestar lo que quiera. Tener en cuenta, que todos podéis intentar engañar al resto de jugadores. Las mentiras entre vosotros están permitidas y son parte de la estrategia del juego"

—Muy bien —Jeremy caviló sobre las mejores preguntas y empezó a escribir en el chat que había aparecido en la pantalla —allá vamos.

—"*Hola Vivian, encantado de saludarte. Primera pregunta: ¿Por qué razón te has metido en este juego?"*

— *"Hola Jeremy. Por curiosidad, quiero ver a dónde me lleva"*

— *"¿Te interesa el arte*?"

La pregunta se quedó un buen rato sin respuesta y Jeremy frunció el ceño extrañado, hasta que apareció la respuesta.

—"*Me gusta el arte, disfruto de la creatividad del arte, amo el arte. Una extraña pregunta"*

— *"¿A qué te dedicas profesionalmente?"*

— *"Digamos que asesoro a gente guapa, rica y famosa a conseguir todas las tonterías que se les ocurren"*

— *"Veo que no quieres descubrir demasiado de tu persona ¿De dónde eres?"*

Jeremy pensó que estaba desperdiciando la oportunidad de hacer preguntas más interesantes, dejándose llevar por la curiosidad. Y dando por supuesto, que estaba hablando con una mujer, lo cual era mucho suponer.

—"*Del Pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles del Río de Porciúncula*"

Jeremy soltó una carcajada al leer la respuesta. Mucha gente no sabía que ese rocambolesco nombre, era el original de la actual ciudad de Los Ángeles, pero él sabía muchas cosas y acumulaba cantidades ingentes de datos, debido a su envidiable capacidad para memorizar. Así que la gacela era de la costa oeste. Le quedaba solo una pregunta. Lo pensó un momento y dejándose llevar por un impulso poco propio de él, hizo un intento de acercamiento.

—*"¿Podemos hablar por privado, a través de correo electrónico y enviarnos una foto? Me gustaría conocerte"*

— *"NO*"

Tras la escueta y contundente respuesta, Jeremy vio con decepción, como la gacela Vivian se desconectaba del juego, dando por contestadas las cinco preguntas. Hizo lo propio y llamó a su amigo Dexter por teléfono.

—Hola Dexter, me he metido en el juego y ya tengo pagado mi viaje.

—¿Destino?

—Aún no lo sé, pero no creo que tarde en averiguarlo. Supongo que cuando seamos cuatro como mínimo, nos darán más datos.

—¿Algún contacto?

—De momento sólo otro jugador… o jugadora. Tiene el icono de una gacela y el nombre de Vivian. Es curiosa, parece que le gusta el arte, tiene pinta de ser abogada o similar, californiana, impulsiva pero prudente.

—Bien. Mantenme informado de cada paso, Jeremy. Recuerda que estoy contigo en esto. Mañana nos vemos, me pones al día de todos los detalles y programamos los próximos pasos. No vayas a dar ni uno solo sin mi consentimiento ¿de acuerdo?

—De acuerdo Dexter, nos vemos.

*****

Las doce de la noche. Con una puntualidad británica, su interlocutor se puso en contacto con él. Era uno de sus clientes habituales, para el que Duncan, había conseguido algunas antigüedades con historia, en teoría extraviadas durante la segunda guerra mundial, pero que constituían un secreto tráfico ilegal que enriquecía a algunos y engordaba el ego de otros, que necesitaban de aquellas posesiones para sentirse superiores al resto de los mortales.

Duncan se movía entre esas dos aguas con la experiencia de un tiburón y el olfato de un sabueso, sacando en su provecho, ingentes cantidades de dinero. Decir que no sentía ningún remordimiento, no sería del todo correcto, por algo amaba el arte y creía en su fuero interno que debería estar expuesto en los museos; pero prevalecía su ansia de asegurar su futuro, por encima de su moralidad. Ya llegaría un día, en el que no necesitara pensar el ello.

—Hola John, puntual como siempre.

—Hola Duncan ¿Lo tienes?

—Lo tengo. La transacción, a través de los canales habituales.

—Supongo, que ha sido convenientemente autentificado —la voz de su interlocutor, era autoritaria e intransigente y Duncan pensó que se correspondía con el cabrón que la emitía y al que conocía bien.

—Completamente. Se trata de un auténtico Caravaggio, autentificado por los mejores profesionales. Su trabajo está incluido en la factura y verás que no es menor. El dato definitivo, aparte de la datación, ha sido el uso dramático del claroscuro al más puro estilo tenebrista.

—Confío en tu criterio para escoger a los expertizadores.

—Sólo los mejores, ya lo sabes.

—De acuerdo, me pondré en contacto contigo en cuanto se haya realizado el intercambio.

—A tu servicio, como siempre, John. Para lo que necesites.

Ambos colgaron y Duncan pensó, como en anteriores ocasiones, que aquel tipo le ponía el vello de punta. Pero formaba parte de sus lucrativos negocios, tratar con personas que no le gustaban.

A pesar de ser tarde, se había despejado y volvió a centrarse en su ordenador. Se había metido en aquel juego que le había llamado la atención y se había dado de alta con su nombre y la imagen de un águila en pleno vuelo.

Siempre le habían gustado esas aves depredadoras, animales fuertes con una vista extremadamente aguda y de simbología

imperial.

En el tiempo que había utilizado para hablar con su cliente, se había dado de alta otro jugador, que había empleado la imagen de un orangután, que parecía sonriente y que no se correspondía para nada, con el nombre de su contrincante: Chantal.

Que él supiera, Chantal era un nombre femenino y de origen francés, pero cualquiera podía esconderse tras esa imagen y ese nombre. Podía apreciar que dos jugadores más, ya se encontraban en el siguiente nivel; una gacela llamada Vivian y un león de nombre Jeremy. Por lo que indicaba la pantalla, le tocaba competir con el orangután Chantal, en un laberinto fluorescente y pasar al siguiente nivel. Observó que el peludo mono estaba activo y aceptó el reto.

*****

Chantal, con su nuevo ordenador, su amiga Marie a su lado y el humo de un porro envolviéndolas a ambas, se disponía a empezar la carrera del laberinto.

—¿Estás segura? —Marie seguía sin verlo claro —ya te han sacado un montón de pasta para un supuesto viaje y de momento, ni siquiera sabes dónde vas a ir. Eso si acabas yendo a algún sitio.

—¡No seas aguafiestas, Marie! ¡Tengo ganas de divertirme y esto me parece genial! —Chantal se apartó algunas rastas adornadas con bolitas de colores y colocó el cursor del ratón en la canica. —— Fíjate, el aguilucho este, está a punto de hacer la carrera conmigo… Duncan, Duncan… ¡voy a ganarte!

Y eso hizo. Chantal se concentró en los cierres y aperturas de los caminos, agudizó los cinco sentidos, achicó los párpados sin perder las canicas de vista y en pocos segundos descubrió el patrón de aquel juego. Al llegar a la salida la primera, con una ventaja considerable, levantó un brazo en el aire y saltó de la silla.

—¡Toma ya! ¿Qué te ha parecido eso, aguilucho? —Chantal empezó a hacer el mono por el reducido espacio de la caravana, riendo a carcajadas.

—Con tu CI de 220 vas a hacer polvo a tus contrincantes — Marie aplaudía encantada; ella no lo hubiera conseguido ni en mil años, pero su amiga era inteligente que te cagas.

—En realidad era muy fácil, solo hay que fijarse un poco.

—Lo dice la sabihonda… —Marie la miró con cariño —¡para ti todo es fácil!

—No es verdad —Chantal se puso seria de golpe—. ¿Sabes qué no es fácil? Pensar en ella…

—¡Eh, cariño! —Marie se acercó a su amiga al detectar sus ojos llorosos y la abrazó—, seguro que está bien, no pienses en ello.

—Pero es que la razón por la que la di en adopción, ya no existe; ahora tengo dinero y ella sólo tiene seis meses.

—Lo sé, pero es mejor así ¿no crees?

—Ya no estoy segura, Marie. No estoy segura. Es posible que hable con la agencia, a lo mejor aún puedo recuperarla. Pero de momento no me siento con fuerzas para enfrentarme a todo lo que supone…

Las dos se quedaron en silencio, pensando en la pequeña, que en realidad ni siquiera conocían; Chantal la parió, pero no quiso verla.

Miró de nuevo la pantalla intentando distraerse y leyó.

—Mira Marie —señaló la pantalla —"*te proponemos un problema de lógica, si lo superas en veinte segundos, podrás pasar al siguiente nivel y encontrarte allí, con tus contrincantes ¿Jugamos?*"

—¡Vamos Chantal! ¡No hay lógica que se te resista! —la animó Marie, intentando que dejara atrás sus lúgubres pensamientos.

Chantal aceptó la prueba y apareció un nuevo texto en la pantalla:

"*Atendiendo una llamada anónima, la policía allana una casa para arrestar a un supuesto asesino. Solamente saben que su nombre es John y que está dentro de la casa. La policía encuentra a cuatro personas tomando una copa: una se dedica a la venta de coches, la otra trabaja en una oficina, otra en un taller de mecánica y la última trabaja en la estación de bomberos. Sin hacer preguntas, inmediatamente arrestan a quien trabaja en la estación de bomberos. ¿Cómo estaban seguros de que arrestaron a la persona correcta?*"

Sin dilación, Chantal escribió su respuesta en el recuadro inferior de la pantalla.

"*La única persona posible de llamarse John, es el bombero, el resto son mujeres*"

Al instante, una luz verde intermitente, dio paso a Chantal al siguiente nivel, dónde encontró que estaba sola. Parecía que el resto, eran algo más lentos…

*****

Kelana acababa de introducirse en ese extraño juego, que capturó en la pantalla de su primo, el día que visitó las oficinas del negocio familiar.

Le había costado bastante y tuvo que pedir ayuda a un compañero de la policía, experto en ordenadores, para que la ayudara a localizar aquella web que no podía encontrar a través de google. La guió a través de la deep web y le dio las indicaciones suficientes, para que supiera que estaba en una zona peligrosa, pero que le sería muy útil en su trabajo.

Aquel hallazgo, no hizo más que corroborar sus sospechas sobre

Demang; estaba segura de que estaba metido en negocios poco respetables y estaba decidida a descubrir sus trapicheos. Le importaba bien poco, que fueran familia. Nunca la habían tratado como tal. Las mujeres de su familia, se acomodaban sumisamente a los hombres, parecían vivir en el siglo pasado y no daban un paso sin consultarlo con sus maridos. Ella siempre había sido diferente, siempre había amado su libertad y había tenido necesidad de ser más.

El hecho de haber acabado siendo policía, solo había sido una casualidad. Fue la profesión que le dio la oportunidad de apartarse de su familia y no la desperdició. Tras muchos años de estudios, para poder trabajar desde la sombra a través de los ordenadores, ahora podía sacar sus garras y desenmascarar a su primo.

Se dio de alta en el juego con una imagen de un precioso gato persa de pelo blanco y ojos turquesa y para rellenar el campo de su nombre, sólo escribió "La Gata", no quería dejar rastro de su identidad.

Encontró un contrincante con un nombre muy escueto, tan solo unas iniciales "D.T." sobre la imagen de una exótica tarántula azul. El brillante color cobalto de la imagen, a pesar de ser bonito, no dejaba de producirle escalofríos. No le gustaban las arañas y en concreto ese licósido, era un bicho muy peludo y de largas patas.

Al participar en el juego del laberinto, Kelana tuvo la impresión de que D.T., fuera quien fuera, estaba divirtiéndose con ella. No sólo al hacer una carrera en un laberinto, sino engañándola, cómo si conociera la forma de salir rápido, pero intentara despistarla.

Tuvo la extraña impresión, de que esa araña azul, estaba tejiendo su red con el propósito de atraparla y un mal presentimiento la asaltó.

Aquel juego podía ser propiedad de su familia y no le parecía que fuera inocente. Iba a pagar por un viaje incierto, sin conocer el destino y arriesgando todos sus ahorros. Pero si con ello conseguía sacar a la luz un fraude, lo daría por bien invertido. Aunque, en ese caso, esperaba recuperarlo.

Al hacer el ingreso del dinero para su billete de avión, sin conocer ni la fecha ni el destino, el juego le respondió, con un extraño mensaje:

"*No vas a necesitar billete de avión, el punto de reunión para los concursantes es tu ciudad: Singapur*"

Kelana pensó, que ya era demasiada casualidad, que los jugadores fueran a viajar a Singapur. Seguro que estaban localizándola por su ubicación, allí nada quedaba al azar. Ya estaba casi segura, de que el creador de aquel juego, del que no conocía el objetivo, era su primo… Demang Tan. ¿Demang Tan? ¡D.T.! ¡Su

primo era la tarántula y había estado jugando con él!

—¿Qué voy a hacer, cuando debamos reunirnos en persona? —Murmuró para sí misma —no puedo presentarme y descubrir mi rol…

Su cabeza no dejó de dar vueltas al problema, buscando una posible solución. Sin encontrarla.

Quizás lo mejor fuera aparecer a cara descubierta, cuando su querido primo los reuniera y darle una sorpresa.

CAP.3 — DESTINO: SINGAPUR

—¡Mamá, necesito estas vacaciones! —Vivian seguía metiendo ropa en su maleta, mientras su madre no dejaba de incordiarla.

—¡Pero Vivian, piensa con la cabeza, por Dios! —Joanne estaba desesperada por hacer entender a su caprichosa hija, que no podía desaparecer en aquel momento —tienes varios casos abiertos, citas para juicios, reuniones con clientes… ¿Te has vuelto loca?

—Lo siento, pero necesito hacer esto ¡No puedo más! —Vivian apretó la ropa en la maleta, intentando meter otro par de zapatos —me debéis un montón de días de vacaciones. Los casos abiertos, os los podéis repartir, tampoco son tantos. Podrías pasarle algunos a Malcom, me parece que le sobra el tiempo y no hace más que utilizarlo para perseguirme.

—Malcom está muy ocupado, como todos y deberías hacerle más caso; es un buen partido —su madre se plantó delante de Vivian, consiguiendo que dejara la ropa y la mirara a la cara—. ¿Qué es lo que te pasa?

—¿De verdad quieres saberlo? —Vivian miró a su madre con inquina—. ¿Te interesa, aunque sea un poco, la respuesta? ¡Pues voy a dártela! Llevo muchos años, haciendo exactamente lo que tú y papá queréis. Seguro que ni siquiera recordáis, la ilusión que me hacía estudiar Bellas Artes o incluso Historia del Arte. Pensasteis que sólo era un capricho y que vosotros sabíais mejor que nadie lo que me convenía. Conseguisteis quitarme la idea de la cabeza a base de ridiculizarla y hacerme sentir como un bicho raro. ¡La niña tenía que estudiar derecho como sus padres, para formar parte del prestigioso bufet familiar y hacerse aún más rica, engañando a quien hiciera falta para conseguir sus objetivos! ¿Crees que representar a famosos, defender sus manías y obsesiones, apoyar sus locuras adaptando las leyes a sus deseos, es lo que me gusta hacer? ¡Lo odio! —Joanne dio un respingo sorprendida, era la primera vez que su hija le hablaba de aquella manera tan temperamental—. Ha llegado un momento, en el que mis días son idénticos unos a otros, es cómo vivir en el día de la marmota y necesito hacer algo distinto. ¡Y he decidido hacer un viaje!

—¿Te vas de viaje y ni siquiera vas a decirme a dónde vas? —no había conseguido sacarle ese dato a su hija y a Joanne le preocupaba tanto secretismo. Sobre todo porque quería a su hija de vuelta cuanto antes.

—Te llamaré cuando llegue y te diré donde estoy, es todo lo que

puedo decirte —Vivian seguía sin conocer su destino, en teoría se le revelaría en el aeropuerto.

—¿Cuántos días vas a estar fuera? —Joanne empezó a claudicar al ver a su hija tan decidida.

—No lo sé… —la seguridad de Vivian empezaba a flaquear, estaba un poco nerviosa.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No tienes billete de vuelta?

—Decidiré el día de mi vuelta, cuando lleve unos días de vacaciones. Te llamaré para informarte, te lo prometo.

—Veo que no puedo convencerte de que te quedes ¿no?

—No, lo siento —Vivian consiguió cerrar la maleta y se acercó al tocador para coger una pulsera y su colgante amuleto del árbol de la vida, cerrando la cadena alrededor de su cuello.

Se miró al espejo y el árbol de oro y pequeñas esmeraldas, produjo un destello con la caricia del sol que entraba por la ventana.

—He de estar en el aeropuerto en una hora, si no te importa no quiero llegar tarde —Vivian acompañó a su madre a la puerta, dando por finalizada la incómoda conversación.

—Espero que pienses con la cabeza y no tardes demasiado en volver. Has de saber que te has convertido en una pieza indispensable para el bufet.

—¡Oh, madre, un halago! —Vivian se llevó la mano al pecho, como una damisela afectada—. ¡Y pensar en lo que hubiera dado por él hace unos años! Pero ya no. No vas a convencerme adulándome, es algo que tengo superado.

—¡Cada día eres más impertinente! ¡Pareces una niña malcriada! —su madre salió del piso cerrando la puerta con delicadeza, consiguiendo a pesar de todo, que el clic del cierre sonara como un portazo.

Aunque su madre nunca se rebajaría hasta ese punto, era demasiado refinada; no iba a despeinarse por muy enfadada que estuviera.

Vivian respiró hondo, se puso una chaqueta ligera, se colgó el bolso en modo bandolera, cogió la maleta trolley en una mano y en la otra el maletín con su portátil. Se despidió mentalmente de su habitación preferida cerrada con llave y bajó a coger un taxi que la llevara al aeropuerto.

No encontró demasiado tráfico y una vez entró por las puertas correderas de la entrada principal, se dirigió al mostrador que le habían indicado en el juego. Detectó los lavabos y entró sin vacilar, pero con los nervios a flor de piel. Tuvo un momento de indecisión al encontrarlos vacíos y estuvo a punto de salir corriendo y volver a coger un taxi en dirección a su casa. Pero un espíritu aventurero

que no sabía que tenía, la empujo a quedarse allí esperando el próximo paso, que no tardó nada en llegar. Una anciana entró apoyada en un bastón, la miró tras unos cristales de alta graduación y repasó su cuerpo de arriba abajo.

—¿Vivian?

—Sí, soy yo —notó un ligero temblor en su voz y tragó saliva.

La anciana, sacó el billete de avión de su bolsillo y se lo entregó.

—Puerta 28, el avión sale a las 17:35

—Gracias —Vivian cogió el sobre que le tendía—, ¿puedo preguntarle algo?

—No —y sin más dilación, se dio la vuelta y salió por la puerta con rapidez.

Cuando Vivian salió tras ella, miró hacia ambos lados, pero no pudo verla. Abrió el sobre y leyó el destino de su vuelo: Singapur.

¡Vaya! Su viaje no iba a ser poca cosa. Hizo una búsqueda en su móvil y comprobó que la distancia desde L.A. era de más de 14.000 kilómetros y su vuelo de 17 horas y 6 minutos. Se sintió cansada solo de pensarlo. Pero ella había decidido lanzarse a aquel juego y su vida necesitaba un cambio, o sea que se resignó a su suerte y se dispuso a disfrutarlo. Intentaría dormir durante el vuelo para no llegar agotada a su destino. Un destino del que lo desconocía casi todo. Lo único que había encontrado junto al billete de avión, era un papel con una dirección, que suponía sería la del hotel. Por precaución le envió a su amiga Ida un mensaje con su destino.

*****

Jeremy tenía su maleta a punto. Antes de salir en dirección al aeropuerto, hizo una llamada con su móvil.

—Hola, soy yo. Salgo ahora mismo. Ya sabes que no tengo ni idea ni de la hora del vuelo, ni del destino.

—No te preocupes, estaré allí.

—De acuerdo, te dejo, me espera Patrick fuera con el coche.

—Hasta pronto, ve con cuidado y sobre todo recuerda mis indicaciones. Recuerda que no sabemos cuanta gente está implicada en esto.

—Tranquilo Dexter, lo haré.

Jeremy colgó y salió fuera. Patrick estaba apoyado en el coche, con cara de malas pulgas; el ceño fruncido y los brazos cruzados en posición defensiva.

—¿En serio vas a seguir adelante con esta locura? —Patrick estaba realmente cabreado. Apreciaba mucho a Jeremy y aquel viaje no le gustaba ni un pelo.

Jeremy le había explicado y mostrado, el extraño juego en el que se había registrado, las normas, la pasta que había soltado y ese

viaje, que le parecía una trampa descarada.

—Patrick, ya te he contado lo que ocurre. Sabes que necesitaba un cambio, que mi vida se estaba volviendo aburrida y me faltaba un estímulo. ¡Pues lo he encontrado y voy a seguir adelante! No es tan difícil de entender.

—Al menos deberías dejar que fuera contigo —Patrick seguía sin entender aquella imprudencia.

—Ya te he explicado las normas, los jugadores hemos de viajar solos a nuestro destino.

—¡Normas estúpidas que no entiendo! ¡Te estás metiendo en la cueva del lobo! ¡Prométeme al menos, que en cuanto subas al avión, me dirás a dónde coño te diriges!

—Lo haré —Jeremy abrió la puerta del copiloto —sabes que puedes ponerte en contacto con Dexter cuando quieras. Ahora vamos al aeropuerto, he de estar allí a las cinco.

En cuanto Jeremy salió de su coche al llegar, dio instrucciones a Patrick de que volviera a casa, no quería que se quedara allí con él. Algún contacto, no sabía quién, debería entregarle su billete y era probable, que si lo veía acompañado, se echara atrás.

Revisó la gran entrada del aeropuerto JFK y caminó más de ochocientos metros hasta dar con el punto de encuentro. Se trataba de un Starbucks de enormes dimensiones. Hizo cola para pedir un café solo mientras miraba a su alrededor. Había tanta gente, que era imposible imaginar quién sería la persona que le daría su billete. ¿Y si todo era una tomadura de pelo y allí no aparecía nadie?

Como vio una mesita libre en un rincón, se acercó para sentarse a esperar. No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo. Un joven de aspecto rapero, con una gorra de visera invertida y una sudadera gigante se sentó delante de él, a la vez que dejaba un sobre blanco sobre la mesa.

—Buen viaje, *mister* —Y se levantó al instante.

—¡Espera! —Jeremy quería entretenerlo —dime al menos tu nombre.

El chaval lo miró extrañado.

—¿Para qué? Un tío me acaba de pagar veinte dólares para darte el sobre, no quiero saber nada más, tío. —Y se marchó casi corriendo.

Jeremy abrió el sobre y se quedó mirando su destino con los ojos como platos: ¡Singapur! Salida de su vuelo a las 19:05

Hizo una búsqueda en internet: más de 15.000 Km. y dieciocho horas y media de vuelo, todo un record. Vibró su móvil, miró la pantalla y contestó.

—Dime.

—Tengo las fotos, todo en orden.

—No van a servirte de nada, sólo era un chaval al que le han dado unos dólares para que me entregara el billete.

—No me refiero al chico, sino al que le ha pagado. También llevaba visera, pero lo he podido coger bastante bien. Llevaba perilla y un aro en la oreja izquierda. Seguiremos en contacto, buen viaje Jeremy.

—Hasta pronto.

*****

Duncan volvió a mirar su reloj de pulsera. Llevaba casi catorce horas de vuelo y aún le quedaban casi tres más. No estaba demasiado seguro de qué estaba haciendo allí. Se había dejado arrastrar por un impulso poco propio de él y tal como iban pasando las horas, empezaba a arrepentirse de haberse lanzado a la aventura, cuando nunca había sido un aventurero.

Un aliciente. Eso había sido. Su vida se había tornado estresante, pero aburrida. Sus negocios llenaban sus días de reuniones, llamadas, estrategias… pero siempre acababa siendo más de lo mismo. La falta de algo que realmente le llenara o le diera algo distinto a las posesiones materiales, lo había hastiado lo suficiente, para hacerle dar un paso… ¿en falso? No podría asegurarlo, quizás aquella locura momentánea, se convirtiera en toda una aventura.

A Megan sólo le había dicho que tenía un viaje de negocios. Como en realidad viajaba mucho, ella no le había dado mayor importancia. Había estado cavilando sobre su situación y había llegado a la conclusión de que necesitaba un cambio. Su vida entera necesitaba un giro. Primero vería de que iba ese juego en el que se había metido y cuando volviera hablaría con Megan y dejarían esa relación que no les aportaba nada desde hacía mucho tiempo.

Duncan pensó que aún era demasiado joven, como para caer en un noviazgo que a aquellas alturas ya le resultaba aburrido. Solo tenía treinta y tres años y debería aspirar a algo mejor. Megan era bella y rica. En un principio, eso le había atraído mucho, lo veía necesario para conseguir el estatus que quería, para olvidar sus inicios, para borrar de sus recuerdos de niñez, la pobreza y las estrecheces con las que había vivido. Pero ya no. Había llegado mucho más lejos de lo que había imaginado nunca y ella ya no le hacía falta. Podía tener a quien quisiera. No era que la hubiera utilizado, sino que lo habían hecho mutuamente.

Perdido en sus pensamientos y dejando vagar la vista sobre las nubes, pasaron las horas y se escuchó a través de los altavoces, el aviso de que aterrizarían en pocos minutos.

*****

Chantal bajó de su avión, todavía con los ojos algo hinchados por las horas que llevaba durmiendo. Le había dado el tiempo justo de pasar por el lavabo para refrescarse un poco y tirarse agua fría en el rostro. Arrastraba una pequeña maleta reluciente y nueva, que no había sido necesario facturar. A pesar de no saber cuándo volvería a París, sólo llevaba unas cuantas camisetas y vaqueros, un neceser con lo justo para cuidar sus rastas, maquillarse y poco más.

Sacó el papel dónde llevaba apuntada una dirección. Cogería un taxi, aquella ciudad era del todo desconocida para ella y no quería perderse. Había tanta gente alrededor del aeropuerto, que se despistó y no era capaz de localizar ningún taxi, hasta que se dirigió a una calle menos congestionada. Levantó la mano al ver llegar uno, que pasó de largo y paró ante un hombre pelirrojo muy alto, que estaba cerca de ella.

—¡Eh! ¡Ese taxi era mío! —se encaró con aquel tipo sin pensarlo un segundo, hablándole en su idioma—. ¡Yo estaba primero!

—Perdona chica, creo que el taxista no te ha visto —el pelirrojo le contestó en francés con un marcado acento inglés—, tengo prisa, si quieres podemos compartirlo ¿A dónde vas?

Chantal miró su papel frunciendo el ceño, no conocía nada de la ciudad.

—Creo que he de ir a un lugar llamado Hernesaari… —Chantal miró a los ojos azules del pelirrojo, mientras el taxista se impacientaba —pero no tengo ni zorra idea de dónde está, acabo de llegar.

El pelirrojo sonrió y miró su papel, sin dar crédito a la casualidad.

—Pues debe ser un lugar muy concurrido, yo también he de ir a Hernesaari y tampoco sé dónde está.

Abrió la puerta del coche y dejó pasar a Chantal primero. Ésta tuvo un momento de vacilación, pero decidió que un taxi era demasiado valioso en aquel momento. El alto pelirrojo con expresión arrogante, o eso le pareció a Chantal, dio la dirección al taxista que puso el coche en marcha.

—¿Puedo saber tu nombre? ¿Eres francesa?

—Me llamo Chantal y soy de París —le contestó en un perfecto inglés. Si algo se le daba bien a Chantal, entre muchas otras cosas, eran los idiomas.

—¿Chantal? —Duncan frunció el ceño—. ¿De qué me suena ese nombre?

—Y el tuyo es… —Chantal agarró una de sus largas rastas y empezó a darle vueltas a los adornos de colores.

—Duncan, me llamo Duncan.

La memoria de Chantal era infalible y enseguida supo de qué le

sonaba a ella aquel nombre, pero no dijo nada.

Por lo que parecía ambos iban al mismo sitio y estaban metidos en el mismo juego. Así que aquel tipo era el aguilucho del juego… vaya, vaya… ¡que interesante!

*****

Tanto Vivian cómo Jeremy, cada uno por su lado, se hallaban en aquel momento en sendos taxi, llegando a un lugar llamado Hernesaari. Llegaron con pocos minutos de diferencia.

Vivian se sorprendió al ver que aquel lugar era un helipuerto. ¿Iba a viajar en helicóptero? ¿Dónde narices se había metido? Aquella aventura le estaba empezando a dar dolor de cabeza. Pero recordó la decisión que había tomado, respiró hondo y se dispuso a continuar; se suponía que hacía aquello para cambiar de aires.

Jeremy salió de su taxi, echó un vistazo a su alrededor, un poco alucinado al darse cuenta de dónde se encontraba. Su vista se quedó anclada en una rubia despampanante, con una melena muy rizada y un rostro digno de una obra de arte. La recorrió de arriba abajo y fue consciente del momento justo en el que ella se fijó en él. Sus miradas quedaron conectadas de una forma extraña, como si no pudieran despegar la vista uno del otro… atracción instantánea y fulminante.

Vivian se distrajo de su entorno, al fijar la vista en aquel espécimen de hombre, que a pesar de estar a unos cuantos metros, se había convertido en un imán del que no podía desprenderse. Alto y moreno, con unos ojos cómo el azabache y una brillante mirada profunda e incisiva, que la estaba diseccionando y provocándole un escalofrío que recorrió su espalda.

Interrumpió aquella fascinación repentina, un piloto que se acercó a Vivian para preguntarle su nombre. En unos minutos, había reunido a cuatro personas con sus maletas y los llevaba hacia un enorme helicóptero.

CAP.4 — UN VUELO SINGULAR

Una vez dentro del helicóptero y en pleno vuelo, los cuatro viajeros, se presentaron entre sí y se reconocieron por los iconos que habían puesto en el juego de la deep web. Habían intentado sacarle algo de información extra al piloto, pero éste los había esquivado ágilmente al decirles que solo hablaba malayo, dato que ninguno de ellos se creyó.

—¿No ponía en las instrucciones que debíamos ser seis jugadores? —preguntó Vivian.

—Creo que con cuatro bastaba, era el mínimo. Cómo parece que venimos de cualquier parte del mundo, a lo mejor hay más y llegan más tarde o ya nos esperan —contestó Jeremy, mirando a los verdes ojos de Vivian, a la que tenía al lado.

Frente a ellos, sentados todos lateralmente en el interior del helicóptero, se hallaban Duncan y Chantal.

—Si, de momento, dos americanos y dos europeos —comentó Duncan —aparte de estas curiosidades ¿alguien sabe algo más de este juego, que lo que hemos podido leer por internet?

—Creo que todos estamos igual —contestó Chantal —y que debemos estar un poco locos por meternos en este lío, pero me da bastante tranquilidad haberme encontrado con gente normalita, creo que aquí la más rara soy yo.

—Todos hemos pagado bastante por meternos aquí y yo al menos, no se cual es el premio del juego, la verdad —dijo Vivian —necesitaba un cambio y me pareció atractivo embarcarme en una aventura.

—¿No te planteaste que podría ser peligroso? —preguntó Jeremy.

—Supongo que tanto cómo tú —Vivian lo miró levantando una ceja —pero aquí estamos…

—Así que el nombre de Chantal que tanto me sonaba, era el gracioso orangután del juego —comentó Duncan—. ¿Quién hubiera dicho que tras ese pelaje rojizo de primate, se escondía una cara tan bonita?

—¡Oye, pelirrojo! A mí no me vengas con cursiladas ¿vale? —Chantal lo miró como si viniera de otro planeta—. ¿Tú de dónde has salido?

—Perdón *mademoiselle* —Duncan soltó una risilla divertido con aquella descarada, mientras Vivian y Jeremy seguían su conversación—. Ya te he dicho que vengo de Edimburgo. Costa este

de Escocia, para más información.

—Me refiero a qué te dedicas, tienes pintas de estar forrado y pareces un tío de esos de clase muy alta, de alta cuna, vaya.

—Hablas demasiado, pequeña… te resultaría chocante descubrir la cuna en la que nací —Duncan la miró largamente, sintiendo curiosidad por aquella cría que no parecía pasar de los veinte — aunque si te refieres a mi ocupación, soy marchante de arte.

Esa información llamó rápidamente la atención de Jeremy.

—¿Arte? —Interrumpió —es uno de mis temas preferidos. ¿Qué haces exactamente?

—Las subastas son mi primera ocupación —en realidad los negocios encubiertos de obras robadas o falsificaciones, eran su mayor actividad, pero no iba a contarles los detalles a aquellos desconocidos.

—¡Qué interesante! Suelo acudir con asiduidad, tengo una pequeña colección.

—Qué curioso… —intervino Vivian —a mí también me interesa, aunque no me dedico a coleccionar piezas, solo tengo algunas escogidas. Pero adoro los museos y las exposiciones.

—¿Será casualidad que a todos nos interese el arte? —Jeremy intentaba buscar un nexo de unión entre ellos.

—¿Y qué mierda pinto yo en esto? —Chantal se sentía desubicada entre aquella gente tan pija, que desprendía olor a dinero. Claro, qué pensándolo bien, ella también tenía mucho —yo creo que toda esta historia, la han disfrazado de juego para robarnos, aquí el tema común a todos, es la pasta ¿no?

—¿Tú eres rica? —Duncan puso una expresión muy escéptica, fijándose en sus rastas.

—¡A ti te lo voy a contar! —Chantal arrugó la nariz como si algo oliera mal —el caso es que estoy aquí y he pagado como todos ¿no?

Antes de que nadie más abriera la boca, el helicóptero dio una sacudida y descendió varios metros de golpe. A todos sin excepción, les dio un vuelco el estómago. A pesar de ir sujetos con cinturones de seguridad, todos se envararon, miraron a su alrededor y un grito más o menos ahogado, salió de sus gargantas. El susto fue monumental.

—¡Oiga! —Gritó Duncan al piloto, del que ni siquiera sabía el nombre—. ¿Hay algún problema?

En respuesta, el hombre solo levantó una mano y soltó una retahíla de palabras, supuestamente en malayo, que por supuesto nadie entendió.

—¡Qué susto, por favor! —la voz de Vivian sonaba temblorosa, el corazón le seguía latiendo a un ritmo endiablado.

Antes de que consiguieran calmarse, el helicóptero volvió a

perder altura con brusquedad, a la vez que se bamboleaba peligrosamente. Los ocupantes, empezaron a gritar al piloto todos a la vez, aquello los estaba asustando de verdad. ¿Ese iba a ser el final del viaje? Si aquel monstruo volador, se estropeaba a aquella altura y se estrellaba, morirían sin remedio.

Vieron cómo el piloto se colocaba unos auriculares y hablaba por radio a gran velocidad en aquel idioma desconocido. Aunque su tono era claramente de S.O.S, el hecho de no entender ni una palabra, no les daba ninguna tranquilidad.

—¡Mirad! —Jeremy señaló al exterior y todos pudieron ver como las llamas aparecían por el lado derecho del helicóptero—. ¡Tenemos un incendio!

Todos miraron por las ventanas. Estaban a mucha altura y las llamas asomaban a poca distancia, como si el incendio se hubiera generado en los bajos del aparato.

Fue un momento de tensión extrema y cada uno tuvo que enfrentarse a la posibilidad de no salir vivo de aquella locura.

Vivian, mareada por la fuerte impresión, cerró los ojos con fuerza y casi sin darse cuenta se agarró al brazo de Jeremy, que rodeó sus hombros. En unos segundos, pensó en que iba a morir y supo, sin lugar a dudas, que su vida había sido la equivocada, que la había desperdiciado obedeciendo y dejándose manipular, en vez de llevar las riendas y dedicarla a ser feliz. O al menos, a intentarlo. Fue como pasar una película a cámara rápida de recuerdos en distintas etapas de su vida. Le vino a la mente su habitación secreta, sus lienzos y sus pinceles. Lo único que había hecho era robarle momentos a su existencia, para dedicarlos a lo que de verdad la llenaba. Había dejado que los demás mataran sus sueños. Interiormente, se prometió a sí misma, que si volvía a casa, aquello iba a cambiar… contando con que en los próximos minutos siguiera viva. Creyó que estaba gritando, pero fue consciente de que solo era un pensamiento, un alarido incontenible que luchaba por salir de su interior sin conseguirlo, quedándose atorado en su garganta. Las lágrimas caían por sus mejillas, sus ojos seguían cerrados y seguía agarrada a aquel brazo, como si fuera un salvavidas.

Jeremy cada vez apretaba más los hombros de aquella belleza a la que acababa de conocer, con un instinto de protección que le nacía de dentro. Era posible que en unos minutos más, su cuerpo acabara masacrado en el suelo de una ciudad extraña, mezclado con el del resto de sus compañeros de vuelo. No era un pensamiento alegre. Era demasiado joven para morir. Justo cuando creía que iba a hacer algo distinto, algo que le diera un nuevo aire a su vida, aparecía aquella mujer que lo había dejado fuera de combate al primer vistazo. Tenía algo que le atraía de una forma especial; una

mirada algo triste, unos ojos verdes llenos de secretos por descubrir. Solo al verla y después en la breve conversación, tuvo la sensación de haber encontrado un tesoro, una parte de él mismo, una oportunidad. Era difícil de explicar… ¿Era aquello lo que la gente llamaba un flechazo? ¡Pues poco le iba a durar! Nunca había querido atarse a ninguna mujer, pero aquella sabía que podía hacerle cambiar de opinión… era cómo si la reconociera por haberla soñado y la iba a perder antes de conocerla. El helicóptero daba unas vueltas extrañas sobre sí mismo y las llamaradas seguían a la vista por el flanco izquierdo; aquel trance parecía el fin. El miedo se imponía y le robaba la capacidad de pensar en nada más.

Duncan se llevó las manos a la cara y apoyó los codos en las rodillas, intentando respirar con normalidad. Enterró los dedos entre el espeso cabello y se masajeó el cuero cabelludo. Solo era capaz de pensar, que si moría tan joven, toda su lucha desde que era un crío, se iba a convertir en cenizas, como su propio cuerpo. ¿De qué había servido amasar una fortuna, si no había sido capaz de disfrutarla? ¿Los millones de horas empleadas en sacarles el mayor rendimiento a sus inversiones, se los iba a llevar a la tumba? ¿Cómo de absurda resultaba su propia existencia? ¡No quería morir! Pero aquel trasto no tenía visos de ir a salir entero de aquel estúpido viaje. ¿De verdad aquel podía ser el final? Notó una pequeña mano en su espalda, que subía y bajaba en una caricia suave y fue consciente de que estaba llorando cómo un bebé. Una nueva sacudida le hizo levantar la cabeza y clavar los ojos en los grises de Chantal, que contra todo pronóstico le sonreía.

—¿Hay algo que te parezca gracioso? ¿Es que tienes alas y vas a salir volando de aquí? —Duncan le hizo la pregunta chillando y sus compañeros de viaje también la miraron.

Chantal asintió y siguió sonriendo.

—Chicos, creo que nos están tomando el pelo —señaló hacia la ventana —si ese fuego fuera real, notaríamos un calor extremo en el interior y este trasto ya habría explotado. El capullo del piloto, ya nos habría avisado de que nos pusiéramos esos paracaídas que hay camuflados sobre vuestras cabezas y dejaría de hablar por una radio que no está conectada.

—¿Cómo sabes eso? —Jeremy miró hacia el piloto, no demasiado convencido.

—Conozco los paneles de los helicópteros, soy una friki de los simuladores de vuelo y os digo que la radio no está en marcha. Igual que estoy segura de que el piloto entiende el inglés perfectamente y que el idioma malayo que en teoría está hablando, no lo es. Está hablando en mandarín. Dejar de angustiaros, solo había que fijarse en los detalles, esto no es real, es un maldito

simulacro. ¿No queríais vivir una aventura? ¡Pues creo que el juego ha empezado y nadie nos ha avisado!

Vivian, Jeremy y Duncan miraban con la boca abierta a Chantal, mientras el helicóptero seguía dando algunos tumbos, aunque con menor intensidad.

—¿Sabes mandarín? —a Vivian no se le ocurrió preguntar otra cosa, mientras intentaba creer en las palabras de aquella chica con pinta de pordiosera y unos preciosos y sabios ojos grises delineados de negro.

—Tengo nociones de muchos idiomas, ya os lo explicaré en algún momento, ahora creo que es hora de decirle al piloto que deje de jugar con nosotros.

No hizo falta. El piloto, en un perfecto inglés, se dirigió a ellos por un altavoz.

—¡Muy bien, pequeña Chantal! —una carcajada que les puso el vello de punta, resonó dentro del aparato —has sido la ganadora de esta prueba, sin ninguna duda. ¿Preparados para llegar al hotel? Estaremos allí en cinco minutos.

El fuego simulado había desaparecido, el helicóptero volaba sin problemas y el bombeo de los corazones de los tripulantes se fue ralentizando poco a poco. A la vez que aumentaba el cabreo de al menos tres de los cuatro viajeros. Chantal seguía sonriendo, divertida.

CAP.5 — NUEVAS NORMAS

La llegada al hotel, fue espectacular. Aterrizaron en la extensa azotea del rascacielos, dónde un circulo blanco y una gran “H”, indicaba al piloto dónde debía tomar tierra.

En cuanto bajaron del helicóptero y pusieron los pies en el suelo, el piloto se acercó a los viajeros, que lo seguían mirando con desconfianza e inquina.

—Bienvenidos al Hotel Pacífic, uno de los mejores de Singapur —por primera vez el piloto les brindó una sonrisa —me llamo Demang Tan y soy vuestro anfitrión en este juego, del que soy también el creador.

—Quizás sería hora de saber cuál es el premio para el ganador —contestó Duncan —después del susto que nos has dado, tenemos derecho.

—¡Oh! El dinero y las posesiones no lo son todo, Duncan —contestó Demang —todos vosotros habéis seguido vuestros instintos, quizás un impulso, o sólo os habéis dejado guiar por la curiosidad. Sea como sea, no habéis podido resistiros al reto de un juego distinto. Vuestras motivaciones deben ser diferentes, pero cuando volváis a vuestras ciudades, os conoceréis mejor a vosotros mismos, de eso no cabe duda. No hay nada como las situaciones límites, para descubrir de qué pasta estáis hechos en realidad.

—Yo no he venido hasta aquí, para que me psicoanalicen, la verdad —Jeremy lo miró con mala cara.

—Seguro que no, pero es posible que necesitaras darle un giro a tu vida y te prometo que lo harás. Viajar hasta aquí y jugar, ya vale el dinero pactado.

—¿Y el simulacro en el helicóptero? —A Vivian aún le temblaba la voz —¡A mí no me ha parecido gracioso en absoluto!

—Aún no has tenido tiempo, preciosa gacela, pero deberías reflexionar sobre lo que te ha hecho sentir enfrentarte con la muerte cara a cara. Normalmente una experiencia así nos hace mirarnos al espejo. Tómate un momento de reflexión y piensa en ello, no somos inmortales y en cualquier momento todo puede cambiar.

—Yo sigo pensando —intervino Chantal —que aquí el objetivo es sacarnos a todos un buen montón de pasta. Ya que voy a pagar lo que me toque, espero que los retos sean realmente difíciles, no quiero aburrirme.

—Todo es demasiado fácil para ti ¿No, pequeña Chantal? Una chica, demasiado lista… Veremos si en unos días sigues pensando lo

mismo.

—¿No debíamos ser seis los participantes? —Preguntó Duncan —¿O lo entendí mal y solo hemos de ser cuatro?

—Seis si me contáis a mí también. Quiero algo de cada uno de vosotros, si no superáis las pruebas. El sexto participante es de aquí y llegará en breve al hotel.

—Eso no parece muy ecuánime, tendrás ventaja —Jeremy lo seguía mirando con el ceño fruncido, aquel tipo no le gustaba mucho—. ¿Qué puedes querer de nosotros aparte de nuestro dinero?

—Cómo le he dicho a Duncan, el dinero no lo es todo. No voy a participar, cómo es lógico. Pero estaré con vosotros; aún no conocéis todas las normas.

—¿Más normas? —Saltó Chantal—. ¡Odio las normas! He venido a pasarlo bien, no a que me digan lo que puedo y no puedo hacer.

—Tranquila, todos los juegos han de seguir unas reglas, en cuanto llegue el sexto participante, nos reuniremos y os informaré.

Demang hizo un gesto para que se dirigieran hacia una puerta, que con seguridad conectaba con los ascensores.

—¿Y nuestras maletas y bolsos? —A Vivian no le gustaba separarse de sus pertenencias.

—No os preocupéis, os las llevarán en unos minutos a vuestras habitaciones, vamos.

*****

Para sorpresa de todos, tenían reservadas sus habitaciones en la planta más alta del hotel, justo bajo la azotea. Ellos en teoría eran seis, pero el resto de habitaciones del total de treinta por planta, estaban vacías.

Demang les repartió las tarjetas personalizadas con el icono que habían escogido en el juego para abrir las puertas y les indicó la zona del ala izquierda dónde se encontraban.

—Al final de ese pasillo encontrareis vuestras habitaciones. Mientras os llevan vuestros equipajes a las suites, os ruego me acompañéis a la sala de reuniones, dónde deberíamos encontrarnos con el sexto jugador, quizás ya nos espere. Os informaré de los próximos pasos y de las normas que aún no conocéis.

Todos estuvieron de acuerdo y siguieron a Demang. Llegaron a unas puertas dobles que parecían blindadas y que se abrieron a través de un sensor de huellas digital y otro de movimiento de ojos.

Jeremy no dejaba de fijarse en todos los detalles, tenía la sensación de estarse metiendo en la boca del lobo y hacía listas mentales de todo lo que veía. Le urgía hacer una llamada.

Entraron en la sala, dónde sentada en la cabecera de una enorme mesa ovalada, se encontraba una mujer menuda de rasgos asiáticos, melena larga, negra y lacia y mirada afilada, que se quedó inmóvil en la persona de Demang. Una sonrisa burlona apareció en las comisuras de sus labios.

—¿Kelana? —Demang se frenó en seco—. ¿Cómo has entrado?

—Hola Demang, te dije que nos veríamos pronto. ¿No lo adivinas? Yo soy la jugadora que faltaba… "La Gata" ¿recuerdas? —Kelana se levantó de su asiento y se acercó—. Me ha acompañado Seung, uno de tus lacayos con acceso a esa puerta tan bien custodiada.

—No deberías estar aquí —Demang la miraba con el ceño fruncido, apretando los dientes—. Buscaremos otro jugador, tú debes irte.

Los jugadores seguían las palabras entre aquellos dos, sin entender nada. Principalmente porque estaban hablando en malayo. Pero allí había una tensión mal disimulada.

—Voy a quedarme Demang, he pagado como el resto y tengo derecho a jugar.

—Tú no quieres jugar y ambos lo sabemos, solo estás aquí por mí.

—En eso tienes razón; tú y yo tendremos otro juego, seremos el gato y el ratón… voy a destapar tus negocios sucios, primo. Y lo haré jugando. Vigila tus espaldas y no te pases con estos pobres ilusos.

Unos segundos de tenso silencio, siguieron a aquel incómodo intercambio de palabras y miradas cargadas de aversión. Demang finalmente, la presentó a sus competidores en un perfecto inglés y entregó a su prima la tarjeta de su habitación.

—¿Podéis sentaros por favor? Quiero explicaros algunas cosas —cuando Demang vio que tenía la atención de todos, prosiguió—. Ante todo quiero daros la bienvenida, habéis sido muy valientes llegando hasta aquí. Durante el tiempo que dure el juego, vais a vivir en un mundo creado especialmente para vosotros, una especie de *scape room* os espera en cada una de las habitaciones de esta planta, cerrada especialmente para ello. Habéis venido hasta aquí buscando retos, cambios, sorpresas… y eso vais a tener. Es posible que algún día tengamos que salir también al exterior. Y lo más importante: debéis estar desconectados de todo, olvidaros de la tecnología, de las redes, nada de móviles, tabletas o portátiles. Internet se ha acabado para vosotros hasta la vuelta a casa. Tampoco hay teléfono en las habitaciones, solo podríais usar uno en caso de urgencia.

Antes de que Demang continuara con su discurso, todas las

voces se alzaron contra aquel aislamiento digital.

—¡No vas a dejarme sin mi móvil!...

—¡No voy a entregarte mi portátil!...

—¡No voy a estar desconectada del mundo! ¡Ni hablar!...

—¿Pero tú de qué vas?...

Demang alzó las manos para hacerlos callar. La única que no había abierto la boca era Kelana, que miraba a su primo como si lo fuera a taladrar.

—¡La experiencia que promete el juego, os ha de aislar del resto del mundo! La cuestión radica en encontrarse a sí mismo, en conocerse y definir los límites.

—En ningún momento se nos ha explicado cuál es el objetivo del juego, solo promete retos y algo divertido —contestó Duncan —yo ya me conozco lo suficiente.

—¿Eso crees Duncan? ¿Alguna vez habías reflexionado sobre cómo reaccionarías ante la inminencia de la muerte? ¿Lo has hecho cómo pensabas, llorando como un bebé?

—¡No lo sé! —El pelirrojo dudó un momento—, ¡pero lo que tengo claro es que no he venido aquí para quedarme incomunicado!

—Pues es una condición indispensable. Os doy una última oportunidad. Quién no quiera atenerse a las reglas, puede marcharse ahora mismo. Le buscaré un billete de vuelta hacia su país y aquí termina todo. Quién decida quedarse, puede dejar su móvil sobre la mesa antes de ir a su habitación. Por supuesto, se os devolverá intacto al finalizar el juego.

Jeremy y Vivian se miraron, como si buscaran la respuesta en el otro. Él pensó que no abandonaría aquella ciudad por varias razones, entre ellas aquella mujer que necesitaba conocer y ella no quería volver a casa ni al bufet bajo ningún concepto, aparte de la curiosidad que le suscitaba aquel hombre.

Duncan estaba a punto de rendirse y volver a casa, pero lo frenó la voz de Chantal.

—No pasa nada en realidad, voy a demostrarme a mí misma, que puedo vivir unos días sin móvil —lo sacó de un bolsillo del pantalón holgado que llevaba y se lo entregó a Demang —eso sí, tío, lo quiero de vuelta sin rasguños y con la batería cargada ¿vale? Se desbloquea con mi huella digital. Si intentas forzarlo, no vas a encontrar absolutamente nada interesante, aparte del contacto que me pasa la maría, o sea que ni lo intentes.

Duncan miraba a la chica y no pudo por menos que reír al escucharla. Le encantaba la forma en que se tomaba las cosas, aparte de la inteligencia que les había demostrado en el helicóptero. Esa chica pensaba con la cabeza, por mucho que su imagen estrafalaria resultara chocante para él. Con esos ojos maquillados en

exceso, los tatuajes que asomaban en los brazos y el cuello y las rastas recogidas en una cola que parecía un surtidor multicolor, seguramente era la más lista de todos.

En un impulso, dejó su móvil sobre la mesa.

—De acuerdo, sigo aquí —señaló con el índice a Demang — guarda bien mi móvil.

—Yo también me quedo —Jeremy entregó el suyo.

—Y yo —Vivian sacó el suyo del bolso.

—¿Kelana? —Demang se dirigió a su prima, sabía que aquello sería difícil para ella si estaba trabajando, que es lo que suponía.

—De acuerdo —contestó Kelana— no te vas a librar de mí tan fácilmente.

El último comentario lo hizo en malayo, para no alertar al resto, ya hablaría con ellos en su momento. Mejor de uno en uno.

—Debéis estar cansados del viaje, hoy se os hará llegar la cena a vuestras suites. Mañana empezaremos a jugar.

*****

Jeremy estaba acabando su cena y bebiendo una copa de vino. La suite era muy grande, con un salón muy moderno y confortable, un bar y una nevera bien surtidos y una habitación y un baño cómodos a la vez que lujosos. Los grandes ventanales y la altura del piso en el que se encontraban, seguramente a casi trescientos metros de altura, ofrecía una vista impresionante de la ciudad de noche. Millones de luces, letreros luminosos, haces de luz y al fondo, el reflejo de la luna rielando sobre el mar en calma.

El silencio lo rodeaba y pensó que era buen momento para hacer una llamada. Antes de la cena, un ayudante de Demang había pasado por las habitaciones a recoger los portátiles y las tabletas.

Acabó su copa de vino, se levantó y empezó a inspeccionar la habitación. Revisó todos los rincones, miró bajo la cama, en el baño, en el armario, en los techos y los cajones. Pasó las palmas de las manos sobre las superficies y vació un par de jarrones de sus flores artificiales.

Abrió su maleta, buscó un bolsillo camuflado en un lateral, abrió la cremallera y extrajo otro móvil. Estaba apagado y la batería no estaba puesta, para que no pudiera ser localizado. Lo montó, lo desbloqueó y marcó el número que se sabía de memoria.

—¡Ya era hora! —escuchó la voz de Dexter y se echó a reír.

—Todo está bien, no te preocupes.

—Has tardado un milenio en llamar, me tenías preocupado ¿Has revisado la habitación?

—Sí, está limpia.

—Bueno, explícame con detalle cómo ha ido todo.

Jeremy le explicó a su amigo los detalles del viaje desde su salida, el atropello en el helicóptero y las condiciones para seguir en el juego.

—¿Y el resto siguen ahí también? ¡Vaya grupo de valientes! Una persona normal ya hubiera dado media vuelta.

—Lo sé, no los conozco, pero he podido intuir algo en ellos. Creo que somos un grupo de personas que han perdido el rumbo, que se sienten hastiados, que necesitan cambios o sencillamente, que se han vuelto locos. Y me incluyo en esa categoría.

—Tú no estás loco, me estás ayudando a mí.

—Por eso precisamente lo digo, tío.

—Hemos de estar en contacto, he de saber que estás bien y necesitaré toda la información que me puedas dar. Vamos a quedar en que me llamarás cada día a esta hora… la una de la madrugada. Si pasan más de veinticuatro horas y no has contactado, tenemos un problema ¿ok?

—De acuerdo, Dexter. Dile a Patrick que estoy bien, se preocupa demasiado.

—Lo haré. Desmonta el móvil y sobre todo escóndelo bien, nadie debe encontrarlo. Hablamos mañana.

*****

Vivian estaba inquieta. Su suite, supuso que como las del resto, era impresionante. Estaba acostumbrada al lujo, pero la altura a la que se encontraba, la noche luminosa a través de los ventanales y una cierta melancolía, le estaban dando a aquella estancia un ambiente singular.

Mientras tomaba una copa, acompañada de una música que no conocía pero que resultaba relajante, acomodada en el amplio sofá, sus pensamientos volvieron a uno de sus compañeros de juego. Jeremy parecía especial. Tenía algo que la atraía, aunque era incapaz de definir de qué se trataba. Si, su físico era muy agradable, pero había algo más, que lo hacía diferenciarse de los hombres con los que normalmente trataba. Parecía más auténtico. Daba la impresión de ser una persona atípica, de esas que te apetece conocer. Ya se vería.

Aquel viaje inesperado, había acrecentado su insomnio. Su habitación se encontraba entre las de Jeremy y Kelana y tenían enfrente las de Duncan y Chantal. Se preguntaba dónde se había metido, ella no solía ser demasiado valiente. Saber que Jeremy se encontraba a poco distancia, le daba la calma que necesitaba.

Había hecho la llamada prometida antes de entregar definitivamente su móvil, a casa de sus padres. Había informado a su madre, de que no tendría cobertura y que no sabía cuándo

volvería. Cuando colgó, imaginó a su madre subiéndose literalmente por las paredes. No pudo evitar sonreír al imaginarlo.

*****

Chantal acababa de conectar con Marie y Nathan a través de su reloj de pulsera inteligente, un capricho que había adquirido el día que acudió con sus amigos a comprarse el portátil de última generación. Le había parecido muy práctico tener una ventana al mundo desde su muñeca y dado que ya no se preocupaba por lo que costaban aquellos antojos, se lo compró sin pensar.

Por lo visto había sido una buena compra que ahora le serviría para poder estar conectada con el exterior, sin que nadie lo supiera.

En cuánto ese tipo, Demang, les había hecho entregar los móviles, tabletas y portátiles, había ocultado su reloj disimuladamente, subiéndolo más hacia arriba de su muñeca y tapándolo con las largas mangas de su jersey. Como llevaba alrededor multitud de pulseras de hilos trenzados y cuentas de colores, quedaba bastante camuflado y nadie se había percatado.

—¿En serio, tía? —Marie seguía preocupada por su amiga —¡En vez de meterte en ese lío, podrías tener tu casita en Montmartre como siempre has querido!

—Todo llegará, eso viene después, no te preocupes.

—Prométenos que irás con cuidado, Chantal —Nathan no estaba tranquilo, todo le parecía muy extraño.

—No os preocupéis por mí, estaré bien chicos.

*****

Kelana llevaba escondido en su equipaje, igual que Jeremy, un segundo móvil. Se puso en contacto con uno de sus compañeros, Mahui, que contestó rápidamente.

—Kelana, me tenías preocupado y no me atrevía a llamarte.

—Estoy bien.

Kelana lo puso al día de lo sucedido y le dio instrucciones. Tenía un equipo de tres personas que trabajaban a sus órdenes y no sabía en qué momentos podría hablar con ellos, por lo que quiso dejar atados todos los cabos.

CAP.6 — DESAFÍOS

A la mañana siguiente, los jugadores habían sido convocados tras el desayuno, en la misma sala en la que se reunieron el día anterior.

Demang aún no había aparecido y los cinco jugadores se sentían algo incómodos entre ellos. No se conocían y desconfiaban de las intenciones del resto. Tenían suficientes razones, debido a sus experiencias previas, para no creer a la primera de cambio en la buena fe de las personas.

—Supongo que todos tenemos la misma información sobre esta aventura —comentó Jeremy —y que ninguno de nosotros tiene más datos.

—Eso creo yo también —comentó Kelana observando uno a uno a aquellas personas que se habían embarcado en una andanza desconocida —pero me parece que he encontrado un nexo común a todos vosotros.

Kelana hizo el comentario esperando despertar la curiosidad de sus compañeros, lo cual no fue difícil. Había podido indagar un poco, a través de Mahui, su compañero de la policía, en las vidas de aquellas personas y, por otro lado, conocía bastante bien el tipo de intereses que movía a su primo. En la actualidad aquello no era demasiado complicado; por muchas leyes de protección de datos que existieran en todos los países, con las nuevas tecnologías se dejaban rastros de información por todos lados. Si se tenía la capacidad para saltarse algunas barreras, cosa no demasiado complicada para un hacker, se podía acceder a millones de datos, en teoría inviolables.

—¿En serio tenemos algo en común? —Chantal soltó una carcajada mirando a su alrededor– creo que conmigo te equivocas, estoy rodeada de gente muy pija ¿así me ves a mí? Sólo hay que mirar mis pintas para ver que no soy como ellos.

—Ese no es el aspecto común —Kelana la miró con un deje de superioridad —el interés que os une es el arte, en diversas formas.

—No he negado en ningún momento que soy marchante de arte —comentó Duncan —es a lo que me dedico, sobre todo a organizar subastas.

—Yo tengo una pequeña colección —dijo Jeremy —pero mis negocios no giran alrededor del arte.

—Yo soy abogada —comentó Vivian —me gusta el arte, pero no me dedico a ello.

—¿Y tú, Chantal? —preguntó Kelana.

—Soy escultora… bueno, lo intento, porque nunca he podido vivir de ello, solo vendo algunas de mis piezas en mercadillos y trabajo de camarera por las tardes… trabajaba, hace poco que he dejado ese curro.

En ese momento, Kelana se fijó en el colgante que brillaba en el cuello de Chantal y dirigió la vista enseguida al de Vivian. Ambas lucían dos pequeños árboles de la vida, de distintos materiales, que parecían antiguos, pero muy similares entre sí. Estaba acostumbrada a fijarse en los detalles y aquello le llamó la atención.

Iba a comentarlo, cuando llegó Demang.

—Perdonad el retraso, mis disculpas —los miró a todos uno a uno, hasta clavar la mirada en Kelana, que lo observaba como a un gusano al que fuera a diseccionar —vamos a empezar hoy con un reto simple, para que os pongáis en situación. Tendréis algunas pruebas para superar. Si lo conseguís, el premio será la posesión de vuestros móviles durante una hora —rio entre dientes —sé que los echáis de menos.

—¡Vaya mierda de premio! —bramó Duncan cabreado.

—¿Sabes porque estás de mal humor, Duncan? —Preguntó Demang —por no haber usado tu móvil desde ayer, reconócelo. Estás muy enganchado a él. Nunca hemos prometido un gran premio para este juego y lo sabéis. Sólo os hemos propuesto algo muy simple: jugar. Y todos vosotros habéis aceptado.

Duncan soltó un bufido, nada convencido, pero no del todo seguro de que esa no fuera la razón de su malestar. Se encogió de hombros y no dijo nada.

—Si no superáis las pruebas, seré yo el que os solicitaré un pago.

—¿Más pagos? —Chantal lo miró frunciendo el ceño —está claro que nos quieres exprimir la pasta, esto es un robo a mano armada, tío.

—¡No, preciosa Chantal! —Demang se quedó mirando su colgante con un extraño brillo en sus ojos negros —ese árbol qué cuelga de tu cuello sería un buen pago para mí. Si sois conscientes de que vais a perder algo, os esforzareis más para que eso no ocurra.

Demang se acercó a Chantal y alargó su mano hacia el colgante, pero la chica retrocedió.

—Parece de platino y rubíes —Demang no separaba la vista del colgante y a Chantal le dio grima.

—¡No vas a quedarte con mi colgante, voy a superar cualquier prueba que me pongas por delante! Me compré esta joya en un anticuario hace muy poco y me gusta mucho.

—Si… —Demang seguía como hipnotizado con el colgante y

todos lo miraron extrañados cuando susurró –…el árbol de la vida.

Pareció volver en sí al cabo de un momento, a la vez que Vivian escondía su colgante, muy similar al de Chantal, bajo la camisa que lucía, abrochando un par de botones más, detalle que no pasó desapercibido para Kelana, ni para Jeremy, a pesar de su disimulo.

—Bien, sabéis que no podéis salir de momento de esta planta del hotel. Debéis acceder a una de las habitaciones, descifrando un código y después conseguir salir de ella —les entregó un único papel, que Chantal le arrebató de las manos.

—Ahora resulta que hemos venido a hacer escape room…

Todos se concentraron a su alrededor, y leyeron el contenido:

"*Aquí tenéis el código para abrir la puerta de la habitación 25:*

ABCDE X 4 = EDCBA. Cada número está sustituido siempre por la misma letra y letras distintas representan números diferentes. Tenéis tres oportunidades de pulsar los números resultantes en el panel de acceso"

Leyeron el enunciado de aquel galimatías y sin más herramienta que sus cerebros, intentaron hacer cálculos mentales. Antes de empezar a resoplar por la dificultad, Chantal, con la vista fija en aquellas letras, sentenció el resultado sin dudar:

—Son 87.912

—¿Estás segura? —Duncan la miró de reojo frunciendo el ceño y con la boca abierta.

—Prueba —Chantal lo miró ufana —tenemos tres oportunidades, podemos equivocarnos.

—Yo creo que esta chica es de fiar —comentó Jeremy sonriendo y se acercó al panel para pulsar la cifra.

Tras teclear el último número, se escuchó un chasquido y el pomo de la puerta se desbloqueó, por lo que pudieron acceder a la habitación que tenía un pequeño espacio similar a un amplio recibidor vacío y otra puerta cerrada de acceso al interior. Todos miraron a la chica con admiración, no había tardado ni un minuto en descifrar el resultado.

—Se te dan bien las matemáticas, ¿eh, pequeña? —Le preguntó Duncan asombrado—. ¿Cómo lo has sabido? ¿Tiene truco?

—¡No me llames pequeña! Tiene truco, pelirrojo, pero es posible que no me entiendas aunque te lo explique, o sea que no haré el esfuerzo. Solo te diré que la A es el 2, la B el 1, la C el 9, la D el 7 y la E el 8.

Se oyeron varias risillas sofocadas con su explicación, aquella chica tenía una mente muy despierta y ponía en su sitio a Duncan sin ningún esfuerzo.

—Esto está muy oscuro —comentó Vivian que no se separaba de Jeremy—. ¿No hay interruptor de la luz?

Antes de que nadie contestara, la puerta entornada por la que

habían entrado, se cerró de golpe asustándolos y la oscuridad se hizo absoluta. Vivian soltó un chillido y se agarró al brazo de Jeremy.

—Tranquila, vamos a buscar el interruptor.

Todos se acercaron lentamente a las paredes con la puerta a sus espaldas, pero no encontraron nada.

Duncan abrió la otra puerta que daba al interior de la habitación, ya que al encontrar el pomo y girarlo, no opuso resistencia, estaba abierta. En el interior solo encontraron una oscuridad total.

Vivian seguía agarrada al brazo de Jeremy, cada vez más asustada; no le gustaba la oscuridad. Desde muy pequeña se acostumbró a dormir con una pequeña luz, ya que el negro total, le producía ansiedad. Jeremy notó algo e intentó tranquilizarla.

—Solo es un juego, no pasará nada —le susurró al oído—, si estás mejor así, no nos separaremos.

—Gracias —la voz de Vivian sonaba algo temblorosa.

Le daba una inmensa rabia no poder controlar aquel temor, pero se veía incapaz de hacer nada al respecto.

Jeremy pareció intuirlo y le rodeo la cintura con el brazo.

En ese momento se oyó una carcajada, parecía de Chantal.

—¡Esto es una jodida estupidez! Parecemos gilipollas parados aquí sin hacer nada. Se supone que si hemos perdido la vista, nos quedan cuatro sentidos más que utilizar.

En ese momento, se escuchó una voz en off, que parecía llegar desde el techo: "*prepárate para nuevas emociones y experiencias. Cuando acabe este experimento en la Oscuridad, pregúntate a ti mismo: ¿cuántos sentidos tengo en realidad?*"

—Creo que ya que no vemos nada —comentó Kelana— deberíamos empezar a movernos y palpar para conocer los límites de lo que nos rodea.

Todos empezaron a moverse con cautela, para evitar tropezar.

No encontraban nada, solo un espacio vacío que al estar privados del sentido de la vista, parecía crecer y hacerse cada vez mayor. El sentido de la orientación se iba degradando mientras solo alargaban los brazos y caminaban como zombis, chocando con las paredes, hasta que Jeremy, con Vivian a su lado sintió en sus dedos un tacto distinto en una de ellas.

—¡Aquí! Esto parece un muro de ladrillos —iba resiguiendo con los dedos, la forma de estos —acercaros a mi voz.

El resto se aproximaron y todos pusieron las manos en aquella especie de pared. La altura parecía considerable. Duncan, que era el más alto, consiguió llegar a la parte superior al ponerse de puntillas.

—Esta jodida muralla tiene cerca de dos metros de altura —

sentenció.

—¿Se supone que hemos de saltar este muro? —Preguntó Chantal—. ¿Alguien sabe escalar? Yo soy la más bajita y nunca he estado en un rocódromo. Si me caigo igual me rompo la crisma y encima a oscuras.

—Lo mejor será que yo te suba primero y te ayude a saltar —le contestó Duncan.

Chantal lo pensó un segundo y aceptó.

—De acuerdo, súbeme.

Duncan tocó la cabeza de Chantal siguiendo sus rastas y con una mano resiguió su hombro, hasta que un manotazo de la chica, le hizo reír.

—¡He dicho que me subas, no que me palpes! ¿Dónde está tu espalda?

Duncan se puso de espaldas a ella y se agachó un poco.

—¡Venga damisela, súbete a mi lomo!

Chantal pasó la mano por sus brazos, para orientarse hasta llegar a sus hombros y dio un ágil salto para subir a caballito.

—Tendrás que ponerte de pie sobre mis hombros para llegar arriba.

Chantal, ayudada por Duncan, consiguió subirse, pero una sensación de vértigo, empezó a invadirla.

—No quiero ser una miedica, de verdad, pero estoy empezando a sudar. Acércate al muro.

Cuando Duncan se arrimó a la pared de ladrillos, Chantal se agarró a la parte superior y con un gran esfuerzo, se sentó en el borde que debía medir unos treinta centímetros de ancho, con las piernas colgando hacia el otro lado.

Duncan volvió a llevar las manos arriba, envolviendo las caderas de la chica, para comprobar si estaba segura.

—¡O quitas las manos de mi culo o te las corto, pelirrojo!

—¡No seas tan tiquismiquis! Solo quería asegurarme de que estabas bien.

—¡Pues pregunta, chaval, que estamos a oscuras y te puedes llevar un guantazo!

—¡No os peleéis, por favor! —Los interrumpió Vivian —esto no me gusta nada.

—Chantal ¿Y si saltas al otro lado y nos dices que encuentras? —preguntó Kelana

—¿Y si os vais todos a la mierda? —fue la respuesta de Chantal.

Todos se quedaron en silencio, habían notado una nota de pánico en una chica que parecía la más lanzada del mundo, una de esas personas que no le tienen miedo a nada.

—¿Qué ocurre, pequeña?

—¡Pues que esto es una…! —iba a contestar con una excusa, pero finalmente prefirió responder con la verdad —Aquí no veo la altura que hay, pero tengo muy buena imaginación. Tampoco veo lo que hay al final de mi supuesto salto. ¿Y si no hay suelo? ¿Y si la altura es mucho mayor al otro lado? ¿Por qué mi jodida cabeza no deja de visualizar un abismo sin fin? Se me acaba de hacer un nudo en el estómago y me estoy mareando, eso me pasa. Estoy viendo un infierno aquí mismo y no tengo ganas de meterme en él.

—Espera —contestó Duncan—, subiré a tu lado y saltaremos juntos.

Chantal no contesto y Duncan pidió ayuda a Jeremy para auparse.

Cuando estuvo sentado al lado de Chantal, acercó su mano hasta encontrar la de la chica, que estaba fuertemente agarrada al ladrillo.

—¡Vamos Chantal, bonita! Dame la mano y saltamos los dos. Piensa en una cosa, estamos en un hotel, en una planta habilitada para ponernos las cosas difíciles, es imposible que haya ningún abismo aquí. Ni ningún infierno. ¡Sólo es un juego!

En un impulso repentino, Duncan acercó su rostro al de Chantal, guiándose por el olor a mandarinas que siempre le parecía que aquella chica llevaba con ella y le besó la mejilla.

—Confía en mí —susurró.

Duncan pensó que había encontrado el punto débil de Chantal, una chica que parecía fuerte, inteligente y valiente, pero que flaqueaba cuando debía confiar en los demás. Arrastró a Chantal en su salto, que chilló sin poder evitarlo. Al momento, se escucharon carcajadas de ambos, que no podían parar de reír.

—¡Podéis saltar tranquilos, el suelo al otro lado, está cubierto de colchonetas muy blanditas que paran el golpe! —le informó Duncan.

Jeremy ayudó a Vivian, mientras Kelana, bien entrenada y acostumbrada al ejercicio, escalaba la pared sin problemas. Una vez todos habían superado el muro, siguieron palpando las paredes, dando pequeños pasos y arrastrando los pies.

Vivian seguía asida al brazo de Jeremy, pero la oscuridad reinante, estaba consiguiendo que empezara a hiperventilar. Su corazón empezó a bombear más rápido, su respiración se aceleraba, el aire no llegaba a sus pulmones y una sensación de ahogo le impedía dar ni un paso más. Todos los síntomas de un ataque de ansiedad, amenazaban con mostrar el ridículo más vergonzoso ante sus compañeros de juego y saberlo, solo empeoraba su situación. Un mareo repentino tomó el mando por ella, dando un traspié.

—¡Vivian! ¿Qué te pasa? —Jeremy la agarró fuerte al notar

cómo le fallaban las piernas—. ¿Estás bien?

—No… no… puedo… respirar —los jadeos por el esfuerzo asustaron a Jeremy— me… da miedo… oscuridad

Jeremy notó enseguida la respiración acelerada de Vivian e imaginó que tenía un serio problema con aquello que le producía una gran angustia. Se puso delante de ella asiéndola por los hombros y llevó las manos hacia su cuello, posándolas en su nuca.

—¡Eh! Tranquila preciosa, no pasa nada… tranquila, no me voy a separar de ti…

Vivian seguía muy agitada y Jeremy tuvo una reacción de lo más inesperada. Mientras el resto seguían hablando entre ellos, palpando las paredes en busca de una nueva pista, acercó su rostro al de Vivian y la besó. Acertó en sus labios por pura intuición y resultó una sorpresa mayúscula para ambos. El contacto de sus bocas fue el detonante a algo semejante a una explosión en cadena, que empezó en ese punto y se trasladó por sus cuerpos a la velocidad de la luz. Jeremy, fascinado con aquella respuesta, ahondó el beso buscando su lengua. Vivian, que había dejado de respirar de golpe, se concentró en aquella experiencia tan sensorial, dónde el tacto, el olfato y el gusto, suplían al sentido de la vista y a pesar de todo, cerró los párpados y se dejó atrapar por la magia del momento. Con aquel arrebato, ese hombre que tanto la atraía, había conseguido que dejara sus miedos de lado, para quedarse con él.

—¡Aquí hay algo! —la voz alterada de Kelana, los sacó de la burbuja que habían creado y Jeremy besó su frente y le susurró al oído “Sigo aquí, no voy a dejarte sola”.

Siguiendo la voz de Kelana, todos se acercaron.

—He encontrado una especie de palanca, es posible que haya una puerta camuflada en la pared. Estoy intentando moverla, pero no puedo.

Duncan ayudó a Kelana y descubrió que en vez de hacer fuerza había que girar la palanca en el sentido de las agujas del reloj.

Todos escucharon un ruido chirriante que llegaba del techo y levantaron la mirada. Durante un segundo se abrió una pequeña trampilla y dejó caer varios objetos. Todos tuvieron la misma reacción de cubrirse la cabeza con los brazos, hasta que notaron que eran de goma. No llegaron a ver de qué se trataba, ya que la trampilla se cerró de golpe y volvió la oscuridad.

Tantearon agachados sobre el suelo y Vivian fue la primera en encontrar una de las cosas que había caído del techo. Al apretar un poco por el centro de la figura que parecía de plástico, ésta emitió una ligera luz. Era muy tenue, justo iluminaba unos centímetros a su alrededor. Un gato blanco.

Reunieron todos los muñecos y descubrieron que se

correspondían con sus iconos en el juego, por lo que los repartieron y cada uno se quedó con el suyo. Al apretarlos todos a la vez, la luz se hacía un poco más intensa y podían verse un poco las caras. Aunque la emoción de tener algo de luz les duró poco.

La voz volvió a surgir de algún lugar escondido: "*La luz que habéis conseguido tiene una duración de solo cinco minutos. Utilizadla bien. Recordad que el que llegue el último a la meta, es el perdedor. Pronto deberéis separaros*"

Todos identificaron aquella voz con la de Demang.

—¿No os da la sensación de que este tío está un poco loco? —preguntó Chantal.

—Tienes razón —contestó Jeremy —a mí no me da muy buena espina. ¿Porqué separarnos? ¿Cómo de grande es esta habitación?

—Yo creo que hay bastantes habitaciones conectadas en esta planta y estamos pasando de una a otra.

Hicieron varios comentarios más hasta que Kelana encendió un momento su luz y les hizo una señal de que cerraran la boca. Se acercó al oído de la persona más cercana y después hizo lo mismo con el resto, susurrándoles al oído "*esta noche hemos de hablar, todos en mi habitación a las doce de la noche. Ahora disimular*"

Fueron asintiendo uno a uno, intrigados por lo que pudiera explicarles Kelana.

—Bueno, creo que debemos buscar una salida —comentó Duncan —tendremos que usar la luz para encontrar cómo, pero vamos a utilizarlas de una en una.

Con el ligero resplandor que emitía aquel aguilucho a través de sus ojos amarillos, repasaron las paredes fijándose en cualquier superficie irregular. Al enfocar una de ellas, vislumbraron unas palabras escritas con letra muy pequeña "*sigue la línea hasta encajar tu mano*".

—¡Mirad aquí! —Exclamó Jeremy —hay una línea que parece dibujada con un lápiz.

Resiguieron aquel trazo, hasta dar con un botón camuflado que se encontraba tocando al suelo en una esquina. Al apretarlo, una abertura se hizo hueco en la pared, desplazándose lateralmente.

Pasaron por ella de uno en uno y de lado, ya que era estrecha y entraron en un pequeño salón ocupado por una mesa situada en el centro, preparada para cinco comensales y rodeada de cinco puertas. La luz del águila de Duncan parpadeó un segundo y se apagó.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Me he quedado sin la puta luz!

En ese momento, la voz volvió a escucharse.

"*Vais a hacer un pequeño descanso en esta sala. No podéis accionar ninguna luz mientras comáis o seréis descalificados y deberéis pagar.*

Disfrutad de vuestra comida y después cada uno debe escoger una puerta. Aquí os separáis. La parte final de hoy será individual y podremos conocer quién es el último que consigue salir de este juego"

Los ánimos de todos estaban bastante alterados, pero siguieron las instrucciones y se sentaron en las sillas. Tanteando, notaron que los platos estaban cubiertos con una tapa.

—Esto de tener que comer a oscuras, no me hace ninguna gracia —comentó Vivian, que ya era un poco selectiva con la comida y no le gustaba cualquier cosa.

—No seas tiquismiquis, rubita —le contestó Duncan —seguro que no contiene veneno.

—¡Déjala en paz! —Jeremy saltó enseguida en defensa de Vivian.

—¿Qué pasa? ¿Te has convertido en su protector?

—¡Callaros los dos! —Vivian ya estaba acumulando suficiente tensión, como para que aquellos dos gallos se pelearan —intentaré comer algo y si no puedo y quedo descalificada, pues me da igual. ¡Pago lo que me pidan y solucionado!

—Pues yo voy a probar a ver que hay aquí porque me estoy muriendo de hambre —Chantal no se lo pensó dos veces, destapó el plato y con cautela pasó los dedos por encima de la comida—, esto parece una masa blanda con forma de… araña o algo así. Lo que es seguro es que tiene patas, pero el tacto no es peludo.

—¿Vas a probar eso? —a Jeremy se le había quitado el hambre al escucharla.

Chantal cogió aquella cosa y acercándola a su boca, la olió y le dio un pequeño mordisco, masticó y paladeó aquella cosa con forma de araña, que no era más que pasta con sabor a pesto; debía llevar la salsa incorporada. Se echó a reír con la boca llena, estaba bastante bueno.

—No os voy a decir lo que estoy comiendo hasta que probéis vuestros platos. Hay que reconocer que tiene su gracia.

Duncan y Jeremy se decidieron a probar y encontraron en sus platos formas de insectos, que daba repelús meterse en la boca, pero que en realidad no eran más que pasta, patata o galletas.

Vivian toco con cautela su plato que estaba repleto de lo que parecían gusanos, pequeños y alargados. Le dio tanto asco que fue incapaz de probarlo siquiera.

—No te dejes engañar, Vivian —le dijo Jeremy que probó de su plato— solo es pasta y además tiene buen sabor.

—No voy a comer sin ver lo que me llevo a la boca, no soy capaz —un escalofrío la recorrió —empiezo a sentir claustrofobia de estar encerrada, creo que me falta el aire.

—¿Serás capaz de seguir sola? —Jeremy le susurró la pregunta

al oído, mientras el resto seguían hablando.

La pregunta molestó un poco a Vivian, que no quería mostrarse desvalida. Había decidido meterse en aquella aventura para escapar de su agobiante vida y necesitaba sentirse valiente. Debería superar sus miedos; era posible que aquel juego, fuera una buena manera de empezar. Respiró hondo cogiendo fuerzas y respondió.

—No te preocupes, odio la oscuridad, pero necesito hacer esto sola.

—¿Estás segura?

—Si, no te inquietes por mí.

*****

Cada uno había accedido a una de las puertas de forma aleatoria. Se desearon suerte y asumieron la soledad para enfrentarse al siguiente paso, esperando encontrarse a la salida.

Todos descubrieron lo mismo, un largo pasillo que simulaba un bosque lleno de lianas que colgaban del techo, paredes llenas de dibujos de árboles y sonidos y destellos de luz con efectos especiales que reflejaban en las paredes animales salvajes.

Duncan tuvo que adivinar lo que pudo de su entorno sin llevar consigo su luz, que ya había agotado. El resto aprovecharon la poca iluminación que les proporcionaba el muñeco para intentar buscar una salida. Pero la luz duró muy poco y todos volvieron a quedarse a oscuras.

Vivian tuvo que concentrarse mucho para buscar la serenidad que parecía haber perdido para siempre. Le llegaron a la mente recuerdos muy antiguos. Se sentó en el suelo temblando, incapaz de hacer nada más y las lágrimas acudieron a sus ojos, mientras recordaba el origen de su miedo a la oscuridad. No tendría más de tres años, cuando empezó a pedirles a sus padres que dejaran la luz encendida por la noche en su habitación. Soñaba con monstruos que le daban pavor y tenía miedo. Recordaba con nitidez las negativas de su madre y su voz firme, tratándola de niña cobarde. Debía convertirse en una chica valiente como ella… de pronto, se escucharon truenos cómo si se encontrara en medio de una tormenta. Una simulación de relámpagos ofrecía segundos de luz y eso hizo espabilar a Vivian que utilizó esos instantes luminosos para intentar buscar la salida. Si quería volver a estar bien, tenía que salir de allí.

Jeremy, en la misma situación, se lo estaba pasando en grande. Reconoció que aquella simulación de selva tropical con tormenta incluida estaba bastante lograda y acercándose a las paredes, rodeado de lianas de tela, las iba palpando buscando una salida. En un rincón localizó una especie de escalera adherida a la pared y se

agarró donde pudo para ir subiendo hasta el techo. Palpó sobre su cabeza hasta descubrir la forma de una trampilla. Hizo fuerza y consiguió abrirla y encaramarse hacia arriba para salir por ella. Fue el primero en llegar a la salida.

Duncan, debido a la oscuridad que lo había acompañado desde el principio, tardó un poco más, pero consiguió salir más o menos al mismo tiempo que Kelana. Todas las trampillas daban a una misma sala, dónde habían tenido su primera reunión con Demang el día anterior.

Vivian, consiguió controlar su miedo a la oscuridad con algo que siempre le daba resultado: visualizar su imagen pintando en su cuarto oculto. Pensar en lo que más amaba hacer, imaginar el olor de sus pinturas y soñar con dedicarse a ello viviendo apartada en algún lugar cercano al mar, consiguió relajarla lo suficiente para buscar la salida y encontrarla con un poco más de tiempo.

Cuando la vio aparecer, Jeremy respiró tranquilo. La había visto en un mal momento y estaba preocupado por ella.

Faltaba Chantal. Eso era extraño, esa extravagante chica era lista y valiente.

—¿No es muy raro que Chantal no nos haya ganado a todos? — Duncan preguntó a Demang.

—A veces la lógica y los cálculos veloces no lo son todo — contestó Demang, sonriendo—, no os preocupéis por ella. Llegará pero habrá perdido, ya está fuera de tiempo.

*****

Chantal seguía encogida en un rincón del estrecho pasillo, sentada en el suelo, rodeada de lo que parecían lianas y hojas de palmera. Desde el instante en que había empezado aquella simulación de tormenta, llena de truenos y relámpagos, se había quedado paralizada.

Era plenamente consciente de que la lógica no acompañaba su comportamiento. De igual manera, tenía muy clara la razón de su bloqueo. Lloraba en silencio como una niña pequeña, sabiendo que era incapaz de hacer otra cosa. Odiaba las tormentas. El estruendo de los truenos y el resplandor de los relámpagos trasladaban a su mente los sentimientos de aquella noche de hacía seis meses. La noche en la que nació su hija.

El sonido era idéntico al que estaba escuchando en ese instante y no pudo más que rememorar el dolor. El del parto y el de la pérdida. Sólo la vio un momento, ni siquiera llegó a tocarla. La entregó en adopción porque vivía en una caravana y su mísero sueldo de camarera y la venta de sus esculturas no le daban más que para llevarse algo de comida a la boca en aquella triste

ambiente. No quiso que su hija creciera en aquel entorno. Fue como si le hubieran arrancado el corazón.

Había dudado de su decisión desde el primer minuto, pero desde que le había tocado la lotería y el dinero dejó de ser un problema, se sentía realmente mal. Sabía que recuperarla sería casi imposible. Mucho deberían cambiar las cosas para que le devolvieran a su hija. Ni siquiera sabía que nombre le habían puesto. Ella en su interior la llamaba Nina.

Se preguntaba que mierda hacía jugando en la otra punta del mundo, en vez de comprarse una casa, convertirse en una persona respetable y luchar por recuperar a su hija.

En el acuerdo de adopción que firmó, constaba expresamente que tendría derecho a poder verla, pero no lo había hecho; sabía que después sería mucho más duro dejarla.

Sus lágrimas seguían cayendo sin control, mientras cavilaba que quizás un buen abogado, que ahora si podía pagar, serviría para ayudarla a recuperar a su pequeña.

Suspiró derrotada y se decidió a seguir adelante con aquel absurdo juego. En cuanto saliera al exterior, haría saber al resto, que volvía a París.

CAP.7 — REUNIONES CLANDESTINAS

Chantal emergió de la última trampilla que faltaba por abrir, con los ojos enrojecidos y tristes y el ceño fruncido, sin mirar a nadie directamente.

—¡Pequeña! —A Duncan le preocupó su aspecto, se deducía claramente que había estado llorando y a él le había surgido una vena protectora con esa chica. Verla en aquel estado le encogió el corazón—. ¿Qué ha ocurrido? Todos dábamos por supuesto que serías la ganadora.

—No ha pasado nada —Chantal los miró uno a uno con cara de pocos amigos —no me gustan las tormentas, eso es todo.

—Bueno, querida Chantal, a pesar de que no era lo esperado, has perdido hoy. Creo que ya imaginas cuál es tu pago —Demang volvió a acercarse con intención de tocar el colgante del árbol de la vida y la chica dio un paso atrás.

—¡Oye, le he cogido cariño a este colgante! Deberías dejar que te pagara con dinero —a Chantal le daba pena desprenderse de esa joya, le había cogido aprecio, quizá porque el abuelo que se la vendió en el anticuario, fue muy amable con ella y no la juzgó por su aspecto.

—¡Pero es que el pago es el colgante! —el tono de Demang tuvo un deje autoritario que no les paso desapercibido a ninguno.

—De acuerdo —Chantal se llevó las manos a la nuca para desabrocharlo y se lo entregó. No tenía ganas de discutir por un colgante, por antiguo que fuera. Sólo era un objeto. Podría comprarse otro.

El rostro de Demang cambió al tenerlo entre los dedos; lo miró largamente y lo balanceó de la cadena, alzando el árbol ante sus ojos, concentrando su atención en él, mientras daba vueltas y los rubíes lanzaban destellos. Parecía hipnotizado.

—¿Lo habéis pasado bien?

—Podría haber sido mejor —contestó Chantal —acertar el código de acceso era demasiado fácil. No era necesario viajar hasta Singapur para esto, la verdad.

—Mañana habrá más —Demang se guardó el colgante en el bolsillo del pantalón —os enseñaré dónde está el comedor, después podéis retiraros a vuestras habitaciones. Os espero a las ocho para cenar.

—¿Y nuestros móviles? —Preguntó Duncan —el trato era una hora de móvil si llegábamos al final.

—Pero el tiempo contaba, querido Duncan —contestó Demang algo irritado —Todos habéis llegado. Pero tarde.

Cuando ya se acercaban a sus habitaciones y Demang se disculpó para retirarse a su despacho, Kelana les recordó que tenían una cita a las doce de la noche en su habitación.

Cada uno se metió en su estancia con la idea de refrescarse y arreglarse para cenar. A pesar de que, por lo visto, no iban a salir a la calle de momento, el comedor de aquella planta reservado para los jugadores, era tan lujoso cómo el resto del hotel y no querían desentonar. Excepto Chantal que lo de arreglarse para cenar le parecía una estupidez.

Vivian se había dejado preparado un vestido verde entallado de una tela satinada que brillaba un poco. Tenía un corte muy sencillo pero elegante con cuello barca y media manga. Con sus tacones y su melena recién peinada, estaba preciosa. Miró el reloj y vio que solo eran las siete, se había arreglado demasiado pronto.

Iba a sentarse en el sofá cuando unos toques en la puerta la sobresaltaron. Se acercó con cautela.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy Jeremy.

Vivian abrió la puerta para encontrarse con un Jeremy que quitaba el hipo. Recién duchado, con el pelo oscuro algo revuelto, una ropa casual de buena calidad y un olor que le recordaba a la madera y el romero, suspiró sin querer y una tímida sonrisa asomó a sus labios.

—Creía que aún faltaba una hora para ir a cenar.

—¿Puedo pasar? ¿O prefieres que vayamos al comedor? —Jeremy se sentía algo invasivo al haberse presentado en su puerta y dio un paso atrás.

—¡No! Pasa por favor, solo es que me ha sorprendido que vinieras.

Vivian le indico con un gesto que se sentara en el sofá y ella lo hizo a su lado.

—He venido porque después de lo de hoy, quería acercarme a ti, me tienes… intrigado.

—¿Qué es lo de hoy? —Vivian preguntó sabiendo perfectamente a qué se refería. Ese beso a oscuras, que no había podido borrar de su mente, se le iba presentando todo el día en diversas formas; o recordaba su olor, o el tacto de sus labios o la sensación del impacto en las entrañas. Sabía que solo había sido un beso, igual que sabía que no era un beso cualquiera. La huella que había dejado en ella, le aceleraba el corazón y hacía que volviera una y otra vez a su memoria y se convirtiera en algo recurrente que la ponía nerviosa.

—Si tengo que recordártelo es que no ha sido tan importante

para ti cómo para mí —contestó Jeremy, que estaba convencido de que había descubierto ese día lo que era realmente un flechazo, concepto en el que no había creído nunca.

—Tienes razón, ha sido una pregunta tonta —Vivian levantó la vista para fijar sus iris verdes, sobre los negros de Jeremy —parece que no sólo ha sido especial para mí ¿no? Has conseguido que dejara de sentir miedo y eso me ha sorprendido muchísimo. Y me ha gustado, para qué negarlo.

—Por eso quería verte —Jeremy acercó su mano a la de Vivian y le rozó los dedos— ya sé que es muy extraño, casi no nos conocemos, pero desde el primer momento he sentido una conexión extraña contigo. Es como si te hubiera soñado, porque sé que no te conozco; nunca te hubiera olvidado de ser así. Me atraes mucho, Vivian, demasiado para mi tranquilidad. Me gustaría dejarme llevar y ver donde nos lleva esta… afinidad.

Vivian soltó una carcajada, que no pudo reprimir y apretó los dedos de Jeremy.

—¡Vaya! —Reaccionó Jeremy—. No sé si esta es la reacción que esperaba de ti, la verdad.

—Perdona, Jeremy, lo siento… —Vivian respiró hondo y se llevó una mano al estómago intentando controlar su risa —es que… es que nunca había escuchado algo tan rebuscado en un hombre para conseguir acostarse conmigo. He oído muchas cosas, pero que tengamos una conexión extraña, algo así cómo un flechazo, es… raro, muy raro.

—Mi intención al venir aquí no era el sexo —Jeremy se había puesto serio de golpe—, solo quería conocerte mejor. No voy a negar que me atraigas mucho físicamente, pero eso no es todo. Algo acabo de aprender con tu reacción: que no te valoras lo suficiente. Crees que cualquier hombre que se te acerca, es para intentar algo contigo; acostarse contigo o posiblemente, que busca tu dinero o tu influencia ¿Me equivoco?

—No demasiado —Vivian había enmudecido al escuchar sus palabras—, pero es que siempre ha sido así. Tuve un novio, Malcom, que tras más de un año de relación, resultó ser un auténtico trepa que lo único que quería era escalar puestos en el bufet. Sigue trabajando allí y lo veo casi cada día. Mis padres lo adoran y se desentienden del daño que me hizo, creo que les importa poco. Te aseguro que cuando dio sus primeros pasos conmigo, fue muy convincente y yo una ilusa. Ya no me dejo engañar tan fácilmente. La relación terminó cuando me di cuenta que me robaba los casos más vistosos, que me despojaba de los méritos en el trabajo y encima se lo montaba cuando podía, con una de las secretarias. En su despacho. Eso fue lo peor. Cómo

comprenderás, ya no suelo fiarme de las personas de buenas a primeras.

—¡Vaya, lo siento! No me extraña que con una experiencia así seas desconfiada —Jeremy la había escuchado atentamente y no le parecía que aquella mujer llevara una vida muy satisfactoria. Quizás tan poco como la suya propia, en el fondo supo que no eran muy distintos —Te entiendo y si no quieres mi compañía lo respetaré. Pero mis intenciones son completamente honestas, sólo quería acercarme a ti. Tú decides.

Vivian no lo pensó ni un segundo; aquel hombre le gustaba y no se parecía en nada a Malcom, eso era capaz de detectarlo con rapidez. No bajaría la guardia, pero le daría una oportunidad. Se había metido en aquel juego para cambiar de aires y Jeremy podía ser un beneficio añadido. Incluso era posible que se lanzara de cabeza a la piscina y pudieran tener algo mientras durara aquella locura.

—De acuerdo Jeremy, tú también me gustas, dejémonos llevar; no sé los días que estaremos aquí y después volveremos a nuestros hogares. Recuerda que vivimos en los dos extremos del país, tú en la costa este y yo en la costa oeste. Lo que aquí ocurra, aquí se quedará, como si estuviéramos en Las Vegas.

Jeremy rió por su ocurrencia y se levantó del sofá, agarrando su mano.

—¿Vamos a cenar ahora? Ya es la hora.

Su rostro se acercó mucho a de Vivian y durante un segundo, ella creyó que volvería a besarla y una corriente extraña le recorrió el cuerpo entero, pero antes de rozar sus labios, se giró y abrió la puerta, justo en el momento en el que Duncan salía de su habitación.

—Vaya, vaya… trabajáis rápido, parejita —antes de escuchar su respuesta, las puertas de Chantal y Kelana también se abrieron y todos se encontraron en el pasillo.

—Recordar —musitó Kelana—, a las doce en mi habitación.

La cena transcurrió sin sobresaltos y Demang se disculpó antes de llegar al postre, aduciendo que aún tenía que solucionar algunos detalles para el día siguiente. Les sorprendió con su siguiente afirmación.

—Mañana pasaremos el día fuera de aquí. Después de desayunar os entregaré a todos una mochila con todo lo necesario. No podéis salir de esta planta del hotel, son las reglas. Pero tenéis acceso a una gran terraza. El acceso está siguiendo el pasillo de la derecha hasta el final. Encontrareis las puertas abiertas.

*****

Demang observó a través de las cámaras camufladas en los pasillos, como uno a uno, todos sus jugadores entraban en la habitación de Kelana, justo a las doce de la noche. No le sorprendió demasiado que su querida prima intentara poner a todos en su contra. Le daba bastante igual, su objetivo estaba cada vez más cerca y Kelana no conseguiría nada con su intrusión. Todo iba a resultar más fácil de lo que había creído.

Sonrió taimadamente, observando el árbol de la vida de platino y rubíes.

*****

—¿Crees que estamos seguros aquí? —preguntó Duncan a Kelana.

—Si te refieres a Demang, nunca estaremos seguros —Kelana los miró con seriedad a todos—, pero he revisado la habitación y no hay micros ni cámaras.

—¿Por qué debería haberlos? —Preguntó Chantal —Se supone que estamos jugando durante unos días y es posible que nos esté costando demasiado dinero, pero creo que a ninguno de nosotros nos preocupa mucho la pasta.

—Bueno, a mi no me sobra —contestó Kelana— pero me he metido en esto por causas distintas a las vuestras. Demang es mi primo y dirige las empresas familiares. Tiene varios negocios relacionados con la tecnología que le dan muchos ingresos, pero hay otros que aún le dan más y que son los que intento destapar.

—¿Qué tipo de negocios? ¡No traficará con drogas o algo así! ¿No? —preguntó una asustada Vivian.

—Creo que no, aunque no pondría la mano en el fuego —contestó Kelana— pero llevo tiempo investigando y creo que tienen que ver con piezas de arte.

—¿Eres policía? —se interesó Jeremy.

Kelana dudó antes de contestar, pero pensó que tendría más credibilidad ante aquel grupo si les decía la verdad y lo cierto es que necesitaría su colaboración en algún momento.

—Sí, lo soy y mi primo sabe que lo estoy investigando, pero creo que se siente muy seguro de que no voy a encontrar nada. Siempre me ha infravalorado, por el simple hecho de ser una mujer. Creedme, he tenido acceso a sus cuentas bancarias y todo ese dinero no se consigue siendo íntegro. Además, tengo alguna pista de hacia dónde se dirigen sus intereses ahora mismo. Y eso os afecta a vosotros.

—¿Pero es que tenemos algo en común entre nosotros? —Preguntó Jeremy—. No puedo adivinar que es lo que busca, aparte de nuestro dinero, claro.

—Eso deberéis contestarlo vosotros mismos —Kelana miró directamente a Chantal —tu colgante tiene mucho que ver.

—¿En serio? —Contestó la chica —pues no hace mucho que lo compré. Fue en un anticuario en el extrarradio de Paris. Es una tienda muy antigua, en un edificio que parece a punto de derrumbarse y el dueño es un viejecito que debería estar jubilado. Lo vi en el escaparate y me encapriché. No era barato, el hombre me dijo que era una antigualla, pero no me importó. Como ya sabéis me tocó la lotería y me he dado algún gusto últimamente.

—Pues creo que es más valioso de lo que piensas —Kelana miró a Vivian—, tanto cómo el que tu escondes bajo tu vestido.

Automáticamente Vivian se llevó la mano al pecho. Alrededor del cuello se veía la cadena de oro, que se ocultaba bajo la tela verde, cubriendo el colgante.

—Ya he visto que se parece mucho al de Chantal —contestó— también es un árbol de la vida, pero el mío está en mi familia desde hace generaciones; era de mi bisabuela. Y, desde luego, no está en juego. Si Demang quiere algo de mí, no será mi colgante. Es una reliquia familiar y se queda conmigo.

—Pues te aconsejo que lo guardes bien —Kelana miró a Duncan y Jeremy—. ¿No tenéis nada que decir? Los dos poseéis colecciones de arte. ¿Algo parecido a estos colgantes?

Tanto Duncan como Jeremy se removieron inquietos en sus asientos. Jeremy mantenía la boca cerrada, pero Duncan fue quien contestó.

—Yo no tengo nada parecido en mi colección de arte —Duncan tenía buena información de la mejor pieza de su colección, pero no pensaba desvelarla allí. Al menos, no todavía. ¿Y si Kelana ni siquiera era policía?

—¿Y tú? —Kelana preguntó directamente a Jeremy, que negó con la cabeza.

—No tengo ningún árbol de la vida —mintió. No se acababa de fiar de Kelana por si estaba de acuerdo con su primo y mientras tanto les sacaba información.

Kelana no pareció creerles, pero no dijo nada. Entendía que no pudieran fiarse de ella así como así, no la conocían. Suspiró y les hizo una advertencia final.

—Vigilad vuestras espaldas, o mucho mejor, volved a vuestros países y a vuestras casas. Yo de vosotros no me lo pensaría. Si lo que buscáis es una experiencia diferente o cambiar de aires, lo podéis hacer en cualquier otra parte del mundo. No estoy segura de que aquí no corráis peligro. Ahora será mejor que descansemos un poco; si mañana vamos a salir de aquí, no sabemos lo que nos espera. Mi primo tiene una mente algo retorcida.

CAP.8 — CONFIDENCIAS A MEDIANOCHE

Al salir de la habitación de Kelana, cada uno se dirigió a la suya en silencio, casi de puntillas. Nada más cerrar las puertas, Jeremy escuchó unos nudillos en la suya. Se acercó y la entreabrió para encontrarse a una asustada Vivian.

—¿Puedo pasar un momento? —le preguntó.

Jeremy abrió la puerta y la hizo pasar, cerrando de nuevo.

—Claro, pasa.

—Jeremy, estoy asustada. Si Kelana tiene razón, Demang va a intentar quedarse con mi colgante de una u otra manera. No puedo perderlo y no sé cómo protegerme.

—No te preocupes, no te va a pasar nada ni vas a perder tu colgante, no dejaremos que lo ponga en juego... ¿O prefieres volver a tu casa? —Jeremy lo preguntó casi con miedo, no quería que Vivian se marchara, pero si lo hacía podía entenderlo.

—No quiero volver, he venido hasta aquí escapando unos días de mi vida y no voy a darme por vencida tan pronto.

Jeremy miró disimuladamente su reloj, era la hora de llamar a Dexter. Vivian malinterpretó su inquietud.

—Perdona, no debería haber venido, es muy tarde y seguro que quieres acostarte.

Para no dar lugar a más confusión, Jeremy decidió que podía confiar en Vivian y confesarle la razón de su presencia allí.

—No es eso, Vivian. He de hacer una llamada —Jeremy sacó el móvil que estaba escondido en el bolsillo oculto de su maleta y lo montó de nuevo ante ella, que lo miraba con los ojos muy abiertos y se levantaba para marcharse—. ¡No te vayas, por favor! Deja que llame y después te lo explico todo.

*****

Duncan se hallaba ante la puerta de la habitación de Chantal, indeciso. No sabía si intentar hablar con ella o esperar a otro momento. Todo estaba a oscuras y no quería asustarla. Se había quedado preocupado, al verla con los ojos enrojecidos y aquella expresión de tristeza tan profunda. No sabía que le ocurría con aquella chica; era lo más estrafalario que había visto en su vida, llevaba la cabeza llena de rastas, tatuajes en los brazos, piercing en el lóbulo de las orejas y quién sabe qué mas bajo la ropa. Era menuda, malhablada y descarada. Y muy inteligente, no debería

olvidarlo.

Pero esos enormes ojos grises de largas pestañas, rodeados de pintura negra que no conseguía estropearlos ni un ápice, se le habían metido en el cerebro. Parecían perseguirle. Una especie de pulsión descontrolada se apoderaba de su ser y le creaba una necesidad incomprensible de acercarse a ella. No era capaz de racionalizarlo, solo podía dejarse guiar por el instinto.

Aparcando sus dudas y dejándose llevar por un impulso, llamó con los nudillos. Daba la sensación de que Chantal se encontraba justo al otro lado de la madera.

—¿Qué quieres? —esa pregunta tan directa le sorprendió.

—Soy Duncan.

—¡Ya lo sé! —a pesar de hablar en un tono bajo, en el silencio de la noche, sus voces parecían resonar por todos lados.

—Abre, por favor, me gustaría hablar contigo.

Se hizo el silencio durante unos segundos y Duncan empezó a desistir de la inercia que lo había llevado hasta allí. Dio un paso atrás y en ese momento la puerta se entreabrió.

—Es muy tarde —el susurro de Chantal pareció ascender por su columna vertebral hasta la nuca.

—Ya me iba, es igual —a Duncan empezaban a darle miedo sus propias reacciones ante aquella parisina tan distinta a él.

—¡No! Pasa, tampoco podía dormir —Chantal acabó de abrir la puerta y lo dejó entrar.

La sorpresa de Duncan, fue encontrarla vestida solo con una camiseta negra con una calavera blanca en el centro rodeada de una letras que parecían el logo de algún club de moteros… y nada más. Iba descalza y la camiseta le tapaba justo las bragas, si es que las llevaba puestas. Duncan cerró los ojos intentando hacer desaparecer aquella imagen de su mente.

—¿Qué quieres? —preguntó Chantal

—Saber cómo estás —contestó Duncan mirando sus ojos e intentando que su vista no bajara más allá del cuello de su camiseta —esta tarde me has dejado preocupado. No estabas bien. Has llegado la última y habías estado llorando. Quiero saber porqué.

—¡Ja! —Chantal sonrió con ironía—. ¿Quieres saber porqué, pelirrojo? ¿Y, desde cuando tengo yo que explicarte nada a ti?

—Desde que me preocupo por lo que te ocurra.

—¡No digas gilipolleces, tío! ¿Por qué mierdas ibas a preocuparte por mí? ¡Nadie se ha preocupado nunca por mí! —Chantal cerró los ojos y sintió que sus palabras eran injustas—. Bueno… eso no es del todo cierto, mi amiga Marie y su hermano se preocupan por mí. Pero tú eres un tío rico que no puede tener ningún interés en saber nada de una tía como yo. Seguro que has

vivido cómo un príncipe, has ido a colegios de pago y a la mejor universidad, tienes una novia formal tan pija como tú y vives como un rey. Eres bastante pedante, vives rodeado de arte y si un día te molesta una uña, vas a darte un masaje o te llevas a tu novia a un crucero por el Caribe ¿me equivoco?

—¿Siempre prejuzgas a las personas como lo acabas de hacer conmigo? —Duncan no había cambiado su expresión, pero sus palabras le habían molestado. Cogió a Chantal de la mano y la arrastró con él hasta el sofá, donde se sentaron uno junto al otro —Voy a darte una pista de dónde te has equivocado un poquito, preciosa —No es que naciera en una familia rica, es que éramos pobres como ratas. Pasé mi infancia saltando de una pensión mugrienta a otra con mi madre y mis dos hermanas pequeñas. El cabrón de mi padre desapareció cuando nació la última y no volvimos a saber de él. Mi madre era muy guapa ¿sabes? Intentó buscar mil trabajos, pero con tres criaturas era misión imposible. Acabó prostituyéndose porque era eso, o morirnos de hambre. El barrio en el que pasé la mayor parte de mi infancia era el peor de la ciudad, un gueto apartado e inmundo; allí llegué a una adolescencia turbulenta de la que pude salir por pura cabezonería y casi por los pelos. Estuve a punto de acabar siendo un camello, pero tuve un momento de lucidez que me hizo ver que no era la vida que quería. Todos los que conocía que se dedicaban a ello, morían jóvenes y yo no quería acabar tan pronto. Entonces me centré en poner todo mi empeño en crearme yo mismo la oportunidad que la puta vida no me había dado.

—Perdona… —le interrumpió una Chantal avergonzada —No lo hubiera imaginado nunca, yo solo…

—¡Déjalo Chantal, no busques excusas! He trabajado muy duro para hacer desaparecer mis orígenes y casi nadie en mi mundo los conoce. He pulido mi exterior, pero llevo escondido muy en el fondo al desgraciado niño que fui y al adolescente barriobajero. Nunca he olvidado mi procedencia, de hecho creo que desde muy adentro, se dedica a dirigir mi vida.

—¿Por qué me lo explicas a mi?

—Porque he reconocido la tristeza que desprendían tus ojos esta tarde —Duncan le cogió la mano, pasando el pulgar por su muñeca —has dicho que no te gustaban las tormentas. A mí tampoco me gustan, pasé unas cuantas en la calle, sin tener donde cobijarme.

—¿Qué hiciste para salir del hoyo? Eso parece un camino espinoso y muy duro– Chantal se había quedado con ganas de escuchar su historia y no tenía muchas ganas de contestar a sus preguntas. Pero se sentía intrigada por ese pelirrojo grande, guapo y engañoso que no era lo que parecía a primera vista.

—Conseguí ser más fuerte que mi destino, doblegar el camino que parecía trazado para mí. Tuve que esforzarme mucho para que me concedieran una beca. Trabajaba de peón por las mañanas, estudiaba por las noches y no dormía más que tres o cuatro horas al día, hasta que conseguí acabar la carrera y comprarme un traje. Mis primeras entrevistas de trabajo fueron frustrantes ¿sabes? Creía que iba a comerme el mundo en cuanto me pusiera una corbata. Mi madre siempre me decía que no me rindiera, que yo era capaz de venderles agua a los peces, que tenía mucha labia para convencer a cualquiera para que hiciera lo que yo quería. Y eso hice: convencer, persuadir, atraer, engatusar y convertirme en un cabrón hasta conseguir amasar una verdadera fortuna.

—¿Dónde te metiste para conseguir eso? uno no se hace rico por trabajar mucho.

—Tienes razón —Duncan se acercó más a Chantal, le gustaba el interés que mostraba por su vida e intuía que ella era capaz de entenderlo —el tema de fondo siempre ha sido el arte. La parte visible son las subastas que dan bastante dinero. Pero lo que yo hago es conseguir piezas únicas, desaparecidas o muy buscadas, copias de pinturas de pintores famosos, que ni un experto distinguiría de los originales… guárdame el secreto, estoy hablando más de la cuenta y yo nunca hago eso. ¿Eres una bruja o algo así?

Chantal soltó una carcajada y se acercó a su bolso para sacar una bolsita con marihuana, tabaco y papel de fumar. En un momento se lió un porro y lo encendió. Dio una profunda calada y se lo pasó a Duncan que se encogió de hombros y lo cogió para hacer lo mismo. No fumaba hierba desde la universidad, pero en ese momento le apeteció.

—¿Y tú? ¿Vas a contarme algo? —preguntó Duncan

—¿Sabes porque no me gustan las tormentas? —la mirada de Chantal volvió a oscurecerse a la vez que brillaba de lágrimas contenidas— porque me recuerdan a otra noche de tormenta de hace tan solo unos seis meses. Yo estaba en un hospital… pariendo —notó el sobresalto de Duncan al escuchar sus palabras—. Tuve una niña. Sólo la vi un momento antes de que se la llevaran. La di en adopción —Chantal volvió a dar una honda calada y el humo de la marihuana la envolvió haciéndole cerrar los ojos y calmando su ansiedad.

—¿Te arrepientes? —la voz de Duncan fue casi un susurro al ver resbalar las lágrimas de aquella chica que cada vez lo intrigaba más.

—Me arrepentí desde el primer momento, pero no podía mantenerla, a duras penas podía conseguir dinero para llevarme algo a la boca. Fue hace tan solo unas semanas que el azar, con toda su mala leche cambió mi vida. Me tocó la lotería y ahora podría

darle a mi hija la vida de una princesa. Pero ya no es mía.

A Chantal se le rompió la voz y no pudo seguir hablando. Duncan se acercó a abrazarla y la rodeó con los brazos. Ella hundió el rostro en su pecho y se dejó ir, como no lo había hecho hasta ese momento, dejando salir la rabia y la pena, convulsionando su cuerpo con unos sollozos que parecían nacer de su alma.

Duncan pasó su mano por la nuca de ella, enredando los dedos entre sus rastas y besando su frente, murmurando palabras incongruentes que querían ser de consuelo.

Cuando el llanto empezó a remitir, Chantal se sintió avergonzada e intentó apartarse. Al levantar su rostro para mirar el de Duncan, nunca hubiera esperado encontrar lo que descubrió: un cariño real. No era pena, no era compasión. Era algo más, algo etéreo y sutil que no sabría definir. Sus miradas se quedaron ancladas una en la otra, sus bocas tan cerca que solo las separaba un suspiro, sus alientos mezclándose y unos extraños sentimientos surgiendo de la nada. Una conexión incomprensible entre dos personas tan distintas. Una especie de fuerza gravitacional, los empujaba el uno hacia el otro, los hacía rodar en círculos, sin dejar que se apartaran y sin acercarlos del todo, como evaluándose, tentándose el uno al otro.

Duncan rompió el momento, porque no pudo hacer otra cosa. Como si estuviera hechizado por aquellos brillantes ojos grises y aquella boca del color de las fresas, atrapó sus labios dejándose llevar por sus deseos. Y Chantal respondió abriéndose a él. Fundieron sus lenguas, acercaron sus cuerpos y algo pareció estallar en el ambiente. Una especie de electricidad que consiguió que dejaran de pensar y que se centraran en aquel beso con sabor a descubrimiento, con aroma a hogar, con el tacto de la seda y el sonido de la música escoltando al baile más ancestral.

*****

Vivian seguía escuchando la conversación de Jeremy, que hablaba desde su móvil secreto, con alguien a quien le estaba explicando lo que había ocurrido aquel día, poniendo especial énfasis en el árbol de la vida que Demang había ganado y que Chantal le entregó a regañadientes.

Se le veía muy serio en aquel momento y cómo estaba concentrado en la conversación, Vivian desconectó un poco de sus palabras para centrarse en observarlo; sus gestos, esa forma de meter los dedos entre su espeso cabello para echarlo hacia atrás, la fuerte mandíbula cubierta de una corta barba de un par de días, el parpadeo de sus ojos oscuros con la mirada ausente a través del ventanal, perdiéndose entre las luces nocturnas de la ciudad, sus

labios moviéndose al ritmo de sus palabras acompañando la gesticulación de sus manos, el perfil de una nariz recta que ofrecía al conjunto de su cara una belleza inusual. Todo en él, le resultaba muy tentador.

Vivian pareció despertar de su abstracción, cuando Jeremy colgó y la miró, acercándose.

—Supongo que esperas una explicación.

—¿De qué? —Jeremy alzó las cejas sorprendido—. ¡Oh! Si, perdona. Claro… me estaba preguntando con quien hablabas y porque tienes un móvil escondido.

—Era mi amigo Dexter —Jeremy se acercó a la nevera del mueble bar—. ¿Quieres una copa? ¿Vino blanco, whisky, licor, ginebra…?

—Una copa de vino, por favor.

—¡Mira!, de tu tierra —le enseñó la botella de vino— es de Napa Valley.

Vivian sonrió encantada.

—Me queda a unos quinientos kilómetros de casa, pero visto desde esta distancia, no parece nada del otro mundo ¿verdad?

—Tienes razón —Jeremy sirvió dos copas y se acercó a Vivian —, vamos a brindar.

—¿Por algo en especial? —Vivian se acercó más levantando su copa.

—Por habernos encontrado en la otra punta del mundo, creo que eso ha de significar algo, cosas del destino o algo así —Jeremy hizo chocar sus copas y ambos probaron el vino —Verás Vivian, de hecho, estoy aquí en parte por Dexter. Somos amigos desde la infancia y me pidió ayuda. En otro momento me hubiera parecido un absurdo hacer lo que estoy haciendo, pero me ha pillado en una época extraña, de esas en que tu vida te parece un sinsentido. ¿Sabes de qué hablo?

—Creo que sí —Vivian asintió y le sonrió.

—El caso es que me estaba planteando retirarme a hacer meditación espiritual en el Nepal o comprarme una cabaña en un bosque perdido en medio de la nada y dedicarme a contemplar el paisaje y ver crecer la hierba… o quizás en irme una temporada a vivir con los pingüinos en el Polo Norte.

—Los pingüinos viven en el Polo Sur… —lo interrumpió Vivian haciendo una mueca— perdón, veo documentales por las noches. En el Polo Norte viven los osos polares.

—Vale —Jeremy soltó una risilla —pues con los osos polares. El caso es que estoy bastante harto de mi vida. Dedico tantas horas al trabajo, que se me pasan los años sin darme cuenta y echando la vista atrás, todo lo que hago es acumular dinero y posesiones. Soy

bueno jugando en la bolsa, soy intuitivo con los negocios, tengo olfato para detectar las buenas oportunidades. No negaré que ya desciendo de una familia sin problemas económicos, pero mi éxito ha sido… abrumador. Demasiado y demasiado deprisa. Desde hace un tiempo, el aumento de mis posesiones es proporcional al vacío que siento. Vivo en una mansión que en realidad no necesito y que aún me aísla más. No es que no tenga amigos, pero me siento solo. Estoy seguro que muchísima gente con trabajos precarios, si me escucharan decir esto, se reirían de mí, sé que soy un hombre con suerte para los que no tienen lo que yo tengo. Pero todo se convierte en superficial si no tienes con quien compartirlo. No me refiero a mi familia, sino a alguien especial ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Completamente —Vivian se sentía identificada con sus palabras, como si hubiera encontrado a su alma gemela—. Me siento igual que tú la mayoría del tiempo. Tengo amigos, una familia… elitista y distante, mucho dinero y un trabajo que muchos envidiarían. No le digo nunca a nadie lo que te estoy diciendo ahora Jeremy, por vergüenza y por temor a las respuestas que podrían darme. Sé que no puedo quejarme de mi vida, pero es cómo una cascara de nuez vacía.

—¡Vaya! No creí que nos pareciéramos tanto —Jeremy se sentó al lado de Vivian en el sofá —bueno, a lo que iba. Mis razones para meterme en esta locura. Dexter lleva tiempo investigando a través de la deep web operaciones de tráfico de obras de arte. Hay una fuerte conexión entre el creador de este juego, que podría ser el mismo Demang y una serie de pistas que está intentando seguir la CIA, sobre falsificaciones de arte. El tráfico de transacciones en la deep web está encriptado y es muy difícil obtener información clara.

—¿La CIA? ¿Tu amigo trabaja en la CIA? —Vivian empezaba a alucinar—. ¿Y cómo lo estás ayudando? ¿Y qué relación podemos tener nosotros con el tráfico de arte?

—Sus sospechas los han dirigido hasta el origen de este juego. Mi amigo quería involucrarse él mismo, pero es arriesgado que descubran su identidad. Sin embargo, para mí era fácil introducirme porque tengo algo que él busca.

—¿Una obra de arte? —preguntó Vivian interesada, ya que parecía que era el nexo de unión entre ellos.

—Una antigüedad —Jeremy la miró dudando si sería prudente desenmascarar sus intenciones ante otra persona. Pero esa persona en concreto lo miraba con los ojos más transparentes que había visto nunca y supo que podía confiar en ella —es un árbol de la vida.

—¿Otro? ¿Cómo el que tenemos Chantal y yo? —inconscientemente se llevó la mano al cuello, por donde asomaba la cadena de oro.

—Muy similar —contestó Jeremy —Por lo visto hay cuatro y tienen una historia que los une en su origen. Y una leyenda. Por separado son valiosos, pero cómo cualquier buena colección que se precie, juntos valen una fortuna. El cuarto lo tiene Duncan ¿Qué te parece?

En ese momento, el móvil que Jeremy aún no había desconectado para guardarlo vibró en sus manos. En seguida reconoció el número en la pantalla: era el de su casa. Extrañado por aquella llamada contestó enseguida y escuchó la voz de Patrick.

—Hola Jeremy, siento llamar a estas horas, pero Dexter me ha dicho que era el único modo de contactar contigo.

—¡Patrick! ¿Qué ocurre?

—Siento ser portador de malas noticias, pero ya estaba durmiendo cuando me han despertado las alarmas. Aún no entiendo cómo puede haber ocurrido, pero alguien se ha colado en el ático y ha entrado a robar. La policía está de camino.

—¿Qué se han llevado? —Jeremy tenía una intuición muy afilada y un pálpito muy claro.

—Por lo que he podido ver solo han abierto la vitrina vertical y ha desaparecido el contenido de la tercera estantería. Creo que era dónde se exhibía el árbol de la vida.

—¡Lo sabía! ¿Se lo has comentado a Dexter?

—Si, se lo he dicho cuando lo he llamado, me ha dado instrucciones y está de camino a tu casa; quiere llegar antes que la policía.

—De acuerdo, te llamaré cuando pueda Patrick, gracias por todo.

—¡No se te ocurra colgar! ¿Qué narices está pasando, Jeremy? No parece haberte sorprendido este robo, casi da la sensación de que lo esperaras.

—Digamos que no me ha sorprendido demasiado. Ahora debo dejarte, habla con Dexter cuando llegue y te lo explicará.

Jeremy desmontó de nuevo el móvil y lo guardó cuidadosamente en el escondite de la maleta. Vivian lo miraba pensando en que debería irse a su habitación, pero algo la mantenía allí anclada. Su curiosidad no paraba de crecer y necesitaba enterarse de los últimos acontecimientos.

—¿Malas noticias? —preguntó levantándose para irse.

—Han entrado a robar en mi casa —Jeremy pareció despertar de su aturdimiento —pero no pasa nada, suponía que lo intentarían.

—No entiendo nada Jeremy, esto empieza a parecer una

pesadilla…

CAP.9 — UNA PARTIDA MEDIEVAL

Era muy pronto cuando todos los jugadores estaban subiendo de nuevo a aquel maldito helicóptero, cargados con una pequeña mochila que Demang les acababa de entregar. Ni siquiera sabían lo que contenía. Solo les habían informado que llevaban lo imprescindible para superar cualquier obstáculo, si sabían usarlo en el momento adecuado.

—¡Como nos vuelvas a hacer un simulacro de accidente aéreo, te corto los huevos! —Chantal se dirigió directamente a Demang que volvía a ser el piloto, mientras el resto se carcajeaba de su ocurrencia.

—Tranquila pequeña Chantal —le contestó el malayo sonriendo —ese reto lo superaste muy bien, de hecho, mejor que nadie. Hoy tenéis una bonita sorpresa.

—No sé si me gustan tus sorpresas… —murmuró Chantal subiendo al helicóptero.

Una vez todos estuvieron sentados y asegurados en sus asientos, Demang les informó mínimamente del viaje.

—Vamos a volar durante poco más de una hora. Cuando lleguemos a nuestro destino y antes de aterrizar, os explicaré el objetivo del juego de hoy, por si alguien quiere retirarse antes de empezar. Por supuesto en ese caso perderá y deberá pagar. El premio para todos será una experiencia única. ¿Preparados?

Todos asintieron, más o menos poco convencidos y cada vez más desconfiados. Quien más quien menos, intuía que allí no todo estaba claro, que desconocían el propósito oculto de aquel extraño hombre que les proponía juegos y poco ofrecía a cambio. Después de la conversación con Kelana, llevaban el radar activado buscando segundas intenciones, mentiras o trampas. Aquella situación los mantenía alerta y a la vez había conseguido sacarlos a todos de su letargo, de sus monotonías y rutinas diarias, de sus vidas sin estímulos donde solo se dejaban llevar.

Se miraron unos a otros encogiéndose de hombros y aceptando el desafío. Se abandonarían a su suerte e intentarían obtener una experiencia a cambio.

Durante el viaje se estudiaron con disimulo entre ellos. Empezaban a conocerse un poco y tenían sus dudas con respecto a las intenciones de cada uno.

Chantal miraba de reojo a Duncan, recordando la noche anterior y aquel beso que no podía quitarse de la cabeza. *¡Pues no besaba bien el pelirrojo!* iba pensando mientras estudiaba su perfil sin poder esquivar la curiosidad que le despertaba aquel tipo tan alto. Duncan, por su parte, fijaba la vista a través de la ventana sumido

en sus pensamientos, abstraído e intentando no mirar a Chantal que lo estaba poniendo más nervioso de lo que era capaz de admitir ante sí mismo.

Jeremy y Vivian, se murmuraban entre ellos al oído y sonreían. Kelana los observaba a todos y llegó a la conclusión de que aquella gente que la rodeaba no estaba demasiado cuerda. Ninguno de ellos. Deberían haberse ido a sus casas y seguían allí, quizás arriesgando más de lo que sabían. Ella había intentado advertirles de los posibles peligros, pero empezaba a pensar que sus palabras no habían tenido ningún efecto disuasorio. Conocía lo suficiente a su primo para saber que tenía un lado oscuro que intentaba no mostrar, pero que podía aparecer en cualquier momento. Lo que ya no tenía tan claro eran sus límites.

—Pronto aterrizaremos —informó Demang.

Todos miraron por las ventanillas y divisaron pequeñas islas con abundante vegetación, rodeadas de un mar azul casi transparente. Lucía el sol y las playas parecían paradisiacas, llenas de palmeras y arena blanca. Vivian, al ver aquella maravilla no pudo más que sonreír y cogió la mano de Jeremy.

—Me encantaría pasar el día en una de esas playas, tomando el sol y bañándome en esas aguas tan transparentes.

—Te recomiendo que no lo hagas —interrumpió Demang al escucharla —esas aguas están plagadas de tiburones.

El lugar de aterrizaje correspondía a una de las islas más apartadas del resto y que, desde las alturas, se veía más pequeña.

—¿Vive alguien en esa isla? —preguntó Duncan

—No exactamente —contestó Demang

—¿Y eso qué significa? —Jeremy se unió a la conversación mientras seguía viendo cómo se acercaban a aquella isla que a cada segundo que pasaba parecía más grande.

—Hay personas, pero forman parte del juego, os lo explicaré cuando aterricemos.

No tardaron demasiado hasta que las hélices dejaron de rotar y todos descendieron, una vez que aquel enorme aparato había tocado tierra en un claro entre la espesura de los árboles.

—Os voy a poner en situación —Demang se situó ante todos ellos y se cruzó de brazos —imaginar que acabáis de hacer un viaje en el tiempo. Esta isla es mía —detectó enseguida la sorpresa que esperaba en Kelana que no tenía ni idea de aquella adquisición —y la he convertido en una especie de parque temático. Ahora mismo ya puedo daros la bienvenida a la Edad Media. Hoy no tenemos aquí más visitantes que vosotros, podéis consideraros unos privilegiados. Viviréis situaciones de esa lejana época y podréis defenderos con las armas que lleváis en vuestras mochilas. Sin

miedo, no podéis matar a nadie, estad tranquilos. También encontrareis un mapa y si seguís la dirección que os indica, llegareis a un lugar en el que podréis sentiros a salvo y jugar una singular partida. No voy a daros más información. Suerte a todos. Yo me voy, pero volveré y os espero aquí mismo, justo a las ocho de la noche. Disfrutad de una experiencia inolvidable.

Todos se quedaron parados como pasmarotes, viendo como el helicóptero con Demang dentro, se elevaba hacia el cielo y los dejaba en aquella isla que a primera vista parecía desierta. Solo se escuchaba el rumor lejano del mar y el del viento que hacía ondear las hojas de los árboles.

—Creo que deberíamos mirar que llevamos en estas mochilas —Kelana fue la primera en reaccionar.

Todos abrieron cremalleras y bolsillos para encontrar lo mismo en cada una de ellas: un teórico mapa de la isla con algunos caminos y lo que parecían un par de aldeas señalizadas. Una bolsa con pan, queso, manzanas y barritas de cereales, una botella de agua, una brújula y otro objeto distinto en cada mochila; un pequeño espejo, un par de puñales que parecían algo rudimentarios, una pequeña botella de espray con un líquido ambarino en su interior y unas gafas muy aparatosas y oscuras con el cristal amarillo.

—Parece que nuestro amigo Demang nos ha dejado abandonados en una isla, incomunicados y con comida para un solo día. Espero que vuelva a buscarnos o tendremos una verdadera lección de supervivencia —comentó Jeremy.

—No estamos del todo incomunicados —les dijo Kelana. Se agachó y sacó un móvil de un bolsillo lateral de sus pantalones.

—Pero aquí no debe haber cobertura —Vivian empezaba a sentirse desamparada al ser consciente del aislamiento al que se estaban exponiendo. Si alguien los asesinaba allí iban a ser difíciles de localizar.

—No es necesaria, tengo instalada una aplicación de SMS que no la necesita, si el receptor también la tiene —contestó Kelana— en este caso es uno de mis compañeros de la policía, podéis calmaros. En caso de urgencia lo podemos usar.

—Ya me dejas más tranquila —el tono de Chantal no dejaba de ser irónico —Bueno ¿Sois capaces de leer este mapa? Orientación cero, ya os aviso.

—¡Vaya! La listilla no sabe orientarse —Duncan no perdió un segundo en pincharla y tirar de una de sus rastas —ya creía que eras infalible en cualquier tipo de prueba.

—Yo creo que estamos aquí —señaló Vivian mirando el mapa mientras observaba la brújula y la comparaba con el norte señalado

en el papel —Mi orientación sí es buena. Si nos dirigimos hacia el este, supongo que entrando entre esa especie de bosque, llegaremos a este camino que nos llevará hacia la primera aldea.

—Como no sabemos a dónde debemos dirigirnos lo mismo nos da ir hacia allí que al revés ¿no? —indicó Duncan.

—¿Por qué quieres ir en dirección contraria? —Chantal le dio un codazo en las costillas —vamos a hacer caso a Vivian, yo me fio de ella. Así no acabaremos caminando en círculos.

—¡En marcha! —Jeremy, a pesar de las malas noticias de la noche anterior, parecía muy animado —Yo también me fio de ella.

No habían caminado ni diez minutos, cuando todos se quedaron parados entre los árboles debido al sonido cada vez más cercano de cascos de caballos.

—¿Eso son caballos? —Vivian se acercó a Jeremy mientras daba un trago de agua a su botella. Hacía calor.

Se aproximaron hacia el sonido, llegando hasta un claro. Al otro lado empezaron a asomar entre los árboles, un grupo de cinco hombres montados a caballo.

Se suponía que estaban en una especie de parque temático, pero al ver a aquellos hombres, sucios y desarrapados acercarse a ellos desde la altura de sus caballos negros, todos dieron pasos atrás. Resultaban imponentes. Vivian pensó que por sus expresiones parecían sedientos de sangre y tuvo la impresión de que una pantalla de cine imaginaria la había abducido para dejarla caer justo en medio de una película. Los jinetes llevaban espadas cogidas a la cintura y juraría que olían fatal. La recreación medieval era estupenda, había que reconocerlo.

Los jinetes los recorrieron con la mirada, que se transformó especialmente lasciva al llegar a la esbelta figura de Vivian, que había acudido aquel día con unos shorts y una camiseta de verano.

—Vaya… ¿Qué tenemos aquí? Intrusos en nuestra isla —El hombre que acababa de hablar, fornido y barbudo mostró una sonrisa desdentada que a Chantal le produjo un escalofrío—. ¿A dónde os dirigís, extranjeros?

—Vamos a la aldea más próxima —contestó Jeremy siguiendo el juego —quizás nos podéis indicar si vamos bien por aquí.

—¡A nuestro Señor no le gustan las visitas inesperadas! —Bramó otro con una larga melena enmarañada —mejor dar media vuelta y no volváis por estas tierras.

—Podemos daros algo a cambio, si nos lleváis hasta la aldea. Es un objeto mágico —le contestó Vivian e hizo el gesto de descolgar la mochila de su espalda.

—¡Quieta! —el de la barba bajó del caballo y se acercó a ella a grandes zancadas.

Vivian se arrimó más a Jeremy, que se colocó a su lado.

—Solo quiero enseñarte el objeto mágico. Es un espejo, mira.

Sacó el pequeño espejo y se lo mostró. El barbudo se acercó a él y lo cierto es que era un buen actor, ya que pareció sorprendido al ver reflejada su imagen.

—De acuerdo, cada uno subiréis con uno de nosotros a un caballo y os llevaremos hasta la aldea —contestó arrancándole el espejo de las manos.

—Mejor vamos paseando —Kelana seguía desconfiando de todo y de todos y no se fiaba de las ideas peregrinas de su primo.

—O subís a los caballos o no pasareis de aquí —exigió el melenudo —vamos rubita, tú te vienes conmigo.

—¡Hemos dicho que vamos andando! —Jeremy se plantó delante de Vivian, no iba a dejar que aquel… actor o lo que fuera la manoseara.

En ese momento, los cinco jinetes sacaron sus espadas, acercándolas a los cuerpos de los supuestos intrusos. Por mucho que intentaran hacerse a la idea de que aquello no era real, lo parecía y mucho. El corazón de Chantal quería salir por su boca, a Vivian le faltaba la respiración, Kelana no hacía más que maldecir a su primo. Duncan y Jeremy, empezaban a sentirse inseguros y desorientados.

Se miraron entre ellos y tácitamente decidieron hacer caso y ver a donde les llevaba el próximo paso si cedían ante aquellos supuestos asalta caminos.

Su sorpresa fue, que en el momento en que todos estuvieron izados a lomos de aquellos caballos, cada uno se encaminó en una dirección distinta, separándose unos de otros. Nadie contaba con aquel contratiempo y a pesar de que empezaron a quejarse, los jinetes pusieron los caballos entre un trote rápido y un galope del que era imposible librarse sin saltar a la brava y romperse el cuello.

*****

—¡Deberíamos ir todos juntos hasta la aldea o lo que demonios sea esas casas dibujadas en el mapa! —Jeremy gritaba al oído del hombre que lo llevaba en su caballo y que hacía oídos sordos.

Por su parte el resto de jugadores se encontraron en situaciones similares: el silencio por respuesta a sus constantes demandas.

Cada uno de los jinetes, llegó hasta un pequeño cobertizo de madera medio destartalado e hicieron entrar dentro a los jugadores para que se cambiaran de ropa y se integraran al juego debidamente caracterizados.

Con Vivian hubo una excepción, el barbudo que la acompañaba, antes de dejarla entrar en el pequeño cubículo, la agarró por el

brazo y la atrajo hasta él.

—¡No tan deprisa, rubita! Tienes algo que quiero, ven aquí —la acercó hacia su cuerpo, mientras Vivian soltaba un grito que nadie escuchó y plantó las palmas de las manos en el pecho fornido y las ropas harapientas de aquel desconocido. El alarido que siguió, fue debido al tirón que le dio a la cadena de oro que seguía llevando colgada de su cuello. Ésta se rompió y al tirar apareció el colgante del árbol de la vida de oro y esmeraldas que rápidamente desapareció en algún bolsillo oculto entre aquellos ropajes mugrientos.

—¡Dame mi colgante! —Vivian le gritó mientras golpeaba su pecho con los puños cerrados—. ¡Devuélvemelo, maldita sea!

El hombre la apartó de un empujón, la metió dentro del cobertizo, que no tendría más de un metro cuadrado y cerró la puerta con una balda exterior de hierro, que no le permitiría salir si él no la dejaba.

El resto de jugadores fueron llegando a la aldea con minutos de diferencia, compuesta por unas cuantas casonas destartaladas. En una elevación del terreno despuntaba la torre de una especie de pequeño castillo. Quería asemejar una construcción medieval, aunque no tenía su majestuosidad. La base era cuadrada, parecía de piedra y se veía fortificada, aunque todo a pequeña escala. Se quedaron todos parados mirando a su alrededor, donde algunas gentes asomaban de las casas, vestidos con harapos. Les extrañó ver incluso algunos niños entre ellos.

Se abrió el portón de entrada y otro hombre a caballo salió por ella. Éste parecía de la nobleza, sus pesados ropajes de terciopelo adornado de seda, los bordados, las joyas, la túnica y el sombrero, así lo demostraban.

—¿Qué me traéis hoy? —Se dirigió a sus hombres—. ¿Creéis que estos servirán para completar las piezas y poder jugar una partida?

—Son los cuatro que te faltaban —señaló uno a uno a los jugadores—. Dos peones, una reina y un rey.

Chantal llevaba puesto un pomposo y largo vestido negro brillante y una corona dorada enmarcando sus rastas. Duncan al verla no pudo más que reír, aunque él hacía pareja con ella, disfrazado con los ropajes oscuros de un rey medieval que, por cierto, le estaba haciendo sudar a mares. Sin embargo Kelana y Jeremy parecían pordioseros, vestidos con ropas andrajosas.

—¿Dónde está Vivian? —Interrumpió Jeremy —no vamos a seguir sin ella. ¡Exijo que la traigáis aquí con nosotros!

Una carcajada del “Señor del Castillo”, hizo que un estremecimiento recorriera la espalda de Jeremy, que cada vez estaba más inquieto.

—¡No eres más que un peón, no intentes siquiera que yo te escuche! El incentivo para que os centréis en el juego, será la rubia que no volverá con vosotros si no colaboráis.

—¡No me gusta este juego! —Jeremy cada vez estaba más cabreado—. ¿Dónde está Vivian?

—No la necesitamos para esta partida, llegará más tarde —el tono del supuesto Señor del castillo no admitía réplica y todos tuvieron claro que no conseguirían nada insistiendo.

Jeremy pensó que quizás lo mejor fuera seguirles la corriente e intentar escapar para ir a buscar a Vivian. A cada segundo que pasaba estaba más inquieto. Aunque tenía que reconocer, que en el tiempo que llevaba fuera de casa, había conseguido olvidarse de su trabajo. En eso, al menos, había tenido éxito.

—¡Seguidnos! —bramó uno de ellos.

Todos aquellos personajes medievales se pusieron en marcha, a través de un camino de tierra que dibujaba eses entre los árboles. Siguieron a aquella singular comitiva, nada convencidos de no haberse metido en un laberinto sin salida.

Duncan se acercó más a Chantal y le cogió la mano, apretándola y mirando su rostro. La chica le guiñó un ojo y un par de hoyuelos aparecieron en sus mejillas, lo que hizo sonreír a Duncan al verla con aquellas pintas, aún más estrambóticas de lo normal en ella.

Llegaron a un claro, donde se les reveló una planicie cubierta de una espesa y corta hierba verde, en la que había dibujada una cuadrícula enorme con lo que parecía pintura blanca y negra. En la mayoría de los cuadrados los esperaban las personificaciones de los *trebejos* del juego del ajedrez. En el lado de las piezas blancas, la cuadricula estaba completa, exceptuando el rey. En el otro lado faltaban algunas piezas y todos dieron por supuesto que ellos eran los que las completarían. ¿Iban a jugar una partida de ajedrez con personas?

—Supongo que sabéis donde colocaros —exclamó el Señor del Castillo mientras se situaba en el lugar del rey de las piezas blancas —. ¿A qué esperáis?

*****

Vivian se había desollado los nudillos de tanto golpear la puerta de madera de aquel inmundo cobertizo que olía a moho. Entraba algo de claridad a través de alguna rendija entre la madera que se intuía vieja y abombada. La oscuridad no era total, pero empezó a faltarle el aire. Estar allí encerrada le estaba produciendo claustrofobia y los miedos acumulados durante toda su vida, parecieron aflorar de golpe, todos juntos.

Intentó recordar los consejos de su carísima psicóloga, a la que

había acudido en varios momentos de su vida; en esos en los que los miedos podían con ella y la paralizaban. Cuándo no la dejaban disfrutar de nada y la llenaban de angustia. Recordaba incluso el nombre de su peor fobia; era "*escotofobia*", un nombre de lo más rebuscado para definir la falta de aire en los pulmones, la ansiedad creciente ante la falta de luz, los ataques de pánico, el miedo irracional, el sudor, la boca seca, la tensión… estaba intentando serenarse y centrar sus pensamientos en una luz imaginaria que la ayudara a salir del pozo en el que se iba hundiendo segundo a segundo. Aquel ejercicio le había funcionado alguna vez y en ese momento, estaba desesperada.

Pero en vez de conseguirlo empezó a chillar como una posesa cuando se colaron sin avisar sus recuerdos de infancia, aquellos en que su padre la encerraba en un pequeño armario para hacerla más fuerte. Había sido una niña miedosa y el remedio de sus padres fue enfrentarla de cara a su terror sin medir las consecuencias.

Cuando llegaba la noche llegaba el pánico y solo tenía dos opciones: llorar en silencio en su cama hasta que los monstruos de la oscuridad desaparecían o dejar la luz abierta que invariablemente sus padres cerraban. Si se quejaba o lloraba desesperada, la solución era el armario "*para que te quites ese miedo absurdo y dejes de lloriquear*". Fue una guerra continua, hasta que descubrió que, a pesar de todo, era mejor sufrir en soledad.

Y eso hizo, acumulando miedos uno sobre otro, uniéndolos y comprimiéndolos para que no se notaran, escondiéndolos en los rincones de su interior donde fingía que no existían, cubriéndolos de indicios de valentía, de pinceladas de superación, lavándoles la cara como a las paredes sucias pero sin tocar los cimientos.

Allí seguían las raíces bien amarradas de todos sus temores enmarañados como hilos de lana, anudados entre sí forjando enredos imposibles de desatar. Así los veía Vivian cuando era capaz de levantar la esquina de la alfombra y vislumbraba la basura acumulada de su infancia y los recuerdos ocultos a su consciencia. No era capaz de liberarlos y a veces creía que la solución era quemar la casa, un desenlace drástico, pero quizás el único.

No oía nada en el exterior y el capullo que la había acompañado hasta allí no daba señales de vida. ¿Iban a dejarla allí encerrada todo el día?

Volvió a chillar pidiendo socorro, esta vez con lágrimas en los ojos, desesperada por salir de aquel cuartucho inmundo convertido en una cárcel de seguridad, cuando al final la puerta se abrió de golpe y Vivian casi salió despedida hacia adelante cayendo sobre los brazos de aquel gigante, del que se apartó enseguida a la vez que le golpeaba el torso con los puños.

—¿Por qué me has encerrado ahí dentro, animal? ¿Por qué?

—¡Quieta, fiera! —el barbudo soltó una carcajada y la agarró de las muñecas sin contar con que Vivian estaba mucho más cabreada de lo que parecía. En un acto reflejo levantó una rodilla con todas sus fuerzas, encajándola entre las piernas de él que aulló como un lobo en celo y cayó de rodillas, agarrándose sus partes y maldiciendo sus huesos. Momento que Vivian aprovechó para recoger su mochila del suelo y salir corriendo sin ninguna dirección concreta, perdiéndose entre los árboles para esconderse de aquel tipo repugnante.

*****

—Bien, ya tenemos al rey y la reina en su lugar y a estos dos peones que nos faltaban —el señor del castillo parecía satisfecho, como si hubiera esperado mucho tiempo para poder jugar aquella partida —Por si no lo sabíais, este maravilloso juego representa nuestras ciudades, dónde cada ficha se corresponde a una clase social y sus movimientos son una representación de sus vicios y virtudes. Lo inventó un astuto filósofo sumerio para intentar enseñar con él, moralidad y ética. Como sabéis salen las blancas. ¡Qué empiece el juego!

Las supuestas fichas empezaron a moverse en base a las órdenes de los Reyes de los dos bandos. Era una partida en la que ellos eran los principales jugadores, por lo que Duncan se encontró con un papel ilustre, cuándo el ajedrez nunca había sido lo suyo. Conocía los rudimentos del juego, la forma en que se movían las fichas en el tablero y poco más. Cero en estrategia.

—No sé lo que nos van a pedir cuando perdamos, pero te aseguro que vamos a perder, no soy bueno jugando al ajedrez —le susurró Duncan a Chantal que estaba a su lado como una pequeña reina mirando a sus súbditos con la barbilla alzada.

—Yo soy la mejor pelirrojo —Chantal le contestó casi sin mover los labios —sigue mis instrucciones y nos cargaremos a ese fantoche en pocos movimientos. Le vamos a hacer un jaque al rey que no va a ver venir. Caerá fulminado.

Los peones fueron los primeros en avanzar hacia el campo contrario siguiendo las órdenes de sus reyes. Lo chocante fue ver cómo cada vez que un peón se “comía” a otro lo hacía a base de unos cuantos puñetazos hasta que lo dejaba fuera de juego y los observadores los arrastraban hasta el exterior del enorme tablero. Si aquella sangre era salsa de tomate o algún tipo de pintura estaba muy bien conseguida, tanto que empezaron a pensar que estaban metidos en el centro del delirio de un loco.

Los caballos se movían inquietos y sus jinetes intentaban

mantenerlos en sus casillas, pero resoplaban y pateaban el suelo aplastando la hierba.

Chantal hacía memoria de las jugadas más famosas que conocía y le iba dando instrucciones a Duncan entre susurros.

—El 5 está amenazado, pero tenemos al peón 7 protegiéndote, por lo que no puede capturar al caballo.

—¡Dime que muevo, no sé de qué me hablas! —Duncan perdía la paciencia enseguida y se veía incapaz de decidir —Jeremy es el 7, no lo tocaré. No quiero ver cómo le pegan una paliza.

—Desvía la torre de la defensa de G6 —Chantal iba adelantando las jugadas mentalmente y al detectar el fallo que acababa de cometer el rey contrario, supo que podían tener la partida ganada en ocho movimientos.

En la siguiente jugada del rey blanco que Chantal ya tenía prevista, uno de los peones negros que no habían movido desde el inicio, podía matar al caballo blanco.

—¡Duncan, mueve al peón y mata al caballo! —Chantal le apretó la mano a la vez que le indicaba que hacer.

Éste dio la orden y el peón se acercó al caballo, pero la sorpresa de todos fue ver como el jinete tiraba de las riendas hacia atrás y el caballo levantaba sus patas en el aire para dejarlas caer sobre la cabeza del peón.

Aquello no podía ser ningún simulacro, una cabeza aplastada no se podía reproducir con ningún maquillaje mágico e instantáneo. Aquel hombre que sangraba en el suelo y al que le habían reventado la tapa de los sesos, estaba más muerto que una momia.

Los jugadores se quedaron tan impactados que no eran capaces de reaccionar; todos con la boca abierta, paralizados e intentando comprender la escena de la que acababan de ser testigos mientras el resto de fichas blancas y negras se enzarzaban en una pelea unos contra otros gritando como posesos.

La primera en reaccionar fue Kelana al ver la oportunidad de huir a la vez que maldecía mentalmente a su primo.

—¡Corred! ¡Vámonos de aquí! —se acercó corriendo a Chantal, seguida por Jeremy y los cuatro se alejaron veloces hacia los árboles intentando desaparecer de aquella pesadilla y esquivando a los caballos que parecían haberse vuelto tan locos como sus dueños.

CAP.10 — UNA NOCHE EN LA ISLA

Vivian caminaba sin rumbo intentando serenarse. Su mirada no dejaba de recorrer a toda velocidad el espacio que la rodeaba, asustada como hacía mucho que no se sentía.

Ya no era una niña, pero encontrarse sola en una isla de la que ni siquiera conocía el nombre, en las antípodas de su casa y sin ver nada claro como saldría de allí, la hizo empequeñecer a marchas forzadas. Se sentía como una gota de agua perdida en un océano, tan pequeña e insignificante que tuvo que pararse a coger aire si no quería desmayarse en cualquier momento. Lo que menos necesitaba en ese instante era un ataque de pánico.

Se sentó junto a un enorme árbol sin perder la atención a los sonidos qua la rodeaban y apoyó la espalda en el ancho tronco, cerrando los ojos y contando los segundos de cada inspiración y cada expiración intentando no hiperventilar. Eso era una necesidad básica para que pudiera volver a poner su cerebro en marcha. Primero respirar, después pensar…

Una vez conseguido su propósito y sin escuchar ningún sonido que hiciera sospechar que su carcelero acechaba en las cercanías, se llevó instintivamente la mano a la inexistente cadena en su cuello. Le dolía el arañazo producido por el tirón que aquel bruto le había ocasionado, pero las lágrimas volvieron a asaltarla al recordar el colgante que había pasado de generación en generación en su familia y que su abuela le había entregado con tanto cariño. Era muy posible que no consiguiera recuperarlo. No entendía nada, no podía ser parte del juego que le robaran, le hicieran daño y la dejaran perdida y sola en medio de la nada.

No podía quedarse allí parada eternamente, por lo que hizo un esfuerzo sobrehumano por sobreponerse y pensar con claridad.

Lo primero era beber agua, estaba sedienta y sudaba copiosamente. Entre los nervios y la combinación de alta temperatura y humedad extrema, se estaba deshidratando.

Al sacar la botella de agua de su mochila descubrió qué, como mucho, le quedaba la mitad y justo era mediodía. Bebió un poco y comió un trozo de pan con queso y una manzana, tenía el estómago en los pies. Sacó la brújula y el mapa e intentó orientarse.

Su prioridad era encontrar a sus compañeros. Al pensar en ellos, la imagen de Jeremy se le hizo nítida y su preciosa sonrisa la hizo suspirar incluso en la deplorable situación en que se encontraba. Intuía que ese hombre era especial. Tenía algo que le atraía mucho

y no era solo lo que se veía a simple vista; con él se sentía segura, aunque no era capaz de fiarse de nadie. La habían ninguneado demasiadas veces. Sabía que no podía depender de otros para sentirse así, que debía trabajar para conseguirlo por ella misma. Pero tener a alguien cerca que le sirviera de apoyo, era importante. Jeremy parecía un buen candidato, pero era absurdo ni siquiera planteárselo, vivían en los dos extremos de su país a miles de kilómetros de distancia. Lo mejor sería aparcar esa atracción, sabiendo que sus días en esa parte del mundo que los había conectado estaban contados.

Miró de nuevo el mapa y se decidió por volver al lugar donde los había dejado el helicóptero. Se escondería cerca del claro y esperaría a que fueran las ocho de la tarde y a que Demang los fuera a recoger. Si es que cumplía su palabra, cosa de la que empezaba a dudar. Sus compañeros de juego, en un momento u otro, debían dirigirse al mismo sitio. Sí, eso sería lo mejor.

Otro pensamiento le rondaba por la cabeza. Lo más probable era que se despidiera de los demás y volviera a casa. Esa clase de aventuras no estaba hecha para ella y la experiencia de ese día le daba la razón.

*****

Kelana corría en cabeza entre los árboles; la seguía Jeremy y tras él, cogidos de la mano, Duncan y Chantal los escoltaban como podían. Los ropajes pesados de rey y reina los hacían tropezar constantemente. A Chantal se le enredaba la falda entre las piernas e hizo parar al resto.

—¡Un momento, por favor! —Todos se frenaron en su huida y Chantal empezó a buscar el cierre de su falda —no puedo correr con esta mierda de ropa, voy a quitarme la falda, estoy sudando como un cerdo.

—¿Vas a correr desnuda? —Duncan la miró con los ojos abiertos como platos y una sonrisa torcida, aquella chica era una caja de sorpresas.

—¡Eso quisieras tú, mente enferma! Llevo mis shorts debajo McAllen —Chantal consiguió arrancarse la falda, dejando a la vista sus cortos pantalones rojos y el tatuaje de unas bonitas mariposas volando por su pierna derecha.

Duncan se arrancó la capa de rey, sin dejar de mirar aquellas mariposas que lo habían dejado ensimismado. Nunca un tatuaje lo había hipnotizado de aquella manera… ¿O eran sus piernas?

—¡Vamos, no podemos perder tiempo! —Kelana les urgió a continuar —Esconder las ropas bajo esos arbustos, intentaremos ponernos a cubierto y decidiremos qué hacer.

Todos seguían consternados por la visión del peón con la cabeza abierta por los cascos del caballo. Jeremy seguía muy preocupado por Vivan. La isla era pequeña vista desde las alturas, pero una vez allí y entre tanta vegetación, los pocos kilómetros que tuviera, se agrandaban cuando intentaba orientarse.

—Hemos de encontrar a Vivian —exclamó nervioso.

—Lo primero es ponernos a salvo, no sabemos qué intenciones tiene esa gente hacia nosotros —contestó Kelana— debemos escondernos; intentaré enviar un mensaje a mi compañero para denunciar lo que acabamos de ver.

—A lo mejor ha sido un accidente… —comentó Duncan — quizás el caballo se ha desbocado y…

—¿En serio? —Saltó Chantal—. ¿Tú has visto lo mismo que yo? El tío del caballo lo ha hecho a posta, ha tirado de las riendas y ha aplastado al peón. ¡No me vengas con cuentos! ¡Sé lo que han visto mis ojos!

—Todos lo hemos visto, Chantal —corroboró Jeremy mirando a Duncan, —¿no? El jinete y el peón se miraban desde hacía rato como si se odiaran.

—Supongo que sí —contestó Duncan—, es que me parece tan fuerte que, intentaba buscarle otra explicación.

Todos caminaban siguiendo a Kelana y hablaban en un tono bajo para no ser descubiertos, aunque no habían escuchado más que a los pájaros que sobrevolaban sus cabezas y se posaban en las ramas de los árboles.

—Me parece que Demang está un poco loco —Jeremy iba repasando mentalmente todos los hechos desde que llegaron— ha montado esta especie de reto, este juego sin sentido con alguna intención oculta.

—Mirad —Kelana se frenó y señaló a su derecha—. Aquello parece una cueva.

Estaban cerca de un pequeño acantilado muy próximos al mar. Unas formaciones rocosas modelaban una pequeña cueva rodeada de matorrales. Parecía un buen escondite.

Al acercarse y entrar por la cavidad, el suelo descendía en una especie de túnel durante unos metros para llegar a otro espacio mucho más grande. Llegaba la luz del exterior amortiguada, creando sombras algo fantasmagóricas.

—De momento nos sirve de escondite —murmuró Kelana

—Espero que no nos encuentren, porque este sitio no tiene salida alguna —dijo Duncan resiguiendo las paredes rocosas con la vista—. ¿Puedes contactar con tu primo desde aquí? Deberíamos informarle de lo que ha ocurrido ¿no?

—No me fío de Demang —contestó Kelana— ya os dije que por

eso estoy aquí. No quiero decir que algo como lo que hemos visto esté preparado por él, pero me gustaría saber de dónde ha sacado a la gente que tiene en esta isla. Nada de lo que hemos vivido aquí me parece normal, la verdad.

—Se supone que son empleados de un parque temático —comentó Jeremy —pero tienen algo extraño, no sé…

Kelana sacó su móvil del bolsillo y escribió un SMS a su compañero de la policía.

—El mensaje no sale… —Kelana resoplaba mirando la pantalla —voy a salir fuera.

—Ya me parecía raro que aquí hubiera cobertura —Chantal la miraba negando con la cabeza.

—Ya os he dicho que esta aplicación no la necesita, pero si mi amigo no la tiene activa es posible que no le lleguen.

—Voy a buscar a Vivian —Jeremy ya no podía esperar más, necesitaba hacer algo y su preocupación por ella aumentaba a cada momento.

—¿Y cómo vas a encontrarla sin saber dónde mierda está? —Chantal también se estaba alterando —¡Si todos nos separamos va a ser peor!

—¡No sé donde está! —Jeremy casi le gritó —¡pero no puedo quedarme de brazos cruzados!

—De acuerdo —Kelana tomó el mando, para intentar calmar los ánimos —ve a buscarla, pero tanto si la encuentras como si no, a las ocho deberíamos estar en el claro donde nos ha dejado el helicóptero, para que Demang nos recoja.

—¡No voy a irme sin ella! —Jeremy ya estaba colgándose la pequeña mochila al hombro dispuesto a salir en su busca.

—¡Ya lo sé, Romeo! —soltó Kelana y los otros dos rieron sin disimulo —Vete. Si no vuelves, nos encontramos a las ocho en el claro para volver al hotel. Una vez que estemos allí, habrá que aclarar muchas cosas.

*****

Jeremy intentó ponerse en el lugar de Vivian, lo cual le resultó muy difícil, ya que no sabía qué le había ocurrido. Desde que los jinetes se separaron y tomaron distintos caminos, no la habían vuelto a ver y estaba muy preocupado. Habían sido testigos de un homicidio y no podía fiarse de la gente que habitaba aquella insólita isla.

Supuso que si estaba sola en aquel momento y suponiendo que realmente su orientación fuera buena, se dirigiría al claro dónde les había dejado el helicóptero aquella misma mañana, que ahora le parecía tan lejana.

Sacó su mapa y se topó con las enormes gafas que llevaba en la mochila. Tenían toda la pinta de ser futuristas, con el cristal amarillo de una sola pieza para los dos ojos y unas correas muy anchas ajustables. Se las quedó mirando ensimismado, cayendo en la cuenta de que debían ser de visión nocturna. Era de día y lucía el sol, pero en cuanto oscureciera las probaría. Aunque si todo iba bien, era probable que se largaran de allí antes de poder usarlas.

Caminó durante casi una hora, cauto y pendiente de cualquier sonido o movimiento a su alrededor, hasta llegar al claro. Lo recorrió con la vista y le pareció que no se equivocaba y que estaba en el lugar indicado. Se escondió entre los arbustos, atisbando aquel espacio vacío y se sentó recostado en un árbol, desde donde podía observar sin ser visto.

El silencio lo acompañó durante más de una hora, solo interrumpido por el piar de los pájaros, el sonido de la brisa en los árboles y el rumor lejano del mar.

Se estaba quedando adormecido con la cabeza recostada en el tronco, cuando el sonido del chasquido de una rama al partirse lo espabiló y lo puso en alerta. No sonó demasiado cerca, pero Jeremy tenía un oído muy fino. Se incorporó muy lentamente sin hacer ningún ruido y se dirigió con pasos muy lentos en la dirección del sonido, encogido entre los altos matorrales.

No quería verse sorprendido por uno de aquellos energúmenos que rondaban por allí.

*****

Vivian llevaba un buen rato esperando ver a alguien aparecer en el claro, pero se estaba hartando de permanecer allí tan quieta. ¿Y si sus compañeros estaban en la otra punta de la isla, metidos en algún juego estrafalario y ni siquiera se acordaban de ella? No sería la primera vez que le pasaba algo así. A pesar de que por su físico no pasaba desapercibida, mucha gente era lo único que veía. Recordaba que debido a su timidez cuando era adolescente, la tomaban por tonta o no la tenían en cuenta para nada que tuviera un mínimo de interés. Ser animadora de un equipo de futbol, era lo que le ofrecían siempre sin dudar. Pero no contaban con ella para demasiadas cosas y ese hecho siempre la había mantenido apartada de la gente, distancia que se había acostumbrado a tolerar. Siempre había pensado que, si un día desaparecía, casi nadie la iba a echar de menos, nunca había sido la persona preferida de otro.

Desechó aquellos pensamientos deprimentes y se concentró en los sonidos que la rodeaban, sin detectar presencia alguna. En un alarde de valentía, decidió rodear el claro sin dejarse ver, para inspeccionar el terreno, si seguía allí sin moverse le crecerían raíces.

Se hizo hueco entre los matojos, arañándose las piernas y apartando ramas y hojas. En uno de sus vacilantes pasos pisó una rama que crujió al romperse y que resonó en sus oídos. El corazón le latía desbocado y volvió a inspirar aire profundamente intentando serenarse. Se escondió tras el tronco ancho de una secuoya y asomó la cabeza por los laterales sin ver nada extraño.

En ese momento una mano se posó en su hombro; el alarido que liberó de su garganta ocultó la voz de la persona que se encontraba a su espalda. Enfurecida al pensar en el bárbaro que le había arrancado el colgante, se giró en un impulso nacido del más puro terror, levantando el codo para incrustarlo en el estómago de su atacante.

Ni siquiera lo miró a la cara, solo vio sus oscuras ropas andrajosas y empezó a aporrear su pecho y a lanzar patadas con toda la fuerza que pudo encontrar entre el pánico que la invadía a la vez que intentaba alejarse de las manos que la sujetaban por los brazos. Hasta que su voz se abrió paso en su cerebro y levantó la vista hasta su rostro.

—¡Vivian! ¡Tranquila, soy yo, Jeremy!... ¡Vivian, mírame! —Jeremy se desgañitaba intentando que Vivian lo mirara y lo reconociera.

Aún llevaba las ropas de peón que le habían dado para el juego de ajedrez y sabía que no lo había mirado a los ojos y que estaba aterrada.

—¡Jeremy! —Vivian paró sus golpes en seco y se lo quedó mirando a la vez que un torrente de lágrimas acudían a sus ojos—. ¡Jeremy, gracias a Dios!

Sin pensarlo, Vivian se lanzó a su cuello para darle un abrazo y se quedó pegada a él, llorando a mares y soltando la congoja que la atenazaba. Éste la apretujó contra su cuerpo mientras le pasaba una mano tranquilizadora por la espalda.

—Tranquila preciosa, soy yo, no pasa nada. Suerte que te he encontrado.

*****

La supuesta aplicación con la que podía enviar y recibir mensajes sin internet, no estaba funcionando ni dentro ni fuera de la cueva. Kelana se hartó de intentar enviarlos sin obtener respuesta.

Junto con Duncan y Chantal, comieron lo que les quedaba en las mochilas y casi terminaron con el agua.

—Espero que mi primo traiga más agua en el helicóptero, con tanta humedad nos vamos a quedar secos de tanto sudar —Kelana no paraba de refunfuñar, bastante cansada de estar allí.

Duncan se pasó la camiseta por la frente mientras Chantal le lanzaba miraditas al torso desnudo y bien formado y le guiñaba un ojo de forma descarada.

—Creo que lo mejor es que vayamos a esperar al helicóptero, son más de las cinco y media y nadie se ha acercado hasta nosotros —dijo Duncan —a ver si encontramos allí a Jeremy y a Vivian.

—Si, será lo mejor ¿No, Kelana? —Chantal se dirigió a la policía que parecía haber tomado el mando.

—De acuerdo, vamos.

De camino al claro, orientándose con sus brújulas, se escucharon claramente los cascos de los caballos.

—¡Otra vez no! —Duncan solo tenía ganas de salir de allí, comer en condiciones y darse una larga ducha —espero que no nos encuentren.

—Esos matorrales de ahí parecen muy tupidos —señaló Chantal —si nos metemos debajo no nos verán.

—A ti seguro que no, eres pequeña y cabes en cualquier sitio, pero no creo que me tapen a mí.

—¡Callaros de una vez! —Susurró Kelana de mal humor —a este paso no nos verán pero os escucharán discutir a vosotros. No nos queda otra, vamos a escondernos ahí.

Se acurrucaron como pudieron bajo los espesos matojos, tirados en el suelo y escuchando como aumentaba el ruido cada vez más sonoro de los caballos al galope.

—Espero que no se les ocurra pasar por aquí o nos aplastarán —

Chantal se lo tomaba todo a broma, pero la situación cada vez le gustaba menos. Notó cómo Duncan, que se encontraba a su espalda, pasaba el brazo sobre su cintura y se acercaba más a su cuerpo en un gesto protector. Sonrió divertida pensando que aquel, normalmente malhumorado pelirrojo tenía su corazoncito y se dejó abrazar.

Por suerte el sonido de los cascos pasó cerca para después alejarse. Habían estado muy próximos y a pesar de que no podían saber si solo era su papel en el parque temático, no se fiaban de ellos. No después de ver morir a un hombre.

Siguieron su camino en silencio intentando hacer el menos ruido posible y al llegar a la zona en la que debían reunirse todos, avistaron de lejos a una pareja que conocían, recostada en un árbol, besándose como si no hubiera un mañana.

*****

—Lo siento Jeremy —Vivian se apartó un poco limpiándose las lágrimas con las manos —estaba muy asustada y creía que era la bestia que me ha secuestrado antes.

—¿Qué ha ocurrido? —Jeremy la hizo sentarse a su lado recostada en el árbol—. ¿Por qué no os habéis reunido con el resto?

Vivian le relató lo sucedido, su encierro en aquel minúsculo cubículo, su desesperación al sentirse encerrada y le mostró el arañazo en el cuello al explicarle como se lo había arrancado. Él le relató la extraña partida de ajedrez y el fatídico resultado, con el que Vivian se quedó asombrada. Jeremy decidió que debía contarle algo importante.

—Vivian, estoy casi seguro de que ese árbol tiene mucho que ver con nuestra estancia aquí, ya te comenté algo ayer.

—¿Cómo puede ser? Lo tengo hace mil años, ha estado durante varias generaciones en mi familia.

—Lo que te expliqué ayer cada vez tiene más sentido, mi amigo Dexter tenía razón ¿Sabes algo de la leyenda? —preguntó Jeremy.

—Mi abuela me explicó que creía que se contaba una leyenda o una historia que ha cambiado varias veces al trasladarla de padres a hijos a través del boca a boca —comentó interesada—. Pero solo es un cuento, algo relacionado con la inmortalidad, creo recordar.

—Lo cierto es que ese árbol no es único —le dijo Jeremy—, ya viste el gran parecido con el de Chantal. Juraría que pertenecen a la misma colección; el mío, lo han robado y el que falta lo debe tener Duncan, seguro. El mío es de rodio y diamantes.

—Es raro… —Vivian se quedó pensativa.

—¿El qué?

—El material… el rodio no existía como tal en el tiempo en el que está datado mi árbol, que es de oro.

—Creo que eso también tiene una explicación. He de hablar con Dexter para explicarle lo de esta isla, que yo sepa no tiene aún idea de hasta dónde llegan los tentáculos de Demang; esto es surrealista.

—He estado pensando en estas horas en las que he estado sola…

El tono triste de Vivian alejó los pensamientos de Jeremy sobre las joyas lejos de allí y se centró en la mujer que tenía a su lado.

—Quiero volver a casa —Vivian alzó la vista al cielo que se había vuelto anaranjado al empezar a ponerse el sol —vine aquí con la intención de vivir algo distinto, de tener una aventura, de aceptar un reto, de cambiar en algo mi tediosa vida. Pero no estoy hecha para esto. Soy una persona miedosa y embarcarme en esta locura me ha hecho llorar ya, un montón de veces. Estoy harta de tener miedo pero no puedo evitarlo, me gustaría ser impulsiva y valiente pero siempre me quedo a medias, siempre hay algo que me frena, que no me deja salir del lugar en el que me encuentro atrapada…

—No te vayas, por favor —las palabras de Jeremy le hicieron mirarlo de nuevo —estoy seguro de que eres más valiente de lo que crees. Ya sé que parece una locura, pero me gusta tenerte cerca.

Hay algo entre nosotros que deberíamos explorar ¿No crees? Ya sé que parece demasiado precipitado, pero es que desde el primer segundo en que te vi en el aeropuerto, ha sido como si ya te conociera, como si te hubiera estado esperando… ¿Eso tiene sentido?

—Lo tiene si con esas palabras estás intentando acostarte conmigo antes de que me vaya —Vivian estaba demasiado seria para su gusto y hablaba con firmeza —ya me han utilizado demasiadas veces, Jeremy. No hace falta que me regales el oído con palabras, mejor dime que yo te gusto y te responderé que tu también me gustas a mí. Dime que me deseas y te responderé que yo también lo hago. Dime que esta noche acuda a tu habitación y es posible que lo haga y tengamos una noche especial. Pero después me iré a casa y no volveremos a vernos, yo lo sé y tú lo sabes. No me vendas que puedes sentir algo por mí, porque con el poco tiempo en que hace que nos conocemos, eso es imposible. Tus palabras son muy bonitas, encontrar a tu media naranja y todo eso, estar atados por el dedo meñique con un hilo rojo invisible que nos une desde que nacemos y que algún día hará que nos encontremos. Todo muy dulce y poético. Pero ya me han decepcionado demasiado Jeremy, solo te pido que no lo hagas tú también. Mi respuesta es mucho más fácil, si quieres que pasemos la noche juntos, mi respuesta es sí.

—Un discurso muy bien ensayado —Jeremy frunció el ceño frustrado —pero te equivocas de medio a medio conmigo. No te he dicho esas palabras para acostarme contigo. No niego que te deseo, cualquiera lo haría. Eres una belleza y lo sabes. Pero lo que más me atrae de ti es algo que ocultas y que yo intuyo, algo que veo escondido en tu mirada y que es tu esencia. Lo siento, si mis palabras te parecen edulcoradas, nunca me había comportado así y yo mismo estoy sorprendido de mí mismo. Por si lo dudas, he tenido en mi cama a mujeres muy hermosas, tanto o más que tú. Pero a ninguna le he dicho lo que te estoy diciendo a ti. No espero que me creas, ya me has demostrado tu desconfianza y a mí tampoco me gusta dar pasos en falso ni exponerme a tu deprecio. Pero si para ti es más fácil que pasemos una noche juntos… lo haremos —Jeremy se acercó, la cogió de la mano y la hizo levantar del suelo para apoyar su espalda contra el árbol colocando sus manos alrededor y acercando peligrosamente su boca a la de ella — Y cuando estemos desnudos piel contra piel, te demostraré hasta que punto mis palabras son sinceras y quién te hablará será mi cuerpo.

Se acercó para besarla; acarició y mordisqueó sus labios hasta convertir su respiración en un susurro entrecortado.

—¿Y… qué más sabes de la leyenda del colgante? —preguntó Jeremy con el corazón latiéndole violentamente en el pecho.

—Nada en absoluto… lo he olvidado —Vivian no podía concentrarse en otra cosa que no fuera su boca.

—Concéntrate…

—Lo estoy haciendo, lo juro —Jeremy sonrió encantado con su reacción mientras sus labios navegaban por su rostro y se deslizaban de un punto a otro hasta la comisura de los suyos. Le daba la impresión que Vivian podría ser un volcán ardiente que llevaba años dormido y que él podría despertar.

Atacó su boca por fin con ansia, enredando sus lenguas en una caricia erótica y excitante. Sus manos se colaron bajo la escueta camiseta; su piel era suave y caliente.

Ambos se separaron de un salto al escuchar la voz de Duncan y una carcajada.

—¿Así matáis el tiempo? Con razón tenías tanta prisa por encontrar a Vivian.

—¡Ya podíais haber llegado un poco más tarde! —Jeremy miró a Vivian y al ver sus mejillas arreboladas y su melena despeinada, le entraron ganas de llevársela lejos.

—Son casi las ocho, en unos minutos debería llegar el helicóptero, a ver si vamos al hotel y nos dan algo más de comer que no sea pan con queso —intervino Chantal sacando papel de fumar de sus bolsillos y liándose un cigarro mientras Duncan la miraba negando con la cabeza.

Y esperaron…, pasaron las ocho, las nueve y las diez y sus esperanzas de dormir en las cómodas camas del hotel se diluyeron como el humo en el aire.

—¡Está claro que tu querido primo nos ha dejado abandonados! —Duncan empezaba a cabrearse de verdad, aquella zona estaba plagada de mosquitos y no dejaba de rascarse los brazos.

—¡Vas a arrancarte la piel a tiras, McAllen! —Contestó Chantal —. Bueno Kelana ¿Qué nos propones ahora?

Kelana estaba mirando su móvil, que hasta ese momento no le había servido de nada, con cara de desesperación.

—¡Mierda! ¡Me he quedado sin batería!

—Tampoco nos había servido de mucho hasta ahora ¿no? —Contestó Vivian—. ¿Van a abandonarnos a nuestra suerte?

—No se atreverá —contestó Kelana— está pirado, de acuerdo, pero sabe que soy policía y que no me he metido aquí a jugar por gusto. Sabe que le voy pisando los talones, que le investigo y que mi gente me echará de menos. Sólo está jugando con nosotros, intentando derrumbar nuestras defensas. Aunque no acabo de adivinar el motivo.

—Pues, mientras tanto, deberíamos prepararnos para pasar la noche en esta preciosa isla y hacer turnos para vigilar que nuestros anfitriones del siglo XII no se metan con nosotros.

Se comieron lo poco que quedaba en sus mochilas y acabaron con toda el agua, por lo que al terminar sabían que no les quedaba nada más que llevarse al estómago.

Estaban sentados formando un círculo, rodeados de árboles y grandes plantas, cansados y alterados a la vez.

—Creo que es hora de que pongamos en común todo lo que sabemos sobre lo que está pasando aquí —comentó Jeremy mirando directamente a Duncan.

—¿Por qué me miras a mí? —Duncan lo miró desconfiado.

—¿Tú también tienes un árbol de la vida? —Duncan no contestó y se lo quedó mirando fijamente —de acuerdo, no quieres contestar, lo haré yo por ti. Yo tengo uno de rodio y diamantes, el que tenía Chantal era de platino y rubíes. A Vivian su carcelero de esta mañana, le ha robado el que llevaba colgado al cuello de oro y esmeraldas. Eres marchante de arte y una persona muy entendida en la materia y he deducido que tú debes ser el dueño de la pieza que falta. La colección es de cuatro árboles, por lo que el tuyo debe ser el de iridio y zafiros azules ¿Me equivoco?

—No… no te equivocas; lo tengo en mi casa de Edimburgo —contestó Duncan ante la evidencia del sentido que estaba tomando aquel juego.

—Últimas noticias… —siguió explicando Jeremy —yo también lo "tenía" en mi casa de Nueva York, pero ayer me entraron a robar y… ¿Qué se llevaron los ladrones? ¡Mi árbol!

—¡No me jodas! —Chantal estaba alucinando y le dio un codazo en las costillas a Duncan—. ¡McAllen tienes un colgante como el mío y no me lo has dicho! ¡Esto empieza a parecer un manicomio!

—Entonces es posible que también hayan robado en tu casa —Kelana miró a Duncan—, creo que empiezo a entender algunas cosas… por lo visto mi primo va detrás de esta colección, pero no necesitaba montar este escenario para hacerlo. Es rico, podría haberos ofrecido dinero.

—A lo mejor también sabe que no estaban en venta —contestó Jeremy— yo no lo hubiera vendido, para Vivian es una joya familiar con mucho valor sentimental. Él quiere conseguir los cuatro árboles como sea.

—Trato con muchos locos por el arte y las antigüedades —intervino Duncan— y conocía esta colección desde hace mucho, aunque ignoraba quién tenía las otras piezas, me las han pedido infinidad de veces. ¡Y justamente coincido con ellos en Singapur! No es ninguna casualidad, tienes razón. Lo que sí tengo claro, es

que las cuatro piezas juntas tienen un valor incalculable. He de llamar a mi casa para ver si han entrado también a robar. Llamaré a mi… —Duncan estuvo a punto de decir "novia" al pensar en Megan, pero se frenó a tiempo—… a mi abogado para que eche un vistazo.

—Eso será cuando volvamos a la civilización. Lo que no sabe Demang… —Jeremy miró a Kelana—. ¿Puedo confiar en ti? —Kelana asintió —es que la joya que robaron ayer de mi casa no es la original, solo es una copia.

—¿Cómo es posible? —a Chantal le daba la sensación de haberse metido en una historia que, sus amigos nunca creerían cuando se la explicara. Parecía que se acabara de fumar un porro muy cargado.

—Esperaba que me robaran mientras estaba de viaje —Jeremy los miró de uno en uno y supo que podría confiar en ellos, estaban juntos en aquella especie de disparate—. Estoy aquí, porque Dexter, mi mejor amigo que trabaja en la CIA, en un departamento relacionado con el tráfico de arte, está siguiendo los pasos de una organización malaya que trafica con EEUU desde hace más de un año. Si alguno de vosotros habla sobre esto, negaré cada palabra de las que he dicho y os tomarán por locos ¿estamos? Llamo cada día a mi amigo a la una de la madrugada. Si no lo hago, él sabrá que tenemos problemas y pondrá a la caballería en marcha.

—¿No entregaste tu móvil como los demás? —preguntó Duncan.

—Tengo otro escondido en mi maleta a buen recaudo.

—Muy listo… —Duncan se llevó la mano a la nuca en un gesto de incomodidad.

—¿En qué se ha metido el imbécil de mi primo? —Exclamó Kelana llevándose las manos a la cabeza —sé que no es trigo limpio, pero creo que conseguirá arruinar a toda la familia con su locura.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó Chantal—. ¿Estamos en manos de un tarado?

—En nuestra familia ha habido varios casos diagnosticados de episodios psicóticos, algunos graves. Tenemos a un par de familiares, ya ancianos, ingresados en centros de salud mental y temo que Demang haya heredado su enfermedad. Si está detrás de todo esto, sus actos solo me confirman lo que ya sospechaba; que no está bien, se ha vuelto loco del todo. ¡Ojalá me equivoque!

—Ahora tenemos el problema de cómo salir de aquí, si Demang está… desequilibrado, igual nos abandona a nuestra suerte —a Vivian le temblaba la voz—. ¿Alguien tiene idea de cómo hacerlo?

—De momento no nos queda otra que pasar la noche —respondió Jeremy y se acercó al oído de Vivian mordiéndole el lóbulo de la oreja—, aunque no cómo había planeado. No te preocupes no nos va a ocurrir nada.

—Yo haré el primer turno de vigilancia —les informó Kelana—, intentar dormir un poco. Duncan, te despierto para el siguiente turno ¿De acuerdo? Tener los puñales que había en las mochilas a mano, por si acaso.

Se acomodaron como pudieron sobre la hierba, con las cabezas sobre las mochilas. La temperatura había bajado ostensiblemente al hacerse de noche y al cabo de un momento Chantal estaba casi tiritando.

—¡Oye, McAllen! —Susurró a Duncan que estaba a su espalda—. ¿Te importa acercarte un poco? me estoy quedando helada.

Sin contestar, Duncan se acercó a su cuerpo, la agarró por la cintura y coló un brazo bajo su cabeza a modo de almohada, su torso pegado a la espalda de ella. Al cabo de un momento le pareció que aquella chica, a la que estaba cogiendo cariño sin querer, dormía como un tronco. Ella se removió y su trasero empezó a hacer presión sobre sus vaqueros, pegándose a él como una lapa. Duncan se retiró un poco al notar la respuesta de su cuerpo, pero Chantal seguía buscando el contacto y arrimándose a él.

—¿Estás despierta, demonio? —le susurró al oído y al instante una risilla se le escapó a Chantal haciendo sonreír a Duncan; lo había engañado bien, pensó mientras metía una mano bajo la camiseta de ella—. ¿Estás buscando guerra? Estamos acompañados, pero te recordaré este momento cuando estemos solos, no lo dudes.

—¡Chst! ¡Silencio! —Musitó Kelana—. ¿Queréis que nos encuentre la tropa medieval?

Las gafas de visión nocturna que llevaba Jeremy en su mochila, les sirvieron en los turnos de vigilancia para detectar cualquier movimiento extraño a su alrededor, aunque todo estaba tranquilo.

Finalmente todos se quedaron dormidos, Kelana incluida. Los vencieron las emociones de aquel día. Un día que, les había recordado a un sueño de esos tan extraños que, en el momento de despertar pensamos en lo absurdos que resultan.

A veces la realidad supera la ficción y cada uno se perdió en sus ilusiones oníricas, más o menos aterradoras, entre el ulular de los búhos y el canto de los grillos, acompañados de las luces y sombras de la luna que, asomaba a ratos entre las ramas de los árboles.

Hasta que amaneció y los despertó de golpe el sonido de las hélices de un helicóptero.

CAP.11 — EL ÁRBOL DE LA VIDA (La Leyenda)

Todos despertaron al mismo tiempo y se desperezaron mientras levantaban sus rostros hacia el ruido cada vez más cercano del rotar de las hélices del esperado helicóptero.

Les dolía todo el cuerpo de haber pasado aquellas interminables horas tirados en el suelo. Chantal fue la primera en incorporarse, haciendo sombra con la mano sobre sus ojos a modo de visera, mirando a aquel trasto acercarse con el ceño fruncido. Duncan observaba de reojo sus rastas llenas de briznas de hierba y se le escapó una sonrisa. Le había gustado mucho la proximidad de aquel pequeño cuerpo pegado al suyo durante toda la noche y estaba deseando pillarla a solas.

—¡Por fin! —Vivian respiró hondo al ver cerca, el momento de volver a casa, sintiendo a la vez una mezcla de tristeza y alegría.

Jeremy la cogió de la mano y la acercó a su cuerpo.

—¿Ves? No había de que preocuparse, volvemos al hotel — Vivian asintió sin decir nada.

—Mi primo va a tener que darnos muchas explicaciones — Kelana intentaba peinar su melena enmarañada en una coleta y todos iban recogiendo las mochilas para subir al aparato.

En cuanto el helicóptero aterrizó, se acercaron a él. Se abrió la puerta del piloto, pero quién bajó de él no fue Demang, sino uno de sus empleados que reconocieron de haberlo visto en el hotel.

—¿Dónde está Demang? —gritó una Kelana muy enfadada—. ¿Y por qué no vino ayer por la tarde cómo nos había dicho?

—El helicóptero tuvo una avería y lo estuvieron arreglando hasta tarde y Demang está ocupado esta mañana, tenía cosas que hacer —contestó el hombre sin inmutarse.

Kelana no quiso explicarle a aquel tío el desastre del día anterior en la partida de ajedrez, no se fiaba de nadie y se entendió con los demás, haciendo el gesto de una cremallera cerrando sus labios.

—Mejor no perder el tiempo y salir de aquí cuanto antes —les dijo Kelana al resto.

—Esperad un momento —el piloto se alejó hacia los árboles y todos lo siguieron con la vista. Antes de adentrarse en la verde espesura se giró hacia ellos y les gritó: —¡Ir subiendo al helicóptero, ahora vengo!

—¡Vamos! —Dijo Chantal— este debe buscar un rincón para mear.

Todos subieron al helicóptero y miraron por las ventanas. El

piloto se hizo visible al cabo de un momento discutiendo con uno de los jinetes medievales que iba sin su caballo.

—¡Ese es el asqueroso que me tuvo encerrada y me robó el colgante! —dijo Vivian alterada y señalando en su dirección—. ¡Hijo de puta!

Hizo el intento de levantarse para salir, pero Jeremy la cogió de la mano y la arrastró a su asiento de nuevo.

—¡No puedes salir ahora! ¡Podría ser peligroso! ¿Vas a enfrentarte a ese gigante?

Vivian resopló cabreada al ver a aquel tipo asqueroso, pero entendió la postura de Jeremy y volvió a mirar al exterior.

El piloto le dio un empujón al jinete tirándolo al suelo y empezó a correr hacia ellos subiendo a toda velocidad al helicóptero. Antes de que alzara el vuelo vieron llegar de nuevo al resto de los jinetes vestidos de negro galopando sobre sus caballos, inundando el claro. Gritaban hacia el helicóptero levantando los brazos, en una clara señal de protesta, pero las hélices ya estaban en marcha y los caballos se encabritaron, por lo que tuvieron que alejarse para calmarlos antes de acabar tirados por los suelos. Desde dentro no pudieron entender sus palabras, pero estaba claro que aquella gente tenía reproches y quejas por algo.

—¿Cómo les llegan los alimentos a la gente que trabaja aquí? —preguntó Duncan al piloto, que llevaba los cascos puestos. Si lo oyó, hizo caso omiso.

—Creo que no te va a contestar, pelirrojo; ese tío está bien aleccionado por Demang y no va a abrir la boca —Chantal lo cogió de la mano y girándola, resiguió con un dedo las líneas de la palma —mira, vas a tener una larga vida.

—¡Ja, ja! —Duncan negó con la cabeza—. ¡No me digas que además de un demonio, también eres bruja!

—¡No seas aguafiestas! Estoy contenta de ver que no vamos a morir de inanición abandonados en una isla, hay que ver la parte positiva y leer las líneas de la mano es muy divertido.

—Creo que lo mejor —comentó Jeremy— será que, cuando lleguemos al hotel tengamos una reunión con Demang y aclaremos todo. Ha de dar muchas explicaciones sobre lo que tiene montado aquí. Y tú, Kelana, has de denunciar un homicidio.

—Es lo primero que voy a hacer en cuanto lleguemos, en un par de horas esa isla estará llena de policías.

El vuelo transcurrió tranquilo y al cabo de poco más de una hora avistaron la azotea del hotel de la que habían salido el día anterior. A todos les dio la impresión de que hacía mucho más de veinticuatro horas.

Aterrizaron sin problema y antes de bajar, Kelana volvió a

interpelar al piloto.

—¿Dónde está Demang ahora?

—No lo sé, supongo que estará en la planta de los juegos, justo bajo la azotea. Me ha indicado que esperéis en vuestras habitaciones.

Se dirigieron a sus respectivas suites, desesperados por una ducha y un desayuno. Toda la planta estaba desierta, no se veía ni un alma.

—Vivian, espera —Jeremy la frenó antes de entrar a la habitación—. ¿Puedo venir a desayunar contigo?

—Mejor más tarde, Jeremy —Vivian ya estaba decidida a largarse de allí y no le veía el sentido a involucrarse más con él por mucho que le gustara, si se iba a escapar cuanto antes. Quería hacer la maleta—, estoy cansada y creo que dormiré un rato.

Jeremy asintió y no dijo nada más, percibiendo cómo Vivian se alejaba de él, tras haber pasado la noche durmiendo a su lado rodeada por sus brazos. Suspiró derrotado y se dirigió a su puerta a tiempo de ver como Duncan y Chantal entraban juntos en la habitación de ella.

*****

Vivian se metió bajo la ducha de agua templada y se entretuvo un buen rato intentando relajarse. ¿No quería salir de su rutina? ¿Tener una aventura? ¡Pues ya lo había conseguido! Había pasado los perores ratos de su vida y encima le habían robado el colgante de su abuela. Si algo había sacado en claro, era que se reconocía como la miedosa que había sido siempre, pero que algo había cambiado. Quizás había sido por ese viaje o quizás no; pero iba a cambiar el rumbo de su vida. No podía seguir dejando pasar el tiempo. Aún no tenía clara la dirección, pero sabía que no volvería a lo mismo de antes. Se había enfrentado a una de sus peores pesadillas y había salido adelante. Ya era hora de cambiar y enfrentarse a sus padres y a su futuro. No sabía cómo, pero lo haría.

Con el ánimo renovado, la ducha y sus pensamientos la serenaron y entonces apareció en su mente Jeremy… era una lástima que fuera a perderlo, que no llegara nunca a averiguar lo que pudo ser. Pero era el momento de tomar las riendas y Jeremy era tan… era tan… maravilloso que sería demasiado fácil dárselas a él. Y eso era algo que no iba a volver a hacer. Nadie más iba a orientar sus pasos. Nunca.

*****

—Bueno demonio, por fin estamos solos —Duncan cogió a

Chantal de la cintura y la arrimó a él—. ¿Vas a seguir provocándome como esta noche?

—Necesito una ducha urgentemente, pelirrojo —Chantal le empezó a levantar la camiseta arañando sus abdominales y paseando la lengua sobre sus labios— pero si quieres puedes acompañarme. Me gusta el agua muy caliente.

—¡Vaya, como a Megan…! —Duncan se quedó quieto llamándose idiota, tras dejar salir el nombre de su novia sin querer, tanto como Chantal que apartó sus manos al instante y le bajó la camiseta de un tirón.

—¿Quién es Megan? —Duncan abrió la boca, pero Chantal no lo dejó seguir y levantó el dedo índice ante sus narices—. ¡Ni se te ocurra decirme que es tu hermana! ¿Ibas a engañar a tu novia, McAllen? ¡No me mientas si valoras en algo tu vida!

—Verás… en realidad ya casi no es mi novia… estábamos a punto de separarnos —Duncan se estaba dando imaginarios golpes de cabeza contra la pared por haber cometido aquel estúpido desliz —, quería hacerlo cuando volviera a casa, te lo juro.

—Y mientras tanto pasarlo bien por aquí ¿no? —Chantal le ofreció una falsa sonrisa y se acercó a él que iba dando pasos hacia atrás, hasta que llegó a la pared—. Tu y yo no somos nada, ya lo sé, no creas que soy una ilusa. Pero no me gusta la gente que miente, Duncan. No me gusta nada de nada. Me he equivocado contigo… ¡qué pena! Una lástima porque empezabas a gustarme demasiado ¿sabes?... pero ya se sabe que, se pilla antes a un mentiroso que a un cojo.

De un manotazo, plantó su mano en la bragueta de Duncan y apretó lo justo para hacerle sudar.

—Nosotros no somos nada todavía nena… pero si me dejas explicarme, yo… —notó como la presión aumentaba —vale, déjalo, lo siento. ¡Lo siento!

—Yo no lo siento y no me llames “nena”, así te he evitado tener que seguir mintiendo ¿No crees? Así no tendrás que ocultarle a tu novia que has tenido un rollo en tu viaje, porque no lo vas a tener. ¡Dame las gracias, capullo!

—Eee… gracias, supongo —Duncan estaba alucinado con el carácter de aquella chica, era más peleona que un vino barato, pero lo ponía a mil y parecía que ella lo estaba notando en su mano.

—¡No me digas que te excita verme cabreada! —Chantal que seguía con la mano en sus pantalones la apartó de golpe—. ¡Lo que me faltaba! ¡Vete a tu habitación!

Antes de que Chantal se descontrolara del todo, Duncan se dirigió a la puerta y la abrió, no quería tentar a la suerte. Intentaría arreglar las cosas más tarde, cuando se hubiera serenado. Antes de

salir miró a Chantal que se retorcía las rastas con el ceño fruncido.

—Lo siento de verdad, cuando estés más calmada lo podemos hablar, cariño.

—¡Vete! —Duncan cerró la puerta y Chantal se sentó allí mismo en el suelo, apoyando los codos en sus rodillas y la barbilla en sus manos. Aquel "cariño" le había sonado tan bien que le entraron ganas de ir corriendo a buscarlo. Nunca nadie le había llamado cariño y tenía que hacerlo un mentiroso. ¡Tenía cojones!

*****

Pasó algo más de una hora, cuando todos se reunieron en el comedor dónde les sirvieron una comida decente. Lo cierto es que todo estaba muy bueno y ellos estaban hambrientos. Preguntaban a cada persona del servicio por Demang sin obtener respuesta; nadie sabía dónde estaba o no querían decirlo.

A Vivian le habían entrado las prisas por salir de allí y empezaba a desesperarse.

—Voy a irme de aquí lo antes posible —todos la miraron y esperaron sus siguientes palabras —he decidido que esto no está hecho para mí, por lo que voy a coger el próximo vuelo hacia Los Ángeles… eso si alguien me devuelve mi móvil y puedo comprarme un pasaje.

—Si Demang no vuelve —contestó Kelana— puedes usar el mío para eso, ya he llamado a mis compañeros de la policía y van a intentar localizarlo.

—De momento voy a salir a la calle, estoy harta de estar aquí —Vivian se levantó y se alejó hacia la salida.

—¿Puedo acompañarte? —Jeremy pensó que no podría hacer nada por retenerla y quería pasar un rato con ella. Además no le gustaba la idea de dejarla sola.

—Claro, vamos.

Accedieron a un ancho pasillo y buscaron una de las puertas de salida a la escalera donde había un descansillo con los ascensores. No pudieron abrirla.

—Hay otra puerta como ésta al otro lado del pasillo que debe estar abierta —comentó Jeremy nada convencido e intuyendo que estaban encerrados —vamos a probar.

El resultado fue el mismo. No podían salir de aquella planta del hotel. Buscaron a los empleados que les habían servido la comida y tampoco encontraron a nadie. Avisaron a sus compañeros y los cinco recorrieron toda la planta entrando en todas las puertas que pudieron abrir, que fueron pocas, sin encontrar salida alguna.

Volvieron al salón y se sentaron alrededor de la mesa vacía.

—¿Estamos encerrados? ¿En serio? —Chantal se quedó con la

boca abierta mirando a Jeremy—. ¿Tú no has de llamar a tu amigo de la CIA a ver si nos echa un cable?

—Lo he hecho hace un rato, cuando estaba en mi habitación, pero no he podido localizarlo… mucho me temo que está volando hacia aquí. Duncan también ha hecho una llamada desde mi teléfono.

—¿A quién? —preguntó Chantal interesada mirándolo de reojo y pensando en "su novia con la que pensaba romper".

—A mi abogado —contestó él—, es amigo mío y le dije que echara un vistazo a mi casa de vez en cuando, pero no hizo falta. Ayer lo avisaron al saltar la alarma… si, es lo que estáis pensando: entraron a robar igual que en casa de Jeremy, se llevaron el árbol de la vida. Intentó llamarme, pero claro, mi móvil está desconectado.

—¿Es lo único que se llevaron? —Preguntó Kelana, y Duncan asintió—, está claro que mi primo está detrás de esto, alguien de mi equipo viene de camino hacia aquí, al menos eso me han dicho. No os preocupéis, esto no durará mucho.

En ese momento oyeron un sonido a sus espaldas donde una gran pantalla, se iluminó para mostrarles la imagen de Demang, que los miraba desde una sala oscura, sentado ante una mesa cuadrada, con una sonrisa burlona.

—¡Hola queridos amigos! ¡Qué alegría teneros de vuelta! Aún os quedan muchos juegos por superar… ¿Qué os parece si hoy…?

—¡Deja de decir tonterías! —Chantal se levantó y se colocó frente a la pantalla—. ¡Estamos encerrados en las alturas de este hotel! ¡Nos has hecho pasar un día y una noche en una isla de locos y nos has robado nuestros árboles de la vida! ¡Deja de fingir y haz el favor de hablar claro de una puta vez!

—De acuerdo, no os pongáis nerviosos —contestó levantando las palmas de las manos—. ¡Cálmate, pequeña Chantal!

—¡Quiero que me devuelvas mi colgante! —Vivian se levantó y se acercó también a la pantalla, como si desde allí tuviera mayor poder de convicción —no lo ganaste limpiamente, uno de tus lacayos de la isla me lo robó rompiendo la cadena de un tirón.

—Querida gacela, no te alteres. No tengo tu árbol y no sé nada de ningún robo —contestó Demang frunciendo el ceño.

—¡Venga tío! —Chantal soltó una carcajada sarcástica—. ¿Vas a vendernos que eres un inocente espectador? ¿Y por qué no estás aquí? ¿Por qué no podemos salir de esta planta del hotel? ¿Tampoco sabes nada de una partida de ajedrez?

—¡Oh! ¡La partida! Un juego antiguo lleno de estrategia… ¿Quién ganó?

—¡No te hagas el despistado primo! —Kelana ya no aguantaba

más—, la policía te está buscando por complicidad en un homicidio.

—¡¿Qué homicidio?! ¿De qué estás hablando? —Demang parecía sinceramente sorprendido y todos se miraron entre ellos extrañados. O era muy buen actor o realmente nadie le había informado de lo sucedido.

—El que ha ocurrido en la isla —Kelana le relató detalladamente lo acontecido.

—¡Oh! —Demang se llevó las manos a la cabeza —¡esa gente no me está trayendo más que problemas!

—Pero ¿No son empleados de la isla temática? —preguntó Kelana.

—Si, eso es cierto —Demang hizo un silencio pensativo —la isla en realidad no tiene muchos visitantes y no les pago demasiado a los empleados que tengo allí. Creo que he cometido un pequeño error. La mayoría son ex convictos y cuando salen de la cárcel los contrato para un trabajo fácil y a cambio viven en una isla paradisiaca. No les parece un mal trato y aceptan enseguida.

—¿Estás loco? —Kelana estaba atónita—. ¿Te das cuenta de lo peligroso que es reunir a un montón de delincuentes para vivir juntos, por mucho que hayan salido de la cárcel? ¡Esa isla es un polvorín! Y encima llevas visitantes y arriesgas sus vidas. Hemos visto morir a un hombre, con la cabeza aplastada por un caballo y eso te va a salir muy caro, Demang.

—¡Eres una exagerada, como siempre! Seguro que solo ha sido un accidente que tiene una explicación —Demang no parecía estar ni un poco nervioso por lo acontecido, parecía ausente, como si todo le diera igual.

—He avisado a mis compañeros y te están buscando. Cuatro de nosotros hemos sido testigos y te van a acusar de homicidio, no lo dudes.

—No estoy preocupado, prima —Demang soltó una desagradable carcajada —tengo contactos importantes en la policía… mucho más importantes que tus compañeros y que tú misma, no lo dudes. Si crees que están de camino, puedes apostar a que no van a llegar en breve.

—¿Nos vas a explicar qué sentido tiene todo esto? —Jeremy quería oír el relato de su boca y comprobar la veracidad de las sospechas de su amigo Dexter.

—Os lo explicaré, ahora que casi tengo los cuatro árboles en mi poder —al escuchar las exclamaciones indignadas de todos al confirmar que los robos habían sido instigados por él, Demang solicitó silencio para seguir hablando—. ¡Callad todos si queréis saber las razones!

Se hizo el silencio. Todos pensaron de una u otra manera que

estaban ante un loco, pero en aquel momento no sabían aún apreciar hasta que punto aquella intuición era cierta. Pero las siguientes palabras de Demang, los pusieron en el buen camino. Aquel hombre no podía estar cuerdo, cuando parecía convencido de cada palabra que salía de su boca.

—Antes que nada, puedo confirmaros que mi intención siempre ha sido la de conseguir los cuatro árboles de la vida, en eso tenéis razón. En vuestras manos, esos árboles separados por miles de kilómetros unos de otros, no tienen más valor que el de una joya antigua. Para vosotros solo están relacionados con el arte, con una reliquia familiar o simplemente con un capricho pasajero. Pero son mucho más… Y lo son si permanecen juntos —Demang hizo una pausa, ordenando sus ideas y dejo de observar a los presentes a través de la pantalla, para perderse en sus propios pensamientos, cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás —¡Sé que no es una leyenda, como dicen por ahí! Sé que es cierto y voy a conseguir encontrar la isla dónde se esconde la Ciudad de la Luz.

En la sala todos se miraron extrañados entre ellos, frunciendo el ceño y encogiendo los hombros. Nadia había escuchado esa leyenda, ni el nombre de esa supuesta ciudad. No abrieron la boca, esperando que Demang siguiera hablando.

—La Tierra en la que vivimos, oculta a los mortales la Ciudad de la Luz, una ciudad donde si entras con los cuatro árboles de la vida, te ofrece a cambio la inmortalidad. Hay que llevar allí los cuatro árboles, pero encontrar la isla es el gran inconveniente ya que en Malasia las islas son más de veinticinco mil. Todas las tradiciones ancestrales hablan de ese ferviente deseo del hombre por prevalecer al paso del tiempo y a su irremediable mortandad. Creo en la Ciudad de la Luz y estoy seguro de que cuando tenga los cuatro árboles en mi poder, ellos me guiarán hasta la isla perfecta y mi deseo se cumplirá. Subiré a una barca, me adentraré en el mar y el imán de los cuatro árboles marcará el camino.

Otro silencio. Nadie se atrevía a abrir la boca. Estaban siendo testigos de los desvaríos de una persona que no estaba bien de la cabeza y eran conscientes de ello, pero no acababan de apreciar el alcance o la peligrosidad. Con los ojos aún cerrados, Demang siguió dejando brotar sus delirios.

—Lo que nos cuenta la historia, es que cuatro mujeres inmortales llegaron hace millones de años hasta la Ciudad de la Luz, donde habitaba el rey Urik. Cada una de ellas tenía en su poder un árbol de la vida, todos de distintos materiales pero con el mismo valor. Estas mujeres eran las hechiceras que realizaban predicciones sobre la vida de los niños y su destino al nacer. Tras una serie de buenos augurios sobre el rey Urik (que tan solo contaba una semana

de vida), de las primeras cuatro hechiceras, la última, la más joven pero también la más sabia, predijo que quien se hiciera con los cuatro árboles de la vida, viviría dos vidas, tal como le habían concedido al joven rey: una propia, en la que actuaría erróneamente y cometería fallos y una segunda que le pertenecería, en la que sus acciones estarían caracterizadas por su rectitud, que sería eterna y contaría con un gran don: el colosal don de la inmortalidad.

En aquel punto de la historia y observando la ferviente adoración de Demang con aquella leyenda o lo que fuera, todos tuvieron claro que lo que necesitaba era un centro de salud mental aún más que la propia cárcel por sus delitos.

Demang abrió los ojos y ante las expresiones de sus invitados, rió con ganas y evidenció ante ellos su grado de locura cuando les indicó que no podían salir de allí, ya que necesitaba algo de tiempo para viajar hasta dónde estaría seguro, para localizar su anhelada isla.

—Antes de viajar, necesito tener los cuatro árboles, dos están ya en mis manos —miró hacia Vivian —lo siento preciosa gacela, pero estaba destinado a mí. Los otros dos viajan ahora mismo a su destino. Nadia va a encontrarme, estoy bien escondido. Siento haberos hecho venir hasta aquí, haberos inducido a participar en un juego con fines egoístas, pero si os habéis arriesgado ha sido por propia voluntad, nadie os ha obligado. Lo único que yo he hecho ha sido tentaros. Debéis reconocer que mi plan ha funcionado. Estoy seguro de que pensáis que estoy loco, pero yo disfruto a cada minuto de mi locura. Alguien dijo una vez que hay muy buenas protecciones contra la tentación, pero la más segura es la cobardía. Lo que descubrí, es que vosotros no sois cobardes. Es posible que no nos volvamos a ver; gracias por estos días y por vuestros árboles, les daré un buen uso.

Y la pantalla se quedó en negro.

CAP.12 — VIVIR EL AHORA

Muy posiblemente, les quedaban bastantes horas encerrados en aquella planta de hotel, hasta que consiguieran salir de allí. Los contactos de Demang con la policía de Singapur debían ser más importantes de lo que Kelana imaginaba, ya que había conseguido hablar con su compañero Mahui y poco había podido sacar en claro; solo excusas inverosímiles que hacían sospechar a todos de la enorme influencia del loco Demang. Mahui había sido muy parco en palabras y Kelana sospechaba que alguien lo estaba amenazando.

Lo que resultaba diáfano, era que no acudiría a su rescate, ya que a su comisaría habían llegado órdenes de los más altos mandos de la policía de la ciudad, de que si recibían algún aviso para acudir al Hotel Paraíso hicieran caso omiso, ya que, en teoría, se ocupaban los de operaciones especiales debido a una investigación que se estaba llevando a cabo y que atañía a gente influyente.

Kelana sabía que aquello era una burda mentira para encubrir a Demang. Nunca hubiera imaginado que un sector de la policía hubiera sucumbido a los sobornos de su primo, a su imperio económico y a su suculento patrimonio. Pero debía atenerse a la cruda realidad; lo más probable era que personas que conocía, estuvieran compradas y al servicio del mejor postor.

Era decepcionante constatar la baja moralidad de algunas personas, pero así era a veces la vida. Cuando todo se aclarara, intentaría conseguir ayuda a través de algún mando que no fuera corrupto; difícil pero no imposible, siempre se podía encontrar una joya valiosa perdida entre tanta carroña.

Quizás una posible solución llegara a través del amigo de Jeremy, a pesar de que la CIA tampoco le ofreciera excesiva credibilidad; demasiadas historias sobre tortura y corrupción, como para hacer un acto de fe con un servicio de inteligencia que estaba en decadencia desde el fin de la guerra fría.

Todos estaban informados al igual que Kelana de los últimos acontecimientos, por lo que decidieron registrar toda la planta hasta que localizaron sus móviles. Por suerte, Demang los había escondido en un cajón de una de las habitaciones que no estaban cerradas con llave. Tardaron casi una hora y media, pero al fin los encontraron y pudieron cargarlos y revisar sus mensajes.

Duncan y Jeremy se encerraron en sus respectivas habitaciones para hacer algunas llamadas, mientras Chantal y Vivian se quedaban en una de las terrazas, sentadas a la sombra, cada una

ensimismada en sus pensamientos. No tenían demasiado en común y a pesar de ello se caían bien.

—Tienes una expresión muy triste —Vivian miraba a la chica. Sus grandes ojos grises reflejaban una mirada pesarosa—. ¿Echas de menos tu casa?

—No es eso… —Chantal daba vueltas a mil cosas y decidió que Vivian podría ser una buena oyente—, estoy pensando en Duncan, estoy pensando en mi hija, también en mis amigos… demasiadas cosas ¿no?

—¿Tienes una hija? —Vivian estaba muy sorprendida—. ¿Por qué estás aquí entonces? ¿Y la niña? ¿Está con su padre?

—No, no… Tuve a mi hija hace seis meses —Chantal se cogió una de las rastas y empezó a retorcerla —pero la entregué en adopción.

—Vaya… lo siento, no sé qué decirte ¿te arrepientes? Debe ser una decisión difícil de tomar.

—Lo cierto es que sí… —Chantal suspiró mirando al cielo —lo hice porque no podía mantenerla. Vivo en una caravana en el extrarradio de París y subsisto a base de la venta de mis pequeñas esculturas… yo no podía hacerme cargo de una criatura, no podía ser una buena madre, no podía… ¡y va y me toca la lotería! ¡Al cabo de cinco meses, me toca la puta lotería! Ahora podría dárselo todo, comida, casa, educación… amor. Pero ya no puedo.

Vivian le cogió la mano emocionada, aquella chica estaba sufriendo mucho y lo escondía tras su ironía y su sarcasmo. Chantal la miró con los ojos encharcados en lágrimas contenidas, negando con la cabeza. Cada vez que pensaba en la pequeña lo pasaba peor.

—Chantal ¿Qué tipo de documento firmaste? —Vivian se interesó por su problema al instante, era una buena abogada y quizás pudiera ayudar.

—No lo sé muy bien, yo estaba muy mal… no quería hablar demasiado del tema, la verdad… firmé lo que me pusieron delante. Solo deseaba que todo acabara y no me leí la letra pequeña. Pensarás que soy idiota, pero la pareja que la adoptó me caían bastante bien, se veían buena gente y con eso tuve suficiente. Espero que la estén queriendo mucho.

—Chantal, escúchame —Vivian hizo que la mirase —deberíamos leer ese documento por si hay alguna grieta legal. ¿Y si hubiera alguna manera de recuperar a tu hija? ¿Querrías hacerlo?

—Ese pensamiento es el que me lleva de cabeza desde que me tocó la lotería ¿sabes? —Chantal se sentía dividida —Me encantaría recuperarla, pero… ¿Qué clase de madre sería? ¿Y si eso fuera un error para ella? a lo mejor el dinero no era el único problema, a lo mejor el problema soy yo ¿Y si consigo que vuelva conmigo y lo

hago todo mal? Su futuro y su vida dependerán de mi decisión y eso me pesa, es demasiada responsabilidad. Me vine a este viaje absurdo para intentar apartarme de todo, como hago siempre. Cuándo se presenta un problema, o le encuentro la solución rápidamente o salgo huyendo despavorida. ¿Eso voy a seguir haciendo si consigo recuperar a mi hija? Si lo hiciera sería para siempre y eso me da pánico. Mírame, Vivian. Cuando la gente me mira, siempre ve a una chica que está un poco majareta, una loca que solo piensa en sus esculturas y en cuidar sus rastas y maquillarse excesivamente. ¿Cómo voy a hacerme cargo de ella? ¿Cómo puedo ser una buena madre? Vengo de una familia desestructurada, como le llaman ahora… ¿Qué cojones sé yo de todo esto? ¡La voy a cagar mil veces!

—Mira Chantal, no te conozco lo suficiente y no me veo capacitada para dar demasiados consejos, ni siquiera soy madre, pero ¿No te boicoteas a ti misma con esos pensamientos? ¡Es tu hija! No digo que esté mal lo de la adopción; en determinados casos es una buena solución. Pero es posible que si ahora no haces algo, te arrepientas toda tu vida. ¿Es eso lo que quieres? ¿Qué tiene que ver el aspecto que presentas, con el amor que puedes darle a tu niña? ¡Eres una de las personas más inteligentes que he conocido! Tienes herramientas para hacer funcionar la lógica con los números y las palabras, nos lo has demostrado a todos en pocos días, ¡O sea que no te escondas detrás de tus rastas o tus tatuajes! Ahora tienes dinero, eso ha dejado de ser un problema, la pregunta en estos momentos es otra… ¿Quieres recuperarla y amarla? Si la respuesta es sí, lo harás lo mejor que puedas y eso, sin duda será lo mejor para ella. No te olvides de algo: tú eres su madre.

—Vaya, Vivian —Chantal la miró sonriendo, a pesar de los lagrimones que se deslizaban por sus mejillas, dejando dos churretones negros sobre su piel blanca—. ¿De verdad no te gusta la abogacía? Porque se te da de vicio defender tus teorías.

—No es que no me guste, aunque preferiría dedicarme a pintar y montar una exposición, dicho de otro modo, tengo un sueño inútil —Vivian se sorprendió de haber soltado aquello a una persona casi desconocida—. Pero soy buena abogada y lo que sí puedo decirte, es que estos contratos, como el que tú has firmado, suelen dejar un tiempo de margen por si la madre biológica se arrepiente y quiere quedarse con el bebé. Los padres adoptivos deben estar avisados. Pero debería estudiar tu caso a fondo si quieres que te ayude. También puedes contratar a un buen abogado en París, claro. No quiero presionarte, solo ayudarte.

—Lo pensaré y si me decido, me gustaría que te ocuparas tú, aunque sea en la distancia. He de hablar con mi amiga Marie

también, ella siempre me ha apoyado y necesito escucharla.

—Eso es bueno, cariño —Vivian recordó entonces algo que había dicho también Chantal —Por cierto, ¿Qué era eso de que estabas pensando en Duncan también? Parece que os lleváis estupendamente ¿no?

—¡Ja! —Chantal se secó las lágrimas y su expresión cambió al instante—. ¡Vaya con el escocés! Yo creyendo que le interesaba un poquito y el muy cabrón, cuando estamos a punto de quitarnos la ropa, se le escapa el nombre de su novia. ¡Para matarlo!

—¿Iba a engañar a su novia? —Vivian negaba con la cabeza—. ¡Todos los hombres son iguales!

—Jeremy no parece de esos —contestó Chantal—, se ve muy majo ¿No te parece?

—Si… demasiado. Lo mejor será perderlo de vista, es de los que enganchan —Chantal soltó una carcajada —No te rías, es cierto. Es de esos hombres que tienen un magnetismo animal, una especie de fuerza gravitacional que te hace girar a su alrededor como los planetas alrededor del sol; tiene atractivo, persuasión, seducción, una especie de energía que anula la tuya. Y eso me da demasiado miedo. Ya me han anulado demasiado, me he dejado mangonear toda la vida. A partir de ahora he decidido coger las riendas.

—Eso está muy bien Vivian, pero tampoco es que sea necesario que te cases con él; podrías disfrutarlo mientras estemos aquí esperando a la caballería. Es lo que iba a hacer yo con Duncan antes de enterarme de que tenía novia. Pero ya no. Aunque me ha dicho que iban a romper, no quiero ser yo el detonante.

—A lo mejor no te ha mentido y esa novia es agua pasada.

—Mira, yo creo que deberías aprovechar que tienes a Jeremy a mano ahora y olvidarte de mañana. Incluso es posible que yo haga lo mismo ¿sabes? —Chantal volvía a hacer aquella cara divertida, sonriendo y mostrando sus hoyuelos —al fin y al cabo, si engaña a su novia, allá él con su conciencia. Yo volveré a París y el a Edimburgo. Y lo ocurrido en Singapur, aquí se queda. ¡Como si estuviéramos en Las Vegas, vaya! A lo mejor nos rompemos demasiado la cabeza y las cosas no son tan complicadas.

—Es posible…

*****

—¡Dexter! ¡Por fin te encuentro! —Jeremy se alegró de oír la voz de su amigo—. ¿Dónde estás?

—¡Por fin, amigo! Estoy de camino a Singapur, supongo que tenías razones para no llamarme a la hora pactada. Ahora mismo estoy en Alaska, no conseguí un vuelo directo. Tengo varias horas de espera en Anchorage, casi diez ¿Estáis todos bien?

—Si, aunque tengo mucho para explicarte.

Jeremy puso al día a Dexter de todo lo acontecido en la isla, además del discurso de Demang y su leyenda.

—Acerté con el objetivo —Dexter estaba desconcertado —pero nunca hubiera imaginado que Demang, aparte de ser un ladrón estuviera loco de atar.

—Pues te aseguro que después de escucharlo a nadie le quedó ninguna duda, ni siquiera a Kelana.

—La he investigado también, al ser de su familia no me acababa de fiar. Está limpia.

—Estamos encerrados, espero que traigas ayuda, no sé si te será fácil acceder a la última planta de este hotel. No te fíes de la policía, creo que un buen montón de mandos están comprados.

—No te preocupes, no viajo solo. Estoy en contacto con la policía de Singapur, pero con uno de los que trabaja también para nosotros y que es de fiar —Dexter hizo una pausa, como si hablara con alguien —Lo siento Jeremy, pero acaban de anunciar que nuestro vuelo se retrasa a causa del mal tiempo; hay una tormenta de nieve. Te llamaré antes de subir al avión.

*****

Duncan revisó su móvil y se echó las manos a la cabeza. Aparte de un par de llamadas de su abogado, una de su madre y algunos mensajes de amigos, Megan se había dedicado esos días a torpedearlo a llamadas y mensajes. Dudaba mucho de que se debiera a ninguna urgencia. Megan era tan caprichosa, que si quería hablar con él y no lo conseguía, insistía miles de veces hasta lograrlo.

Decidió acabar con aquel tema de una vez, aunque sabía que el teléfono no era el mejor modo; pero se le había agotado la paciencia, estaba harto y necesitaba pasar página. Marcó y no llegó a sonar el segundo tono.

—¡Duncan! ¿Dónde te has metido? ¡Cuando viajas por negocios siempre te localizo por las noches en el hotel, pero llevo tres días llamando y tu móvil estaba desconectado! ¿Se puede saber por qué me esquivas? ¡Ya llevamos demasiado tiempo con estas tonterías, no te veo desde hace más de dos semanas, esto tiene que acabar!

—Hola Megan, me alegro de oírte… —a Duncan aquella voz le sonaba cada vez más estridente, pero Megan no captó su tono irónico –…tienes razón.

—¡Claro que tengo razón! ¡Yo siempre tengo razón!

—Me refiero —la cortó Duncan intentando sonar firme —a que tienes razón en que esto tiene que acabar.

—¿A qué te refieres exactamente? —el tono de Megan bajó

ostensiblemente de volumen, como si hubiera detectado algo distinto en Duncan.

—Me refiero a nuestra relación —Duncan no encontraba las palabras, pero sabía que Megan, a pesar de todo, también merecía una explicación —Mira Megan lo siento, pero lo nuestro no funciona. Quizás lo hizo durante un tiempo, pero desde hace mucho, tu y yo no conectamos, parecemos vivir en distintas galaxias. No nos gustan las mismas cosas, vemos el futuro de distinta forma, hemos perdido la chispa…

—¿La chispa? ¿Qué chispa? ¿Y cuando la hemos necesitado? —Megan ahora sonaba enfadada—. Tú y yo somos iguales Duncan, nos mueven los mismos intereses, los negocios, el poder. Juntos podemos conseguir lo que queramos; amamos el arte y el dinero y sabemos utilizarlos. Mi familia tiene millones y contactos, tú estás creando un imperio de la nada. ¡Nos necesitamos, cariño!

—No lo veo así; yo necesito algo más que no creo que tú puedas darme —tal como pronunciaba esas palabras, la imagen de Chantal se le hizo clara como el agua—, necesito sentir más, quiero una relación de verdad, no una de negocios, de esas ya tengo demasiadas. Quiero reírme con una mujer auténtica a la que ame, quiero que sea lo más importante para mí y yo para ella. Poder ser yo mismo, sin dejar de ser dos ¿Lo entiendes, Megan?

—¡Desde luego que no! ¿Crees que mi familia te seguirá apoyando si me abandonas? ¿Qué te seguirán ofreciendo contactos de los que te hacen ganar millones? ¡Piénsatelo bien Duncan, porque estás arriesgando tu futuro!

Para Duncan, el futuro siempre había sido su objetivo; superar una infancia miserable, llegar a lo más alto, vencer todos los obstáculos… pero sus prioridades habían cambiado y en aquel momento lo supo. Escuchar las palabras de Megan, no hacía más que confirmar lo que ya sabía, lo que en el fondo ambicionaba. A veces las ganancias no estaban solo en lo material. Empezaba a vislumbrar que otras cosas eran más importantes.

—Ya está pensado, Megan. No creo que te haga daño tomando esta decisión, porque en realidad sé que nunca has estado enamorada de mí, ni yo de ti. A partir de aquí, nuestros caminos se separan. No creo que te convenga amenazarme con las influencias de tu familia. Los dardos envenenados, se acaban volviendo en tu contra como un boomerang. Vive tu vida, disfruta de ella y yo haré lo mismo. Te recordaré con cariño, formaste parte de unos años de mi vida y si quieres, podemos ser amigos. Lo que siempre debimos haber sido.

—No sé qué decirte, Duncan —Megan no sonaba nada afectada, solo decepcionada —estoy segura de que te estás equivocando, pero

no voy a ponerte trabas, tampoco quiero parecer una novia histérica, eso no va conmigo. Me buscaré otro novio rico y asunto resuelto. ¡Ah! Lo de ser amigos, mejor no. No creo que a mi familia le gustara mucho. Qué te vaya bien…

Megan colgó sin inmutarse y Duncan supo que todos aquellos años había cometido un gran error. Les había faltado lo más importante, el sentimiento más intenso, el amor. Se miró al espejo y se encontró con lo que esperaba, con el secreto que los ojos no saben guardar. Sus pensamientos, por muy cursis que fueran, lo hacían sonreír y eso era algo que nunca le había ocurrido. Lo sabía porque se estaba volviendo majareta pensando en una chica joven con rastas, que lo atraía lo indecible, que en teoría no le convenía lo más mínimo y con la que, sin embargo, soñaba. Y decidió que algo había que hacer, nunca se había caracterizado por quedarse de brazos cruzados. Salió de la habitación para buscarla y casi se dio de bruces con ella.

*****

Jeremy se quedó inquieto con las últimas palabras de Dexter. Tenía por delante muchas horas en el aeropuerto, más un retraso por tormenta de nieve que no sabía lo que podía durar.

Aunque aquel retraso tenía una parte positiva: Vivian no podría irse de allí de momento y estaba planteándose seriamente aprovechar las horas que le quedaban con ella.

La había dado por perdida demasiado pronto, quizás aún tuviera una oportunidad. Se arriesgaría, allí había algo casi tangible que se palpaba cuando estaban juntos. Siempre se había manejado bien en las distancias cortas y salió de su habitación dispuesto a hacer un intento de acercamiento, al fin y al cabo no perdía nada por intentarlo.

El pasillo estaba desierto, se aproximó a su puerta y llamó con los nudillos. Enseguida se entreabrió y asomó el precioso rostro de Vivian y el atisbo de una sonrisa en las comisuras de su boca.

—Hola Jeremy ¿Qué haces aquí?

—¿No me esperabas? —Preguntó él—. ¿Puedo pasar?

—Pasa —Vivian abrió la puerta y se apartó—. ¿Sabes algo de tu amigo? ¿Está de camino?

—Si, pero tardará —Jeremy le explicó la conversación con Dexter.

—Entonces… Si tu amigo puede tardar más de un día y no podemos fiarnos de que la policía de Singapur nos saque de aquí ¿Cuánto tiempo vamos a estar encerrados en este hotel? —Vivian quería salir de allí cuanto antes mejor y estar encerrada no era algo

que llevara bien.

Empezó a caminar arriba y abajo por el saloncito de la suite. Jeremy la seguía con la vista sin dejar de admirar sus andares de modelo, sus curvas sutiles y su melena larga y ondulada. El deseo se abría paso en su cuerpo y en su mente, lo quisiera o no.

—Relájate Vivian —se acercó a ella y le puso una mano en el hombro —intenta pensar en otra cosa. Vamos a sentarnos.

Lo hicieron en el pequeño sofá de dos plazas. Jeremy quería que olvidara por un momento dónde se encontraba, quería darle un poco de paz.

—Dime que echas de menos de tu ciudad —la pregunta la hizo para distraer sus pensamientos, pero le sorprendió la respuesta.

—¿Sabes dónde me gustaría estar? Es un sitio especial para mí. Cuando he tenido algún día espantoso en mi trabajo o con mi familia, me gusta conducir hasta la colina del monte Lee de Hollywood y subir justo hasta dónde se encuentran las enormes letras blancas. Desde allí, la vista de Los Ángeles es espectacular. De noche se convierte en un manto de luces interminable y el aire corre entre los matorrales. Lo mejor es el silencio que, unido a las vistas, impresiona mucho. Desde lejos esas enormes letras parecen blancas ¿verdad? De cerca están bastante sucias, tienen oxido en las esquinas, algunas partes resquebrajadas y dibujos y grafitis en la parte baja. Pero nadie desde la distancia es capaz de verlo. De vez en cuando se oye algún coyote.

—¿No te da miedo ir sola?

—Si, por eso lo hago, para superarlo. Soy de tener miedo a muchas cosas, a demasiadas. Incluso a veces, espero encontrarme con el mítico fantasma de la leyenda, la actriz de teatro Peg Entwistle que se suicidó lanzándose desde lo alto de la “H”. Dicen que su fantasma deambula por allí y que huele a gardenias —algo en la mirada de Vivian, le dijo que sus pensamientos volvían al presente, que ya no hablaban de lo mismo y acertó de lleno–… tú también me das miedo.

—¿Yo? —esa afirmación si le resultó sorprendente—. ¿Por qué?

—¿Quieres beber algo? —de pronto se sintió avergonzada por aquellas palabras.

—¡No!, quiero que me digas porque te doy miedo; si he dicho o hecho algo que…

—No me has entendido —Vivian lo cortó—, no me has entendido, Jeremy. El miedo que me provocas, no es porque piense que vas a hacerme daño, no físico al menos. Es miedo a implicarme contigo, miedo a que te conviertas en importante, a que puedas ser indispensable. Por eso quiero poner distancia, por eso quiero irme, porque no quiero necesitarte.

—Te entiendo más de lo que crees —Jeremy buscaba las palabras para hacerse entender —Tú y yo podríamos tener algo especial, lo presiento y me parece absurdo dejarlo pasar sin darle una oportunidad.

—El miedo me puede y me cuesta olvidarme de que, si nos damos esa oportunidad, arriesgaré demasiado y lo único que conseguiré es que me hagas daño.

Tal como las palabras de ambos se solapaban las unas a las otras, sus cuerpos se acercaban sin sentir, como si un imán los atrajera inevitablemente.

—Arriésgate conmigo —los labios de Jeremy estaban a un suspiro de los de Vivian —escógeme Vivian, no quiero hacerte daño cielo.

—Hay algo en ti que me pone nerviosa —susurró Vivian.

—Pues ya somos dos —Jeremy pensó que lo mejor sería ir con la verdad por delante —Vivian, te deseo y eso me está haciendo pasar por un infierno.

Su boca cada vez estaba más cerca y se estaba convirtiendo en una tentación demasiado grande para Vivian.

—Es mejor que no…pronto nos separaremos… —Vivian seguía buscando razones para frenar, pero cada segundo era más difícil. Sabía que si sus bocas se rozaban, nada ni nadie, pararía aquel torrente salvaje de sensaciones. Dividida en aquel tira y afloja que empezó a cortarle la respiración, entre el deseo y el miedo, ese miedo que siempre acababa dirigiendo su vida, las dudas la bloqueaban. Ser consciente de ese hecho, removió una parte de sí misma, que actuó por su cuenta tomando el mando.

Jeremy observó su transformación, expectante, cuando la boca de Vivian fue la que finalmente atacó la suya. Esa mujer sacaba algo de él, algo que no podría detener. Jugó con su larga melena enredándola entre sus dedos, mientras su mente bullía entre una bruma de necesidad. Los besos de Vivan eran suaves, los roces de su lengua ligeros… y él quería saquearla por completo, tomarla allí mismo.

La tensión se apoderó de su cuerpo y se frenó todo lo que pudo. Pero Vivian perdió el miedo de golpe, quería notar las manos de Jeremy en su cuerpo y se lo hizo saber sin palabras. Sus cuerpos se enredaron en aquel pequeño sofá y Jeremy recorrió la piel de su cuello mientras hacía descender los tirantes de su vestido. Aquella piel de porcelana, lo tentaba hasta los límites. Se recostó y ella se subió a horcajadas sobre él.

—No vamos a parar… —quiso ser una pregunta y se convirtió en una afirmación a la que Vivian contestó con una negación de su cabeza; no hicieron falta palabras.

De pronto todo estuvo claro. Sus cuerpos se convirtieron en un horno. Jeremy la sentía como un afrodisiaco; su olor lo inundó y supo que jamás lo olvidaría. Sus caricias se convirtieron en una carrera por tener más, por tocar más, por abarcarse el uno al otro. Se desesperaban por tenerse, envueltos en una lujuria desatada que los empujaba sin dejarlos pensar. Eran puro sentir y no había marcha atrás.

Vivian respiraba entrecortadamente, las ropas desaparecían como por arte de magia y sus miradas no se separaban. Jeremy se propuso volverla loca y sabía que lo conseguiría como ella hacía con él. Sus manos no dejaron rincón por descubrir, la ropa interior de seda negra se desgarró de un tirón y los jadeos de Vivian murieron en su boca. En su interior encontró más calor, una locura febril. Hundido en ella, envuelto por sus piernas y la cortina de su cabello, se sintió en el paraíso.

—Jeremy… —oír su nombre en sus labios acabó desatando el volcán de sensaciones que hicieron erupción empujándolos a la culminación de un vínculo que no podría nunca, ser uno más.

El estallido de placer los dejó extenuados y ambos se sintieron absurdamente felices a pesar de las circunstancias que los rodeaban. Vivian se derrumbó sobre él, que la atrajo más hacia sí, acariciando su espalda, todavía unido a ella. Permaneció en silencio, deleitándose en la sensación de hallarse aún en su interior y disfrutando del roce de sus labios...

*****

Chantal iba en dirección a su suite, pero se quedó parada al ver salir a Duncan de la suya. El último descubrimiento sobre aquella novia fantasma que aún flotaba sobre sus cabezas, hacía fruncir el ceño a Chantal, aunque mirar el rostro de Duncan con esa barba corta, ese pelo enredado de color cobrizo oscuro y el azul ártico de sus iris, le provocaba una reacción irremediable. No podía evitarlo, le entraban ganas de tirarse encima de un salto y devorarlo a mordiscos; aunque intentaba por todos los medios que no se notara. No pensaba caer así como así, si quería algo de ella, se lo iba a tener que trabajar.

Intentó pasar de largo sin decir nada, pero Duncan necesitaba acercarse.

—¡Chantal! ¿Podemos hablar? —se situó ante ella cortándole el paso—… por favor.

—¿Por qué no llamas a tu novia, si tienes ganas de hablar? —contestó Chantal sin acritud alguna, como si no le importara en absoluto. Era buena disimulando sus sentimientos.

—No tengo novia —Duncan notó su sorpresa—, ya no. Acabo de

hablar con ella y todo se ha aclarado.

—¿Esa es tu manera de cortar con alguien? ¿Por teléfono y al minuto intentar algo con otra? ¡Cómo para fiarse de ti, pelirrojo! Ya me lo parecía, pero creo que resultas demasiado peligroso.

—¡No entiendes nada! —Duncan puso esa cara de niño bueno que no ha roto un plato en su vida y le suplicó, lo que a Chantal le hizo mucha gracia. Solo le faltaba ponerse de rodillas—. ¡Venga preciosa! Solo un ratito, quiero que queden las cosas claras entre nosotros.

—A ver si lo entiendes chico, no hay un "nosotros". Que nos hayamos dado un morreo no es razón para que hables como si tuviéramos una relación —Chantal puso las manos en sus caderas en actitud chulesca—. ¡Apártate de mi camino, forastero!

Duncan soltó una carcajada, que surgió genuina y auténtica.

—¡Me encanta ese punto de gamberra que tienes! —al ver la expresión de Chantal cambió de táctica de nuevo—. ¡Por favor, por favor, solo un ratito!

Chantal cedió por fin, encogiendo los hombros y desistiendo de discutir. Entraron en la suite de Duncan y se sentaron en el sofá. Chantal se quitó las botas y se sentó como un indio con las piernas cruzadas; cogió un cojín y lo abrazó ciñéndolo a su estómago.

—Lo de Megan, a pesar de qué lleváramos algunos años juntos, estaba muerto —explicó Duncan—. En realidad siempre ha sido más una relación de negocios que de pareja.

—¡No me vengas con esas! Supongo que os acostabais juntos ¿no?

—Sí, claro, pero solo de tarde en tarde, ni siquiera vivía conmigo. Empezó siendo lo que yo creía una relación normal, aunque conveniente, pero con el tiempo todo estaba basado en los negocios. Las cenas nunca eran románticas, solo reuniones en restaurante lujosos, con las personas indicadas para colaborar en transacciones de arte. Las salidas de fin de semana, con sus padres para mantenerlos contentos, las temporadas de jugar al golf para conservar las comisiones al alza y los incentivos al día… y así todo. Me había acostumbrado incluso.

—Pero al final, ¿Te has desilusionado? —Chantal lo escuchaba atentamente, intentando entenderlo.

—No me avergüenzo de nada de lo que he hecho, pero eso tampoco significa que me enorgullezca. Simplemente estoy cansado de vivir como un esclavo del dinero. Y he conocido a una mujer muy especial que consigue que me olvide de ello.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Me alegro por ti! ¡Felicidades!

—No te hagas la tonta, sabes que me refiero a ti. Estos últimos días contigo han marcado la diferencia.

—¿Qué diferencia? ¡No te vayas a poner romántico, por favor! ¡No soporto las cursiladas, te lo advierto!

—Solo estoy siendo sincero. Conocerte, ha hecho que me plantee mi manera de pensar, de sentir, incluso de actuar. A parte de recapacitar sobre mi vida, me atraes toda tú. Nunca creía que unas rastas con cuentas de colores me podrían gustar tanto, que unos tatuajes me provocarían el deseo de reseguirlos con mis dedos, que un cuerpo menudo y una chica descarada me harían desvariar y querer más. Creo que no voy a poder evitar lanzarme sobre ti —al decir esto último los ojos le brillaron, intensificando su mirada.

—¿Eso crees que estás haciendo? —Chantal se estaba riendo por dentro al ver sus apuros por explicarse, pero cada vez con más ganas de dejarse llevar por lo que le estaba pidiendo el cuerpo. Quería mostrarse indiferente, pero a cada instante era más difícil.

—Oye, no te estoy pidiendo que te cases conmigo, ni siquiera que tengamos una relación seria, ya veo que eso no te va —Duncan se veía apurado sin saber cómo salir de sus propias palabras, pero no podía dar marcha atrás y retractarse. Tampoco quería.

—Dilo claro, Duncan, no es tan difícil. Quieres acostarte conmigo ¿no? —Chantal hizo una pequeña pausa que no tuvo respuesta —no creo que sea una buena idea, la verdad. Somos muy distintos, como el día y la noche. Piénsalo.

—¡Oye, no quiero que seas mi gemela, quiero que seas mi amante! —a Duncan le salió sin pensar, mientras la necesidad y el anhelo por desnudar a aquella descarada y maravillosa criatura, le ganaba terreno palmo a palmo.

—Algo rápido y sin compromiso ¿No, Duncan? Eso es lo único que podría aceptar, no me hacen falta las palabras bonitas. Es posible que solo nos queden unas horas en este país, no intentes prometerme la luna, no va conmigo —Chantal ni siquiera sabía porque le estaba diciendo aquello, solo que con ella siempre había sido así. Nunca había tenido a nadie que la pusiera en primer lugar, a alguien que la quisiera por encima de todo y ni siquiera lo esperaba. No quería promesas, solo un poco de sexo estupendo.

—No quería decir eso, Chantal, pero si es lo que tú quieres, puedo adaptarme —a Duncan le habían dolido sus palabras, Chantal se había convertido en alguien muy especial y con ella sentía la necesidad de dar. Pero no quería que huyera, se adaptaría a lo que ella quisiera aceptar de él. Por lo que decidió dar el primer paso—. ¿Quieres una copa?

—¿Es una pregunta para socializar? ¿En serio? —Chantal se acercó andando a gatas sobre el sofá como un felino, hasta situarse a su lado y acariciar su oreja con la nariz—, vamos a cometer un error.

—De acuerdo —contestó Duncan—, será nuestro error.

Sus labios empezaron a jugar, tentándose, buscándose… Duncan estiró del borde de la camiseta negra de Chantal, acercándola más a él e inspirando su aroma único.

—Te deseo Chantal —Duncan le susurró—, te deseo mucho.

Duncan sentía a aquella mujer como algo ineludible. Había llegado a su vida por pura casualidad, pero no dejaría que se fuera tan fácilmente. Sus manos la recorrieron y estiraron de la camiseta hacia arriba hasta sacarla. Su piel blanca era como seda en sus manos, su boca adictiva como la droga más dura.

La alzó en volandas en un arrebato y se la llevó hacia la cama, mientras ella soltaba un chillido y acababa riendo a carcajadas.

Cayeron sobre ella, rodando uno sobre otro, tirando de las ropas y dejándolas caer a ambos lados del colchón, hasta quedar piel contra piel.

—Quiero hacerte todas las cosas que he imaginado desde que te vi, llevarte a lugares donde nunca hayas estado —le dijo Duncan al oído.

—No necesito palabras Duncan —Chantal estaba más emocionada de lo que quería reconocer y se sentía abrumada por lo que estaba sintiendo.

—Entonces pasemos a la acción.

Los besos se convirtieron en brasas ardientes, los cuerpos olvidaron la contención para dar paso a la pasión más pura. Respondían el uno al otro, como nunca les había ocurrido antes, como si se conocieran de siempre, como si sus cuerpos se estuvieran reencontrando tras mucho tiempo separados. Duncan sabía cómo acariciar a una mujer; eso pensaba Chantal mientras se moría un poco entre sus manos. Le quitaba el aliento entre murmullos suaves, a la vez que casi le arrancaba el sujetador. El placer la estaba debilitando y Duncan pensaba que no podía ser más dulce. Quería parecer dura y seguramente lo era, pero entre sus brazos se convertía en gelatina. Él podría alimentarse de su miel durante días.

Chantal temblaba y gemía, murmuraba y suspiraba. La pasión tomó el mando y subieron juntos hasta las estrellas, necesitando más, deseando más, queriendo más. Al sentir a Duncan en su interior, Chantal soltó un gritó ahogado. Se siguieron el uno al otro, se amaron sin pensar, descubriendo algo nuevo y sin nombre, algo que los llenaba y los saciaba, la emoción mezclada con la pasión. Al llegar a la cúspide se quedaron sin fuerzas, sin aliento, el rostro de Duncan hundido en el cuello de Chantal. Inspirando su aroma para no olvidarlo nunca.

CAP.13 — EL RESCATE

Parecía que el tiempo se había congelado en aquella planta de hotel, que se había convertido en una cárcel particular. Se reunían para comer y nunca les faltaban alimentos que alguien les dejaba sin avisar. Tenían constancia de que los empleados de Demang, que se habían transformado en sus carceleros, entraban y salían de allí como si fueran fantasmas. Nunca los veían. Eran muchos metros y muchas habitaciones y suites, las que componían aquel piso. Las dos parejas que se acababan de formar aprovechaban el tiempo en sus habitaciones, mientras Kelana no hacía más que intentar contactar con la policía sin resultado. Su compañero Mahui había desaparecido y los teléfonos de contacto de su comisaría o de sus superiores solo comunicaban o sencillamente, no contestaban. Era desesperante.

Demang no había vuelto a ponerse en contacto con ellos y el único punto de conexión con el exterior, fue una llamada de Dexter a Jeremy, para avisar de la hora de salida de su vuelo, que inicialmente estaba prevista para las doce de la noche del día siguiente, en previsión de que la tormenta hubiera menguado. Aunque ese dato podía variar dependiendo de la meteorología. Jeremy lo puso al día de los últimos acontecimientos y le rogó que los sacaran de allí lo antes posible.

Tanto Jeremy como Duncan, no parecían preocupados, se habían adaptado a las circunstancias sin ponerse nerviosos, a la espera de que alguien los liberara. Ni uno ni otro tenían especial prisa en viajar de vuelta a su país. Chantal estaba convencida de adivinar la razón, ya que ella misma estaba aprovechando sus últimas horas con aquel pelirrojo que le estaba poniendo la vida del revés. Había decidido, como siempre hacía, disfrutar de lo que la vida le ofrecía en aquel momento sin pensar en el mañana, vivir el hoy y afrontar las secuelas después. Ya se vería.

Vivian, sin embargo, a pesar de estar disfrutando de tener a Jeremy cerca, estaba cada vez más alterada, sabía que cada hora de más que pasara con él, le supondría más sufrimiento durante su ausencia. Ese hombre le gustaba demasiado y acabaría pagando un precio. La separación era inminente y nada alteraría el destino de cada uno. Todos vivían muy alejados unos de otros y entre ella y Jeremy, pronto existiría una distancia que superaría los 4.000 kilómetros. Eso era mucha distancia.

En aquel momento estaban reunidos en el gran comedor

tomando café, tras haber cenado. Si el primero en llegar fuera Dexter, aún les quedaban bastantes horas de espera. Debatían de nuevo sobre la posibilidad remota de escapar de aquel confinamiento impuesto, con los pocos medios que tenían a su alcance.

—Creo que deberíamos revisar bien todas las habitaciones por si hay algo que se nos ha pasado por alto —Kelana estaba segura que tras montar aquella planta repleta de juegos que finalmente no habían casi utilizado, no sería extraño que existiera algún modo de escapar de allí. Quizás alguna puerta oculta o algún pasadizo secreto. El hotel estaba completamente reformado, pero el edificio tenía suficiente antigüedad como para que existiera alguna construcción de ese tipo.

—Muchas habitaciones siguen habilitadas con juegos —comentó Duncan—. ¿Es que aún os han quedado ganas de seguir jugando?

—A mi ninguna, la verdad —dijo Vivian convencida—, creo que ni siquiera voy a volver a entrar en la Deep Web cuando vuelva a casa, ha sido toda una experiencia, que no pienso repetir. Lo único que he conseguido es que me roben mi colgante preferido, una reliquia familiar.

—Yo no me arrepiento de haber llegado hasta aquí —Jeremy lo dijo mirando a Vivian, algo dolido por sus palabras—, este absurdo viaje me ha permitido conocerte y eso es suficiente recompensa.

—¡Oh! —saltó Chantal—. ¡Pero qué bonito, por favor! Me vais a hacer llorar…

—¿Os apetece hacer otro intento de encontrar una salida? —Kelana no estaba para tonterías, solo quería hacer algo, la inactividad no estaba hecha para ella —Yo voy a empezar ahora mismo, no tengo ningunas ganas de irme a dormir.

—De acuerdo, probemos de nuevo —Jeremy se mostró conforme.

—Lo mejor será que vayamos por separado, que cada uno tome una dirección y vayamos revisando las habitaciones —Kelana empezó a organizarlos —Jeremy hacia la derecha y a la izquierda cuando llegues al final del pasillo, Duncan, lo mismo y después a la derecha de nuevo. Chantal a la zona de las terrazas y las suites de alrededor, Vivian al gimnasio y la zona del solárium. Yo me quedo con los alrededores de los ascensores, los baños y los cuartos de limpieza. ¿De acuerdo?

Todos asintieron y se separaron para intentar encontrar una salida. Duncan reviso su parte sin descubrir nada que no hubiera visto en búsquedas anteriores, lo mismo que Chantal y Vivian. Kelana se concentró en los ascensores, que funcionaban justo hasta la planta inferior, pero que no llegaban hasta el ático.

El que se encontró con una sorpresa fue Jeremy. Al intentar abrir una de las estancias que permanecía siempre cerrada con llave, el pomo de la puerta cedió sin forzarlo; alguien había abierto aquella habitación y no la había cerrado con llave de nuevo. Eso lo puso en alerta; quizás fuera un descuido, quizás una trampa.

Abrió despacio sin saber qué podía encontrar. Estaba oscuro y alargó el brazo hacia la pared buscando el interruptor de la luz, sin localizarlo. Se adentró con pasos lentos cavilando si lo mejor sería ir a buscar una linterna y avisar a los demás para que lo acompañaran. Habían revisado aquella zona en otros momentos y esa habitación, juraría que siempre había estado bloqueada. Se adentró un par de pasos y la puerta se cerró de golpe como si un golpe de aire la hubiera empujado. El portazo resonó entre las cuatro paredes. Tanteando como un ciego sin bastón, volvió sobre sus pasos hasta dar con la manilla de la puerta. Intentó abrirla sin conseguirlo. La aporreó pidiendo ayuda sin obtener respuesta. Estaba encerrado.

*****

Estaban de vuelta en el comedor. Había pasado algo más de una hora y no habían encontrado nada destacable.

—Todo está igual —comentó Duncan —algunas suites no se pueden abrir y el resto no tienen nada extraño. Creo que las he mirado con lupa y no encuentro nada distinto. Y desde luego, ninguna puerta secreta. ¡Es como dar vueltas en círculos!

—A lo mejor he sido un poco peliculera con eso —dijo Kelana sonriendo—. ¿Habéis visto a Jeremy?

—Creo que es muy minucioso, aun debe estar buscando —dijo Vivian —no creo que tarde.

Se sentaron alrededor de la mesa y comentaron lo que habían estado viendo. Pasó media hora más y Vivian comenzó a impacientarse. No era normal que Jeremy tardara tanto en volver.

—¿Y si le ha pasado algo a Jeremy? —Preguntó—. ¿Vamos a buscarlo?

—¿Qué le va a pasar? —Dijo Chantal, pero al ver la expresión preocupada de Vivian, le dio lástima—. Vamos todos a buscarlo, no te preocupes, seguro que se ha entretenido.

Se dirigieron a la zona de Jeremy, solo para encontrar silencio. Todas las puertas estaban cerradas y empezaron a abrirlas para investigar, llamándolo a gritos sin obtener respuesta. Golpearon con sus puños las puertas cerradas con llave, con el mismo resultado.

*****

Jeremy seguía a ciegas en aquella estancia, cuando unos haces de luz laser aparecieron desde el techo bailando a su alrededor. Pudo vislumbrar fragmentos del interior, lo justo para detectar letras pintadas en las paredes. Las líneas fluorescentes de tonos violetas y azules se movían rápido y lo mareaban ligeramente. Se quedó mirando las letras, intentando descifrar alguna palabra, esperando que algún mensaje le diera pistas para salir de allí. Al fijar más la vista, se dio cuenta de que las letras estaban invertidas. Dio media vuelta mirando a su alrededor y cayó en la cuenta de que, en la pared que tenía justo delante, las letras se podían leer cuando un rayo de luz las reflejaba en un espejo. El movimiento era cada vez más rápido y de pronto se oyó un pitido ensordecedor, tan agudo que le hizo llevarse las manos a los oídos. Si aquello no cesaba le reventaría los tímpanos. En unos segundos se hizo el silencio, solo para escuchar una voz grabada. No estaba seguro de que fuera la de Demang, se oía metalizada, seguramente modificada con algún software.

"Un sonido aterrador, ¿verdad? En cuanto acabes de escuchar esta grabación, dispondrás de un minuto para resolver el acertijo que te plantean las letras. Esta sala está insonorizada. Vas a oír de nuevo un sonido agudo de más de 120 dB. Si tardas más del tiempo establecido, tus tímpanos no lo soportaran y puedes quedarte sordo para siempre. ¿Resistirás la presión? ¿Estás preparado para pensar con lógica mientras se atacan tus sentidos? Pronto lo sabrás"

Jeremy volvió a pensar en la locura de Demang y lo maldijo, a la vez que intentaba concentrarse en las letras y empezaba a sonar aquel estruendo agudo que dañaría sus oídos sin remedio si no conseguía centrarse. Con las palmas de las manos tapando sus oídos y centrado en la pared de espejo, empezó a leer, intentando memorizar el orden en que aparecían las palabras con los haces de luz, para colocarlas en su lugar y darles sentido. Apretó los dientes hasta hacerlos chirriar, el ruido era insoportable y le taladraba el cerebro. Empezó a leer maldiciendo entre dientes…

"*Un carcelero encierra a un prisionero…en una celda con dos guardianes… uno dice siempre la verdad y el otro… siempre miente. La celda tiene dos puertas: la de la libertad… y la de la esclavitud. La puerta que elija… decidirá su suerte… puede hacer una pregunta a uno de… sus guardianes… no sabe quién es el que miente… ¿Podrá obtener… la libertad?*"

Jeremy lo intentaba, pero no podía pensar, no era capaz de concentrarse, el sonido acribillaba su mente y le costaba horrores abstraerse y buscar una respuesta. Pero debía hacerlo si no quería perder el oído. Cerró los ojos y controló la respiración como una vez le había enseñado su amigo Patrick, que practicaba ejercicios de

meditación. La respuesta llegó sola… *"la solución será que el prisionero pregunte a uno de los guardianes: Si le digo a tu compañero que me señale la puerta de la libertad ¿Qué me contestaría?"*

Lo dijo en voz alta, casi chillando y el sonido cesó de repente. Jeremy se dejó caer al suelo, con las manos aún a ambos lados de su cabeza. Le daba la sensación de que nunca más podría escuchar otra cosa que ese afilado y punzante sonido en su cabeza.

Volvió a escuchar entonces la voz metalizada y tuvo claro que no estaba grabada. Tenía que ser Demang que lo controlaba desde la distancia. Seguro que muchas estancias estaban plagadas de cámaras ocultas.

—"*Buena respuesta, Jeremy. Ahora deberías justificarla, para que resulte creíble"*.

—Demang, deja de jugar con nosotros, por favor… —Jeremy estaba harto de aquel loco que gobernaba sus vidas en remoto.

—"*Respuesta incorrecta ¿Quieres volver a oír esa desagradable melodía?"*

—¡Noo! —Jeremy intentó volver a concentrarse en el acertijo y dar una respuesta coherente —en realidad es fácil. En cualquier caso, el guardián señalará la puerta de la esclavitud, por lo que el prisionero elegirá la otra puerta para salir.

—¡*Bien*! —se oyó una carcajada metalizada que a Jeremy le resultó lo más siniestro que había escuchado nunca.

Esperaba que Dexter llegara pronto y los sacara de allí o acabarían todos locos. Se levantó y volvió a acercarse a la puerta a tientas, la oscuridad volvía a reinar en aquel cuarto.

Al coger la manilla y girar, la puerta se abrió como si nunca hubiera estado cerrada a cal y canto. Se encontró en el pasillo con sus compañeros que lo buscaban gritando su nombre, mientras entraban y salían de las habitaciones adyacentes.

—¡Estoy aquí!

Todos se giraron y empezaron a hablar a la vez.

—¿Dónde te habías metido?...

—¡Te estamos buscando hace un buen rato!...

—¿Esa habitación no estaba cerrada con llave?...

Antes de que pudiera contestar a ninguna de sus preguntas, una puerta doble del final del pasillo, por la que se accedía al exterior y que había permanecido cerrada desde que llegaron de la isla, se abrió con un gran estruendo para dejar entrar a varios hombres armados, con chalecos antibalas y cascos oscuros.

Todos se quedaron paralizados, sin saber de quién se trataba, hasta que, el que iba en cabeza se sacó el casco y apareció el rostro de Dexter, que Jeremy reconoció al instante. Una alegría instantánea lo inundó, pero la ilusión duró poco.

—¡Dexter! ¡Por fin! —Jeremy dio un paso hacia su amigo, pero antes de poder dar el siguiente, se abrieron las puertas dobles del otro lado del pasillo.

Los esbirros de Demang entraron en tropel, tan armados como Dexter y su grupo. Todos se acercaban peligrosamente y ellos estaban en medio de lo que podría ser un fuego cruzado en unos segundos.

—¡Tiraros al suelo! —les ordenó Dexter gritando y haciendo gestos con los brazos.

Se acercaron a la pared, pero antes de que Jeremy agarrara a Vivian para acercarla a él, otro brazo la cogió por el otro lado. Uno de los hombres de Demang la tenía sujeta por la cintura, pegada delante de su cuerpo y una pistola apuntaba a su cabeza.

Vivian chillaba y sus lágrimas empezaron a rodar al verse retenida por aquel bárbaro que apretaba la boca del cañón de su pistola contra su sien. Le temblaba todo el cuerpo y sus ojos no se separaban de los de Jeremy, suplicando que la ayudara.

Jeremy dio un paso adelante y Dexter se interpuso.

—¡Quieto! —negó con la cabeza para advertirle.

—¡Suéltala! —Jeremy le gritó a aquel hombre, desesperado al ver a Vivian en aquella situación—. ¡Déjala libre ahora mismo, cabrón!

Los chillidos asustados de todos se sucedían, la tensión crecía por momentos, Duncan tenía a Chantal escondida tras su cuerpo y Kelana aprovechó el descontrol para sacar su arma. Era una pistola pequeña, pero estaba cargada y tenía a tiro al hombre que retenía a Vivian. No era un tiro fácil y si fallaba, la chica correría aún más peligro. Se fijó en que su primo no estaba entre sus hombres; en el fondo era un cobarde que debía estar escondido en algún agujero envuelto en su locura.

Kelana quitó el seguro y en un movimiento rápido disparó al hombre, acertando de lleno en la cabeza. El hombre se desplomó, Vivian cayó al suelo con él y se desató el caos absoluto.

Golpes, puñetazos y disparos entre los dos bandos, convirtieron aquel desencuentro en una batalla. Dexter intentaba dirigir a los civiles hasta un lugar seguro, pero estaban siendo atacados y no era fácil. Finalmente Kelana consiguió meterlos en una habitación, mientras los dos grupos de hombres destrozaban el mobiliario y se atacaban entre ellos.

—¡No se os ocurra moveros de aquí! —Kelana les cerró la puerta y los cuatro osados jugadores, que se habían metido en lo que parecía ser una aventura sin riesgos, se dejaron caer al suelo, impresionados y aterrados. Quizás sus vidas, aquellas que un día valoraron tan poco por parecerles vacías, eran más importantes de

lo que pensaban. Seguramente, porque perderlas era una posible realidad en aquel momento.

SEGUNDA PARTE DESTINO: PARÍS

CAP.14 — VIVIAN

Vivan estaba al teléfono en su despacho del bufet, acabando de concretar una cita con un cliente, cansada y con ganas de irse a casa. Era viernes y hacía ya un mes que estaba trabajando de nuevo con sus padres en Los Angeles.

Tras haber reflexionado mucho sobre su vida, sobre los cambios que quería materializar, sobre su futuro y sus deseos, sobre las vivencias de un juego de locos, sobre el amor y el dolor… sobre tantas cosas, seguía allí, día tras día, como si nada hubiera ocurrido. Solo veía esporádicamente a su amiga Ida y poco más. Ni siquiera tenía ánimos para salir por ahí el fin de semana.

Estaba enfadada con ella misma, algo deprimida por su falta de decisión y de arrojo para decidirse a cambiar. Se ahogaba al pensar en enfrentarse a sus padres que aún la presionaban más que antes y le recriminaban haberse tomado unas vacaciones fuera de temporada. Vivian notaba a cada segundo, cómo la tensión iba en aumento y se formaba un polvorín bajo sus pies.

Solo faltaba una pequeña llama para hacerlo explotar, la gota que colma el vaso y todo estallaría. Siempre había hecho gala de una paciencia dilatada, pero eso no significaba que fuera infinita.

Ella no era amiga de estallidos, prefería el diálogo y el intercambio de pareceres; pero sabía de sobras que a veces eso no funciona si tu interlocutor no escucha. Tomaría una decisión en breve, solo que aún no tenía claro cuál sería. A veces envidiaba a las personas irreflexivas que se lanzaban sin pensar, al menos cambiaban las cosas. Ella, sin embargo, le daba mil vueltas a todo y tomar decisiones o provocar cambios, le suponía algo peor que una enfermedad.

Finalizó la llamada y cerró su portátil, dispuesta a dedicar el fin de semana a relajarse y a hacer una lista que había pospuesto demasiado tiempo: la de sus sueños pendientes. Podría parecer una utopía, pero tras lo vivido hacía unas semanas, empezaba a sentirse capaz de dar un giro inesperado… pronto.

Ya se levantaba para coger su chaqueta, cuándo su móvil sonó. Lo sacó del bolso y al mirar la pantalla se sorprendió. Era Kelana.

Cuando se fueron de Singapur, quedaron muchos cabos sueltos. Demang estaba desaparecido y nadie conocía su paradero; los valiosos árboles de la vida robados, se suponía que se hallaban en su poder, pero no habían podido averiguar demasiado.

La isla temática de la Edad Media, debía ser investigada a fondo.

Por lo que supieron antes de su marcha, no estaba registrada como tal, ni tenía ningún tipo de permiso. Sus ocupantes eran otro interrogante sin respuesta.

De lo único que Vivian había tenido noticia en las últimas cuatro semanas, a través de alguna llamada de Kelana, era que seguían investigando.

Sin más dilación contestó a la llamada.

—Hola Kelana ¿Cómo estás? —saludó a la policía malaya.

—Hola Vivian, estoy bien —contestó Kelana— con mucho trabajo y desentrañando el lío que mi primo tenía montado a través de su empresa. Tengo una buena noticia: Demang ha sido detenido, por fin lo han encontrado.

—¡Vaya! Parecía que nunca llegaría este día —Vivian volvió a sentarse, quería enterarse de todo lo acontecido —ya sé que es parte de tu familia, pero…

—No te preocupes Vivian —la cortó Kelana —puedes hablar con franqueza, no me importa. Ahora mismo está en prisión preventiva mientras se investigan sus negocios y tejemanejes, pero sus abogados ya han solicitado una batería de pruebas psiquiátricas; imagino que su intención es declararlo como un enfermo mental y conseguir encerrarlo en un centro de salud en vez de acabar con sus huesos en la cárcel. Para conocer el resultado deberemos esperar bastante, la justicia es lenta en todas partes.

—¿Lo has visto? —Preguntó Vivian—. ¿Has podido hablar con él?

—Si, lo he visto, pero ha hecho una especie de voto de silencio, se niega a hablar con nadie. Por lo que me ha llegado, ni siquiera habla con sus abogados. Solo tuvo unas frases con uno de ellos y éste nos comunicó que está tan seguro de ser inmortal que le preocupa muy poco la cárcel o lo que pueda ocurrirle. Se pasa las horas sumido en una especie de meditación. Es posible que empiecen a medicarlo. Como diríamos coloquialmente, mi primo está como una puta cabra…

—Entiendo… ¿Han localizado ya la isla dónde nos llevó?

—Si, ha costado bastante, ya que hay miles de ellas, pero al final algunos de los empleados de Demang en el hotel, han hablado bajo presión y han explicado lo que sabían. La mayoría de las personas que trabajaban en la isla, eran ex convictos. Muchos de ellos peligrosos. Lo que vimos en aquella excéntrica partida de ajedrez, no era la primera vez que ocurría. En cuanto salían de la cárcel tras cumplir condena, Demang ya se encontraba al acecho para contratarlos a través de policías corruptos bajo su mando; les ofrecía un lugar paradisiaco donde vivir, comida y alojamiento a cambio de hacer de actores y disfrazarse. A él le salía barato y si

habían problemas, éstos no salían de la isla; su silencio estaba comprado.

—Bueno, no podemos negar que hemos vivido toda una aventura, aunque debo decir que estoy contenta de estar en casa, la verdad —A la mente de Vivian llegó sin avisar el rostro de Jeremy, que se materializaba en sus sueños la mayoría de las noches, por mucho que intentara olvidarlo.

—Me alegro de que estés bien —Kelana parecía tener prisa — quería decirte también que los árboles de la vida, de momento no han aparecido. Demang tiene multitud de propiedades y se están registrando una a una, buscando las antigüedades para devolverlas a sus dueños. Voy a llamar ahora a Jeremy antes de que sea más tarde, para comunicarle lo mismo, aunque es muy posible que ya lo sepa por su amigo Dexter.

—…y… ¿Cómo está Jeremy? —vaciló Vivian al preguntar. No habían vuelto a hablar desde su despedida en Singapur y no fue por decisión de él. Vivian había querido cortar todo el contacto, para dejarlo atrás y seguir con su vida.

—Lo cierto es que he hablado muy poco con él, estoy más en contacto don Dexter, colaboramos y nos intercambiamos información. Él llevaba mucho tiempo tras los negocios sucios de Demang, sobre todo con relación al arte, ya que ha habido intercambios entre ambos países. Dexter empezó la investigación en Nueva York y acabó topándose con Singapur. Antes de que Jeremy conociera el juego de la deep web y se apuntara a una partida, el equipo de Dexter ya lo tenía en su punto de mira y le seguía los pasos. Si se hubiera colado él mismo en el juego, es posible que Demang lo hubiera descubierto, ya que investigaba a fondo a los participantes. Mi primo ha sido muy polifacético y ha estado invirtiendo en la compraventa de falsificaciones de arte. Tenía a unos cuantos pintores copistas en nómina y vendía los cuadros a coleccionistas como si fueran originales.

—¡Madre mía! ¡Cada día nos enteramos de algo nuevo! — contestó Vivian, no queriendo sentirse defraudada por la poca información sobre Jeremy —Muchas gracias por todo Kelana.

—En cuanto tenga nuevas noticias te seguiré informando. Si conseguimos encontrar las joyas, serás la primera en saberlo. Adiós Vivian.

*****

—Vivian… ¡Hay algo que no me explicas, no me mientas! —Ida tomaba una taza de café junto a su amiga, ambas sentadas en la terraza de su casa —desde que volviste de ese misterioso viaje no eres la misma. Te pasas la vida ensimismada, pensativa, mirando las

musarañas. Dices que no tiene nada que ver, pero te pasa algo y se supone que soy tu mejor amiga ¿Vas a explicármelo o no?

Vivian miró a Ida y se le escapó una media sonrisa. Siempre había sido como una hermana y se habían explicado todo, pero le costaba hablar de Jeremy. Sabía que se lo debía y que su amiga estaría a su lado, como había hecho siempre.

Hizo un esfuerzo y empezó a contarle la razón de su decaimiento. No quería engañarla más, ni hacerlo con ella misma.

—De acuerdo, Ida, tienes razón. Te he explicado mi viaje a Singapur, toda la historia del juego, el simulacro de accidente en el helicóptero, los retos, los dos días que pasamos en la isla medieval, el robo de los árboles de la vida, el encierro en el hotel… y algo te he contado de Jeremy.

—¡Ay, Jeremy! —interrumpió Ida —ya sabía yo que ahí había algo que no me acababa de cuadrar. Has pasado casi sin rozar su persona en tus explicaciones, pero te cambia el brillo en la mirada cada vez que lo mencionas, no creas que no me he fijado.

—Lo sé y lo siento, pero no estaba preparada para hablar de él.

—Y ¿Ahora si?

Vivian bebió un sorbo de su café casi frío y dejó vagar la vista en el horizonte, evocando el rostro de Jeremy, que tantas veces había intentado borrar de su mente.

—Creo que aún no, pero te hablaré de él de todas formas… ¿Cómo describirlo? —un suspiro escapó de sus labios y frunció el ceño— es un hombre sin dobleces, auténtico. Una persona de las que prefiere escuchar a hablar, de las que se dan por entero, empático, amable, carismático, sensible… que conste que no estoy tratando de dar la impresión de que es un dechado de virtudes —notó como su amiga alzaba una ceja de escepticismo —o a lo mejor sí, no lo sé. El caso es que… que nos acostamos juntos.

—¿Tuviste una aventura y yo me entero ahora? —Ida no salía de su asombro—. ¿Casi sin conocerlo? ¿Dónde está Vivian y quién eres tú?

Vivian soltó una carcajada y se echó la melena hacia atrás.

—¡No seas exagerada! Ya sé que suelo pensarme más las cosas antes de lanzarme a una relación. Pero es que esto no lo ha sido. Simplemente tuvimos unos días de sexo fantástico y punto.

—¡Venga, Vivian! ¿A quién pretendes engañar? Nos conocemos desde siempre y tú no tienes relaciones de esas. Si te acostaste con él…

—¡Fue porque me gustaba y quise llevarme un buen recuerdo de esos días! —Ida seguía mirándola desconfiada, sin creerse en absoluto sus palabras —¡Vale, en realidad me gustaba mucho! Él es… ¿Cómo te diría? Alto, moreno, con unos ojos negros como la

noche, un cuerpo de cine y una sonrisa de esas que te deja…

—¡Me hago una idea, no me pongas los dientes largos! —Ida interrumpió sin acabar de entender el problema—. ¿No seguís en contacto? ¿Se acostó contigo y cortó por lo sano? ¿Es eso? se fue sin mirar atrás ¿Verdad?

—No…

—¿No?

—¡No! Fui yo la que no quise mantener el contacto, él me llamó varias veces durante los primeros días. No le contesté nunca —respondió Vivian y al fin reconoció su problema—. Tenía mucho miedo, Ida.

—¿Miedo de qué? —Ida alzó las manos al cielo -¿Miedo de qué, Vivian? Encuentras, según tus propias palabras, a un hombre maravilloso y lo dejas ir así, sin más. ¿Por miedo? ¿Es que se parecía en algo a Malcom?

—¡En absoluto! Me daba miedo enamorarme, que se volviera imprescindible. Necesito cambiar de vida, Ida. No quiero un hombre a mi lado que me haga sombra, al que quiera seguir como un perrito faldero, al que acabe obedeciendo, al que necesite para ser feliz…

—Perdona cariño, pero no deberías confundir al hombre del que te has enamorado con tu padre.

—¿Pero qué estás diciendo? —A Vivian aquellas palabras le habían dolido —Primero, ¡no me he enamorado! y segundo ¡nunca compararía a Jeremy con el autoritario de mi padre! No se parecen en nada ¡No tienes razón en eso, estás completamente equivocada!

—Lo que tu digas —Ida ya lo tenía más que claro —pero piensa en algo: tu padre te da miedo porque su tiranía ha conseguido siempre que hagas lo que él quiere, que estudiaras derecho cuando deseabas estudiar bellas artes, que trabajes en el bufet cuando lo que necesitas es pintar, que amoldes tu vida a la suya y sus deseos. Esa reacción por tu parte la provoca el miedo, un miedo del que has de desprenderte en algún momento, Vivian. ¿Y qué ocurre con Jeremy? Qué el miedo que sientes, es el de volver a someterse a otra persona, porque te has enamorado y tu eres de las que lo dan todo cuando ama. Has de plantearte algunas cosas, cielo. Si le quieres, no dejes pasar ese tren y, sobre todo, no lo conviertas en tu padre.

*****

Al día siguiente, amaneció un radiante domingo soleado, en el que Vivian se encerró a pintar en su habitación secreta. El gran espacio, completamente acristalado e inundado de luz, tenía las ventanas abiertas, dejando pasar una agradable brisa. Iba vestida

con ropa vieja, una camiseta ancha y oscura salpicada de todos los colores y unos shorts negros. Descalza y con un moño medio desecho en la nuca, daba los primeros trazos a un nuevo cuadro. Esta vez se estaba concentrando sólo en su memoria, recreando un rostro que añoraba y conocía a la perfección.

Las palabras que Ida le había dicho el día anterior, se repetían en su cabeza una y otra vez. No estaba segura de que tuviera toda la razón, pero no podía obviarlas, se acordaba de ellas palabra por palabra. *¿Enamorada?*

Intentaba centrarse en el óleo, en el lienzo, en las mezclas de colores. Le gustaba el olor a trementina y pintura, mezclándose con el de las tres plantas aromáticas que tenía a su lado en la repisa de una ventana y que cuidaba con mimo: cilantro, salvia y jazmín.

Vivian se abandonó a su trabajo en aquel momento, cerró su mente a todo, excepto a lo que quería crear; se concentró en el rostro de Jeremy cerrando los ojos. Ya tenía un boceto trazado en el lienzo, sus pinceles volaban sobre la paleta, su concentración era máxima al entrar en el proceso creativo por el que se dejaba arrastrar.

Había algo salvaje en ella cuando pintaba, surgía de su interior una pasión desbordante, una fuerza especial en aquella mano que guiaba con fluidez el pincel. La velocidad de su sangre se aceleraba en sus venas. Si Jeremy la pudiera ver en ese momento, le parecería invulnerable.

El tiempo, inexorable, inalterable en su transitar, pasaba sin hacerse sentir. La luz fluctuaba y cambiaba lentamente, los trazos se perfilaban, se rellenaban los huecos, se trazaban sombras y claros, se confería vida a un rostro que se asemejaba cada vez más al de sus sueños, al de sus recuerdos.

Las emociones crecían al acertar en el brillo de su mirada, al reflejar esa media sonrisa, al reconocer una expresión añorada. Agotada por tantas emociones, sin despegar la vista del lienzo, se apartó para mirarlo en perspectiva. Dejó los pinceles y la paleta en la mesa y se sentó en un taburete para observar su creación con el corazón encogido. Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba llorando.

*****

Su decisión estaba tomada. Había convocado en una reunión de urgencia a sus padres en el bufet. El tema a tratar era personal, pero sabía que la predisposición de su familia, sería mucho mejor ante una reunión de trabajo que ante una familiar, a la que sin duda darían largas con la excusa de la falta de tiempo. Otra causa para haber tomado aquella decisión era que en las oficinas no chillarían

demasiado cuando la escucharan, deberían reprimir su enfado si no querían que se enteraran todos los socios y empleados. Puntualmente ambos entraron en la enorme sala de reuniones acristalada, desde la que tenían una inmejorable vista de la ciudad y se extrañaron que no hubiera nadie más que su hija esperándolos.

—¿No has convocado a los socios? —Preguntó su madre—. ¿O es que llegan tarde?

—No los he convocado, esta es una reunión familiar —Vivian consiguió que no le temblara la voz —Sólo quiero hablar con vosotros.

—¡Vivian! —Su padre alzó la voz—. ¿Cómo se te ocurre? He aplazado una visita, porque nos habías invitado a una reunión urgente ¿Qué puede ser tan apremiante?

—¡Lo mismo pienso yo! —No podía faltar su madre con tono quejicoso—. ¿Dé que va todo esto?

—Si sois capaces de sentaron unos minutos y prestarme atención, lo sabréis enseguida. Por una vez, se trata de mí, no creo que sea mucho pedir que me escuchéis unos minutos.

Algo debieron notar en el tono firme de Vivian, que ambos le hicieron caso, se acomodaron a ambos lados de la mesa y se la quedaron mirando expectantes.

—Dejo el trabajo en el bufet —Vivian pensó que lo mejor era soltar aquello sin anestesia, las explicaciones vendrían después.

—¿Cómo que dejas el trabajo? —Su madre casi gritó—. ¿Te has vuelto loca? ¿Qué es lo que quieres? ¿Hacer más vacaciones para otro viaje absurdo a la otra punta del mundo?

—¡Vivian! ¡No tengo tiempo para tonterías! ¡Deja de decir sandeces y ponte a trabajar! —su padre ya se levantaba de la mesa, pero las siguientes palabras de Vivian hicieron que se sentara de nuevo.

—¡He dicho que dejo el trabajo! —Solo una pausa siguió a aquella firme declaración—, voy a dedicarme a pintar…

Se hizo el silencio y los dos miraron a su hija como si acabara de entrar volando por la ventana, sin dar crédito a sus palabras.

En ese momento sonó el móvil de Vivian que descansaba en la mesa. Echó un vistazo, pensando en colgar, pero al ver el nombre de Chantal, contestó enseguida. Sus padres seguían en estado de shock y la miraban fijamente; la llamada les daría unos minutos para reponerse.

—¡Hola Chantal! ¡Qué ilusión me hace que me llames! ¿Cómo va todo?

Sus padres la seguían mirando, mientras ella escuchaba a Chantal y asentía o contestaba con monosílabos. Al cabo de unos minutos se despidió prometiendo volverla a llamar más tarde y

miró a sus padres.

—No os había acabado de explicar mis planes: Me voy a París. Al menos durante una larga temporada.

CAP.15 — CHANTAL

El estado de nervios y ansiedad de Chantal iba en aumento. Llevaba un mes en París. Había estado muy ocupada, eso era cierto. Junto a sus amigos, Marie y Nathan, había encontrado una casita de dos plantas en Montmartre, su barrio preferido, no demasiado lejos de la Place du Tertre. Como no tenía familia cercana y sus amigos lo eran, los había invitado a dejar su destartalada caravana e irse a vivir con ella. Tenía habitaciones de sobra y un jardín trasero lleno de plantas con flores. La había pagado al contado sin que la fortuna ganada en la lotería hubiera mermado demasiado. Y eso que no había sido barata. Pero se encontraba a punto para entrar a vivir, incluso con la mayoría de los muebles aprovechables y no se lo pensó. Si en algún momento de su vida anterior, le hubieran dicho que acabaría viviendo en una casa como esa, se habría desternillado de la risa.

Una de las habitaciones sería ideal para Nina… ese pensamiento recurrente la estaba volviendo loca. No podía dejar de pensar en su niña y no daba un paso por recuperarla. Aquella sensación de parálisis era alarmante. Se dedicaba a imaginarla, a decorar su habitación, a buscar los colores perfectos, a soñar con su rostro y su sonrisa… pero no era capaz de exteriorizar lo que sentía, ni siquiera con Marie. Andaba sobre arenas movedizas y sus pies se hundían poco a poco sin dejarla avanzar.

Una de las habitaciones, se había convertido en su estudio de escultura. Moldeaba, tallaba, daba forma a sus creaciones, algunas pequeñas, otras de mayor tamaño. Algunas en barro o yeso, otras en madera o piedra.

En los últimos días, se había centrado, influenciada por su experiencia en la isla medieval, en la figura de un caballero de esa época. Tallada en madera, de momento se distinguía una cota de maya, un casco, una sobrevesta, un escudo en el brazo izquierdo y una espada en la mano derecha. Aunque los volúmenes estaban definidos, los detalles estaban sin detallar aún. Faltaba el proceso de pulido y usaba las herramientas más afiladas para perfilar.

Se sentía satisfecha con su trabajo, tenía un pequeño espacio en la Place du Tertre para vender sus pequeñas esculturas, su vida había cambiado mucho en los últimos tiempos, pero algo que siempre había conseguido esquivar, la atacaba ahora con fuerza: la tristeza.

Otro frente con el que debía lidiar era Duncan. No quería

admitirlo, no quería necesitarlo, pero se le había metido bajo la piel, se le había incrustado justo en medio del corazón y su recuerdo se llevaba un cachito cada día y la iba debilitando, como si estuviera sufriendo una grave enfermedad. Si…, aquello parecía un maligno virus que le estuviera robando las fuerzas.

Recordaba demasiado bien los días que pasó con el pelirrojo. Sus besos. Aquellas pocas noches llenas de risas y pasión. Sus besos. Sus pullas y sus caricias, sus manos recorriendo su espalda. Sus besos. Aquella boca adictiva que la volvía loca… sus besos…

Hablaban por teléfono y Duncan decía que la echaba de menos, le pedía que viajara a Edimburgo, que fuera a verlo a su casa, a pasar unos días con él.

Mientras recordaba esas conversaciones, Chantal negaba con la cabeza. No iba a hacerlo. ¿Dejarlo todo para correr a su lado? ¿Es que no entendía cual era su prioridad? Le había explicado lo de la adopción. Duncan parecía haberlo entendido en un primer momento, pero no había vuelto a sacar el tema. Lo cierto era que ella tampoco, demasiado espinoso.

—¿Tú estás trabajando o haciendo meditación trascendental? —Nathan entró en su estudio, que tenía la puerta entreabierta, interrumpiendo sus pensamientos y se sentó cerca de ella —Marie está preocupada por ti.

—No debería preocuparse, no pasa nada.

—Chantal, que nos conocemos, no me vengas con esas, tía —Nathan se levantó y se acercó para pasarle un brazo sobre los hombros y tiró de una de sus rastas mientras fumaba un canuto y se lo pasaba—. ¿Qué mierda te pasa? Desde qué volviste de ese viaje tan loco no pareces la misma. Tú eres de las que hablas por los codos y cuando te callas te salen subtítulos, pero desde que has vuelto estás demasiado silenciosa y pensativa, no pareces tú.

—Será que este viaje me ha hecho reflexionar —contestó Chantal y sabía que eso no estaba demasiado lejos de la verdad—. Mira Nathan… pienso mucho en Nina, bueno, ni siquiera sé que nombre le han puesto. ¿Qué harías en mi lugar?

Su amigo se quedó pensativo, rumiando su respuesta y mirando la punta de sus botas. Cuando Chantal creía que ya no le iba a contestar, levantó la vista y lo hizo.

—Luchar.

*****

Chantal daba vueltas en su cama sin poder conciliar el sueño. Había hablado esa tarde también con Marie, pero no acababa de decidirse y sabía que el tiempo jugaba en su contra. Ni siquiera se había atrevido a mirar la copia del contrato que firmó, por el cual

daba en adopción a su hija. Estaba guardada en alguna carpeta, pero no lo había vuelto a leer. El miedo y las dudas la estaban matando.

Mientras caía en un duermevela inquieto, oscilando entre el sueño y la vigilia, en el centro de la lucha entre Morfeo y la consciencia, un rostro le sonreía intentando calmarla. Duncan parecía acariciarla con las palabras, serenarla con sus caricias. Despertó de golpe, inquieta y angustiada y se levantó de la cama muerta de sed.

Tras beber un vaso de agua fría se dirigió a su estudio y cerró la puerta. Aquella escultura a la que le faltaban los últimos detalles, seguía sobre la mesa esperando; sin rostro. La cara todavía era un trozo de madera poco definido. Colocó bien la talla sobre el tablero, ordenó el cincel y los cuchillos de micro tallado y se puso manos a la obra. Su concentración ahuyentó los problemas, apartó de su mente la ansiedad centrando su vista y sus manos, su fuerza y su arte, en aquella creación. Las minúsculas virutas de madera iban cayendo sobre la mesa mientras aquel rostro aparecía, nacía, emergía como en un sueño. Era un rostro conocido y Chantal lo sabía. Aquella barba corta y aquel pelo ensortijado tenían un color muy definido, parecido al tono caoba de la madera; ese perfil de nariz recta era la suya, esos ojos sin pintar eran azules como el cielo en su imaginación. Pasaron un par de horas sin sentir, casi en un suspiro. Se encontró sonriendo como una boba mientras contemplaba el resultado. El pelirrojo había quedado de fábula vestido de señor de la edad media.

Soltó una carcajada y se sintió feliz. Aquellas horas en su estudio funcionaron como una terapia, se sintió fuerte de nuevo, decidida y curada. Aquel viaje absurdo, el derroche de dinero en un juego que solo era una huida para no enfrentarse a sus demonios, había dado sus frutos sin querer. Allí confió en otra persona para vencerlos. Volvería a hacer lo mismo.

*****

—Entonces ¿Vas a llamarlo? —Marie tomaba un café con leche en la cocina junto a Chantal y estaba muy interesada en lo que le contaba su amiga.

—Hemos estado en contacto desde que nos fuimos de Singapur, eso no es ningún problema —contestó Chantal —la cuestión es, que cada vez que hablamos, me pide que vaya a Edimburgo.

—¿Por qué no lo haces?

—Porque he decidido que voy a recuperar a Nina y no quiero moverme de aquí.

—¿En serio? —Marie se levantó para abrazarla—. ¡Me alegro

mucho, tía! Ya sabes que Nathan y yo estamos contigo. ¡Seremos unos tíos estupendos y molones!

—Lo sé, Marie. Pero necesito saber qué es lo que Duncan quiere de mí, si solo soy un capricho, si aceptaría a mi hija… ¡son tantas cosas a tener en cuenta!

—¿Pero entonces… la cosa va en serio? ¿Tan en serio?

—Seguramente no, pero necesito saber cuánto le importo. Hemos estado juntos muy poco tiempo, en medio de una especie de ilusión que se convirtió en pesadilla. Se nos puso a prueba y pasamos momentos difíciles. Pero tuve la sensación de que nacía algo especial entre nosotros. A lo mejor solo estoy confundida…

—¿Qué le vas a decir?

—¡Qué venga a París! —Chantal se había decidido a hacerle aquella propuesta y ahora estaba impaciente por conocer la respuesta —es más, creo que voy a llamarlo ahora mismo. Esto va a ser nuestra prueba de fuego.

Chantal cogió su móvil. Eran solo las nueve de la mañana, pero por lo que sabía de Duncan, era madrugador y empezaba pronto a trabajar. Había una hora de diferencia horaria, o sea que en Edimburgo eran en realidad las ocho… quizás demasiado pronto.

Buscó el contacto de Duncan y lo llamó. Contestó al tercer tono.

—¿Chantal? —Aquella voz grave le puso la piel de gallina, como cada vez que la escuchaba—. ¿Cómo es que llamas a estas horas?

—Perdona… ¿Te he despertado?

—¡No!, ahora salía de la ducha, tengo una reunión a primera hora, solo es que nunca habías llamado tan pronto y me has preocupado ¿Ocurre algo?

—Solo quería comentarte algo y hacerte una propuesta.

—¿Una propuesta? ¡Eso suena genial! —Duncan soltó una risilla que hizo sonreír a Chantal.

—Verás… varias veces me has invitado a viajar a Edimburgo, a quedarme en tu casa…

—Desde luego ¿Al final vas a venir? —Se notaba la ilusión en su voz—. ¡No sabes lo que me alegro!

—Ahora mismo no puedo, Duncan, pero a cambio voy a invitarte a venir a mi casa, a Paris ¿Qué te parece? –preguntó Chantal con entusiasmo.

Se hizo el silencio durante un momento y apreció la vacilación en Duncan antes de contestar.

—¡Vaya!... eeeh… quizás podría…

No supo que más quería decirle Duncan, sus palabras murieron en sus labios ya que, de fondo se escuchó claramente una voz femenina que se dirigía a él, a voz en grito.

—¡Duncaaaan! ¿Dónde escondes el café? ¡Necesito tomar café

por la mañana!

—Perdona, Duncan —la voz de Chantal intentó sonar inequívocamente firme, aunque toda ella temblaba por la impresión y sonó fría como el hielo —no sabía que tenías compañía, no era mi intención molestar, lo siento…

Chantal cortó la llamada sin esperar respuesta y seguidamente apagó el móvil. No quería escuchar excusas, razones o palabras sin sentido. Aquello le había dolido como solo duelen las traiciones, como un puñal clavado por la espalda, sin avisar. No fue consciente de que un río de lágrimas recorría sus mejillas, hasta que Marie la abrazó.

—¿Qué mierda te ha dicho ese imbécil para ponerte así, de pronto? —preguntó Marie.

—Él no ha dicho nada, no ha hecho falta. Pero estaba con una mujer. Acababa de salir de la ducha, allí son las ocho de la mañana y ella ha gritado preguntando dónde estaba el café. Está claro ¿no? —Chantal escuchaba su propia voz, como si fuera la de un robot—. ¿Qué más me puede decir él? No pienso escucharlo.

Lo que estaba sintiendo era otra cosa; era una coraza de plomo que le rodeaba el tórax, que la constreñía, que pesaba como una losa y que a cada segundo se hacía más pequeña, robándole la respiración. La presión subía hacia el cuello y se centraba en su garganta convirtiéndose en una bola de fuego candente.

Pero ella era más fuerte, no necesitaba a nadie en realidad, casi siempre había estado sola. Tenía a sus amigos, a Marie y a Nathan y era suficiente. Porque pronto tendría a Nina y reharía su vida de alguna manera. Había tenido un golpe de suerte con la lotería, quizás era cosa del destino que no pudiera tenerlo todo. Ya lo decían, que afortunado en el juego…

Se tragó las lágrimas, censuró el llanto que pugnaba por desbordar su cuerpo, amarró el dolor muy dentro para no dejarlo salir, respiró muy hondo para llenar sus pulmones y romper la coraza de plomo, para tragarse aquel nudo de hierro y volvió a coger el móvil. Había cosas que no debían esperar más. Otras, sencillamente había que olvidarlas.

—¡Hola Vivian! ¿Cómo estás?

—¡Hola Chantal! ¡Qué ilusión me hace que me llames! ¿Cómo va todo?

—Todo bien, pero necesito tu ayuda ¿Recuerdas la conversación que tuvimos en Singapur sobre recuperar a mi hija?

—Sí, claro que la recuerdo.

—Pues lo he pensado mucho y he decidido intentarlo. Y te quiero a ti como abogada, estoy segura de que harás todo lo posible. El único inconveniente es que deberías trasladarte a París

una temporada.

—De acuerdo.

—¿Si? ¿Así sin dudar? ¡Eres la hostia, tía! ¡No sabes lo que me alegro!

—Te dejo ahora, pero te llamaré esta noche.

—Millones de gracias, Vivian, hablamos cuando quieras.

*****

Antes de volver a cerrar el móvil, Chantal pudo ver ocho llamadas perdidas de Duncan y varios mensajes que borró sin leer. Suspiró y se llevó las manos a las rastas pensando en cortarlas. Cambios. Todo eran cambios en su vida en los últimos tiempos.

Había tirado la toalla con Duncan, se sentía tan decepcionada, que era incapaz de escucharle. No podría soportar las excusas, prefería empezar a olvidarlo a partir de ese mismo momento. No pensaba llorar por él, no valía el precio de sus lágrimas.

Tenía una ardua tarea por delante y su hija sería su prioridad. Había vivido sin Duncan hasta entonces y volvería a hacerlo. Ella era dura y se lo demostraría al mundo.

Su alma sensible debería, de nuevo, quedar escondida entre sus tatuajes y sus rastas.

CAP.16 — DUNCAN

—¿Se puede saber qué te pasa? —Leslie, la hermana de Duncan lo miraba pelearse con el móvil con cara de alucinada—. ¿Me vas a decir dónde escondes el café?

—¡Tú y tu café me acabáis de joder la vida! —bramó Duncan cabreado.

—¡Pero, bueno! ¿Desde cuándo dices palabrotas antes de desayunar? —Leslie asió sus mejillas y le levantó la barbilla para mirarlo desde unos ojos tan azules como los suyos—. ¿Me lo vas a explicar?

—¡Joder, Leslie! —Duncan bufó desalentado—, creo que la persona que me ha llamado ha creído, al oír tu voz, que has pasado la noche conmigo… o sea que hemos tenido un rollo.

—¿Qué mente enferma va a creer eso? ¡Si soy tu hermana!

—¡Si, claro! ¡Pero ella no lo sabe!

—¿Y por qué no se lo has dicho, idiota? ¿Ella? ¿Era Megan?

—No, Megan y yo… lo hemos dejado —Duncan no había tenido ganas de dar explicaciones a su familia y no lo había hecho. Pero su hermana pequeña era muy insistente y antes de que empezara a pincharlo, le explicó, más o menos, toda la historia de forma resumida. Sin demasiados detalles.

—¿Y te ha colgado? ¿Sin escuchar tus explicaciones? ¡Qué maleducada!

—Ya me la imagino… —Duncan miró al techo sonriendo, evocando su recuerdo—, cabreada como una mona, retorciendo sus rastas, maldiciendo mis huesos en varios idiomas y…

—¿Rastas? —Leslie no salía de su asombro—. ¿Te has enamorado de una chica que lleva rastas? ¿Tú?

—No he dicho que me haya enamorado —a Duncan se le escapó una sonrisa torcida que su hermana cazó al vuelo—, solo que me gusta mucho.

—¡Venga Duncan! ¡Qué soy tu hermana y te conozco! Nunca me ha pegado Megan para ti, ya lo sabes. Y con eso me refiero, a mi verdadero hermano Duncan, al que recuerdo de mi infancia, a mi héroe que me sacaba de cualquier apuro, al que siempre ha luchado por su familia. Ella es… materialista, elitista, superficial; perdona mi sinceridad. Justo lo que estaba consiguiendo que tú mismo parecieras. He creído durante mucho tiempo, que estaba logrando transformarte y moldearte a su gusto, haciendo desaparecer a mi hermano. Si con esa tal Chantal te sientes más como el Duncan de

siempre, si ella ha conseguido que encuentres a tu antiguo "yo" perdido, te aseguro que ya me cae bien sin conocerla. Con rastas o sin ellas.

—También tiene tatuajes… y es tremendamente inteligente.

—¡Nunca dejarás de sorprenderme! —Leslie se acercó a darle un abrazo —Supongo que sabes que tendrás que ser insistente.

—Creo que me veré obligado a viajar a París, si quiero recuperarla.

—¿Y qué te lo impide? París está a una hora y media de vuelo.

—Tengo mis negocios aquí, tengo clientes, tengo reuniones… no puedo desaparecer después de que ya lo hice hace poco más de un mes. El trabajo no se hace solo.

—A ver, Duncan, cariño, piensa un poco —Leslie se sentó frente a él al otro lado de la mesa de la cocina y le cogió las manos—. ¿Hasta qué punto es importante el dinero, cuando ya tienes tanto? ¿Qué supondría que perdieras parte de tu riqueza por ausentarte, si lo pones en una balanza, con Chantal al otro lado? ¡Prioridades, hermanito! ¡Prioridades! ¿Cuánto vale Chantal para ti?

—Tienes razón —Duncan suspiró—, pero a veces aún me cuesta desprenderme de todo lo que sufrimos en nuestra infancia, aún recuerdo lo que es pasar hambre y frío y esas cosas son de las que marcan. Entiendo que estoy obsesionado con no volver a pasar por lo mismo, cuando esa ya no es una opción. Pero cuesta desprenderse de los miedos, cuesta mucho.

—¡Claro que te entiendo, yo estaba allí! Pero todo lo que has conseguido, estaba al otro lado del miedo. Yo era la pequeña, pero recuerdo muchos momentos y cómo, sobre todo tú, te ocupabas de mí —Leslie se levantó y se colocó a su espalda. Le pasó las manos por los hombros y la nuca en un relajante masaje— relájate, Duncan. Tu imperio seguirá donde está. ¿Cuántos empleados tienes? ¿Casi mil? ¡Yo creo que pueden hacer tu trabajo durante unos días! No te lo pienses y disfruta un poco, ves a por esa chica de las rastas y convéncela de que eres la mejor opción. ¡Y háblale de tu hermana Leslie, que a veces entra de ocupa en tu casa, por Dios!

*****

Duncan estaba sentado a la cabecera de la enorme mesa ovalada de reuniones, con el comité de dirección al pleno. Llevaba unos días rumiando sobre su viaje a París y estaba decidido a dar un cambio de rumbo a sus negocios. La parte visible era la que se trataría allí con los empleados de su confianza, escogidos por él mismo, hacía ya varios años y que habían demostrado su valía.

Por otro lado, la parte oscura de algunos de sus negocios, que sólo conocían contadas personas, debería aclararse cuanto antes. Ya

no necesitaba aquellos jugosos ingresos extras.

Precisaba que todos sus negocios fueran completamente legales. Tampoco es que hubiera traficado con arte abiertamente, pero siempre había estado al borde de la legalidad, oscilando en esa delgada línea roja, que separa lo lícito de lo prohibido, a base de distorsionar las leyes para adaptarlas a sus necesidades. Los contratos eran textos, donde las palabras, los sentidos y la letra pequeña, podían variar con una coma y confundir al letrado más experto. La famosa frase de "hecha la ley, hecha la trampa" estaba a la orden del día; se acuerdan las reglas del juego en común y a la vez, se engendran normas alternativas e ilegales para evadir las acordadas de forma sibilina.

Estaba llevando a cabo muchos cambios y aquello estaba poniendo nerviosos a sus inversores.

—Señor McAllen —intervino uno de ellos—. ¿Está intentando con estos cambios poner en venta el negocio? ¿Algo va mal? Por lo que indican las cifras del último trimestre, hemos tenido beneficios.

—Nada va mal —contestó Duncan— es sólo que necesito un poco más de tiempo para mí. Voy a delegar en algunas decisiones, en algunos tipos de transacciones y solo espero que no me necesitéis tanto.

—Entonces ¿No tendremos que dar malas noticias a nuestros empleados? ¿No se va a reducir personal?

—Ya os he dicho que nada de eso va a cambiar, quiero que transmitáis tranquilidad a los colaboradores ¿De acuerdo? Voy a seguir supervisando, pero pasaré una temporada, no sé exactamente cuánto tiempo, en París. Llevaré mi portátil y mi móvil, no estaré desaparecido. Pero sí menos accesible. Vais a tener que suplirme en muchas reuniones con clientes. Confío en vosotros, se que lo haréis bien, sois eficientes y tenéis mucha experiencia.

Siguieron un par de horas más de intervenciones y detalles de los cambios previstos, preguntas y respuestas y Duncan consiguió tranquilizar a los directores de las distintas áreas y asignarles nuevos objetivos y tareas.

Ese mismo día, con sus tres socios de mayor confianza, puso fin a una serie de transacciones con copias de obras de arte. Las que estaban todavía en trámite, se finalizarían, pero no se pactarían nuevas copias.

—¿Ha quedado claro? —preguntó Duncan tras transmitir su decisión.

—Pero Duncan, ese negocio nos da mucho dinero.

—Es demasiado arriesgado, hemos jugado con fuego demasiado tiempo y se ha terminado. No lo necesitamos. Las subastas funcionan perfectamente, las antigüedades también. La

colaboración con los mejores museos está en auge, son ellos los que nos buscan y así seguirá mientras les pongamos el cebo como hasta ahora. Ya he hablado con el comité hace un rato, quiero que se dedique especial interés a la caza de talentos. No se descubre a un Picasso cada día, pero si tienes la suerte de dar con alguno y lo patrocinas, te llevas los laureles. Y mucha pasta. Centrémonos en eso.

—Lo sé, pero cómo ahora ya no tienes a Megan y su familia, puede que las cosas ya no vayan tan bien.

—Es posible, pero no voy a morirme de hambre por eso, me lo puedo permitir. La decisión está tomada.

*****

—Entonces ¿Ya estás decidido? —Preguntó Leslie—. ¿Te vas a París?

—Sí, estoy recortando los últimos flecos, quiero que me molesten lo menos posible cuando esté allí.

—Llevas unos días que casi ni duermes, te pasas la vida de reunión en reunión.

—Sólo me estoy quitando de encima todas las citas que tenía pactadas, muchas las he adelantado, para irme tranquilo.

—¿Has intentado hablar con Chantal?

—Cada día, pero ya he desistido. No he conocido a nadie tan testarudo como ella. Ha decidido que soy culpable y no quiere hablar conmigo, estoy convencido de que ni siquiera lee mis mensajes y los borra directamente. ¡Es un amor!

—¿Crees que te conviene una mujer con tanto carácter? ¡Vais a chocar como dos trenes de frente, que tu también tienes el tuyo!

—Ese genio fue lo que me hizo fijarme en ella… bueno, y su lógica aplastante. Y sus miedos... Y sus preciosos ojos grises… —Duncan pegó un bote cuando su hermana le dio un cachete en la nuca—. ¡Ay! ¿Qué haces?

—¿Por qué no tienes ya la maleta en la puerta?

—¿Me ayudas a prepararla? —Duncan puso cara de ángel en apuros, convencido de que su hermana cedería.

—Con una condición… ¿Puedo quedarme en tu casa hasta que vuelvas?

—¡Claro, Leslie! Sabes que tienes la puerta abierta, siempre. Y si no recuerdo mal, las llaves también las tienes, lo que significa que harás lo que te de la gana.

*****

Leslie había salido a cenar con una amiga y Duncan estaba en el sofá de su salón, recostado en los almohadones, con un vaso del mejor whisky escocés en la mano. Daba pequeños sorbos pensando en que pronto, muy pronto, aparecería por sorpresa en París.

Esperaba no llevarse una desilusión y que ella no quisiera saber nada de él. No quería volver frustrado, al menos conseguiría que lo escuchara. Desde hacía semanas tenía conversaciones imaginarias con ella que se reproducían en su mente y siempre acababan con un beso de película… ya se vería si tendría tanta suerte.

Vibró el móvil y al mirar la pantalla el nombre de Jeremy le trajo recuerdos del loco viaje de hacía casi mes y medio. Contestó en seguida.

—¡Jeremy! ¿Qué sorpresa? ¿Qué te cuentas?

—¡Hola Duncan! ¡Tengo buenas noticias! —Jeremy parecía exultante.

—Creo que llegas tarde, Kelana me llamó hace poco y ya me dijo que habían detenido a Demang.

—No te llamo por eso, acabo de hablar con Dexter, ya sabes, mi amigo de la CIA —Jeremy hizo una pausa para darle suspense al tema.

—¿Y…? ¿Nuevas noticias?

—¡Han localizado nuestros árboles de la vida! Por fin vamos a recuperar nuestras antigüedades —explicó Jeremy—. Tras una búsqueda exhaustiva en todas las propiedades de Demang, finalmente la policía dio con una especie de puerta secreta en su mansión de Singapur, la primera que revisaron. Parece ser que esa casa antigua es casi un laberinto y tiene algunas habitaciones ocultas que parecen “bunkers” bajo tierra.

—¡Vaya! Nuestro amigo no deja de darnos sorpresas, desde luego nos metimos en las alucinaciones de un perturbado —comentó Duncan—, suerte que la cosa no fue a más y pudieron sacarnos de allí.

—Si, tienes razón. Por lo que me ha explicado Dexter, en una de esas habitaciones el tío tenía montado un despacho con montones de pantallas que ofrecían las imágenes de los cientos de cámaras instaladas en el hotel, en la isla temática y en otras propiedades. ¡Y no te lo pierdas! En otra de esas salas tenía montado una especie de altar con los cuatro árboles. Realmente está muy tarado, está convencido de ser inmortal. Han ido tirando del hilo y por lo visto nos tenía en el punto de mira desde hacía mucho tiempo. Sabía perfectamente quiénes éramos los dueños de los árboles; la última pista fue la compra de Chantal en el anticuario de París. Nos tentó con los “spam” del juego, solo a nosotros.

—A lo mejor cuando le expliquen que los árboles ya no están

juntos vuelve a convertirse en un simple mortal —Duncan acabó riendo mientras negaba con la cabeza.

—¡Quién sabe! Te enviarán por correo confidencial el tuyo —le confirmó Jeremy —por cierto ¿Has sabido algo de Chantal? Creo que me dijiste que seguíais en contacto ¿no? ¿Cómo está?

Duncan le explicó a Jeremy lo que había ocurrido y sus intenciones de ir a París.

—¿Vas a presentarte allí sin avisar? —Jeremy no acababa de verlo claro—. ¿Y si te cierra la puerta en las narices?

—¿Qué voy a perder, Jeremy? ¿Un pasaje de avión? —Duncan parecía decidido—. Voy a intentarlo, el "no" ya lo tengo. Ni siquiera me coge el teléfono. Insistiré hasta que me haya escuchado al menos. No tiene todos los datos para saber lo que quiere; Leslie es mi hermana y le van a salir los colores cuando se entere y yo quiero estar allí para verlo. Y para recuperarla, de paso.

—Pareces muy lanzado.

—Lo estoy.

—Gracias por explicármelo, Duncan, me estás dando una buena idea.

Al otro lado de la línea, Duncan soltó una carcajada. Sabía por Jeremy, que Vivian no había querido mantener el contacto con él y sus palabras le dieron una ligera idea de lo que tenía en mente.

CAP.17 — JEREMY

—Vuelves a estar inquieto —el vozarrón de Patrick lo sacó de sus cavilaciones—. ¿En qué estás pensando, Jeremy? ¿O debo preguntar "en quién"?

—No voy a negarlo —Jeremy paseaba cada vez más rápido, descalzo sobre el césped, alrededor de la enorme piscina, con las manos en los bolsillos de sus bermudas— estoy… intranquilo.

—¿A qué le estás dando vueltas? Soy tu amigo, puedes explicármelo. No digo que te vaya a dar el mejor consejo, pero al menos sabes que te escucharé.

—¿Recuerdas lo que te expliqué sobre Vivian?

—Claro… —Patrick lo seguía con la vista mientras Jeremy persistía en su paseo arriba y abajo mirándose los pies—. Creo que esa chica te ha impactado ¿eh? ¿Qué pasa ahora con ella? Me dijiste que no quería mantener el contacto.

—Pero yo no estoy de acuerdo con eso y estoy pensando… en hacer algo al respecto.

—Jeremy, ándate con ojo —Patrick se estaba poniendo nervioso y casi le gritó: —¿Quieres estarte quieto de una vez?

Jeremy caminó hasta dónde se encontraba Patrick y se sentó en una tumbona de rayas amarillas y blancas a su lado.

—¡Ya estoy quieto! Voy a ir a Los Ángeles a llevarle yo mismo su colgante. Le he pedido a Kelana que no le diga que ya lo han localizado. Me presentaré yo con él, y le daré una sorpresa.

—Jeremy, piensa un poco, por favor. Hace un mes y medio que no habláis. No has obtenido respuesta cuando tú has hecho el intento. No tienes ni idea de cómo le va a sentar que te presentes sin avisar, porque de entrada, ella no quiere verte. Ni siquiera sabes si tiene una relación con alguien.

—¡Ella no…! ¡Joder! Ni tan solo había pensado en esa posibilidad.

—Pues deberías.

—No me gusta imaginar esa posibilidad. Me revuelve el estómago.

Patrick soltó una carcajada sonora y le dio una palmada en el hombro.

—¡Estás bien pillado, chico!

—¡No lo sabes tú bien! Bueno, pues me voy a arriesgar. Como dice Duncan, si pierdo algo, será un pasaje de avión.

—¿Y la otra chica?

—¿Chantal? ¿Qué pasa con ella? —a Jeremy le extrañó la pregunta de Patrick.

—Es posible que esté en contacto con tu Vivian. Qué hablen y sepan cosas una de la otra. Quizás podrías llamarla e indagar un poco. Por si tiene un novio o algo. O por si te ha nombrado en algún momento. Las mujeres se lo explican todo.

—Puede que lo haga —Jeremy se apartó el cabello de la frente y se subió las gafas de sol —puede que lo haga…

*****

—¿Chantal? Soy Jeremy ¿Cómo estás?

—¿Jeremy? —La voz de Chantal, con ese acento francés tan acusado, sonó muy sorprendida—. ¡Hola! ¿Qué es de tu vida?

—Pues aquí en Nueva York, como siempre; trabajo y más trabajo, dedicado a los negocios y poco más ¿Cómo te ha ido a ti la vuelta?

—Pues muy bien, la verdad —Jeremy notaba un titubeo en Chantal al contestar—. Me he comprado una preciosa casa en Montmartre, me he hecho otro tatuaje y estoy muy feliz… Perdona que lo pregunte, pero ¿Me estás llamando para darle información sobre mí al impresentable de Duncan, o algo así?

—Ya sé que eres muy lista, pero esta vez te equivocas de medio a medio. Hablé hace poco con Duncan y ya me explicó lo que…

—¡No quiero saber nada de ese tío, te lo advierto! —Lo interrumpió Chantal—. ¡Absolutamente nada! ¡Ni lo nombres! ¿Queda claro?

—Como el agua —Jeremy pensó que Duncan tenía un arduo camino por delante para saltar aquel escollo—, pero te equivocas en mis razones para llamarte. Primero, realmente me interesa saber cómo estás y segundo, quería saber si has hablado con Vivian.

—¿Por qué? Que yo sepa, ella quería distancia contigo, no involucrarse y olvidarse de ti. Esas son mis últimas noticias.

—Estoy pensando en ir a Los Ángeles a llevarle el colgante yo mismo.

—Ahora lo entiendo todo…

—¿Qué entiendes? —Jeremy le preguntó extrañado.

—Cuando me llamó Kelana para decirme que me enviaría mi árbol por correo, me dijo que no le dijera nada del hallazgo a Vivian, que sería una sorpresa. Lo que no me imaginaba es que tú ibas con ella.

—Pues esa es la idea, se lo he pedido como un favor personal a Kelana. Si Vivian sigue sin querer hablar conmigo, le entregaré el colgante y me iré, pero al menos habré hecho el intento. ¡No te chives, por favor!

—Vaya… esto se está complicando… —Chantal lo dijo a media voz, pero Jeremy tenía buen oído.

—¿Qué pasa Chantal? ¿Sabes algo que yo ignoro?

—Pues si…

—¿Y no vas a decírmelo?

—No sé si debo… —se hizo un silencio incómodo, hasta que Chantal volvió a hablar—. ¡De acuerdo! Que sepas que voy a arriesgarme a perder a una amiga por una intuición, pero voy a lanzarme, para que no hagas un viaje en vano a Los Ángeles.

—No entiendo nada, Chantal.

—Vivian está aquí.

—¿En París?

—Si.

—¿Por mucho tiempo?

—Ya sabes que es abogada, me está ayudando en un tema legal y es posible tenga trabajo para unos meses. Además ha dejado el bufet de sus padres en Los Angeles. Y creo que, ya te estoy dando demasiada información.

—Solo una pregunta más, por favor, Chantal. Dime en que hotel se aloja, dame una alegría y dime que no sale con nadie.

—Está alojada en mi casa. Ahora tengo habitaciones de sobra. Apunta la dirección —le dio los datos —por cierto… no sale con nadie. No le diré que vas a venir. Imagina lo que puede pasarte mientras duermes si me traicionas.

*****

—¿Cómo que te vas a París? —era Patrick el que preguntaba, con Dexter sentado a su lado que acababa de llegar de Singapur, haciendo de mensajero con los valiosos colgantes de Jeremy y Vivian.

—Eso he dicho. Vivian está allí sin plazo concreto para volver a Estados Unidos. La cogeré por sorpresa y espero conseguir lo que quiero.

—¿Y ya sabes qué vas a hacer con tu vida? —preguntó Dexter.

—¿Qué quieres decir? —Jeremy solo veía su próximo destino en la ciudad de la luz y tenía suficiente.

—Me refiero a que si consigues que Vivian vuelva contigo, seguiréis separados por miles de kilómetros. Me refiero a que tienes tus negocios en Nueva York, tu casa, tu familia, tus amigos —contestó Dexter.

—Dexter tiene razón, Jeremy —intervino Patrick —piensa que el problema que ella te planteó en Singapur sigue siendo el mismo ¿Qué sentido tiene insistir en una relación sin futuro?

Jeremy se los quedó mirando a los dos, recorriendo con su vista

los dos pares de ojos de sus amigos, que en realidad no habían entendido nada.

—No lo entendéis ¿verdad? —Jeremy se recostó en la butaca cruzando un pié sobre su rodilla y mirando la lámpara del techo—. ¿Cómo os lo explico? Lo más fácil es deciros que me he enamorado de ella. Voy a solucionarlo ¿Sabéis por qué? Porque las distancias no son nada si las comparo con su pérdida. Es la mujer que me he pasado la vida buscando sin ser consciente de ello. Cuando la conocí, supe que era importante y que no podía dejarla escapar. Ella es… todo lo que quiero. Es la persona perfecta, pero está a una distancia equivocada. Puedo trabajar desde cualquier parte del mundo, eso no es un problema hoy en día, en que las comunicaciones son inmediatas; incluso podría crear una sucursal de mis negocios en Los Angeles o en París o dónde sea que ella quiera vivir. A la familia puedo verla en vacaciones o en Navidades, me sobra el dinero para gastarlo en viajes. Desde que volvimos de Singapur he vivido como si me hubieran amputado una parte del cuerpo. Me faltaba algo vital, algo imprescindible y necesario. He tenido esa sensación de carencia desde mucho antes de conocer a Vivian, pero ella ha hecho encajar todas las piezas. No sabía qué era lo que me faltaba hasta que la conocí…

—¡Todo un discurso, tío! —Dexter empezó a dar palmas lentamente y Patrick se unió a él, sonriendo —Te deseo toda la suerte del mundo, de verdad. ¡Estás más colado de lo que pensaba, solo te falta escribir poesía!

—En fin, Jeremy, no es que no te entienda —Patrick le dio un ligero puñetazo amistoso en el brazo —pero no sé que voy a hacer solo en esta casa…

—No adelantemos acontecimientos, no sé lo qué va a ocurrir —les contestó Jeremy —si vuelvo solo y hecho polvo, voy a necesitaros a los dos.

—Si eso ocurre, estaremos aquí.

CAP.18 — ENCUENTRO EN PARIS

Eran casi las doce de la noche y en la casa de Chantal había cesado la actividad. Marie y Nathan dormían en sus habitaciones, Chantal dormitaba recostada en el sofá con el volumen de la tele muy bajo y Vivian seguía sentada en la mesa revisando papeles y estudiando leyes.

Chantal entreabrió los párpados y la observó bajo la luz de la lámpara de pié, pensando que esa chica no se cansaba nunca.

—Vivian ¿No sería hora de dejarlo? —le preguntó sobresaltándola.

—Necesito estudiarme bien las leyes europeas sobre la adopción, hay muchos puntos en que difieren de las americanas. Tu contrato tiene una solución en mi país, que es distinta en el tuyo. Hay que estar muy bien preparado para organizar una defensa en caso de que vayamos a juicio.

—Espero no llegar a eso, me da mucho palo —Chantal no quería tener que enfrentarse judicialmente a los padres adoptivos, le caían bien y no quería verlos sufrir.

—Mañana tendré la reunión con la pareja que adoptó a tu hija; esperemos a ver qué ocurre —contestó Vivian.

—Me gustaría ir contigo —No era la primera vez que lo proponía, pero Vivian no lo aconsejaba.

—Ya te he dicho que es mejor que no —Vivian se levantó de su silla y fue a sentarse al lado de Chantal —cielo, te va a costar mucho, vas a pasar un mal rato y no va a servir de nada. Es contraproducente. La reunión será en el bufet de sus abogados, a pesar de ser informal.

—Lo entiendo, de verdad —Chantal se restregó los ojos —pero esto me está matando ¿Y si no sirve de nada?

—No podemos saberlo, pero vamos a luchar ¿de acuerdo? Ya te he dicho que he encontrado una fisura importante en el contrato y vamos a tirar de ahí. Durante el primer año, hay opción de que la recuperes, siempre que se demuestre que esa será la mejor situación para tu hija. Lo que prima son los intereses de la niña.

—No estoy segura de superar la consulta con el psiquiatra.

—¿Por qué no? —Vivian la miró con el ceño fruncido —estás completamente cuerda, te lo aseguro. Y eres extremadamente inteligente, eso ha de contar. Tus intenciones son las mejores y lo expondremos con todos los argumentos a nuestro alcance.

—¿Y si acabamos en un juicio por la custodia? —eso a Chantal

si le daba pavor.

—En ese caso, ya sabes que no puedo representarte por ser extranjera, pero ya he estado indagando y se quienes son los mejores abogados de París. Si los necesitamos, yo misma los contrataré. Haré el trabajo de campo y ellos presentaran tu defensa.

—Vivian, te agradezco todo lo que haces, pero… no me malinterpretes, me caes genial y ya te considero una amiga… ¿Por qué haces esto por mí? Es que no acabo de entenderlo —Chantal se preguntaba eso muchas veces cuando advertía su dedicación.

—¿Quieres saber porqué? Te lo explicaré. Estudié derecho porque mis padres casi me obligaron; demasiados años de tradición familiar. No te diré que son los estudios que yo hubiera escogido, pero seguí sus indicaciones y lo hice. Siempre he sido una buena estudiante. Tuve que especializarme en mercantil, inmobiliario y fiscal, cuando en realidad lo que más me gustaba era ser abogada de familia. Me he dedicado desde que acabé la carrera, a trabajar en casos donde el beneficio a conseguir entre las partes, siempre ha sido más dinero o más poder. O una nariz nueva, por decir algo.

—¿Una nariz? —Chantal la miró con incredulidad.

—Si… operaciones de cirugía estética de actrices cincuentonas con ganas de joder al médico que no las dejó como si tuvieran veinte. ¡Si yo te contara...! el caso es que, me gustaría que por una vez, mis años de estudio sirvieran para ayudar a alguien. Y si puedo ayudarte a ti, mucho mejor. Si lo consigo, creo que me sentiré lo suficientemente satisfecha y después dejaré esta profesión para siempre. No quisiera hacerlo sin haber ayudado a alguien que realmente lo merece.

—¿En serio? ¡Eso no me lo habías dicho! ¿A qué te vas a dedicar?

—¡A pintar! —era la primera vez que Vivian decía aquello en voz alta y le sentó de fábula. Tanto que lo repitió—. ¡A pintar, Chantal! ¡Voy a dedicarme a pintar!

—¿Te has fumado uno de los porros de Marie? —Preguntó Chantal—, ya sabes que yo lo he dejado.

—¡No! En realidad mi vocación verdadera es pintar. Óleo y a veces he probado con las acuarelas. También me gusta dibujar rostros a carboncillo. Tengo una habitación secreta en mi piso en la que me dedico a mi vocación frustrada. Un montón de cuadros acumulados durante años, que nadie nunca ha visto.

—¿Hace años que pintas y nadie lo sabe? —antes de que Vivian le contestara apareció Marie en la sala.

—¿Qué hacéis todavía levantadas? —Marie se sentó al lado de Chantal.

—Vivian es pintora.

—¿Pintas casas? ¿Tú no eras una picapleitos? —preguntó Marie.

—¡No! Pinto cuadros, aunque es cierto que soy una abogada que pronto se retirará —Vivian se sintió liberada al volver a decirlo en voz alta y decidió en aquel momento, que había dejado de ser un secreto. Tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos.

—¡Tengo una idea, no os mováis! —Chantal se levantó y salió corriendo del salón. Volvió al cabo de unos minutos con una libreta de dibujo muy grande y lápices—. ¿Por qué no nos haces un retrato?

—¿Pretendes que te demuestre que sé dibujar? —Vivian le preguntó mientras cogía el papel y las yemas de los dedos le cosquilleaban—. ¿Por qué no? Sentaros una al lado de la otra y hablar entre vosotras, como si yo no estuviera.

—Espera un momento, creo que esta velada merece una celebración, voy a buscar una copa. Vivian ¿Has probado alguna vez la absenta?

—Creo que no —contestó la aludida preparando los lápices.

—Pues nos viene que ni pintada ¿Sabes que los bohemios y otras luminarias de la Belle Époque se inspiraban bebiendo absenta? Picasso, Manet, Degas…

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Vivian mientras aceptaba la copa que Chantal le pasaba. El licor tenía un color verde esmeralda muy intenso y le gustó el sabor fuerte y dulzón al probarlo —¡Mmm, está bueno!

—¡Oh! ¡Chantal sabe muchas cosas! —Contestó Marie —¡Es como una enciclopedia humana! Pásame la botella.

—Sé más cosas —Chantal se bebió el primer chupito casi de un trago —se le llama también “Hada Verde” o “Diablo Verde”, supongo que se usará uno u otro nombre, dependiendo del efecto que te haga; la graduación de alcohol es alta y entra sin sentir. Una bebida peligrosa.

—No os mováis tanto que intento captar vuestra esencia —Vivian dio otro trago mientras Chantal le llenaba de nuevo la copa y ella dibujaba—. ¿Qué más sabes, Chantal?

—Que la absenta estuvo prohibida tanto en Europa como en Estados Unidos durante casi todo el siglo XX, aunque parezca mentira.

—¿Por qué? —Preguntó Marie dando otro trago—, está muy buena.

—Aparte del alcohol, le metían dentro alucinógenos y psicotrópicos —contestó Chantal riendo—. ¡Dicen que Van Gogh se cortó la oreja un día en que se pasó con el alcohol y los alucinógenos de la absenta!

—¡Venga ya! —Vivian dio otro sorbo a su copa—. ¡Nos estás

tomando el pelo, no puede ser cierto!

—A lo mejor es una leyenda, pero nadie puede demostrarlo — Chantal soltó una carcajada, por fin se sentía relajada y contenta, dejando salir la tensión con unas copas y entre dos amigas.

La cosa se fue animando y la botella de absenta iba bajando de nivel. Las risas subieron de tono de forma inversamente proporcional a la desaparición del líquido verde, la conversación fue pasando por varios temas hasta llegar inevitablemente a los hombres, justo cuando el nivel de alcohol les estaba nublando la vista.

—¿Vas a dejarnos ver el dibujo? —preguntó Marie con voz pastosa.

—Vale, pero pensar que lo he creado bajo los efectos del alcohol.

Vivian nunca bebía más de una copa y se sentía flotar, como si gravitara y riera a la vez, liberada de sus preocupaciones. Les enseño el dibujo y las dos lo miraron guardando silencio un minuto, casi como si estuvieran sobrias.

—¡Oye tía! —Marie fue la primera en hablar—. ¡Lo haces genial! Aunque creo que hemos salido con cara de borrachinas.

—¡Has dibujado también la botella de absenta en la mesa! Será un recuerdo muy guay… —a Chantal le costaba pronunciar las palabras—. Vivian, me has de explicar que ocurre con Jeremy.

—¿Quién es ese? —A Vivian le dolió el corazón, pero se hizo la dura—, no conozco a ningún Jeremy.

—¡Venga ya! Te encontró en la isla cuando te secuestraron. El fue a buscarte porque te quiere mucho. Se preocupa por ti.

—Si… —Vivian soltó una carcajada —vino a buscarme, es un cielo. Es tan… tan guapo, tan amable, tan todo… ¿verdad?

—¡Yo quiero un Jeremy! —dijo Marie y Chantal se puso a reír.

—Chantal tiene a Duncan… —a Vivian se le cerraban los ojos y tenía mucho calor, por lo que se sacó la camiseta y se quedó en sujetador—, hace mucho calor aquí. Duncan es muy mono también ¿verdad Chantal?

—No, no, no, no… nada de eso —la voz de Chantal sonaba somnolienta y arrastraba las palabras mientras también se sacaba la camiseta por la cabeza—, es un capullo el pelirrojo, tiene un rollo con una rubia despampanante.

—¿Quéee? ¿Cómo lo sabes? —tras esas palabras Vivian cayó de espaldas sobre los almohadones y cerró los ojos alejándose del mundo.

—La oí por teléfono, quería café… —el susurro de Chantal murió en sus labios a la vez que caía en brazos de Morfeo. Y de la absenta.

*****

Duncan y Jeremy se encontraron en el aeropuerto. Habían seguido en contacto y como iban a presentarse por sorpresa, se pusieron de acuerdo para coger vuelos que llegaran el mismo día y casi a la misma hora a la ciudad. Finalmente pudieron coincidir en sendos vuelos que aterrizaban en el aeropuerto de Orly hacia las siete de la mañana. Era muy pronto, pero ambos habían pensado que sería mejor sorprender a Chantal y Vivian recién levantadas, juntos para darse ánimos si la cosa no salía bien y esperando que no se les tiraran a la yugular. Al fin y al cabo, Chantal estaba muy cabreada y Vivian había dejado muy clara su postura.

—No estoy muy seguro de que esto sea la mejor idea… —Jeremy estaba contento de estar allí, pero se sentía inseguro —Igual nos echan sin miramientos.

—No voy a irme sin hablar con Chantal, por muy terca que sea —comentó Duncan —si después de explicarme, no quiere volver a verme, me iré y no la molestaré más. Pero creo que tengo derecho a defenderme, más cuando es ella la que ha confundido los términos, más específicamente a mi hermana Leslie con una novia o algo así.

Pararon en la cola para coger un taxi a la salida, no había demasiada gente.

—Mi caso es distinto, no me he peleado con Vivian, solo que no quiere que sigamos en contacto. Cuando nos separamos no me lo tomé demasiado en serio; le escribí mensajes y la llamé varias veces, pero nunca me contestó hasta que desistí.

—Perdona, tío, pero Vivian estaba bien colada por ti. Vale que lo de la distancia es un palo, pero no creo que le vaya a sentar mal verte, ya verás. Ten un poco de confianza.

Durante el trayecto en taxi, atravesando París boulevard tras boulevard, llegaron al barrio de Montmartre y el taxi paró ante la que debía ser la casita de Chantal. Pegaba mucho en esa zona, estaba en una calle cercana a la parte trasera de la Basílica de Le Sacré Coeur, donde una hilera de casitas de dos plantas de varios colores, se sucedían hasta llegar a otra calle de mayor amplitud.

En esas horas tan tempranas reinaba el silencio, aparte del transitar de algunos coches madrugadores.

—Quizás sería mejor que nos fuéramos a desayunar algo antes de llamar, deben estar durmiendo todavía —Aún no eran ni las ocho de la mañana y Jeremy pensó que era mejor darles más tiempo, aunque Duncan no pensaba igual.

—Mejor las despertamos, creo que Chantal hace un café estupendo —sin pensarlo más Duncan llamó al timbre de la casa.

Había una pequeña valla de hierro y un jardín que rodeaba la

casa lleno de plantas y pequeños arbolillos. No se adivinaba ninguna luz dentro a través de las ventanas entreabiertas, las persianas estaban bajadas. Al no obtener respuesta Duncan insistió llamando al timbre de nuevo, esta vez de forma insistente. Estaba decidido a despertar a Chantal, no aguantaba más sin verla y sin saber de ella.

Pero el que salió por la puerta no era Chantal, sino un chico muy alto y delgado, cubierto solo con unos pantalones cortos negros y una larga melena rubia que le caía sobre la cara. Se apartó el pelo hacia atrás y miró a los dos extraños que llamaban a esas horas y que lo miraban con el ceño fruncido… muy fruncido.

—Creo que os habéis equivocado, no queremos comprar nada a estas horas, gracias —ya iba a darse media vuelta cuando escuchó a Duncan.

—¿Vive aquí Chantal Bonheur? —el vozarrón de Duncan sonó intimidante. Nathan se dio la vuelta y lo miró inclinando la cabeza e intentando despejar la suya que seguía medio dormida.

—¿Quién lo pregunta? —su tono no fue el más amable.

Nathan no pensaba dejar pasar a aquellos tíos, sin asegurarse de sus intenciones. Pero había oído conversaciones. Tres mujeres juntas en una casa, hablaban mucho y el no era sordo. Aparte de conocer la historia del viaje de Chantal, se había ido enterando de los detalles que no necesitaba conocer del resto de participantes. Y ese era, sin duda, “el pelirrojo” que Chantal había nombrado muchas veces antes y del que ahora no quería saber nada.

Lo mejor sería indagar un poco.

—Me llamo Duncan, estuvimos juntos en Singapur, supongo que sabes de que hablo. Y quiero verla.

—La cuestión es si ella quiere verte a ti ¿no te parece?

—¿Y si nos dejas pasar, avisas a las chicas y que ellas decidan? —preguntó Jeremy en tono conciliador.

—Tú debes ser el otro, Jeremy ¿no? —preguntó Nathan.

—Si, pero no nos has dicho quién eres tú —soltó Duncan cada vez más molesto con aquel posible adversario.

—Soy Nathan, el mejor amigo de Chantal ¿No te ha hablado de mí?

—Lo cierto es que no, o quizás te nombró alguna vez, no lo recuerdo —Duncan respiró hondo y pensó que poniéndose a malas no conseguiría nada —Mira… Nathan, necesito hablar con Chantal, hubo un malentendido entre nosotros y cree que la he engañado y eso no es cierto. Pero si conoces a Chantal, sabrás que cuando se cierra en banda no hay dios que la haga ceder ¿verdad? He volado desde Edimburgo para hablar con ella y este —señaló a Jeremy — viene nada menos que de Nueva York. O sea que, tío… o nos dejas

pasar o vamos a acampar en la puerta hasta que consigamos nuestro objetivo, tú mismo.

Nathan se los quedó mirando y una sonrisa se abrió paso en su rostro, cada vez mayor hasta carcajearse delante de sus narices.

—Tíos, perdonar, pero sois patéticos. ¡Eso es arrastrarse y lo demás son tonterías! Pasar y poneros cómodos, iré a despertarlas.

Nathan abrió la cancela y Duncan y Jeremy lo siguieron hasta el interior. La puerta por la que había salido Nathan daba a la cocina. La atravesaron y entraron hacia el salón.

—Ahora subo a avisarlas, sentaros por ahí —comentó Nathan mientras subía las persianas de las ventanas para que entrara la luz.

Los tres hombres se quedaron parados ante el espectáculo que se presentó ante sus ojos. Tres mujeres preciosas, medio desnudas, tiradas sobre los sofás y las butacas en posturas que les destrozarían como mínimo las cervicales, con sus melenas enredadas sobre sus rostros, dormían rodeadas de varias copas vacías, una botella de absenta volcada en el suelo y rodeadas de almohadones de colores y lápices y pinturas. Se miraron entre ellos con la boca abierta.

Duncan adivinó las rastas de Chantal que asomaban entre dos almohadones donde tenía enterrado el rostro, boca abajo en un sofá, con las piernas desnudas entrelazadas con las de otra mujer que no conocía. Solo llevaban la ropa interior, Chantal de su color preferido, un rojo sangre que a él lo volvía loco y su trasero respingón sobresalía entre las almohadas. Solo por el ligero movimiento de su espalda supo que respiraba.

Jeremy se quedó con la mirada fija en la mujer de la que no podía olvidarse, su rubia melena sobre su rostro, hecha un ovillo sobre una gran butaca con un estampado de vaca y ropa interior negra… preciosa, fue lo único que pudo pensar.

Estaba claro que aquella noche lo habían pasado bien y estaban durmiendo la mona.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —Nathan negaba con la cabeza y al ver a su hermana en ropa interior, cogió una funda con la que cubrían el sofá y la tapó.

—Pues está bastante claro, han montado una fiestecita y se han pasado con la absenta —Duncan se rió señalando la botella y a pesar del ruido que empezaron a hacer, ninguna dio muestras de ir a volver pronto al mundo de los vivos.

*****

Vivian estaba soñando. Le dolía la cabeza como si una espada la atravesara de punta a punta y le latía el corazón en los oídos. Pero tenía ganas de sonreír. Se encontraba fatal y tenía algo raro en el estómago, pero la voz de Jeremy le llegaba clara como el agua,

como si estuviera allí mismo, a su lado. Incluso notó como le apartaba el cabello de la cara y una mariposa se posó en su mejilla. Era una mariposa azul que revoloteaba a su alrededor mientras ella tomaba el sol en una tumbona, al lado de una piscina. Aunque la tumbona era muy incómoda y le dolía la espalda. El roce de la mariposa se parecía a los labios de Jeremy. Murmuró algo y giró un poco la cabeza. Un latigazo de dolor le atravesó un hombro y un quejido salió de su garganta seca.

—Hola cariño —esa voz era cada vez más clara y ella ya estaba despierta. Pero no podía ser ¿no? Estaba en París, en casa de Chantal. La noche anterior habían bebido mucho, de eso se acordaba. No se atrevía a abrir los ojos, no quería que Jeremy desapareciera. Si era una alucinación, quería seguir en ella, a pesar del dolor de cabeza. Esperó con el corazón cabalgando desbocado en su pecho —Vivian, ¿me oyes? Soy Jeremy.

Vivian abrió los ojos de forma desorbitada y se encontró con los de Jeremy muy cerca de su rostro. En un arrebato imposible de frenar, en un impulso más fuerte que su razón, se incorporó como pudo en la butaca y se lanzó sobre Jeremy haciéndolo caer de espaldas sobre el suelo y aterrizando sobre él.

—¡Eres tú! ¡Eres tú! ¡Eres tú! —repetía mientras le llenaba el rostro de besos, riendo y llorando a la vez.

—Si llego a saber que me darías una bienvenida como esta hubiera venido mucho antes, cariño —contestó Jeremy agarrándola por la cintura con fuerza y enterrando su rostro en su cuello.

—¡Eh! —Se escuchó la voz de Duncan, que seguía mirando a Chantal que aún no había abierto los ojos, a pesar del ruido—. ¡Qué estáis rodeados de gente, cortaros un poco!

*****

Marie se había despertado y aún estaba alucinando al ver a aquel par de especímenes en el salón. Ya había deducido quienes eran y reconocía que el pelirrojo de Chantal estaba de muy buen ver. Bueno, y el otro también. Su amiga seguía en la fase REM, por lo menos. Normalmente no se levantaba de muy buen humor. Si tenía resaca la cosa podía ponerse mucho peor. Cómo no quería estar en medio cuando corriera la sangre, saludó con un gesto ambiguo y se dirigió al baño para ducharse con agua fría e intentar despejar su cabeza.

—Chantal —Duncan le hablaba al oído pero parecía que su chica estaba más muerta que viva. Le sacudió ligeramente el hombro sin obtener respuesta—. ¡Chantal, despierta!

Chantal soñaba con Duncan. El había ido a verla a su casa e intentaba despertarla, cuando ella quería seguir durmiendo.

Principalmente porque estaba medio muerta de cansancio y ese día, tras una noche de absenta con sus amigas, el despertar sería resacoso y jodidamente doloroso. Ya notaba la cabeza como si llevara un casco que le fuera pequeño y le apretara el cerebro. Y su voz le molestaba, le molestaba mucho. Parecía tener un altavoz en el oído… "*Chantal, despierta*"… "*Chantal, despierta*"… ese soniquete la estaba poniendo de los nervios. ¿Por qué soñaba con él ahora? ¿No lo había expulsado ya de su sistema? ¿No le había dejado claro con sus desplantes que no quería saber nada de él?

Lo mejor sería despertarse del todo y darse una ducha, a ver si se sacaba esa voz de la cabeza. Hizo un esfuerzo sobrehumano y abrió los ojos. Giró la cabeza entre los almohadones para encontrarse con el rostro sonriente de Duncan a escasos centímetros del suyo, diría que a punto de besarla. Volvió a cerrarlos creyendo que veía visiones, frunció el ceño a la vez que se hacía consciente de la realidad que la rodeaba y se incorporó a la vez que cerraba el puño con rabia, mientras imaginaba a la rubia del café. De pronto lo vio todo rojo y no pudo pensar en nada más. Y le estampó el puño en medio de la nariz, con toda la fuerza que pudo reunir.

El alarido de Duncan hizo que Jeremy, Vivian y Nathan los miraran con los ojos como platos. Duncan tenía una mano tapando su nariz, de la que empezó a gotear sangre. Su gesto de dolor era inequívoco.

—¿Qué mierda haces aquí? —A Chantal, sus propios gritos le retumbaban en la cabeza, pero no era capaz de evitarlo—. ¿Por qué has venido, idiota?

—¿Puedes dejar de insultarme un maldito segundo y darme pañuelos de papel y un poco de hielo? —Duncan la miró fijamente desafiándola a seguir gritando… cosa que hizo.

—¡Vete de mi casa y procura no manchar nada! ¿Me oyes? ¡Vuelve con la rubia que no sabe dónde está el café, seguro que te echa de menos! —Chantal ya estaba sentada en el sofá, restregándose los ojos y mirando a Duncan con odio… y un poco de pena, le había dado un buen puñetazo, juraría que había escuchado un crujido.

—¿Qué rubia? ¡La mujer que escuchaste al teléfono es pelirroja! ¿Eso te da alguna pista, Sherlock? —Duncan seguía con la mano en la nariz y echaba la cabeza hacia atrás.

Chantal sintió como si el suelo se moviera bajo sus pies y decidió que, si lo que estaba imaginando era cierto, lo mejor sería que se abriera y se la tragara. Cosa que confirmaron las siguientes palabras de Jeremy.

—Chantal, escúchale por favor, Leslie es su hermana y es la mujer que estaba en su casa y pedía café. ¡No te miente!

—¡Oh, madre mía! —Chantal se llevó las manos a la cara y se escondió tras ellas—. No es posible…

—Ya lo creo que lo es —Duncan le tiró de las rastas—. ¿Vas a darme un pañuelo ahora, pequeña?

CAP.19 — DUNCAN Y CHANTAL

—Lo siento, lo siento, lo siento… —Chantal seguía disculpándose como en una letanía sin fin, muerta de la vergüenza —soy una intransigente, pensé que ya te habías olvidado de mí, al fin y al cabo casi no nos conocemos y yo…

—¡Chantal! —Duncan la interrumpió—. ¡Basta ya! Estoy aquí por ti, creo que es suficiente razón para que me escuches ¿No te parece?

Se encontraban los dos en la habitación de Chantal, sentados sobre la cama, uno al lado del otro, intentando aclarar las cosas. Lo cual no resultaba nada fácil, si Chantal no dejaba de fustigarse por su error.

—Claro, perdona —Chantal miró con pena su nariz hinchada—. ¿Quieres más hielo? ¿Seguro que no está rota? ¿Y si te llevo al hospital?

—No está rota, solo un poco magullada —Duncan llevó los dedos al parche que le decoraba el tabique nasal y no pudo evitar un gesto de dolor—, tienes un buen derechazo ¿Eh, pequeña?

Chantal emitió un quejido avergonzado, de nuevo, pero antes de que empezara de nuevo con sus “lo siento”, Duncan tomó la palabra de nuevo.

—Chantal, cariño, escúchame, por favor. Ya sé que en realidad hace poco que nos conocemos y puedo entender tus dudas. Que pensaras que estaba con otra, cuando hacía solo un par de días te había pedido que viajaras a Edimburgo, es comprensible si no confías en mí. Eso es lo que quiero cambiar. Quiero que puedas tener una confianza plena en mí. Llevo semanas resolviendo problemas, delegando trabajos y organizando mis negocios, para poder estar contigo. Quiero que nos conozcamos a fondo, que no dudemos uno del otro. No es que yo lo haya hecho, pero tampoco negaré que cuando tu amigo nos ha abierto la puerta, me han entrado ganas de sacudirlo un poco.

—¿A Nathan? ¡Pero si somos como hermanos! Hemos crecido juntos y el y Marie son mi familia, ni siquiera puedo imaginarme dándole un beso —Chantal emuló un escalofrío.

—Tampoco es necesario que lo imagines —Duncan se acercó a besarla —Pero tampoco podía saberlo, por eso te entiendo. Bésame a mí, que ahora mismo me hace mucha falta.

Chantal acercó sus labios con miedo de no rozar su nariz hinchada. Las bocas de ambos se acoplaron, se unieron con ansia,

con la convicción de estar donde debían, con el deseo encendido y la suavidad de la seda caliente. La lengua de Duncan resiguió el labio inferior de Chantal y lo mordió ligeramente, succionándolo.

—¡Ay, Duncan! ¿Qué me estás haciendo? —Chantal levantó su rostro hacia el techo mientras Duncan bajaba por la columna de su cuello—. ¿Seguro que estás bien para esto?

A la pregunta de Chantal le siguió un gemido y Duncan rió suavemente, aunque a ella le sonó a risa triunfante. Un fuego interno se estaba adueñando de ella y dominándola.

—¿Me estás seduciendo? ¿Por qué te deseo tanto? —Murmuró con los ojos cerrados, casi hablando para ella misma —creo que contigo, he encontrado el camino a la perdición…

Ahora Duncan soltó una carcajada sin dejar de seguir el camino descendente de su piel.

—Ya es tarde para echarse atrás, pequeña —Duncan le sacó de un tirón la camiseta por la cabeza y detrás fue el resto de su ropa — ha empezado a llover ¿Lo oyes?

El sonido de la lluvia se colaba a través de las ventanas entreabiertas. Chantal asintió sin decir nada.

—Pretendo que no puedas volver a escuchar la lluvia sin recordar este momento.

—Entonces vas a tener que ponerle mucho interés, pelirrojo…

Chantal sabía que no necesitaría la lluvia para recordarlo, porque sentía la entrega que la arrastraba sin remedio a sucumbir, a todo lo que ese hombre le hacía sentir.

Se rindió a sus caricias, a sus manos y a sus labios que estaban en todas partes, que adoraban su cuerpo. Ella nunca había sido una mujer pasiva en la cama, pero era incapaz de moverse, Duncan la estaba dejando casi inconsciente de placer. Avanzaba tan lentamente, que había conseguido que pareciera un sueño; se sentía debilitada por sus caricias, por sus palabras susurradas al oído. Aquello era realmente hacer el amor y era para ella la primera vez. Nunca aquellas palabras habían tenido tanto sentido.

Pero el ritmo lento de Duncan cambió de repente para volverse ávido, apoderándose de su boca, estrechándola contra él, abrazando su cuerpo con ansia y provocándole desesperación por sentirlo, por tenerlo por completo. Ese fue el momento en que Chantal necesitó empezar a dar además de tomar y ambos empataron en su codicia por conseguir excitar al otro un poco más, hasta llevarlo al límite.

No tardaron en encontrarse en ese punto sin retorno, descubriendo nuevos placeres, incendiando sus pieles con los labios, dejando hablar a la pasión más pura. Sus cuerpos, convertidos en fuego se acoplaron cuando Duncan entró en ella, que lo acogió con un grito ahogado y se dejaron llevar respirando el mismo aire y

dejando que el resto del mundo girara a su alrededor.

*****

Seguía lloviendo y ellos, en la cama de Chantal, abrazados y en silencio escuchaban el repiquetear de las gotas en las ventanas. Para los dos había sido distinto, intenso de un modo especial. Pero ponerle palabras era otro tema. A Duncan le daba miedo ir demasiado deprisa y asustarla. A Chantal le daba miedo lo que estaba sintiendo; estaba pasando por un momento demasiado difícil, como para complicarlo más.

Pero no podía negar que Duncan era importante, ya no. Lo mejor sería plantearle su vida tal como estaba en aquel momento, al menos le daría la oportunidad de salir corriendo. Quería que se quedara, quería amarlo aunque esa palabra le diera tanto miedo y, de momento, fuera incapaz de pronunciarla. Pero solo se mostraría con la verdad por delante, como siempre había hecho.

—Duncan…

—Dime —Duncan se giró hacia ella, quedando cara a cara. El tono de Chantal le había advertido que lo que iba a decir era importante para ella, ya la conocía lo suficiente. Le acarició la mejilla instándola a hablar.

—Recuerdas lo que te conté sobre mi hija…

—¡Claro! ¿Cómo iba a olvidarlo? Es parte de ti.

—Bueno, te lo expliqué en Singapur, pero tú no volviste a mencionarlo. Quiero recuperarla, por eso está Vivian aquí. Ella es una buena abogada y me está ayudando mucho.

—¡Pero eso es estupendo, cariño! —Duncan se incorporó apoyándose en un codo y le acarició el cuello—. ¿Hay posibilidades de conseguirlo?

—¿Te parece bien? No sabía cómo te lo tomarías y prefiero que sepas donde te metes desde ya mismo.

—¿Pero qué dices? —A Duncan le molestaron sus palabras—, Chantal, tuviste una hija y la diste en adopción, porque en ese momento era lo único que podías hacer. Ahora quieres recuperarla y a mí, me parece perfecto. Ella es parte de ti, seguro que una muy importante y yo te quiero con todo tu equipaje, sea el que sea.

Las palabras habían salido solas, sin pensar y Duncan se la quedó mirando a la espera de su reacción. Los ojos de Chantal se tornaron acuosos y sus párpados no se movían. Finalmente pestañeó y dos de ellas resbalaron por sus mejillas. Duncan las besó y le habló al oído.

—Te quiero Chantal, no tengas miedo, todo va a salir bien. Te ayudaré como pueda a recuperar a tu hija, me quedaré contigo al menos hasta que todo se haya solucionado. Me tienes a tu lado ¿De

acuerdo?

Chantal solo pudo asentir con el movimiento de su cabeza y se abrazó a él, enterrando el rostro en su cuello y dejando salir por fin la congoja que la ahogaba, cada vez que pensaba en su Nina.

*****

Se reunieron todos más tarde y decidieron salir a comer, ya que finalmente había dejado de llover. Chantal se fijó en Vivian y Jeremy, que parecían muy acaramelados y sonrió al verlos. No le extrañaría que hubieran pasado la mañana en la habitación de Vivian, igual que habían hecho ellos, pero no era momento de preguntar, las miradas hablaban por si solas.

Antes de salir se dirigió al baño y al entrar notó que alguien la empujaba y se colaba con ella. Era Marie.

—¿Qué ha pasado? ¿Os habéis reconciliado?

—¡Pero tía, que nos están esperando! —Chantal hizo el intento de abrir la puerta, pero Marie fue más rápida y le cortó el paso.

—¡No voy a pasar ni un minuto más sin saber que ha ocurrido, desembucha!

—Está todo aclarado, la rubia del café era su hermana pelirroja que se pasa temporadas en su casa. ¡Hemos hecho las paces, nos hemos acostado y ya está!

—¿Y ya está? ¿Y esa cara de felicidad después de romperle la nariz?

Se hizo un silencio y a Chantal se le escapó una carcajada.

—¡No me lo recuerdes! ¿Sabes que me ha dicho? Qué me quiere… y me va a ayudar con lo de Nina.

Marie la abrazó y le dijo al oído:

—Me alegro por ti, petarda, te mereces un tío legal como ese y encima está bueno ¿Qué más quieres? Por cierto ¿Tiene algún hermano?

—Creo que solo dos hermanas, a ti no te sirven, aunque a lo mejor a Nathan… —las dos salieron riendo del baño.

*****

Acababan de salir por la puerta, cuando a Vivian le sonó el móvil. Al mirar la pantalla y antes de contestar, se dirigió al resto.

—Ahora mismo voy, he de contestar a esta llamada.

Todos asintieron y se encaminaron a una terraza de un restaurante muy cerca de la casa de Chantal, se acomodaron en un par de mesas y Vivian se quedó a unos cuantos metros, algo nerviosa al ver que la llamada procedía de los padres adoptivos de Nina. Todo el tema se estaba tratando a través de los abogados de

las dos partes y era raro que ellos la llamaran directamente a ella.

—Si ¿Dígame?

—¿Es usted Vivian Griffin, la abogada de Chantal Bonheur? —dijo una voz femenina.

—Si, yo misma. ¿Quién es?

—Hola, soy Odette, la madre adoptiva de la hija biológica de Chantal.

—¿Por qué me llama a mí, directamente? ¿Quedó algún punto por aclarar en la última reunión con su abogado?

—No llamo por eso, verá, es que algunas cosas han cambiado…

La mujer se quedó en silencio y Vivian se vio en la obligación de insistir, aquella llamada le parecía muy rara.

—Dígame qué se le ofrece, por favor…

*****

Todos estaban mirando la carta del restaurante y escogiendo lo que querían almorzar, cuando Vivian volvió a la mesa, luciendo una sonrisa de oreja a oreja. Jeremy, que estaba pendiente de ella, notó enseguida que algo había ocurrido. Empezaba a conocerla muy bien.

—Esa llamada debía ser una buena noticia, traes cara de felicidad.

—¡No os imagináis cuánto! Pero antes de hacer pública la noticia, necesito hablar con Chantal a solas —la aludida dio un respingo en su silla.

—¿De qué se trata, Vivian? ¿Tiene algo que ver con Nina? —Chantal se puso en tensión y Vivian asintió mirándola a los ojos —No es necesario que hablemos a solas, estamos rodeadas de amigos, puedes decir lo que sea.

Antes de que Vivian abriera la boca, Chantal se agarró a la mano de Duncan que estaba a su lado y la apretó con fuerza, tenía la intuición de que iba a escuchar algo importante.

—Odette y Pierre, los padres adoptivos de tu hija, quieren una reunión contigo en privado. Puedo adelantar que he visto muy buena predisposición por su parte, está muy concienciada de lo que significa ser madre. Y ahora todavía más: ¡está embarazada!

—¿Embarazada? ¡Pero si adoptaron a mi niña porque no podían tener hijos! —Chantal se quedó parada con la noticia.

—¡Milagros de la vida! Por lo que me ha dicho, en realidad no había una razón física para no tenerlos, pero no lo habían conseguido en más de ocho años, ni siquiera con “in vitro”. Ahora mismo está de cuatro meses.

—¿Crees que es posible? —La esperanza en la pregunta de Chantal, no pasó desapercibida para nadie, lo estaba pasando muy

mal, pero por fin veía la luz al final del túnel—. ¿Podrá volver conmigo?

—No lo descartan —contestó Vivian—, quieren quedársela, como puedes imaginar, la tienen con ellos desde que nació; pero son dos buenas personas y su empatía contigo puede jugar a tu favor. Quieren verte para calibrar si realmente vas a cuidar bien de tu hija, para valorar si tu deseo de tenerla contigo no es transitorio, necesitan estar seguros de que será lo mejor para la niña. Por lo que me han contado, desean constatar que no sea solo el hecho de que te tocara la lotería, lo que te ha hecho reaccionar. Si ellos ceden tendrás que pasar también por algunas entrevistas con los servicios sociales.

—Os juro a todos que no es solo por el dinero —Chantal pasó la vista por los rostros de sus amigos —la he echado de menos desde el primer día y ahora estoy segura de que tomé la decisión equivocada. Cuando estábamos en Singapur lo tuve claro. Me alejé, huí como una cobarde y la distancia me hizo darme cuenta de lo que había hecho.

—Lo conseguiremos, Chantal —la voz de Duncan en su oído dándole ánimos, la acabó de romper y estalló en un llanto contenido, escondiendo su rostro en el pecho de él, que la consoló con su abrazo.

CAP.20 — VIVIAN Y JEREMY

Se había hecho de noche, el día había sido muy intenso y todos estaban cansados. Chantal nunca había convivido con tanta gente a la vez. Cuando recordaba su desvencijada caravana, no podía evitar una sonrisa. Tampoco había sido tan malo.

Lo bueno de esa casa grande, era poder llenarla, de eso estaba convencida. Le gustaba su intimidad, pero también sus amigos y a veces, estaba bien tenerlos cerca.

Vivian y Jeremy cerraron la puerta de su habitación y se miraron sin palabras.

Aquella mañana, cuándo Duncan y Jeremy se habían presentado por sorpresa y Vivian tuvo aquella reacción tan espontánea, lanzándose sobre Jeremy, las cosas habían quedado claras. Sabía que lo quería a su lado. No habían hablado de nada de eso, la distancia seguiría siendo un problema, mientras no le pusieran solución.

Cuando esa idea pasó por su cabeza, Vivian decidió que ella misma lo haría. Lo solventaría de alguna manera. Su vida en aquel momento estaba cambiando el rumbo, pero aún no tenía claro cuál sería la dirección que tomaría. Solo debía tener en cuenta una variable más: al amor de su vida.

Decidió que esa era una buena definición, porque se había enamorado. Y no solo eso. Nunca, jamás, había sentido nada igual. Eso significaba que era importante y que no podía perderlo.

Jeremy resiguió su mejilla con el dorso de su mano, a la vez que se acercaba lentamente hasta quedar a solo unos milímetros de su cuerpo, casi rozándose.

—Creo que deberíamos hablar —Vivian pensó que cuanto antes pusieran las cartas sobre la mesa, mejor para todos, pero Jeremy la sorprendió.

—Espera, antes que nada, tengo una sorpresa para ti —la besó ligeramente en los labios con tan solo un roce y se alejó hasta su maleta.

Abrió una cremallera pequeña y sacó un pequeño sobre. Vivian frunció el ceño, intrigada.

—Date la vuelta —Jeremy se llevó las manos a la espalda y esperó a que Vivian se quedara de cara al espejo del tocador que tenía a su espalda —Y cierra los ojos.

Vivian notó como le apartaba el cabello y besaba su nuca y venció a la tentación de entreabrir los párpados. Escuchó el crujir

del sobre de papel y sonrió. Entonces notó el tacto frío de una fina cadena alrededor de su cuello y lo supo antes de verlo.

Sin abrir los ojos se llevó la mano al pecho, donde descansaba su árbol de la vida, el de su abuela y su bisabuela. Juraría que pudo notar el calor que le transmitía al entrar en contacto con su piel.

—Ya puedes mirar —Jeremy rodeó la estrecha cintura de Vivian con sus manos y apoyó la barbilla en su hombro, ambos ante el espejo.

La expresión de Vivian al ver recuperado su colgante, fue inigualable. Se notaba el cariño que le tenía a aquella antigüedad y se le escaparon algunas lágrimas por la emoción de verlo de nuevo sobre su piel.

—¡Oh, Jeremy! ¡Me has traído mi colgante! Kelana me dijo que me lo enviaría pero que tardaría un poco —se dio la vuelta para quedar cara a cara con él—. ¡Me habéis engañado!

—Ha sido por una buena causa, era mi pasaje para verte de nuevo y una buena excusa para hacerlo —Jeremy rozó su nariz con la suya, en un beso esquimal lleno de ternura —y me ha gustado tanto que no quiero perderte de vista nunca más. ¿Eso te parece muy invasivo?

—Lo cierto es que no —Vivian lo besó en los labios intentando transmitirle tranquilidad, sentía su inseguridad y quería calmarlo —Me encanta que hayas venido, pero espero que no sea solo para traerme el colgante. Creí que podría, Jeremy; que conseguiría olvidarte, pero te metiste muy dentro de mí. Lo sabía pero intentaba ignorarlo, como hago siempre. Debo estar tan acostumbrada a engañarme a mí misma, que me sale sin pensar. He decidido que voy a cambiar eso.

—Si es para quedarte a mi lado, me parece perfecto —contestó Jeremy.

—Nuestro accidentado viaje me dio las respuestas, a pesar de todo —Vivian se quedó un momento recordando algunos de aquellos momentos— pensar que iba a morir en un accidente de helicóptero, que me secuestrara un loco en una isla medieval, que me robaran mi joya más preciada y encontrarme con personas como tú y el resto, me hizo valorar lo que tenía: una vida para vivirla, no para malgastarla convirtiéndola en lo que otros querían. Voy a dedicarme a pintar ¿sabes?

—Me dijiste que te gustaba, pero lo único que he visto es el retrato que les hiciste a tus amigas la otra noche. ¡A pesar del alcohol, te quedó genial!

—¡No me lo recuerdes! —Vivian se llevó la mano a la frente—. A lo que me refiero, es que puedo pintar desde cualquier lugar. Tengo un buen colchón financiero, acciones y valores seguros que

me permitirán vivir sin problemas durante años. Voy a intentarlo, Jeremy. Y quiero hacerlo a tu lado. Si tú quieres.

Escuchar aquella declaración en toda regla, aumentó la confianza de Jeremy, llevándola hasta lo más alto. Vivian le estaba ofreciendo lo que el más ansiaba, la oportunidad de una vida, juntos.

En vez de contestarle con palabras, se decidió por los actos y se propuso hacerla volar. Sus manos, que seguían ancladas a su cintura, acariciaron su torso con las palmas abiertas hasta coronar sus pechos. Vivian no se quedó atrás. Sus bocas se fusionaron en una, compartiendo el aire y el aliento.

Se desnudaron mutuamente, pieza a pieza, botón a botón, hasta acabar estirados sobre la colcha de aquella cama prestada. Vivian estaba hermosa con el cabello extendido sobre la almohada, la boca suave y la piel brillante. Los asaltó la impaciencia y sus manos mostraron la urgencia que los apremiaba a explorar y tocar.

No hubo cabida para las dudas y el deseo se impuso junto a la generosidad de querer dar más y más. La boca de él, la devoraba centímetro a centímetro; la unión de sus lenguas se convirtió en un duelo. El calor de sus cuerpos fue en aumento y Vivian sentía a Jeremy como un horno y pensaba que nadie la había deseado nunca así, tan profundamente, con tanto fervor.

Jeremy estaba sobre ella y buscó sus manos; se incorporó ligeramente sobre sus codos y entrelazó sus dedos con los de ella uniendo sus frentes. Vivian arqueó su cuerpo con la anticipación de lo que esperaba y él no la defraudó. Entró en ella lentamente, disfrutando del momento, guardándolo en un lugar exclusivo y único, justamente en el centro de su corazón que, latía fuerte y rápido. Temblaron y pasaron al siguiente asalto, donde sus cuerpos se aceleraron entre gemidos entrecortados. Les faltaba el aire y les sobraba la entrega. Vivian se liberó de sus manos para sujetarlo por el pelo. Necesitaba decírselo, casi no podía respirar, pero lo necesitaba. Y lo consiguió en el mismo momento en que su cuerpo estallaba en mil pedazos.

—¡Te quiero! —sonó entre un gemido desesperado y desgarrado en su garganta, a la vez que notaba el rugir de la sangre en su cabeza y el latido de Jeremy en su interior.

La calma llegó poco a poco, las lánguidas caricias, las miradas risueñas y satisfechas, los roces de los labios inflamados.

—Yo también te quiero —la respuesta de Jeremy llegó cuando ya no la esperaba y Vivian soltó un suspiro satisfecho.

*****

No podían dormir, demasiados cambios, multitud de nuevas

sensaciones, dormir juntos… seguían abrazados y era suficiente.

—Tengo ganas de ver tus pinturas —Vivian le había hablado de su habitación secreta en su piso de Los Ángeles—. Cuando quieras podemos ir a tu casa y me las enseñas.

—Jeremy —Vivian se dio la vuelta, quedando cara a cara con él. La tenue luz de una farola exterior, alumbraba ligeramente su perfil —. No quiero acelerar las cosas, hemos de pensar bien en todo esto. No quiero que cambies tu vida por mi ¿entiendes? Que llegue un día en que me culpes de haberte hecho cambiar de ciudad por mi culpa.

—No lo has entendido, cariño —Jeremy le acarició el cuello con las yemas de sus dedos—. Yo también estoy forrado ¿Y de qué me ha servido? Sí, tengo dinero para viajar, casas, coches… todo lo material que puedas imaginar. Pero contigo he encontrado justo lo que me faltaba. No entiendas lo que no es, Vivian; quiero una vida contigo, quiero hijos contigo, que formemos una familia. Si he de trasladarme a Los Ángeles, será el menor de los males. Incluso me hace ilusión cambiar de aires. Mis negocios se pueden llevar desde cualquier parte del mundo y tengo dinero para viajar y moverme cuando haga falta o cuando quiera visitar a mi familia.

—Entonces ya pensaremos dónde vamos a asentarnos, para mí tampoco es lo más importante. Mi estudio de pintura puede estar en cualquier lugar. Donde tú estés.

*****

Vivian y Chantal esperaban en un parque cercano a la zona dónde vivía Chantal. Vivian la acompañaba en calidad de amiga, más que de abogada, ya que Odette y Pierre iban a acudir a la cita sin ellos, solo para hablar con Chantal.

Estaban sentadas en un banco y los vieron llegar paseando por la entrada vallada del parque.

—Estoy muy nerviosa, Vivian —Chantal le cogió la mano y Vivian notó cómo temblaba.

—¡Chantal! Tranquilízate y muéstrate natural, tal como tú eres y sobre todo, explícales lo que sientes, esa es tu mejor carta de presentación.

—¿Estás segura? Creo que no debería haber hecho caso a Duncan. ¡Tendría que haberme cortado las rastas!

—¡No digas tonterías! Odette y Pierre te conocieron con ellas y que te las quitaras podría dar la impresión de que quieres parecer lo que no eres. ¡Deja de preocuparte y se tu misma! ¡Hazme caso, soy tu abogada!

—De acuerdo, jefa… —Chantal veía acercarse a la pareja y se levantó del banco murmurando—. Últimamente estás muy

mandona…

Vivian soltó una carcajada, justo cuando llegaban Odette y Pierre hasta ellas. Se saludaron y Chantal fue la primera en hablar.

—Hola Odette, Pierre, muchas gracias por querer hablar conmigo y sobre todo muchas felicidades por vuestra próxima hija o hijo ¿Ya sabéis de que se trata?

—Hola Chantal —contestó Odette—. Gracias, sentémonos por favor.

Se acercaron a una zona donde había mesas de piedra con bancos a la sombra de los árboles. No había mucha gente a esa hora de la mañana y podrían hablan tranquilamente. Odette era consciente del estado de nervios de Chantal y le sonrió.

—Nos enteramos ayer mismo, vamos a tener otra niña.

Al referirse a su próxima maternidad, como la "otra" niña, la expresión de Chantal mostró una tristeza profunda que no pasó desapercibida a nadie.

—¿Cómo está Nina? —Chantal miró a Odette y antes de aclararle que ese era el nombre que ella le había puesto en su imaginación, la otra le contestó.

—¿Cómo sabes que se llama Nina?

—¿En serio le pusisteis Nina? —Chantal no podía creerlo y aquello rompió el hielo, ya que ambas se pusieron a reír—. ¡No me lo puedo creer! En mi imaginación siempre se ha llamado así, pero nunca pensé que fuéramos a coincidir. En vez de contestar a su pregunta sobre Nina, Odette preguntó a su vez.

—¿Por qué ahora, Chantal? ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Chantal la miró a los ojos, intentando transmitirle mientras hablaba, su verdad. Toda la sinceridad que podía mostrarle a través de sus palabras y de sus ojos.

—Porque he sido consciente de mis errores, Odette. Porque me arrepentí desde el primer momento, pero seguía pensando que yo no sería la mejor madre. No podréis entender nunca lo que se siente si no lo habéis vivido. Ha sido como arrancarme una parte de mi cuerpo, como la amputación de un trozo de corazón. Ella es parte de mí y siempre lo será, la tenga conmigo o no. Yo era pobre y llevaba años viviendo en una vieja caravana, casi no me daban mis ingresos ni para comer. He malvivido siempre, desde una infancia desastrosa, hasta una juventud plagada de errores. El padre mismo de Nina, no fue más que otro patético error. Pero salió algo bueno de él. El problema es que no fui capaz de verlo en su momento, cuando se me amontonaban los problemas y no era capaz de discernir qué era lo mejor, ni para ella, ni para mí. Qué después de entregarla, me tocara la lotería, fue algo que me volvió un poco

loca. Había dado a mi hija por no poderla mantener y de pronto me encontraba con un montón de dinero. No fui capaz entonces de enfrentar el problema, de dar un paso adelante y hablar con vosotros. Mi inestabilidad solo me provocaba inseguridad. Me convencía a mí misma, de que Nina estaría mejor con vosotros, porque no era capaz de enfrentarme yo sola a mi propia vida. Me faltaban las fuerzas para luchar por ella. Tuve que embarcarme en un estrambótico viaje, que se convirtió en una huida en toda regla para mí, para darme cuenta de lo que dejaba atrás.

Chantal se quedó en silencio mirando sus manos en su regazo, hasta que la de Odette, agarró la suya y pudo seguir hablando.

—No os pediría esto si no estuviera completamente segura de que soy capaz de amar a mi hija más que a nada, de que voy a cuidarla y protegerla con el instinto de cualquier otra madre. Solo espero que seáis capaces de entenderme.

Odette y Pierre se miraron entre ellos con los ojos llorosos.

—Chantal, Pierre y yo hemos hablado mucho sobre esto y sabemos lo que sentiste al separarte de tu hija, porque es lo que nosotros vamos a hacer ahora. Hemos sido sus padres adoptivos durante ocho meses. Este tiempo ha pasado en un suspiro y te aseguro que no podríamos quererla más. Es una criatura preciosa y feliz. Una niña muy parecida a ti, con tus mismos ojos grises, pequeña y risueña. Siempre nos preguntamos cómo pudiste desprenderte de ella y ahora lo hacemos nosotros. Y sabemos que esto también puede ocurrir por amor. Porque ella es lo primero y tu eres su madre; lo entendemos y ahora que estoy embarazada y ya siento a mi hija en mi interior, sé lo difícil que tuvo que ser todo para ti.

Odette no pudo seguir hablando, ya que Chantal se le abrazó llorando. Tanto Pierre como Vivian, espectadores de aquella emotiva conversación, apartaron sus lágrimas silenciosas de sus mejillas.

—Lo único que quiero pedirte —continuó Odette —es que hagamos un cambio paulatino, no quiero que Nina lo note mucho. Lo mejor será que quedemos con ella cada día un rato, hasta que se acostumbre a ti. Sólo tiene ocho meses, no le costará demasiado. Cuando veamos que está adaptada, la dejaremos ir ¿Te parece bien? Nuestros abogados pueden ir redactando el papeleo para que pases a ser también su tutora legal. No creas que va a ser fácil para nosotros, pero ahora que vamos a tener una hija, lo sobrellevaremos mejor.

—Sois los mejores, de verdad —Chantal estaba emocionada — quiero que sepáis que Nina va a tener también un padre, pronto lo conoceréis. Si queréis un puesto de “tíos honoríficos”, lo tenéis de

por vida, de verdad. Podéis seguir viendo a Nina cuando queráis.

—Eso sería un consuelo.

EPÍLOGO

Seis meses después…

—¡Duncan! ¡No te entretengas o vamos a llegar tarde! —el grito de Chantal llegó a sus oídos. Duncan estaba en la cocina con Nina en sus brazos, que estiraba su corta barba a la vez que le daba palmadas en las mejillas.

—¡Voy! Nina tenía sed —Duncan salió de la cocina y se encontró a Chantal en la puerta, con el cochecito de Nina a punto para salir— no te preocupes, que nos esperarán antes de entrar, hemos quedado en la puerta.

—Ven aquí, bonita —Chantal hizo el gesto de cogerla para sentarla en la silla de paseo, pero la pequeña se giró hacia el cuello de su padre y se agarró fuerte soltando la primera palabra que aprendió, un "no" rotundo y claro, mientras negaba con la cabeza y hacía reír a Duncan.

—¡No te rías encima, la estás malcriando! —Chantal lo riñó, pero se le escapó una sonrisa al ver la adoración que la pequeña le tenía a Duncan— tú mismo, la vas a tener que llevar en brazos.

—No te preocupes —Duncan alzó a Nina en el aire imitando a un avión y la niña rió a carcajadas.

Se acercó a Chantal y la besó antes de salir, ocasión que Nina aprovechó para tirar de sus rastas, uno de sus pasatiempos favoritos.

*****

—¡Ya era hora! —Vivian fue la primera en ver aparecer a Duncan y Chantal y los saludó con la mano—. ¿Os habéis entretenido?

El tono de Vivian fue algo jocoso y la broma venía a cuento de un día, no hacía mucho, en que Chantal y Duncan llegaron muy tarde y el motivo se les escapó durante la velada, lo que hizo reír a todos sus amigos. Ahora cada vez que llegaban tarde, las bromas no se hacían esperar.

—No es lo que imagináis, mentes enfermas, solo que una niña de catorce meses entretiene mucho.

—¡Qué mayor se está haciendo nuestra Nina! —Jeremy se la robó a su padre de los brazos para achucharla.

—Kelana ya está dentro, nos espera en la entrada, está hablando con Dexter, ya sabes siempre tienen algo de lo que cuchichear.

Cerca de la entrada principal del museo del Louvre, se encontraban también Marie y Nathan, que se habían unido a ellos para aquella visita tan especial. A sus espaldas quedaba la enorme Pirámide en la plaza que rodeaba el Palacio Real.

Se reunieron todos y entraron para saludarse con Kelana y Dexter, que habían llegado hacía un par de días a París.

La ocasión lo valía.

Duncan había tirado de sus contactos en el mundo del arte, que junto a algunos conocidos de Jeremy, consiguieron tener una entrevista con gente importante del museo, para poder exponer durante un tiempo limitado, los cuatro árboles de la vida y narrar su leyenda.

Siguieron las indicaciones de uno de los guías, que los estaba esperando y tras un largo paseo, les hicieron entrar en la zona de colecciones asiáticas y más en concreto en una sala en cuyo centro se elevaba una columna acristalada que contenía las joyas.

Unos cuantos focos, hacían relucir las piedras preciosas que brillaban en todo su esplendor, desprendiendo destellos tornasolados. Un grupo de expertos restauradores, se habían ocupado de limpiarlas a fondo y eliminar impurezas y habían descubierto que bajo las capas de iridio, rodio y platino, se escondía el más antiguo de los metales preciosos, el oro. El único que siempre se había conservado con su creación original era el de Vivian.

La leyenda estaba explicada en un gran panel colgado en una de las paredes, con una preciosa letra gótica. Tras observar los árboles, se acercaron a leer la fábula que ya conocían e inevitablemente, todos recordaron a Demang.

—¿Cómo está Demang? —le preguntó Vivian a Kelana.

Todos habían maldecido en algún momento a aquel hombre, pero con el tiempo se habían dado cuenta de que habían estado en manos de un enfermo.

—En tratamiento —contestó Kelana— ya sabéis que los abogados consiguieron que lo internaran en un sanatorio mental y no fuera a la cárcel. No creo que nunca salga de allí. El grupo de psiquiatras del centro, lo dan por perdido. Está medicado, ya que desvaría y la mayoría del tiempo vive entre alucinaciones. Su enfermedad ha degenerado mucho últimamente, pero no me da demasiada pena, no creáis. Lo conozco desde siempre y aparte de su locura, siempre ha sido ruin y algo maquiavélico. Solo tiene lo que se merece. Nos lo hizo pasar mal a todos.

—Eso es cierto —Vivian intervino— aún se me pone el vello de punta cuando recuerdo mi secuestro en la isla. Tuvimos suerte de no acabar todos muertos.

Tras observar los árboles y leer la leyenda, aprovecharon para dar un paseo por otras salas, mientras Nina aguantara allí dentro sin protestar demasiado.

—¿Ya tienes fecha para tu exposición? —preguntó Marie a Vivian.

—¡Sí! ¡He tenido mucha suerte! Bueno y algún contacto de Jeremy, todo hay que decirlo —contestó Vivian feliz.

—Lástima que estéis tan lejos, sino hubiéramos ido a apoyarte.

Vivian y Jeremy, finalmente se habían instalado en Los Ángeles. Vivian había vendido su lujoso piso y se habían comprado una preciosa casa cerca del mar, en Malibú, con un pedacito de playa privada. Allí se dedicaba a pintar a todas horas y Jeremy había instalado su despacho, con todas las comodidades. Hacía viajes frecuentes a Nueva York, pero no le importaba demasiado, le compensaba el hecho de vivir en un paraíso con su mujer, a la que adoraba.

—Quizás sea buen momento para dar la noticia —le comentó Duncan a Jeremy y el resto los miraron extrañados. Éste asintió y los miró sonriendo. Se acercó a Vivian y la cogió de las manos.

—Cariño, ya sabes que Duncan tiene muchos contactos en el mundo del arte. Le envié fotografías de tus cuadros y él ha hecho lo propio con algunos mecenas. Su propia empresa se dedica a buscar nuevos talentos y tú lo eres. Te van a hacer una exposición en un museo importante de Paris. No es El Louvre, pero está muy bien.

—¡Eh! ¡Un momento! —Vivian frunció el ceño y se dirigió a Duncan—. ¡No quiero que hagáis esto para hacerme creer que soy buena, o simplemente porque podéis hacerlo! Quiero ganarme un hueco en la pintura por méritos propios.

—Preciosa, todo el mérito es tuyo —contestó Duncan —Me encanta lo que haces, eres muy buena. Cuándo dije en mi empresa que había descubierto un talento, en ningún momento les informé de que te conocía, quería su opinión sincera. Y todos, sin excepción, estuvieron de acuerdo. ¡No te estoy regalando nada, solo te ofrezco lo que te mereces!

—¿Me lo juras? —Vivian sabía que lo hacía bien, pero exponer en París seguía siendo un regalo.

—Te lo juro —contestó Duncan y miró de reojo a Chantal, quería ver su reacción—, lo mismo que te estoy diciendo a ti sirve para las esculturas de Chantal. Ahora que tiene su propio estudio y hace estatuas de mayor tamaño, me ha demostrado que es otro talento por descubrir. Va a compartir la exposición contigo. Tenemos dos salas una para pintura y otra para escultura. Justo dentro de seis meses, para el verano.

Antes de decir nada más, de la boca abierta de Chantal salió un

chillido y ante el asombro de sus amigos, se le colgó del cuello a Duncan, mientras Nina los miraba aplaudiendo a sus padres, que daban vueltas como una peonza.

—Al final aquel juego y aquel viaje a Singapur tuvo algo bueno —comentó Kelana— puso en contacto a unas personas que no sabían que se necesitaban y ha creado unos lazos de amistad que duraran para siempre. Aunque nos separen los kilómetros, aunque la vida nos lleve por diferentes caminos, siempre existirá un día, un momento especial, para volver a vernos, para demostrar que nuestra amistad es más fuerte que la distancia.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Llegar a esta parte, siempre tiene un toque agridulce. Por un lado me siento satisfecha por haber finalizado una nueva novela que espero sea del agrado de muchos lectores y por otra, una especie de tristeza me avisa de que, he de despedirme de mis últimos personajes, para comenzar a imaginar otros nuevos.

En el caso de este libro, esas no son las únicas sensaciones… y es que me pilló el confinamiento por el covid19 justo en pleno proceso de creación de esta historia y se llevó mi concentración. La pude recuperar después y he llegado contenta al final. Aún estamos inmersos en el problema y el bicho este sigue entre nosotros dando guerra. Nunca hubiéramos imaginado una historia más parecida a una distopía de película, que a una realidad cotidiana con la que nos ha tocado lidiar día a día.

Aprovecho esta pequeña ventana al mundo, para hacer llegar mi pesar a todas aquellas personas que han sufrido alguna pérdida con la pandemia y a dar mi apoyo a todo el mundo sanitario que tanto se está esforzando por dar lo mejor de sí mismos, por los demás.

Esperemos que salir de este infierno, esté cada día un poco más cerca y salgamos reforzados de esta extraña experiencia, un poco más conscientes, un poco más felices.

A todos los lectores que habéis llegado hasta aquí, ante todo daros un enorme y mayúsculo GRACIAS, como siempre.

Mil gracias a mis lectoras cero; si, en plural, en este libro, aparte de a mi hermana Anna, he tenido una nueva lectora cero, Carmen una buena amiga que me ha ido comentando los capítulos sobre la marcha.

Estoy escribiendo estas palabras y tengo ya tres nuevos bocetos de historias por nacer, ideas y medio historias por perfilar, pinceladas de epílogos y prólogos, personajes opacos aún sin definir, pero que empiezan a tomar forma en mi cabeza.

Nunca hubiera imaginado, que plasmar esas historias en papel, me resultara tan gratificante. Si eso es posible es gracias a ti, lector, por darme una oportunidad.

Un apunte sobre la novela: la leyenda sobre los árboles de la vida, tal como la explico aquí, es en su mayoría invención mía. Si que encontré una leyenda sobre la inmortalidad asociada a un árbol de la vida, pero con muy poco detalle.

Por último, agradezco a familia y amigos, su apoyo continuo y sus ganas de seguir leyendo mis historias. ¡Sois los mejores!

Os agradecería muchísimo, dedicarais unos minutos para dejar vuestros comentarios a este nuevo libro, que podéis reseñar en Amazon, o si lo preferís:

- email: elenacruzm62@gmail.com
- instagram -> @elenacruzm62

¡Animaros a comentar y valorar mis escritos! ¡Millones de gracias! Es de gran ayuda para los escritores independientes.

Estos son mis libros, autopublicados en Amazon hasta ahora:

Bilogía EN PAPEL

- 1. EN UN TROZO DE PAPEL
- 2. UNA CARTA EN MI BUZÓN

Trilogía GALWAY-SNOWSHILL

-1. LA MAGIA DE LOS PEQUEÑOS MOMENTOS
-2. LA MAGIA DE TU MÚSICA
-3. LA MAGIA DE TU RISA

Libros Independientes

-OTOÑO 2016
-SUEÑOS CUMPLIDOS
-LAS CENIZAS DE LA MENTIRA